«Más sexy imposible.»
Entertainment Weekly

DIOSES DE NEÓN

KATEE ROBERT

mr

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
1. Perséfone
2. Perséfone
3. Hades
4. Perséfone
5. Hades
6. Perséfone
7. Hades
8. Perséfone
9. Hades
10. Perséfone
11. Hades
12. Perséfone
13. Hades
14. Perséfone
15. Hades
16. Perséfone
17. Hades
18. Perséfone
19. Hades
20. Perséfone
21. Hades
22. Perséfone
23. Hades
24. Perséfone
25. Hades
26. Perséfone

27. Hades
28. Perséfone
29. Hades
30. Hades
31. Perséfone
Epílogo. Hades
Agradecimientos
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

You Tube

Sinopsis

El mito de Hades y Perséfone nunca había sido tan sexy.

Perséfone es una de las jóvenes más bellas y populares de la élite de Olimpo. Su sueño y su plan es alejarse del nido de víboras que es la política de Olimpo y huir para siempre. Pero su plan fracasa cuando su madre la sorprende en una fiesta anunciando públicamente su compromiso con Zeus, el peligroso líder de la gran ciudad.
Decidida a no conformarse con el destino que se cierne sobre ella, Perséfone se escapa de la fiesta y huye hasta la Infraciudad, donde busca la protección de Hades, con quien consigue hacer un pacto.

Hades ha pasado toda su vida en las sombras y no tiene intención de salir de ellas. Pero cuando Perséfone le ofrece participar en una jugosa y ansiada venganza contra Zeus será excusa suficiente para ayudarla, a cambio de una sola cosa: ella. Pero, tras noches sin aliento junto a Perséfone, Hades será capaz de organizar una guerra con Olimpo para mantenerla a su lado.

Dioses de Neón

Katee Robert

Traducción de Isabella Monello y Pura Lisart

A Erin y Melody. Durante los últimos años vuestro pódcast me ha entretenido muchísimo, así que espero que la fanfarronería de Hades os brinde una décima parte de la alegría que me habéis dado a mí.

Olimpo

Zona alta
Universidad
HEFESTO
POSEIDÓN
DEMÉTER
Zona agricultura
Astillero
AFRODITA
ATENEA
APOLO
EROS
ARTEMISA
Torre Dodona
ZEUS
ARES
Puente Eléboro
Puente Ciprés
Polígono zona alta
DIONISIO
HERMES
Mercado de invierno
Río Estigia
Puente Enebro
Mercado de verano
HADES
Zona baja
JULIETTE
Polígono zona baja

1

Perséfone

—Qué asco de fiestas, en serio.

—Que Madre no te escuche decir eso.

—Pero si tú también las odias —le digo a Psique volviendo la cabeza.

Ya he perdido la cuenta de la cantidad de eventos a los que nuestra madre nos ha obligado a asistir todos estos años. Siempre tiene la mente puesta en el siguiente trofeo, en el siguiente movimiento de esta partida de ajedrez cuyas reglas solo conoce ella. Muchos días me sería más fácil sobrellevarlo si yo misma no me sintiese como uno de sus peones.

Psique se acerca para colocarse a mi lado y me da un empujoncito con el hombro.

—Sabía que te encontraría aquí.

—Es el único sitio de este lugar que logro soportar.

Y eso a pesar de que la sala de las estatuas es la arrogancia personificada. Es una habitación relativamente sencilla (si puede considerarse sencilla una estancia con suelos de mármol pulido y elegantes paredes grises), en la que viven trece estatuas de tamaño natural colocadas en una especie de círculo que abarca todo el espacio. Una estatua por cada uno de los Trece, el grupo que gobierna Olimpo. Repaso mentalmente los nombres de cada uno de los miembros mientras paseo la mirada por sus representaciones: Zeus, Poseidón, Hera, Deméter, Atenea, Ares, Dionisio, Hermes, Artemisa, Apolo, Hefesto y Afrodita. Y, después, me vuelvo para observar la última estatua. Está cubierta por una tela negra que cae sobre ella hasta cubrir el suelo a sus pies. Aun así, resulta imposible pasar por alto la ancha espalda del hombre, y la corona de púas que adorna su

cabeza. Siento un cosquilleo en los dedos que me invita a coger la tela y rasgarla para ver, de una vez por todas, las facciones de ese desconocido.

Hades.

En pocos meses, me habré ganado mi libertad, y podré escapar de esta ciudad para no volver jamás. No tendré otra oportunidad de apreciar el rostro del hombre del saco de Olimpo.

—¿No te parece raro que nunca lo hayan sustituido?

—¿Cuántas veces hemos tenido esta misma conversación? —pregunta Psique resoplando.

—Venga ya. Es raro y lo sabes. Son los Trece, pero en realidad solo son doce. No hay ningún Hades. Hace muchísimo tiempo que no lo hay.

Hades, el jefazo de la zona baja de la ciudad. O, al menos, antes lo era. Es un título hereditario, y hace mucho tiempo que la familia se esfumó. Ahora, en teoría, esa zona pertenece al reino de Zeus y está bajo su gobierno, como todos nosotros, pero se rumorea que Zeus jamás ha cruzado el río. Tanto cruzar el Estigia como dejar Olimpo son dos tareas complejas por la misma razón: se dice que, con cada paso que das para cruzar la frontera, aumenta la sensación de que te va a explotar la cabeza. Nadie experimentaría algo así de manera voluntaria. Ni siquiera Zeus.

Y menos cuando dudo de que los habitantes de la zona baja vayan a lamerle el culo como hace todo el mundo a este lado del río. ¿Aguantar todas esas molestias sin recompensa alguna? No me sorprende que Zeus evite cruzar al otro lado del Estigia, como hacemos los demás.

—Hades es el único de los Trece que jamás ha estado en la zona alta de la ciudad. Ese detalle me hace pensar que era diferente al resto.

—No —responde Psique de manera inexpresiva—. Es fácil creerlo porque está muerto y ese título ya no existe. Pero todos los de los Trece son iguales, hasta nuestra madre.

Tiene razón (como siempre), pero es una fantasía que no puedo quitarme de la cabeza. Estiro el brazo hacia la estatua, pero me detengo antes de tocar con los dedos el rostro de Hades. Lo único que me atrae a este legado perdido es una curiosidad malsana, y ni de lejos me merece la pena saciarla a cambio de los problemas en los que

me metería si sucumbiese a la tentación de levantar el velo negro. Así que bajo la mano.

—¿Qué trama Madre para esta noche?

—Ni idea —suspira Psique—. Ojalá Calisto estuviese aquí. Al menos ella es capaz de frenar a Madre.

Mis tres hermanas y yo encontramos formas dispares de adaptarnos cuando nuestra madre pasó a ser Deméter y nos vimos lanzadas al cegador mundo que solo existe para los Trece. Es tal la extravagancia y el fulgor que posee que casi bastan para desviar la atención de la toxicidad de su esencia. Era adaptarse o morir ahogadas.

Yo me obligué a adoptar el papel de la hija alegre y vivaracha que siempre obedece a su madre, cosa que permitió a Psique ser tranquila y serena, y pasar desapercibida. Eurídice se aferra a cada momento de vida y emoción que encuentra rozando la desesperación. ¿Y Calisto? Bueno, Calisto se enfrenta a nuestra madre con una ferocidad propia de los combates. Estallaría antes de doblegarse, de ahí que nuestra madre la exima de asistir a estas fiestas obligatorias.

—Casi mejor que no esté. Si Zeus se le insinuase, Calisto intentaría destriparlo allí mismo. Y entonces tendríamos un problema de verdad.

La única persona de Olimpo que puede matar a alguien sin sufrir las consecuencias de sus actos es, supuestamente, claro, el mismísimo Zeus. Del resto se espera que sigamos las normas.

—¿Te ha tirado la caña? —me pregunta Psique estremeciéndose.

—No. —Niego con la cabeza sin desviar la mirada de la estatua de Hades.

No, Zeus no me ha tocado, pero durante las últimas fiestas a las que hemos ido he podido sentir su mirada persiguiéndome allá donde iba. Por eso mismo he intentado ponerle una excusa a mi madre, para que no me obligara a venir; pero ella se ha limitado a sacarme de casa a rastras tras ella. Captar la atención de Zeus nunca trae nada bueno. Siempre es igual: las mujeres acaban destrozadas y Zeus se desentiende sin mayor repercusión que un mal titular que empañe su reputación. Hace un par de años se le acusó oficialmente de diversos cargos, y el circo que se formó fue tal que la mujer desapareció antes de que el caso llegara a los tribunales. Si se es optimista, se puede pensar que la susodicha encontró la forma de salir de Olimpo; pero,

siendo realistas, lo más probable es que Zeus la sumara a su presunto recuento de víctimas.

No, lo mejor es evitar a ese hombre en todo momento.

Cosa que sería muchísimo más sencilla si mi madre no fuese una de los Trece.

Al reconocer el elegante repiqueteo de unos tacones contra el suelo de madera se me acelera el corazón. Madre siempre se pasea como si fuese a entablar batalla. Durante un instante, me planteo en serio esconderme detrás de la estatua tapada de Hades. Pero descarto la idea antes de que mi madre aparezca por el umbral de la puerta de la galería de estatuas. Si me escondiese, no haría más que retrasar lo inevitable.

—Así que estáis aquí. —Esta noche lleva un vestido verde intenso que realza su figura y alimenta el papel de madre tierra que ha decidido que mejor encaja con su estilo de mujer responsable de que la ciudad no muera de inanición. Le gusta que la gente aprecie su sonrisa amable y su ayuda, y que pase por alto el hecho de que aniquilará, con mucho gusto, a cualquier persona que intente interponerse en el camino hacia su ambición.

Se detiene ante la estatua de su tocaya, Deméter. La figura de mármol posee unas curvas generosas y está cubierta con un vestido suelto que se funde con las flores que emergen a sus pies. Van a juego con la guirnalda de flores que lleva sobre la cabeza, y luce una sonrisa de serenidad, como si conociera todos los secretos del universo. He pillado un par de veces a mi madre practicando esa misma expresión.

La comisura de los labios de mi madre se curva hacia arriba, pero esa sonrisa no se refleja en sus ojos cuando se dirige a nosotras:

—Deberíais estar relacionándoos con los demás invitados.

—Me duele la cabeza. —Es la misma excusa que me he inventado hace un rato para librarme de la fiesta de esta noche—. Psique ha venido a ver cómo estaba.

—Ajá. —Madre sacude la cabeza—. Os estáis volviendo tan incorregibles como vuestras hermanas.

De haber sabido que ser incorregible era la manera más segura de evitar la intromisión de mi madre, habría adoptado ese papel en vez del que elegí. Ahora ya es demasiado tarde para cambiar mi camino, pero es posible que el dolor de cabeza que he fingido antes se convierta en realidad ante la idea de tener que volver a la fiesta.

—Hoy me iré pronto. Creo que el dolor podría acabar en migraña.

—De eso nada, hija mía —me responde en un tono bastante agradable, aunque su voz es de acero—. Zeus quiere hablar contigo. Y nada puede justificar que lo hagas esperar.

Así, a bote pronto, a mí se me ocurren unas cuantas razones que podrían justificarlo, pero sé que Madre no me escuchará. Aun así, no puedo evitar intentarlo.

—¿Sabes que se comenta que ha matado a sus tres esposas?

—Bueno, es mucho menos enrevesado que un divorcio.

Me quedo perpleja. De verdad, no sé si va en serio o si está de broma.

—Madre...

—Por favor, relajaos. Estáis muy tensas. Confiad en mí, hijas, yo sé lo que os conviene.

Es probable que mi madre sea la persona más lista que conozco, pero sus objetivos no son los míos. Aun así, como no hay forma fácil de librarme de todo esto, me coloco junto a Psique y ambas la seguimos al pasillo marchando al mismo son. Por un momento, me parece sentir la intensa mirada de la estatua de Hades sobre mí, pero no es más que una ilusión. El título de Hades está muerto. Y, aunque siguiera vivo, mi hermana tendría razón: sería tan malo como el resto de los Trece.

Salimos de la sala de las estatuas y recorremos el largo pasillo que nos lleva de vuelta a la fiesta; es como el resto de las cosas de la torre Dodona: enorme, desmesurado y opulento. Es, por lo menos, el doble de ancho de lo necesario, y cada puerta que dejamos atrás es unos treinta centímetros más alta que una normal como poco. Unas cortinas de un rojo potente cuelgan del techo al suelo; ahora mismo están descorridas a cada lado de las puertas, un toque añadido de extravagancia que seguramente este sitio no necesita. Cualquiera pensaría que está recorriendo un palacio en vez de un rascacielos que se alza por encima del resto de los edificios de la zona alta de la ciudad. Como si se pudiera olvidar que Zeus se ha otorgado a sí mismo el título de rey de los tiempos modernos. La verdad, me sorprende que no se pasee por la ciudad con una corona a juego con la de su estatua.

El salón donde se sirve el banquete es más de lo mismo. Una

estancia descomunal y muy amplia, con ventanales a lo largo de toda una pared y un par de puertas de cristal que dan a una terraza que escudriña desde lo alto la ciudad. Estamos en la azotea del rascacielos, y la vista es espectacular. Desde este lugar, se puede otear gran parte de la zona alta de la ciudad, y la serpenteante franja de oscuridad que es el río Estigia. ¿Y al otro lado del río? La zona baja de la ciudad. Desde aquí no parece muy distinta de la zona alta, pero, dada la incapacidad de la mayoría de nosotros para llegar hasta allí, esa zona baja de la ciudad bien podría estar en la luna.

Esta noche, las puertas de la terraza están cerradas a cal y canto para evitar que el gélido viento invernal cause molestias a cualquier invitado. En vez de las vistas de la ciudad, la oscuridad tras el cristal se ha convertido en un reflejo distorsionado de la sala. Los invitados llevan sus mejores galas: un arcoíris de vestidos largos y esmóquines de diseño, destellos de joyas y telas excesivamente caras. Todo ello crea un caleidoscopio mareante, al tiempo que los invitados atraviesan la multitud, relacionándose, haciendo contactos y destilando bilis de los labios pintados de color carmesí. Me recuerda a los laberintos de espejos. Nada de lo que se refleja es lo que parece, a pesar de toda su supuesta belleza.

Colgando de las tres paredes restantes de la sala hay varios retratos enormes de los doce miembros activos de los Trece. Son pinturas al óleo, una tradición que se remonta a los orígenes de Olimpo. Como si los Trece creyeran de verdad que son como los monarcas de tiempos pasados. A decir verdad, el artista se tomó ciertas libertades creativas con algunos de los miembros. Destaca la versión más joven de Ares, que no se parece en nada al susodicho. El paso del tiempo cambia a las personas, pero Ares jamás tuvo la mandíbula tan cuadrada ni la espalda tan ancha. Además, el pintor lo representó con una espada colosal en la mano, y sé de buena tinta que Ares se granjeó su posición tras someterse a la palestra, no a la guerra. Aunque, bueno, supongo que esa historia no contribuye a la majestuosidad de una imagen.

No cualquier persona es capaz de cotillear, socializar y traicionar a los demás mientras sus iguales la miran por encima del hombro, pero el grupo de los Trece está compuesto por monstruos de esa clase.

Madre se abre paso en la multitud, la mar de cómoda entre el resto de los tiburones. Tras casi diez años ocupando el puesto de

Deméter, sigue siendo una de las últimas incorporaciones al grupo de los Trece, pero se mueve en estos círculos como si hubiese nacido para ello y no como si el pueblo no la hubiese elegido, como siempre ocurre con el título de Deméter.

Los invitados se apartan para no interponerse en su camino y, mientras la sigo para mezclarnos entre la gran variedad de colores brillantes que componen la fiesta, noto miradas sobre nosotras. Puede que estas personas parezcan pavos reales por cómo se esfuerzan por sobresalir en estos eventos, pero sus ojos son fríos y despiadados para cualquiera. En esta sala no tengo ni un solo amigo; solo gente que quiere utilizarme como trampolín para abrirse camino y obtener más poder, cueste lo que cueste. Es una lección que aprendí pronto y por las malas.

Dos personas se apartan para dejar paso a mi madre, y vislumbro el rincón de la sala que siempre me esfuerzo por evitar cuando venimos a la torre Dodona. En ese rincón hay un trono en el sentido estricto de la palabra, un llamativo asiento de oro, plata y cobre. Las patas macizas se curvan hacia arriba, hasta los brazos, y el respaldo se extiende para dar la sensación de una nube de tormenta. Tan peligrosa y eléctrica como su dueño, quien quiere asegurarse de que nadie lo olvide nunca.

Zeus.

Si los Trece gobiernan Olimpo, Zeus gobierna a los Trece. El título es una herencia familiar, que pasa de padres a hijos, un linaje que se remonta a la fundación de la ciudad. Han pasado décadas desde que nuestro actual Zeus ocupó su lugar, desde que asumió el cargo a los treinta años.

Ahora ya tiene unos sesenta. Supongo que se le podría considerar atractivo si por atractivo entendemos un hombre blanco, fornido, con una risa escandalosa y una barba llena de canas. A mí se me eriza la piel. Cada vez que me mira con esos ojos, de un azul apagado, me siento como un animal en una subasta. Menos que un animal, a decir verdad. Un jarrón bonito, o puede que una estatua. Algo que se pueda poseer.

Si se te rompe un jarrón bonito, es bastante fácil comprar otro para reemplazarlo. O, al menos, lo es si eres Zeus.

Madre reduce la marcha, lo cual obliga a Psique a retroceder un par de pasos, y me coge de la mano. Me da un fuerte apretón para

expresar su silenciosa advertencia de que me comporte, pero es todo sonrisas cuando se dirige a él.

—¡Mira a quién me he encontrado!

Zeus extiende la mano, y no puedo sino colocar la mía sobre la suya y permitirle que deposite un beso en mis nudillos. Sus labios rozan mi piel un microsegundo, y siento cómo los pelillos de la nuca se me ponen de punta. Cuando me suelta la mano, tengo que contener el impulso de limpiarme el dorso en el vestido. Mi instinto me grita que corro peligro.

Tengo que plantar bien los pies en el suelo para no caer en la tentación de darme la vuelta y salir corriendo. De todas formas, no llegaría muy lejos. No con mi madre obstaculizándome el camino. No con la brillante multitud de invitados que observa esta escenita como buitres que han notado el olor a sangre en el ambiente. A esta gente lo que más le gusta es el drama, y montar una escena con Deméter y Zeus me comportará unas consecuencias con las que no quiero lidiar. En el mejor, y repito, mejor de los casos, mi madre se enfadaría. En el peor, me arriesgo a protagonizar los titulares de la prensa rosa, y eso me metería en un lío de los gordos. Lo mejor será capear el temporal hasta que pueda escapar.

La sonrisa de Zeus se pasa un poquito de afable.

—Perséfone. Esta noche estás preciosa.

El corazón me late como si fuera un pajarillo intentando escapar de su jaula.

—Gracias —susurro. Tengo que calmarme, disipar mis emociones. Zeus es célebre por ser un hombre que disfruta con la angustia de cualquiera más débil que él. Y no pienso darle la satisfacción de saber que me asusta. Es el único poder que tengo en esta situación, y me niego a renunciar a él.

Zeus se acerca más, rozando el límite de mi espacio personal, y baja la voz.

—Me alegra tener por fin la oportunidad de hablar contigo. Llevo meses intentando abordarte. —Sonríe, pero esa sonrisa no se refleja en su mirada—. El tiempo suficiente para pensar que me estás evitando.

—Claro que no.

No puedo retroceder sin chocarme con mi madre, pero... considero esa opción un par de segundos antes de descartarla. Madre jamás me perdonaría si montara una escenita ante el todopoderoso

Zeus. «Venga, aguanta, puedes con esto.» Esbozo una brillante sonrisa mientras empiezo a recitar el mantra que me ha ayudado a sobrellevar este último año.

«Tres meses.» Solo noventa días me separan de la libertad. Noventa días hasta que pueda acceder a mi herencia y usarla para salir de Olimpo. «Puedo sobrevivir a esto. Sobreviviré.»

Zeus me mira con una gran sonrisa en el rostro, todo afable sinceridad.

—Sé que esta no es la proposición más convencional, pero ha llegado al momento de hacer el anuncio.

—¿El anuncio? —repito perpleja.

—Claro, Perséfone. —Mi madre se acerca y, al mirarme, le salen dagas de los ojos—. El anuncio.

Está intentando transmitirme algo directamente al cerebro, pero no tengo ni idea de qué está pasando ahora mismo.

Zeus reclama mi mano y mi madre prácticamente me empuja para que lo siga mientras el hombre se encamina a la parte delantera de la sala. Le lanzo una mirada desquiciada a mi hermana, pero Psique está tan asombrada como yo ahora mismo. ¿Qué está pasando?

La gente calla a nuestro paso, y siento sus miradas como si fuesen un millón de agujas que se me clavan en la nuca. En esta sala no tengo ni un solo amigo. Madre diría que la culpa es mía por no haber hecho contactos tal como ella me ordenaba una y otra vez. Lo intenté. De verdad que lo intenté. Me llevó todo un mes darme cuenta de que los insultos más despiadados se proferían con sonrisas dulces y palabras de cariño. Después de que mi primera invitación a una comida acabara con una cita incorrecta de mis palabras en los titulares de las revistas de cotilleo, me rendí. Nunca seré tan buena en este juego como el resto de las víboras que hay aquí. Odio las fachadas falsas, los insultos vedados y los cuchillos ocultos tras palabras y sonrisas. Quiero una vida normal, pero eso es imposible con una madre dentro de los Trece.

Al menos, es imposible en Olimpo.

Zeus se detiene al frente de la sala, y coge una copa de champán, que se ve absurda en su enorme mano, como si fuera a hacerla añicos con un roce brusco. Alza la copa y los últimos murmullos que resonaban en la habitación se apagan. Zeus mira a los invitados con una amplia sonrisa en el rostro; no es difícil ver por qué sienten tal

devoción por él a pesar de los rumores que circulan sobre su persona. Es casi como si el hombre rezumara carisma por los poros.

—Amigos míos, no he sido completamente sincero con vosotros.

—Menuda sorpresa —dice alguien al fondo de la sala, y provoca una risa débil que se extiende por toda la estancia.

Zeus se une a sus risas.

—Si bien en teoría estamos aquí para votar sobre los nuevos convenios comerciales con el Sabine Valley, también tengo un pequeño anuncio que hacer. Hace mucho que debería haber encontrado una nueva Hera para completar nuestro grupo. Y por fin he tomado una decisión.

Entonces me mira, y esa es la única advertencia que recibo antes de que pronuncie las palabras que encienden mis sueños de libertad en llamas con tanta fiereza que lo único que puedo hacer es verlos reducirse a cenizas.

—Perséfone Dimitriou, ¿quieres casarte conmigo?

No puedo respirar. Su presencia ha acabado con todo el aire de la habitación, y la luz brilla con demasiada intensidad. Me balanceo sobre los talones, y solo me mantengo en pie gracias a la pura fuerza de voluntad. ¿El resto de los presentes se abalanzarán sobre mí como una jauría de lobos si me desmayo ahora mismo? No lo sé y, como no lo sé, debo mantenerme en pie. Abro la boca, pero no consigo articular palabra.

Al otro lado, mi madre me empuja hacia delante, toda sonrisas radiantes y un tono de alegría en la voz.

—¡Claro que quiere! Para ella será todo un honor. —Me da un codazo en las costillas—. ¿Verdad que sí?

Negarme no es una opción. Estamos hablando de Zeus, el rey a todos los efectos. Coge lo que quiere cuando le place y, si lo humillo aquí, delante de las personas más poderosas de la ciudad de Olimpo, toda mi familia pagará las consecuencias. Así que trago saliva.

—Sí.

La multitud prorrumpe en vítores, y sus gritos me marean. Veo que alguien está grabando toda la escena con el móvil y sé, sin un atisbo de duda, que dentro de una hora ese vídeo estará en internet, y que para mañana ya abrirá todos los telediarios de la ciudad.

La gente se acerca a nosotros para felicitarnos (bueno, en realidad para felicitarlo a él, a Zeus), y él se aferra a mi mano con

firmeza durante todos los buenos deseos. Me quedo mirando las caras que se desdibujan ante mí, mientras un maremoto de odio va creciendo en mi interior. A estas personas no les importo nada. Pero eso lo sé, claro. Lo he sabido desde el primer instante en que me relacioné con ellas, desde el momento en que ascendimos a este círculo social abovedado gracias a la nueva posición de mi madre. Pero ahora esto ya es algo totalmente diferente.

Todos conocemos los rumores que corren sobre Zeus. Y cuando digo todos, es todos. Ya ha tenido tres Heras (tres esposas) durante su mandato como dirigente de los Trece.

Tres esposas muertas.

Si dejo que este hombre me ponga su anillo en el dedo, sería casi como dejarle ponerme un collar y una correa alrededor del cuello. Jamás volveré a ser yo, Perséfone, sino que me convertiré en una extensión de su persona hasta que se aburra de mí también, y reemplace la correa por un ataúd.

Nunca escaparé de Olimpo. No hasta que Zeus muera y el mayor de sus hijos herede el título. Podrían pasar años. Décadas, incluso. Y eso, claro, siendo atrevida y suponiendo que voy a vivir más años que él, y que no voy a acabar a tres metros bajo tierra como las otras Heras antes de mí.

Siendo sincera, no me gusta nada cómo pinta la cosa.

2

Perséfone

La fiesta continúa a mi alrededor, pero no puedo centrarme en nada. Las caras se emborronan, los colores se fusionan en uno solo, el ruido de las efusivas atenciones no es más que un zumbido en mis oídos. Se me forma un grito en el pecho, el sonido de una pérdida que es excesiva para mi cuerpo, pero no puedo dejarlo escapar. Si comienzo a gritar, no me cabe duda de que no podré parar nunca.

Le doy un trago al champán con los labios adormecidos, la mano que tengo libre me tiembla tanto que el líquido salpica por la copa. Psique aparece ante mí como por arte de magia y, aunque luce una inexpresividad inquebrantable en el rostro, prácticamente les dispara láseres con los ojos tanto a nuestra madre como a Zeus.

—Perséfone, tengo que ir al baño. ¿Me acompañas?

—Pues claro.

Apenas sueno a mí misma. Casi tengo que soltarme de un tirón de la mano de Zeus y no puedo pensar más que en esas zarpas carnosas sobre mi cuerpo. Ay, madre, creo que voy a vomitar.

Psique me saca a toda prisa del salón de baile usando su voluptuoso cuerpo como escudo para protegerme; esquiva a quienes vienen a darme la enhorabuena como si fuera mi guardaespaldas personal. Tampoco es que en el pasillo se esté mejor. Las paredes se ciernen sobre mí. Veo la huella de Zeus por todas partes. Si me caso con él, también me marcará a mí.

—No puedo respirar —jadeo.

—Sigue andando.

Me insta a pasar de largo el baño, doblamos la esquina y llegamos al ascensor. La sensación de claustrofobia empeora cuando las puertas se cierran y nos aprisionan en el espacio lleno de espejos.

Observo mi reflejo. Tengo los ojos desorbitados y mi piel está pálida, desprovista de todo color.

No puedo dejar de temblar.

—Voy a vomitar.

—Ya casi estamos, ya casi estamos.

Me saca prácticamente a rastras del ascensor en cuanto se abre la puerta, instándome a recorrer otro amplio vestíbulo de mármol hasta dar con una puerta lateral. Nos colamos en uno de los tantos patios que rodean el edificio, en un jardín cuidado con demasiado esmero para encontrarse en plena ciudad. Ahora mismo está latente, recubierto por una fina capa de nieve que ha comenzado a caer mientras nos encontrábamos dentro. El frío me atraviesa como un cuchillo, aunque aprecio el escozor. Cualquier cosa es mejor que pasar un segundo más dentro de esa sala.

La torre Dodona está en pleno centro de Olimpo; es una de las últimas propiedades del grupo entero de los Trece y no de alguno de ellos de forma individual, aunque todo el mundo sabe que, más bien, la posee Zeus en todos los sentidos. Es un rascacielos colosal que, cuando era demasiado pequeña para conocer su historia, consideraba casi mágico.

Psique me guía hasta un banco de piedra.

—¿Quieres poner la cabeza entre las rodillas?

—No servirá de nada.

El mundo no dejará de girar. Tengo que... no sé qué. No sé qué se supone que debo hacer. Siempre he visto el camino que he de seguir ante mí; abriéndose paso a medida que se sucedían los años hasta llegar a mi objetivo final. Siempre ha estado muy claro. Acabar el máster aquí, en Olimpo, cosa que le prometí a mi madre. Esperar hasta cumplir los veinticinco, acceder a mi herencia y después utilizar el dinero para largarme. Cuesta cruzar la frontera que nos separa del resto del mundo, pero no es imposible. No si te ayuda la gente indicada, y mi dinero me garantiza que ese será el caso. Después seré libre. Podré mudarme a California para hacer un doctorado en Berkeley. Una nueva ciudad, una nueva vida, un comienzo de cero.

Ahora ya no puedo ver nada.

—No me puedo creer lo que ha hecho. —Psique empieza a caminar de un lado a otro, sus movimientos son bruscos y furiosos, el cabello oscuro que tanto se parece al de nuestra madre va de lado a

lado con cada paso que da—. Calisto va a matarla. Sabía de sobra que no querías formar parte de esto y, aun así, te ha obligado.

—Psique... —La garganta me arde y noto que se me cierra, además de una opresión en el pecho. Como si me hubieran apuñalado y me acabara de dar cuenta—. Mató a su última mujer. A sus tres últimas mujeres.

—Eso no lo sabes —contesta de manera automática, pero evita mirarme.

—Aunque no lo sepa... Madre sí que sabía que todo el mundo lo cree capaz de ello, pero le ha dado igual. —Me abrazo a mí misma. No sirve para detener mis escalofríos—. Me ha vendido para cimentar su poder. Ya es una de los Trece. ¿Es que eso no le basta?

Psique se coloca en el banco que tengo al lado.

—Encontraremos el modo de salir de esta. Solo necesitamos tiempo.

—Él no va a darme tiempo —enuncio de forma monótona—. Va a apresurar la boda, al igual que ha hecho con la pedida.

¿De cuánto tiempo dispongo? ¿De una semana? ¿De un mes?

—Deberíamos llamar a Calisto.

—No. —Estoy a punto de gritar, pero me esfuerzo por bajar la voz—. Como se lo cuentes, se plantará aquí y montará una escenita.

En lo que a Calisto se refiere, eso puede significar que le grite a nuestra madre... o que se quite uno de los tacones de aguja que tanto le gustan e intente clavárselo a Zeus en la garganta. Sea como fuere, habrá consecuencias, y no puedo permitir que mi hermana mayor cargue con el peso de haberme protegido.

Tendré que pensar en cómo librarme de esta yo solita.

Como sea.

—Quizá, llegadas a este punto, montar una escena nos venga bien.

Ay, mi querida Psique, sigue sin comprenderlo. Como hijas de Deméter, tenemos dos opciones: o jugamos según las reglas de Olimpo, o abandonamos la ciudad para siempre. No hay más. Una no se puede rebelar contra el sistema sin pagar un precio, y las consecuencias son demasiado severas. Si una de nosotras rompe las normas, eso creará un efecto dominó que afectará a todo aquel vinculado a nosotras. Ni siquiera el que Madre sea una de las Trece nos salvaría si llegara a darse el caso.

Debería casarme con él. Eso garantizaría la seguridad de mis hermanas; o al menos toda la seguridad que pueda haber en este nido de víboras. Es lo correcto, aunque me ponga enferma solo de pensarlo. Como si me respondiera, el estómago me da un vuelco y apenas tengo tiempo de llegar a los arbustos más cercanos para vomitar. Tengo la vaga sensación de que mi hermana me aparta el pelo de la cara y me acaricia la espalda en círculos para calmarme.

Debería hacerlo... pero no puedo.

—No puedo hacerlo.

Pronunciarlo en voz alta hace que parezca más real. Me limpio y me obligo a ponerme en pie.

—Hay algo que no cuadra. Es imposible que Madre te concierte un matrimonio con un hombre que podría hacerte daño. Es ambiciosa, pero nos quiere. No nos pondría en peligro.

Hubo un tiempo en el que habría estado de acuerdo. Después de lo de esta noche, ya no sé qué creer.

—No puedo hacerlo —repito—. No pienso hacerlo.

Psique rebusca en su bolso de fiesta y saca un paquete de chicles. Cuando le hago una mueca, se encoge de hombros.

—No dejes que tu aliento a vómito opaque una declaración de intenciones que podría cambiarte la vida.

Me tomo el chicle y sí que es cierto que el sabor a menta me ayuda a centrarme.

—No puedo hacerlo —vuelvo a repetir.

—Sí, ya lo has dicho.

No me reprocha lo difícil que va a resultar librarme de esta. Tampoco enumera todas las razones por las que rebelarme nunca saldrá como yo quiero. No soy más que una mujer en contra de todo el poder que Olimpo puede aunar. Quebrantar las normas no es una opción. Harán que me arrodille ante ellos antes que dejarme marchar. Ya iba a gastar todos mis recursos para escapar de esta ciudad. Ahora que Zeus me ha reclamado como suya... ni siquiera sé si será posible.

Psique me coge las manos.

—¿Qué vas a hacer?

El pánico me estalla en la cabeza. Comienzo a sospechar que, si entro de nuevo en el edificio, jamás volveré a salir. Parece que esté paranoica, pero la forma de actuar de Madre durante estos últimos días me estaba escamando, y mira cómo ha acabado todo. No, no

puedo permitirme hacer caso omiso a mis instintos. Ya no. O quizá el miedo me nuble la mente. Ni lo sé, ni me importa. Solo sé que no puedo regresar de ninguna de las maneras.

—¿Puedes ir a buscar mi bolso? —Me lo he dejado arriba, y también el móvil—. Y dile a Madre que no me encuentro bien, así que me voy a casa.

Psique ya está asintiendo.

—Pues claro. Lo que necesites.

Cuando se marcha, me lleva diez segundos reparar en que irme a casa no resolverá ninguno de mis problemas. Madre vendrá a por mí para llevarme con mi nuevo prometido, dispuesta a atarme si hace falta. Me paso las manos por la cara.

No puedo irme a casa, no puedo quedarme aquí, no puedo ni pensar.

Me levanto de golpe y me dirijo a la entrada del patio. Debería esperar a que volviera Psique, debería dejar que me sumiera en algo parecido a la calma. Es igual de ingeniosa que Madre; con algo de tiempo, se le ocurrirá una solución. Pero que se involucre significa arriesgarse a que Zeus la castigue conmigo en cuanto se percate de lo desesperada que estoy por librarme de que me ponga un anillo en el dedo. Si existe la oportunidad de ahorrarles a mis hermanas las consecuencias de mis actos, estoy dispuesta a hacerlo. Madre y Zeus no tendrán razón para castigarlas si no han tenido nada que ver en mi oposición a este matrimonio.

Tengo que escaparme y tengo que hacerlo sola. Ahora.

Doy un paso, luego otro. Casi me detengo cuando llego a las inmediaciones del grueso arco de piedra que conduce a la calle; casi dejo que mi miedo imprudente me haga fracasar y me haga dar la vuelta para rendirme a la correa que tanto Zeus como Madre tantas ganas tienen de ponerme alrededor del cuello.

«No.»

Siento esa única palabra como un grito de guerra. Salgo a toda prisa hacia delante, atravieso la entrada hasta llegar a la acera. Acelero el paso, camino enérgica dirigiéndome hacia el sur por instinto. Lejos de la casa de mi madre. Lejos de la torre Dodona y de todos los depredadores que se alojan dentro. Si consigo poner distancia de por medio, podré pensar. Es lo que necesito. Si consigo ordenar mis pensamientos, podré trazar un plan y encontraré la forma

de escapar de este desastre.

El viento se levanta a medida que camino, me atraviesa el fino vestido como si no existiera. Me apresuro, mis tacones repiquetean por la acera de un modo que me recuerda a mi madre, lo cual solo sirve para que acuda a mi mente lo que ha hecho.

Me trae sin cuidado que sea probable que Psique tenga razón; que sin duda Madre se guardará un as en la manga con el que no pondría mi cabeza en bandeja. Sus planes no cambian nada. No me lo ha contado, no me ha dado el beneficio de la duda, se ha limitado a sacrificar a su peón para acceder al rey. Me pone enferma.

Los prominentes edificios del centro de Olimpo ayudan un poco a cortar el viento, pero, cada vez que cruzo una calle, este sopla con fuerza desde el norte y hace que el vestido me golpee las piernas como un látigo. Al provenir del agua de la bahía, la sensación es de aún más frialdad, es de una gelidez que me duele al respirar. Tengo que salir del vendaval, pero me cuesta imaginarme dándome la vuelta y volviendo a la torre Dodona. Prefiero congelarme.

Me río con sequedad ante la absurdez de la idea. Sí, así aprenderán. Si pierdo unos cuantos dedos de las manos y los pies por congelación, seguro que les dolerá más a mi madre y a Zeus que a mí misma. No sé si es el pánico o el frío lo que hace que me comporte como una lunática.

El centro de Olimpo es tan refinado como la torre de Zeus. Todos los escaparates crean un estilo unificado, elegante y minimalista. Metal, cristal y piedra. Es bonito, pero sin alma, al fin y al cabo. La única señal de la clase de negocios que se encuentran tras las varias puertas de cristal son los exquisitos letreros verticales con el nombre de las tiendas. Cuanto más te alejas del centro, más se va filtrando el estilo individual y el carácter de cada barrio; pero esto está cerca de la torre Dodona, Zeus lo controla todo.

Si nos casamos, ¿me encargará ropa para que encaje a la perfección en su estética? ¿Supervisará mis visitas a la peluquería para moldearme a la imagen que él desea? ¿Controlará lo que hago, lo que digo, lo que pienso? Me estremezco solo de pensarlo.

Tardo tres manzanas en percatarme de que mis pasos no son los únicos que oigo. Miro por encima del hombro y me topo con dos hombres que van media manzana por detrás de mí. Acelero el paso, pero no puedo quitarme la sensación de que soy su presa.

A estas horas, todas las tiendas y negocios de la zona del centro están cerrados. A unos cuantos bloques de aquí se oye una música que debe de provenir de algún bar todavía abierto. Quizá podría perderlos de vista allí y, de paso, entrar en calor.

Giro a la izquierda en la siguiente esquina, sigo la dirección de la que viene el ruido. Vuelvo a mirar por encima de mi hombro y solo hay un hombre detrás de mí. ¿Adónde ha ido el otro?

Mi pregunta se responde unos segundos más tarde, cuando aparece en la siguiente intersección a mi izquierda. No está bloqueando la calle, pero mi instinto me dice que me mantenga lo más alejada posible de él. Viro a la derecha, dirigiéndome hacia el sur una vez más.

Cuanto más me alejo del centro, más empiezan a salirse los edificios del molde. Empiezo a ver basura por la calle. Varios de los negocios tienen tablones de madera en las ventanas. Incluso hay un par de carteles de EMBARGADO pegados en las puertas sucias. A Zeus solo le preocupa aquello que puede ver, y parece ser que su mirada no va más allá de esta manzana.

Quizá es el frío, que me congela el cerebro, pero me lleva demasiado tiempo percatarme de que me están conduciendo al río Estigia. Un auténtico miedo me aferra entre sus fauces. Como me acorralen contra sus orillas, estaré atrapada de verdad. Solo hay tres puentes entre las zonas alta y baja de la ciudad, pero nadie los utiliza; no desde que murió el último Hades. Cruzar el río está prohibido. Si las leyendas son ciertas, en realidad no es posible hacerlo sin pagar un precio terrible por ello.

Y eso si consigo llegar al río siquiera.

El terror me da alas. Dejo de preocuparme por lo mucho que me duelen los pies con estos ridículos e incómodos tacones. Apenas noto el frío. Tiene que haber una forma de darles esquinazo a mis acosadores, de encontrar a alguien que pueda ayudarme.

Ni siquiera tengo el puto móvil.

Mierda, no debería permitir que las emociones me sobrepasen. Si hubiera esperado a que Psique me trajera el bolso, nada de esto estaría sucediendo... ¿Verdad?

El tiempo deja de existir. Los segundos se miden en cada violenta exhalación que me atraviesa el pecho. No puedo pensar, no puedo parar, estoy casi corriendo. Cómo me duelen los pies.

Al principio, apenas registro el sonido del río. Es casi imposible oír por encima de mi propio aliento entrecortado. Pero, entonces, ahí está, ante mis ojos: un cordón húmedo y oscuro, con demasiada corriente para nadar en él, incluso si fuera verano. En invierno, es una sentencia de muerte.

Me doy la vuelta y veo que los hombres están más cerca. No puedo diferenciar sus rostros entre las sombras. Es en ese momento cuando me doy cuenta del silencio en el que se ha sumido el lugar. El sonido de aquel bar apenas es un murmullo en la distancia.

Nadie va a venir a salvarme.

Nadie sabe siquiera que estoy aquí.

El hombre de la derecha, el más alto de los dos, se ríe de un modo que hace que mi cuerpo luche contra escalofríos que nada tienen que ver con el frío.

—A Zeus le apetece charlar.

Zeus.

¿Pensaba que la cosa no podía ponerse peor? Seré estúpida... Estos no son depredadores aleatorios. Los han enviado a por mí como perros de caza que persiguen a una liebre a la fuga. ¿De verdad me había creído que se quedaría de brazos cruzados y me dejaría escapar? Eso parece, pues la estupefacción me arrebata el poco juicio que me quedaba. Si dejo de correr, me pillarán y me devolverán a mi prometido. Me encerrará. No me cabe duda alguna de que no tendré otra oportunidad de escapar.

No pienso. No planeo nada.

Me quito los tacones de una patada y corro como si me fuera la vida en ello.

A mis espaldas, los hombres lanzan improperios y después resuenan sus pisadas. Demasiado cerca. El río dibuja una curva y yo sigo la orilla. Ni siquiera sé adónde me dirijo. Lejos. Tengo que huir. No me importa guardar las apariencias. Me tiraría al mismísimo río helado para escapar de Zeus. Cualquier cosa es mejor que el monstruo que gobierna la zona alta de la ciudad.

El puente Ciprés se alza ante mis ojos; es una antigua estructura de piedra con columnas más anchas que yo y dos veces más altas, que crean un arco que da la impresión de dejar atrás este mundo.

—¡Detente!

Ignoro el grito y atravieso el arco a toda prisa. Duele. Joder, me

duele todo. Me escuece la piel como si una barrera invisible me la hubiera dejado en carne viva y parece que estoy corriendo sobre cristales. Ahora no puedo detenerme, no cuando están tan cerca. Apenas me percato de la niebla que se alza a mi alrededor saliendo en ondas del río.

Estoy a mitad del puente cuando atisbo a un hombre plantado en la otra orilla. Va envuelto en un abrigo negro, con las manos en los bolsillos; la niebla se le arremolina en las piernas, como un perro lo haría con su amo. Una idea rocambolesca que demuestra que no estoy bien. Me quedo corta si digo que no estoy bien.

—¡Socorro! —No sé quién es el desconocido, pero será mejor que quienes me persiguen—. ¡Por favor, ayuda!

No se mueve.

Cojeo, el cuerpo me empieza a fallar por el frío, el miedo y el raro dolor punzante que me produce cruzar el puente. Tropiezo, casi me desplomo de rodillas y mi mirada se encuentra con la del desconocido. Suplicante.

Me mira desde arriba, todavía una estatua envuelta en negro, durante lo que se me antoja una eternidad. Después parece tomar una decisión: levanta la mano con la palma extendida hacia mí, me invita a cruzar lo que queda del río Estigia. Por fin estoy lo bastante cerca para apreciar su melena y su morena barba; para adivinar la intensidad de sus ojos oscuros a la par que una extraña tensión vibrante parece amainar en el aire que me rodea. Esto me permite recorrer a duras penas esos últimos pasos que quedan hasta el otro lado sin sentir dolor alguno.

—Ven —dice sin más.

Desde las profundidades de mi miedo, la mente me grita que estoy cometiendo un error terrible. No me importa. Hago acopio de las fuerzas que me quedan y corro hacia él.

No sé quién es este desconocido, pero cualquiera es mejor que Zeus.

Sin importar el precio.

3

Hades

Esa chica no vive en mi lado del río Estigia. Y ya solo ese hecho debería bastarme para apartarme de ella, pero no se me escapa su ligera cojera al correr. Ni tampoco que va descalza y sin un puto abrigo en pleno enero. Ni la súplica que se refleja en sus ojos.

Por no hablar de los dos hombres que la persiguen e intentan alcanzarla antes de que logre llegar a este lado del río. No quieren que cruce el puente, lo cual me dice todo lo que necesito saber: le deben lealtad a uno de los Trece. Los ciudadanos corrientes de Olimpo evitan cruzar el río; prefieren permanecer en sus respectivos lados del Estigia sin llegar a comprender del todo qué es lo que los hace dar media vuelta cuando llegan a uno de los tres puentes. Pero esos dos hombres se comportan como si supiesen que no podrán alcanzarla en cuanto ponga un pie en esta orilla del río.

—Date prisa —le digo y la animo con un gesto de la mano.

La chica mira a su espalda, y el terror brota de su cuerpo con la misma fuerza que lo habría hecho de haber empezado a gritar. A la joven le asustan más esos hombres que yo, algo que podría ser revelador si dejara de darle tantas vueltas al asunto. Está a punto de llegar a mi lado, está a unos metros de distancia.

Y es en ese instante cuando me percato de que la conozco. He visto esos enormes ojos avellana y ese precioso rostro en la portada de todas las páginas de cotilleo a las que les encanta perseguir a los Trece y a sus amigos y allegados. Esta chica es la segunda hija de Deméter, Perséfone.

¿Qué está haciendo aquí?

—Por favor —vuelve a jadear.

No tiene adónde ir, adónde escapar. Están a un lado del puente.

Yo estoy al otro. Debe de estar muy desesperada para cruzarlo, para atravesar a empujones las barreras invisibles y confiarle su seguridad a un hombre como yo.

—Corre —repito.

El acuerdo me impide ir a por ella, pero en cuanto esa joven llegue a mí...

Tras ella, los hombres aceleran el ritmo y echan a correr a toda velocidad en un intento por atraparla antes de que llegue a mí. La joven ha perdido fuerzas, y su cojera es cada vez más evidente, tanto que parece que se ha hecho daño. O quizá no es más que consecuencia del puro agotamiento. A pesar de todo, Perséfone avanza a trompicones, decidida.

Cuento los metros que faltan a medida que los recorre. «Seis metros. Cuatro. Tres. Un metro y medio...»

Los hombres la siguen de cerca. Muy de cerca, joder. Pero las normas son las normas, y ni siquiera yo puedo romperlas. Tiene que llegar a esta orilla del río ella sola. Paso por alto a la joven y me centro en ellos, y entonces caigo en la cuenta de que sé quiénes son. Los conozco; tengo expedientes sobre ellos desde hace años. Son dos sicarios que trabajan para Zeus bajo cuerda y se ocupan de tareas que el gran dirigente prefiere que sus adoradores desconozcan.

Que estén aquí, persiguiendo a esta chica, significa que está pasando algo gordo. A Zeus le gusta lo de jugar con sus presas, pero tengo claro que no intentaría jugar a ese juego con una de las hijas de Deméter, ¿no? Qué más da. La joven está a punto de salir de su territorio... para entrar en el mío.

Y, entonces, milagrosamente, lo consigue.

Sujeto a Perséfone por la cintura en cuanto llega a este lado del puente, le doy la vuelta y la estrecho contra mi pecho. En mis brazos parece incluso más pequeña, más frágil, y la ira se cuece a fuego lento en mi interior mientras ella no deja de temblar. Esos desgraciados han estado un buen rato persiguiéndola, aterrorizándola siguiendo sus órdenes. No me cabe la menor duda de que es una especie de castigo: a Zeus siempre le ha gustado empujar a la gente al Estigia, permitiendo que su miedo aumente con cada manzana que superan hasta que queda atrapada a orillas del río. Perséfone es una de las pocas personas que han intentado llegar a uno de los puentes. Afrontar lo que ocurre al cruzar el puente sin invitación es muestra de

una gran fuerza interior, ya ni hablemos de llegar a cruzarlo de verdad. Y eso es algo que respeto.

Pero esta noche todos tenemos un papel que interpretar y, aunque no tengo intención de hacerle daño a esta chica, la realidad es que es un as que me ha caído del cielo a las manos. Es una oportunidad que no pienso dejar escapar.

—Quédate quieta —susurro.

Perséfone se queda inmóvil, y lo único que hace es jadear al exhalar e inhalar el aire.

—¿Quién...?

—Ahora no.

Me esfuerzo al máximo para hacer caso omiso de sus escalofríos por un momento y le rodeo el cuello con una mano mientras espero que esos dos lleguen a nosotros. No le estoy haciendo daño, pero ejerzo un mínimo de presión para que no se mueva; para que todo resulte más convincente. Ella se queda quieta contra mi cuerpo. No sé si lo hace por una confianza motivada por el instinto, por miedo o por agotamiento, pero poco importa.

Los hombres se detienen trastabillando, incapaces y poco dispuestos a reducir la distancia que se extiende entre nosotros. Estoy en la orilla de la zona baja de la ciudad. Yo no he roto las normas, y ellos lo saben. El de la derecha me fulmina con la mirada.

—La chica que tienes ahí es la mujer de Zeus.

Perséfone se pone tensa entre mis brazos, pero yo la ignoro. Recurro a mi rabia y la inyecto en mi voz al hablar en un tono gélido:

—Pues no debería haber dejado que su pequeña mascota se paseara tan lejos de su protección.

—Estás cometiendo un error. Un gran error.

Falso. Esto no es un error. Es la oportunidad que llevo treinta putos años esperando encontrar. Una oportunidad para golpear de lleno en el corazón del resplandeciente imperio de Zeus. De arrebatarle a alguien especial tal como él me arrebató a mí a las dos personas más importantes de mi vida cuando no era más que un crío.

—Ahora está en mi territorio. Podéis intentar recuperarla cuando queráis, pero las consecuencias de romper el acuerdo caerán sobre vosotros.

Son lo bastante listos para saber a qué me refiero. Da igual lo mucho que Zeus desee tener a esta chica de vuelta, ni siquiera él

puede romper este acuerdo sin que el resto de los Trece se le echen encima.

Los sicarios intercambian una mirada.

—Te va a matar.

—Que venga y lo intente. —Los miro a ambos fijamente—. Ahora es mía. No dudéis en contarle a Zeus las ganas que tengo de disfrutar de su inesperado regalo.

Entonces paso a la acción; me echo a Perséfone al hombro y camino calle abajo dando grandes zancadas y metiéndome en las profundidades de mi territorio. Lo que fuera que la mantuviera inmóvil hasta este momento desaparece y la chica se revuelve dándome puñetazos en la espalda.

—Bájame.

—No.

—Suéltame.

No le hago caso y doblo la esquina deprisa. Cuando dejamos atrás el puente y ya no pueden vernos desde allí, la dejo en el suelo. Intenta darme un guantazo, y en otras circunstancias me haría gracia. Tiene más espíritu de lucha de lo que me esperaba de una de las célebres hijas de Deméter. Se me había ocurrido dejarla vagar sola, pero sería un error que deambulara de noche tras el conflicto que acabamos de vivir. No va vestida para la ocasión, y cabe la posibilidad de que Zeus tenga espías en mi zona que le informen de nuestra interacción.

Al fin y al cabo, yo tengo espías en la suya.

Me quito el abrigo, se lo pongo por encima y se lo abrocho antes de que pueda darme una bofetada. Le dejo los brazos inmovilizados a cada lado del cuerpo. Perséfone suelta un taco, pero yo he retomado la marcha, y me la he vuelto a echar al hombro.

—No hagas ruido.

—Y una mierda.

Se me está a punto de acabar mi ya casi inexistente paciencia.

—Estás en estado de semicongelación y coja. Cállate y no te muevas hasta que hayamos entrado.

La chica no para de murmurar entre dientes, pero por fin deja de revolverse. Me basta. Ahora mismo nuestra prioridad es alejarnos del río. No creo que los sicarios de Zeus sean tan tontos como para intentar cruzar el puente, pero esta noche ya han pasado cosas inesperadas. Me ha quedado claro que no tengo que dar nada por

sentado.

Los edificios más cercanos al río también están destartalados y vacíos; a propósito, claro. Lo que haga falta para proteger las historias que se cuentan en la zona alta de la ciudad sobre mi lado del Estigia. Si esos capullos enjoyados creen que aquí no hay nada de valor, nos dejarán a mí y a mi gente en paz. El acuerdo solo se mantendrá si los Trece están a favor de conservarlo. Si algún día deciden unirse para tomar la zona baja de la ciudad, nos enfrentaríamos a un problemón de los buenos. Mejor evitarlo por completo.

Y era un plan genial hasta esta noche. He armado mucho jaleo, y ya no hay manera de desarmarlo. La chica que llevo colgando del hombro bien puede ser la herramienta final para deshacerme de Zeus de una vez por todas, o mi perdición.

Pensamientos positivos.

Ni siquiera he llegado al final de la calle cuando dos sombras se despegan de los edificios que hay a ambos lados de esta y empiezan a seguirnos, un par de pasos por detrás de mí. Mente y Caronte. Hace tiempo que he asumido que nunca estaría solo de verdad durante mis caminatas nocturnas. Pero nadie ha intentado detenerme jamás, ni cuando era solo un crío. Se limitan a asegurarse de que no me meto en un lío del que no podría salir. Cuando por fin me hice con el control de la zona baja de la ciudad y mi tutor dejó el cargo, me cedió el control de todo, salvo de esto.

Una persona más débil que yo daría por hecho que mi pueblo se preocupa por mí. Bueno, quizá en parte sea así. Pero, en realidad, si ahora me muero sin un heredero, el delicado equilibrio de Olimpo se tambalearía y desmoronaría. Esos descerebrados de la zona alta ni siquiera se dan cuenta de que soy una pieza clave de su maquinaria. No se habla de mí, no se me reconoce… pero lo prefiero así.

Que los otros miembros de los Trece desvíen su dorada atención a mi parte del río nunca trae nada bueno.

Atravieso un callejón, y luego otro. Algunas partes de la zona baja de la ciudad son iguales que el resto de Olimpo, pero esta zona en particular no es una de ellas. Las callejuelas huelen a muerto y, con cada paso que doy, oigo el crujido de los cristales bajo mis zapatos. Si una persona solo se fijara en la superficie, no se percataría de las escondidísimas cámaras que hay colocadas para vigilar toda la zona desde todos los ángulos posibles.

Nadie se acerca a mi casa sin que mi gente lo sepa. Ni siquiera yo, aunque hace años aprendí un par de trucos para esos momentos en los que necesito pasar tiempo solo, pero solo de verdad. Giro a la izquierda y me acerco a grandes zancadas a una puerta anodina que está encastrada en una pared de ladrillos igual de anodina. Echo un vistazo a la camarita que hay en lo alto de la puerta durante un instante y la cerradura se abre bajo mi mano. Paso por la puerta y la cierro con delicadeza. Mente y Caronte recorrerán la zona y reharán el camino hasta el río para asegurarse de que a esos dos posibles intrusos no se les ocurre cometer una tontería.

—Ya estamos dentro. Bájame. —La voz de Perséfone es tan fría como la de cualquier otra princesa de la corte.

Yo empiezo a descender por la estrecha escalera de mi casa.

—No.

Estamos a oscuras, y la única luz tenue proviene de los focos que hay en el suelo. A medida que me acerco al final de las escaleras, el frío empieza a cortarme la respiración. Ya estamos bajo tierra, y no nos molestamos en climatizar los túneles. Se construyeron para facilitar los desplazamientos o como una forma de huir en el último momento. No se pensó en la comodidad al crearlos. Perséfone tirita a mi espalda, y me complace haberme parado un momento para echarle el abrigo por encima. No podré examinarle las heridas hasta que hayamos llegado a mi casa y, cuanto antes lleguemos, mejor para todos.

—Que. Me. Bajes.

—No —repito.

No pienso perder el aliento explicándole que ahora mismo sigue tan animada por la pura adrenalina, que impide que sienta el dolor. Y sentirá el dolor cuando desaparezcan esas endorfinas. Tiene los pies hechos polvo. No creo que tenga hipotermia, pero no tengo ni idea de cuánto tiempo ha pasado expuesta a la noche invernal con esa tela que no merece llamarse vestido.

—¿Tienes por costumbre secuestrar a la gente?

Acelero el paso. La irritación ha desaparecido, y en su lugar habla con una tranquilidad que aumenta mi preocupación. Debe de estar conmocionada, lo cual me viene bastante mal, joder. Podría llamar a un médico, pero cuanta menos gente sepa que Perséfone Dimitriou se encuentra en mis dominios, mejor. Al menos hasta que trace un plan

para aprovechar este inesperado regalo.

—¿Me has oído? —Se revuelve un poco—. Te he preguntado si sueles secuestrar a la gente.

—Cállate. Ya falta poco.

—No estás respondiendo a mi pregunta. —Un maravilloso silencio reina durante un par de segundos hasta que vuelve a hablar—: Aunque, bueno, nunca antes me habían secuestrado, así que supongo que es una chorrada esperar que me cuentes tu experiencia como secuestrador.

Por su voz, parece sumamente contenta. Vale, está conmocionada, seguro. Seguir con esta conversación es un error, pero me descubro diciendo:

—Tú has sido la que ha venido corriendo hacia mí. A mí no me parece un secuestro.

—¿Que yo he ido corriendo hacia ti? Corría solo para alejarme de esos dos hombres que me estaban persiguiendo. Que estuvieras allí o no es indiferente.

Que diga lo que quiera, pero yo vi cómo centraba toda su atención en mí. Quería mi ayuda. La necesitaba. Y me resultó imposible negársela.

—Pero si casi te has lanzado a mis brazos...

—Me estaban persiguiendo. Y tú parecías la opción menos mala. —La más breve de las pausas—. Pero me estoy empezando a plantear si no habré cometido un terrible error.

Doblo las esquinas del laberinto de túneles hasta llegar a otras escaleras. Son idénticas a las escaleras por las que acabamos de bajar, incluso tienen los mismos focos a ambos lados de los escalones. Los bajo de dos en dos, y hago caso omiso del ligero «uf» que emite Perséfone cuando le doy en la tripa con el hombro. De nuevo, la puerta se abre con un clic en cuanto la toco gracias a quien sea que esté de guardia en la sala de vigilancia. Freno un poco el paso, lo suficiente para asegurarme de que la puerta se queda bien cerrada.

Perséfone se mueve un poco sobre mi hombro.

—Una bodega. No me lo esperaba.

—¿Te esperabas algo de lo que ha pasado esta noche?

Me reprendo por haberle hecho esa pregunta, pero me resulta tan extraña la serenidad que está mostrando que siento auténtica curiosidad. Además, si de verdad está a punto de sufrir una

hipotermia, ahora mismo lo mejor es hacer que siga hablando.

Ante mi pregunta, el tono extrañamente alegre de su voz se apaga hasta convertirse en un ligero susurro:

—No, no me esperaba nada de lo que ha pasado esta noche.

Me remuerde la conciencia, pero ignoro la sensación con la facilidad que da la práctica. Un último tramo de escaleras para salir de la bodega y me encuentro en el pasillo de la parte trasera de mi casa. Tras un breve debate interno, pongo rumbo a la cocina. Tengo botiquines de primeros auxilios en varias de las habitaciones de mi casa, pero los dos botiquines más grandes están en la cocina y en mi cuarto. Y la cocina nos pilla más cerca.

Empujo la puerta para abrirla y me paro en seco.

—¿Qué estáis haciendo vosotros dos aquí?

Hermes se queda inmóvil, con dos de mis mejores botellas de vino entre las manitas. Me brinda una sonrisa encantadora que no es para nada la de una mujer sobria.

—Ha habido una especie de fiesta soporífera en la torre Dodona. Nos hemos ido pronto.

Dionisio tiene la cabeza metida en la nevera, y con verlo así me basta para saber que ya va borracho o colocado, o ambas cosas.

—Tu comida es la hostia —dice sin dejar de saquearme la nevera.

—Chicos, no es un buen momento.

Hermes parpadea un par de veces tras las gafas gigantes con montura amarilla que lleva.

—Esto, Hades...

La chica que llevo colgada al hombro se sacude como si le hubiese dado una descarga eléctrica.

—¿Hades?

Hermes vuelve a parpadear sorprendida, y con el antebrazo se echa hacia atrás la nube de rizos negros.

—Vale, o yo voy muy muy pedo o tienes a Perséfone Dimitriou colgándote del hombro, como si estuvierais a punto de representar una escena cachonda de un pillaje.

—Eso es imposible. —Dionisio aparece por fin con la tarta que mi asistenta ha dejado en la nevera esta mañana. Se la está comiendo directamente de la bandeja. Pero al menos esta vez está usando un tenedor. Tiene la barba llena de miguitas, y solo una de las puntas del bigote está rizada; la otra está un poco encrespada, como si acabara de

pasarse la mano por toda la cara. Entonces me mira con el ceño fruncido—. Vale, igual imposible no. O eso, o el porro que me he fumado con Helena en el jardín antes de irnos estaba mezclado con otra cosa.

Aunque no me acabasen de decir que venían directos de una fiesta, lo habría sabido por su ropa. Hermes lleva un vestido corto que bien podría usarse como bola de discoteca, y emite unos pequeños destellos que brillan contra su piel oscura. Supongo que Dionisio empezó la noche con un traje, pero ahora solo lleva una camiseta blanca de cuello en V, y en la isla de la cocina hay una bola de ropa arrugada que serán su chaqueta y su camisa.

Perséfone, a la que todavía llevo cargada al hombro, se ha quedado de piedra. Ni siquiera sé con seguridad que esté respirando. Siento la tentación de volverme y marcharme, pero la experiencia me ha enseñado que estos dos me seguirán y me acribillarán a preguntas hasta que ceda a su acoso y estalle contra ellos.

Lo mejor será arrancar la tirita ahora.

Dejo a Perséfone en la encimera y apoyo una mano sobre su hombro, para evitar que se caiga de bruces contra el suelo. Me mira sorprendida con unos enormes ojos color avellana, y unos escalofríos le recorren el cuerpo.

—Te ha llamado Hades.

—Es mi nombre. —Hago una pausa, y añado—: Perséfone.

Hermes se echa a reír y las dos botellas de vino tintinean cuando las deja sobre la encimera. Se señala a sí misma y dice:

—Hermes. —Después lo señala a él—. Dionisio. —Otra carcajada —. Aunque eso ya lo sabías. —Hermes se apoya sobre mi hombro y me dice a gritos—: Se va a casar con Zeus.

Despacio, me vuelvo para mirarla.

—¿Cómo? —Sabía que esa chica sería importante para Zeus si había enviado a sus sicarios tras ella, pero... ¿se van a casar? Eso significa que tengo las manos sobre los hombros de la próxima Hera.

—Sip. —Hermes descorcha una de las botellas y pega un gran sorbo directamente a morro—. Lo han anunciado esta noche. Acabas de secuestrar a la prometida del hombre más poderoso de todo Olimpo. Menos mal que no están casados todavía o te habrías llevado a uno de los miembros de los Trece. —Suelta una risita tonta y continúa—: Qué retorcido por tu parte, Hades. No sabía que eras así.

—Yo sí. —Dionisio está intentando comer otro trozo de tarta, pero le está costando un poco dar con su propia boca, y el tenedor se le queda enganchado en la barba. Mira el cubierto como si este tuviera la culpa—. Después de todo, es el hombre del saco. Uno no se gana esa reputación sin ser un poquito retorcido.

—Bueno, creo que ya está bien. —Rebusco en el bolsillo y saco el móvil. Tengo que encargarme de Perséfone, pero no puedo hacerlo al tiempo que evito las preguntas de estos dos.

—¡Hades! —lloriquea Hermes—. No nos eches. Acabamos de llegar.

—Yo no os he invitado a venir.

No es que eso fuera a evitar que crucen el río cuando les viene en gana. En parte, eso va por Hermes: por su posición, ella puede ir donde quiera cuando le apetezca. En teoría, Dionisio disfruta de una invitación permanente, pero se la di solo por cuestión de negocios.

—Nunca nos invitas a tu casa. —Frunce los labios rojos que, no sé cómo, permanecen intactos—. Cualquiera pensaría que no te caemos bien.

Le lanzo la mirada que se merece esa afirmación y llamo a Caronte. Debería haber regresado ya. En efecto, me lo coge enseguida.

—¿Sí?

—Hermes y Dionisio están aquí. Envía a alguien para que los lleve a sus habitaciones.

Podría meterlos en un coche y enviarlos a casa, pero con estos dos nada me garantiza que no vaya a darles por ahí y vuelvan en un rato; o que tomen una decisión más cuestionable. La última vez que los envié a casa de esta guisa, acabaron dejando al chófer en la cuneta e intentaron darse un baño, borrachos como cubas, en el Estigia. Al menos, si están bajo mi techo, puedo tenerlos vigilados hasta que se les pase el pedo.

Soy consciente de que Perséfone me mira como si me hubiesen salido cuernos de la cabeza, pero ahora mi prioridad es encargarme de este par de idiotas. Dos miembros de mi equipo personal llegan y logran sacarlos de la cocina, pero solo después de una dura negociación en la que consiguen llevarse la tarta y el vino.

Suspiro en cuanto salen por la puerta y esta se cierra.

—Esas botellas valen una fortuna. Va tan ciega que ni siquiera va a disfrutar del sabor.

Perséfone suelta un sonido raro, como un hipo, y es la única advertencia que tengo antes de que se quite el abrigo (que se ha desabrochado mientras yo estaba distraído) e intente salir corriendo. Mi sorpresa es tal que me quedo parado y la observo mientras trata de llegar a la puerta cojeando. Y está cojeando de verdad.

A su paso deja un rastro rojo en el suelo que basta para despertarme de mi letargo.

—¿Qué cojones haces?

—¡No puedes obligarme a quedarme!

La engancho por la cintura y me la llevo de nuevo a la isla de la cocina, donde la dejo.

—Estás haciendo el tonto.

—Tú me has secuestrado, ¿sabes? —me dice fulminándome con esos grandes ojos color avellana—. Creo que lo más inteligente es intentar huir de ti.

Le cojo el tobillo y le levanto el pie para poder examinarlo mejor. Solo cuando Perséfone se remueve para recolocarse el vestido me doy cuenta de que podría haber abordado esto de otra forma. En fin. Con cuidado, le toco la planta del pie y le enseño el dedo.

—Estás sangrando.

Tiene varios cortes importantes, pero no sé si son tan profundos como para ponerle puntos.

—Deja que me vaya al hospital y que me lo curen allí.

Si algo es esta chica, es insistente. Le aprieto un poco más el tobillo. Sigue temblando. Joder, no tengo tiempo para discusiones.

—Supongamos que te hago caso...

—Pues hazlo.

—¿Te crees que vas a poder dar más de tres pasos seguidos en un hospital sin que el personal sanitario llame a tu madre? —Le sostengo la mirada—. ¿Sin que llamen a tu... prometido?

Se estremece.

—Ya me las apañaré.

—Repito... estás haciendo el tonto. —Sacudo la cabeza—. Ahora quédate quieta mientras compruebo si te has clavado algún cristal.

4

Perséfone

Es real.

Sé que debería estar gritando, revolviéndome o intentando llegar al teléfono más cercano, pero todavía estoy esforzándome en asimilar el hecho de que Hades sea real. Cuando se lo cuente a mis hermanas... Sabía que tenía razón.

Además, ahora que se va disipando mi pánico, tampoco es que pueda echarle la culpa de nada. Puede que me haya amenazado un poquito delante de los hombres de Zeus, pero la alternativa era que me arrastraran de vuelta a la torre Dodona. Y sí, es posible que se me quede para siempre la marca de su hombro en el estómago, pero tal como sigue refunfuñándome, tengo los pies malheridos.

Y cabe mencionar que la forma tan delicada en que me limpia las heridas tampoco es que confirme el rumor de que Hades es un monstruo. Un monstruo me habría dejado a mi suerte.

Él... es algo completamente distinto.

Su cuerpo es esbelto y fuerte, y se le aprecian cicatrices en los nudillos. La barba poblada y la melena oscura hasta el hombro contribuyen a que la presencia que proyecta sea imponente. Sus ojos oscuros están tan exasperados conmigo como lo estaban con Hermes y Dionisio.

Hades saca una esquirla diminuta de cristal y la deja caer en el bol que ha traído. La mira con desdén, como si hubiera insultado a su madre y le hubiera dado una patada a su perro.

—No te muevas.

—No me estoy moviendo.

O al menos hago lo posible. Duele y no puedo dejar de temblar, incluso con su abrigo en los hombros. Cuanto más tiempo paso aquí

sentada, más me duele, como si mi cuerpo y mi cerebro se estuvieran poniendo al día y se dieran cuenta del lío en el que nos hemos metido. No me puedo creer que me haya marchado, no me puedo creer que haya deambulado tanto tiempo por la oscuridad y el frío hasta haber acabado aquí.

Pensar en eso ahora mismo es irrelevante. Por primera vez en mi vida no tengo un plan o una lista detallada de objetivos para llegar del punto A al B. Voy sin paracaídas. Es posible que mi madre me mate cuando me encuentre. Zeus... Me echo a temblar. Madre me amenazará con lanzarme por la ventana más cercana o con darse a la bebida hasta caer muerta, pero Zeus podría hacerme daño de verdad. ¿Quién lo iba a impedir? ¿Quién es lo bastante poderoso para pararle los pies? Nadie. Si hubiera alguien que pudiera contener a ese monstruo, la última Hera seguiría viva.

Hades se detiene con un par de pinzas entre las manos magulladas y una mirada interrogante.

—Estás temblando.

—No, qué va.

—Maldita sea, Perséfone. Estás como un flan. No puedes negarlo y esperar que me lo crea cuando lo estoy viendo con mis propios ojos. —Su mirada asesina impone muchísimo, pero estoy demasiado entumecida para sentir nada ahora mismo. Me limito a sentarme y a contemplar cómo se dirige a toda prisa a la puerta escondida en un rincón de la estancia y vuelve con dos gruesas mantas. Deja una en la mesa, junto a mí—. Te voy a coger en brazos.

—No.

Ni siquiera sé por qué le llevo la contraria. Tengo frío. Las mantas me aliviarán. Pero no puedo evitarlo. Me observa un rato.

—No creo que tengas una hipotermia, pero, como no entres en calor pronto, quizá sí que acabes con una. Sería una puta pena que tuviera que usar el calor corporal para que vuelvas a tu temperatura normal.

Me lleva unos cuantos segundos descifrar lo que quiere decir. No se referirá a desnudarnos y taparnos juntos hasta que entre en calor, ¿verdad? Lo miro fijamente.

—No te atreverías.

—Joder, ya te digo yo que sí. —Me mira enfadado—. No me servirás de nada si te mueres.

Ignoro las ganas impulsivas de reprenderlo por su fanfarronería y me limito a levantar una mano.

—Puedo moverme yo solita.

Soy plenamente consciente de que no aparta la mirada de mí mientras me levanto y me muevo hasta estar sentada sobre la manta en vez de sobre la encimera de granito. Hades no pierde el tiempo y me envuelve con la segunda manta, cubre cada centímetro de piel expuesta por encima de los tobillos. Solo entonces vuelve a su tarea de extraer cristales de mis pies.

Por mucha rabia que me dé, sí que es cierto que la sensación de la manta es maravillosa. El calor empieza a esparcirse por mi cuerpo casi de inmediato, lucha contra el helor que se me ha instalado en los huesos. Mis temblores se vuelven más exagerados, pero soy consciente de que es buena señal.

Desesperada por distraerme con lo que sea, me centro en el hombre que tengo a los pies.

—El último Hades murió. Se supone que eres un mito, pero Hermes y Dionisio te conocen.

Estaban en la fiesta de la que he huido (mi... fiesta de compromiso), pero la verdad es que tampoco los conozco mucho mejor que a los otros Trece. Lo cual es lo mismo que decir que no los conozco en absoluto.

—¿Es eso una pregunta retórica?

Saca otra esquirla de cristal y la deja caer en el bol con un repiqueteo.

—¿Por qué pensamos que eres un mito? No tiene ningún sentido. Eres uno de los Trece. Deberías...

—Soy un mito. Estás soñando —me interrumpe de forma brusca mientras me toquetea el pie—. ¿Algún dolor punzante?

Pestañeo.

—No. Me duele sin más.

Asiente, como si fuera justo eso lo que esperaba. Aturdida, lo contemplo sacar unos cuantos vendajes y proceder a lavarme y vendarme los pies. Yo no... Quizá tenga razón y en realidad esté soñando, porque esto no tiene el más mínimo sentido.

—Eres amigo de Hermes y Dionisio.

—Yo no soy amigo de nadie. Solo se presentan aquí de vez en cuando, como si fueran gatos callejeros de los que no consigo

librarme.

A pesar de sus palabras, en su tono se aprecia algo de cariño.

—Eres amigo de dos miembros de los Trece.

Porque él era uno de los Trece. Como mi madre. Como Zeus. «Por todos los dioses, Psique tenía razón y Hades es tan malo como los demás.»

Los acontecimientos de la noche me vienen de golpe. De repente se suceden las escenas. La sala de las estatuas. Las reservas de mi madre. La mano de Zeus atrapando la mía mientras anunciaba nuestro compromiso. La carrera, aterrorizada, hacia el río.

—Me hicieron una encerrona —susurro.

En ese momento, Hades levanta la mirada y frunce el ceño hasta que sus cejas se tocan.

—¿Hermes y Dionisio?

—Mi madre y Zeus. —No sé por qué le estoy contando esto, pero no puedo morderme la lengua. Me cierro la manta con más fuerza alrededor de los hombros y me sacudo—. No sabía que la fiesta de hoy era para anunciar nuestro compromiso. Yo no lo había aceptado.

Estoy lo bastante exhausta como para fingir que percibo un ápice de empatía antes de que la irritación se adueñe de sus rasgos.

—¿Tú te has visto? Es normal que Zeus quiera añadirte a su interminable lista de Heras.

Típico. Los Trece ven algo que quieren y lo cogen.

—¿Acaso es culpa mía que tomaran esa decisión sin consultarlo conmigo solo por mi aspecto?

¿Puede explotarle a alguien la cabeza? Porque me da a mí la sensación de que vamos a descubrirlo pronto si seguimos con este tema.

—Es Olimpo. Si juegas a ser dios, pagarás las consecuencias. —Termina de vendarme el otro pie y se levanta poco a poco—. A veces pagas las consecuencias aunque sean tus padres los que se dan aires de grandeza. Puedes llorar y berrear por lo injusto que es el mundo, o puedes hacer algo al respecto.

—Ya he hecho algo al respecto.

Resopla.

—Has huido como un cervatillo asustado, ¿te creías que no iba a buscarte? Querida, para Zeus esto son prácticamente los preliminares. Te encontrará y te llevará a rastras a su palacio. Te casarás como la

hijita obediente que eres y, dentro de un año, estarás pariendo a sus hijos de mierda.

Le doy una bofetada.

No pretendía hacerlo. No creo que jamás en la vida le haya puesto la mano encima a nadie. Ni siquiera a las pesadas de mis hermanas cuando éramos pequeñas. Contemplo horrorizada la marca roja en su mejilla. Debería pedirle perdón. Debería... hacer algo. Pero, en cuanto abro la boca, no es eso lo que sale de mis labios.

—Antes me muero.

Hades me observa un buen rato. Normalmente se me da genial leer a la gente, pero no tengo ni idea de qué pasa detrás de esos ojos profundos y oscuros que tiene. Al final, dice con voz seca:

—Esta noche te quedas. Ya hablaremos por la mañana.

—Pero...

Vuelve a levantarme, me toma entre los brazos como si fuera la princesa que él piensa que soy y me clava una mirada tan fría que me trago mis protestas. Esta noche no tengo adónde ir; no tengo bolso, ni dinero, ni móvil. No puedo permitirme mirarle el diente al caballo regalado; aunque este sea un gruñón y los padres lleven generaciones amenazando a los niños con su nombre. Bueno, puede que no con este Hades. Por su aspecto diría que tiene unos treinta y tantos. Pero sí con el título de Hades. Siempre en las sombras. Siempre ocupándose de asuntos tenebrosos con los que prefiere lidiar alejado de nuestro mundo normal y seguro.

Pero ¿acaso es seguro de verdad? Mi madre acaba de venderme a Zeus como esposa. Un hombre al que los hechos empíricos señalan no como el rey de oro al que todos aman, sino como un matón que ha dejado una lista de mujeres muertas a su paso. Y eso solo si hablamos de sus esposas. ¿Quién sabe a cuántas mujeres ha victimizado a lo largo de los años? Solo de pensarlo me pongo enferma. Sin importar cómo se mire, es un hecho que Zeus es peligroso.

Por el contrario, todo lo que concierne a Hades es puro mito. Nadie que yo conozca cree en su existencia. Todos concuerdan en que, en algún momento, Hades existió de verdad, pero que la familia que portaba el título desapareció hace mucho tiempo. Eso quiere decir que no tengo casi información que recabar acerca de este Hades. No las tengo todas conmigo de que sea una apuesta más segura, pero, dadas las circunstancias, elegiría a un hombre ataviado con un chubasquero

sangriento y un garfio como mano antes que a Zeus.

Hades me conduce hasta la parte superior de una escalera de caracol que parece sacada de una película gótica. Para ser sincera, lo poco que he visto de esta casa es todo igual. Llamativos suelos de madera oscura y molduras en el techo que deberían resultar cargantes, pero que de alguna forma crean la ilusión de dejar tanto el tiempo como la realidad atrás. El pasillo del primer piso está recubierto por una gruesa alfombra de un tono rojo intenso.

«Perfecto para disimular la sangre.»

Se me escapa una risilla histérica y me tapo la boca con las manos. Esto no tiene gracia. No debería reírme. Está claro que estoy a treinta segundos de perder la cabeza por completo.

Hades me ignora, como no podía ser de otro modo.

Nuestro destino es la segunda puerta a la izquierda, y hasta que no atravesamos el umbral no aparece el instinto de supervivencia que parecía haber perdido. Estoy sola en una habitación con un desconocido peligroso.

—Bájame.

—No me seas dramática. —No me deja caer sobre la cama como esperaba. Me coloca sobre ella con cuidado y, de la misma manera, da un paso atrás—. Como me manches el suelo de sangre al intentar escapar, no me va a quedar otra que seguirte la pista y arrastrarte hasta aquí para que lo limpies.

Parpadeo. Se parece tanto a lo que yo estaba pensando que hasta da un poco de mal rollo.

—Eres el tío más raro que he conocido en la vida.

Ahora le toca a él mirarme con recelo.

—¿Qué?

—Exacto. ¿Qué? ¿Qué clase de amenaza es esa? ¿Lo que te preocupa es el suelo?

—Es un suelo exquisito.

¿Está de coña? Me lo creería de cualquier otra persona, pero Hades ha estado igual de serio desde el momento en que lo he visto ahí de pie en la calle como si fuera la Parca. Le frunzo el ceño.

—No te entiendo.

—No tienes que entenderme. Quédate aquí hasta mañana e intenta resistir las ganas de hacerte aún más daño. —Hace un gesto con la cabeza hacia la puerta del rincón—. El baño está por ahí.

Descansa los pies todo lo que puedas.

Y entonces desaparece, atraviesa la puerta como una exhalación y cierra con cuidado a sus espaldas.

Cuento hasta diez despacito y después vuelvo a hacerlo tres veces más. Cuando veo que no entra nadie a comprobar cómo estoy, me muevo por la cama hacia el teléfono que descansa como si nada en la mesilla de noche. Quizá sea demasiada casualidad. Sin duda, no habrá forma de hacer una llamada sin que alguien me escuche. Tras ver todos esos túneles secretos, Hades no me parece de esas personas que dejarían nada que suponga una brecha en la seguridad por ahí tirado. Seguramente se trate de una trampa pensada para hacer que cuente todos mis secretos o algo parecido.

No importa.

Me aterra Zeus. Estoy enfadada con mi madre. Pero no puedo permitir que mis hermanas estén desesperadas intentando dar con mi paradero durante más tiempo. Psique ya habrá llamado a Calisto, y si hay alguna persona en mi familia que arrasaría con Olimpo, avasallaría a la gente o se dedicaría a amenazar a los demás, esa es mi hermana mayor. Mi desaparición ya habrá armado mucho revuelo, no puedo permitir que mis hermanas hagan nada que agrave una situación que es ya un verdadero desastre.

Respiro hondo, cosa que no me ayuda a mentalizarme, y levanto el teléfono para marcar el número de Eurídice. Es la única de mis hermanas que contestaría a un número desconocido a la primera. Tal como esperaba, tres tonos de llamada después, su voz sin aliento se escucha al otro lado de la línea.

—¿Diga?

—Soy yo.

—Ay, gracias a los dioses. —Su voz se aleja un poco—. Es Perséfone. Sí, sí, lo pongo en altavoz. —Un instante después, la línea se escucha un tanto difusa cuando hace lo que ha dicho—. Calisto y Psique están aquí también. ¿Dónde estás?

Echo un vistazo a la habitación.

—No me creerías aunque te lo contara.

—Prueba —me reta Calisto, una afirmación rotunda que me indica que se encuentra a medio segundo de intentar averiguar cómo colarse por la línea telefónica para estrangularme.

—Si hubiera sabido que ibas a salir disparada en el momento que

fuera a por tu bolso, no te habría dejado sola. —La voz de Psique se entrecorta, pues está al borde de las lágrimas—. Madre está removiendo cielo y tierra en la zona alta buscándote, y Zeus...

Calisto la interrumpe:

—Que le den a Zeus. Y a Madre también.

Eurídice jadea.

—No puedes decir esas cosas.

—Pues eso he hecho.

Contra todo pronóstico, su riña me calma.

—Estoy bien. —Les echo un vistazo a mis pies vendados—. Bueno, más o menos bien.

—¿Dónde estás?

No dispongo de un plan, pero sé que no puedo volver a casa. Regresar a casa de mi madre sería lo mismo que admitir la derrota y aceptar casarme con Zeus. No puedo hacerlo. No quiero.

—Eso da igual. No voy a volver a casa.

—Perséfone —pronuncia Psique lentamente—. Sé que esto no te hace ninguna gracia, pero tenemos que encontrar un modo más adecuado de abordarlo que no sea desaparecer en plena noche. Tú eres la de los planes y, ahora mismo, no tienes ninguno.

No, no tengo ningún plan. Me he lanzado sin paracaídas, algo que me parece peligroso y hace que el terror me arañe la espalda.

—Los planes están para adaptarse.

Las tres se quedan calladas, una situación tan rara que me gustaría poder apreciarla. Al final Eurídice añade:

—¿Por qué nos llamas a estas horas?

He ahí la cuestión, ¿no? No lo sé.

—Solo quería que supierais que estoy bien.

—Nos creeremos que estás bien cuando sepamos dónde estás.

Calisto sigue sonando preparada para aniquilar a cualquiera que se meta entre ella y yo, y se me escapa una sonrisa.

—Perséfone, has desaparecido sin más. Todos te están buscando como locos.

Digiero ese comentario, lo disecciono. ¿Que todos me están buscando como locos? Han mencionado a Madre antes, pero no había juntado las piezas del rompecabezas hasta ahora. No tiene ningún sentido que ella no sepa ya dónde me encuentro porque...

—Zeus sabe dónde estoy.

—¿Cómo?

—Sus hombres me persiguieron hasta el puente Ciprés.

Solo de pensarlo hace que me recorra un escalofrío. No me cabe duda de que tenían órdenes de llevarme de vuelta, pero podrían haberme secuestrado sin problemas a unas cuantas manzanas de la torre Dodona. Escogieron perseguirme, hacer que me muriera de miedo y de desesperación. Ningún esbirro de Zeus se atrevería a hacerle algo así a su futura esposa... a no ser que el mismísimo Zeus se lo hubiera ordenado.

—¿Está actuando como si no supiera dónde estoy?

—Sí. —La ira aún no se ha disipado de la voz de Calisto, pero se ha reducido—. Está hablando de organizar partidas de búsqueda, y Madre revolotea a su alrededor como si no le hubiera ordenado ya lo mismo a su gente. Zeus también ha movilizado a su cuerpo de seguridad privado.

—Pero ¿por qué iba a hacer algo así si ya sabe dónde estoy?

Psique se aclara la garganta.

—Has dicho que has cruzado el puente Ciprés.

Mierda. No era mi intención que se me escapara. Cierro los ojos.

—Estoy en la zona baja.

Calisto resopla.

—Eso a Zeus le traerá sin cuidado.

Jamás le ha prestado especial atención a los rumores de que cruzar el río es casi tan imposible como abandonar Olimpo. La verdad es que yo tampoco las tenía todas conmigo, no hasta que he sentido la terrible presión al hacerlo.

—A no ser... —Eurídice ha conseguido controlar sus emociones y casi puedo ver los engranajes de su mente girar. Cuando le viene bien, se hace la tonta, pero probablemente es la más lista de las cuatro—. Antes la ciudad estaba dividida en tres partes: Zeus, Poseidón y Hades.

—Pero eso fue hace mucho tiempo —murmura Psique—. Ahora Zeus y Poseidón trabajan juntos. Y Hades es un mito. Justo esta noche lo estábamos hablando Perséfone y yo.

—Si no fuera un mito, Hades solo se bastaría para pararle los pies a Zeus.

Calisto vuelve a resoplar.

—Excepto que, si existiera, seguramente sería tan malo como Zeus.

—No lo es. —Las palabras se me escapan a pesar de mis esfuerzos de guardármelas para mí. Mierda, mi intención era mantenerlas fuera de esto, pero está claro que no iba a funcionar. Debería haberlo sabido desde el momento en que he marcado el número de Eurídice. «De perdidos, al río.» Me aclaro la garganta—: Sin importar lo que sea, no es tan malo como Zeus.

Las voces de mis hermanas se convierten en una sola cuando expresan su sorpresa:

—¿Qué?

—¿Te has golpeado la cabeza cuando huías de esos capullos?

—Perséfone, lo de tu obsesión se te está yendo de las manos.

Suspiro.

—No son alucinaciones mías y no me he golpeado la cabeza. —Será mejor no contarles lo de los pies, ni tampoco el hecho de que sigo temblando un poco a pesar de estar bien abrigada—. Es real, y ha estado aquí todo este tiempo.

Mis hermanas vuelven a quedarse calladas mientras asimilan la información. Calisto suelta palabrotas.

—La gente lo sabría.

Deberían. El hecho de que todos hayamos creído que es un mito durante todo este tiempo significa que había alguien muy influyente que quería borrar el recuerdo de Hades de la faz de Olimpo. Significa que Zeus se ha entrometido, porque ¿quién más tiene el poder de hacer algo parecido? Puede que Poseidón, pero, mientras no tiene que ver con el mar o los muelles, a él no parece importarle. Ninguno de los otros Trece parece amasar la misma cantidad de poder que tienen los títulos hereditarios. Ninguno se atrevería a arrebatarle su título a Hades, no sin ayuda.

Aunque también es cierto que, en realidad, nadie habla de lo poco que se entremezclan la zona alta y la baja de la ciudad. Se da por sentado y ya. Ni siquiera yo me lo había cuestionado, y eso que me cuestiono muchas cosas con respecto a Olimpo y a los Trece.

Por fin, Psique añade:

—¿Qué necesitas de nosotras?

Lo pienso bien. Solo tengo que aguantar hasta mi cumpleaños y después seré libre. Podré acceder a la herencia que nos dejó la abuela y ya no tendré que volver a depender de Madre o de cualquiera de Olimpo nunca más. Pero no hasta ese día, hasta mi vigesimoquinto

cumpleaños. Ahora mismo tengo algunos fondos propios, pero tampoco es que sean míos como tal. Son de mi madre. Les podría pedir a mis hermanas que me trajeran el bolso, pero Madre ya habrá congelado todas mis cuentas. Le gusta hacerlo para castigarnos, y querrá asegurarse de que vuelva arrastrándome después de haberla humillado de esta forma. Además, no quiero que mis hermanas vaguen por la zona baja de la ciudad, incluso aunque pudieran cruzar el río Estigia. No cuando el peligro parece acechar en cada esquina.

En realidad solo hay una respuesta.

—Algo se me ocurrirá, pero no pienso volver. Ahora mismo no.

—Perséfone, eso no es un plan. —Calisto deja escapar un suspiro de enfado—. No tienes dinero, nos hablas por un teléfono que casi seguro está pinchado y estás viviendo bajo el mismo techo que el hombre del saco de Olimpo, que resulta que es también uno de los Trece. Es el peligro hecho persona. Es lo contrario a un plan.

No puedo discutírselo.

—Algo se me ocurrirá.

—Ya, va a ser que no. Inténtalo otra vez.

Psique se aclara la garganta.

—Si Eurídice consigue distraer a Madre, Calisto y yo te podemos llevar un teléfono no rastreable y el dinero que tengamos a mano. Al menos te dará algo de tiempo para ver qué hacer.

Lo último que quiero es involucrar a mis hermanas en esto, pero ya es demasiado tarde. Me apoyo en el cabecero de la cama.

—Dejad que lo piense. Mañana os llamaré para daros más detalles.

—Eso no...

—Os quiero a todas. Adiós.

Cuelgo antes de que encuentren otro lado por el que salirme con reproches. Sé que es lo correcto, pero eso no evita que me sienta como si hubiera cortado el último lazo que me unía a mi pasado. He estado pensando en la forma de salir de Olimpo desde hace mucho, así que esta separación iba a ocurrir tarde o temprano, pero pensaba que tendría más tiempo. Pensaba que podría estar en contacto con mis hermanas sin ponerlas en peligro. Pensaba que, con el transcurrir de los días, Madre incluso podría entrar en razón y perdonarme por no querer ser un peón en sus intrigas.

Parece que me he equivocado en muchas cosas.

Para darme algo más en lo que pensar, escudriño la habitación. Es tan opulenta como todas las partes de la casa que he visto de momento: hay una cama grande con un dosel azul marino que haría las delicias de cualquier princesa. El suelo de madera noble que tanto aprecia Hades está cubierto por una espesa alfombra y hay incluso más molduras de techo por todas partes. Es tan pintoresca como el resto de la casa, pero tampoco me da muchas pistas acerca del hombre al que pertenece. Está claro que es una habitación de invitados y, en consecuencia, dudo que me revele nada sobre Hades.

Mi cuerpo decide que ese es el momento de recordarme que he andado durante horas a través del frío con esos condenados tacones y, después, he corrido por encima de gravilla y cristal descalza. Me duelen las piernas. Me duele la espalda. Los pies... Mejor no pensar demasiado en ellos. Estoy increíblemente cansada, tanto que podría dormir del tirón esta noche.

Vuelvo a examinar la habitación. Quizá Hades no sea tan malo como Zeus, pero tampoco puedo jugármela. Me pongo en pie con cautela y cojeo hasta la puerta. No hay pestillo, cosa que hace que suelte varias palabrotas entre dientes. Cojeo hasta el baño y casi suelto sollozos de alivio al ver que esta puerta sí que lo tiene.

Mis músculos parecen convertirse en piedra con cada segundo que pasa, me pesan mientras arrastro el enorme edredón de la cama hasta el baño. Puedo dormir en la bañera, da igual que sea cómoda o no. Después de un pequeño debate interno, vuelvo a la puerta de la habitación y arrastro la mesilla de noche hasta colocarla delante. De este modo, al menos oiré si entra alguien. Satisfecha, pues he hecho todo lo que estaba en mi mano, cierro con pestillo la puerta del baño y prácticamente me desplomo dentro de la bañera.

Cuando amanezca, tendré un plan. Averiguaré la manera de salir de esta y no parecerá que se acaba el mundo.

Solo necesito un plan...

5

Hades

Un par de horas después de un sueño intranquilo, bajo a la cocina en busca de café, pero solo me encuentro a Hermes encaramada en la isla de la cocina, comiendo helado directamente del bote. Me paro en seco, un poco asustado al ver que va vestida con unos vaqueros cortos deshilachados y una camiseta ancha que, desde luego, no llevaba anoche.

—Tienes ropa en mi casa.

—Obvio. Nadie quiere volver a casa vestida con los restos de sus aventuras de borrachera. —Señala hacia atrás sin mirar—. He preparado café.

Alabados sean los dioses.

—Menuda forma de combatir la resaca, con café y helado.

—Calla —me dice, y me pone caras—. Me duele la cabeza.

—Imposible —susurro, y rodeo la isla para coger dos tazas grandes, una para cada uno. Lleno la suya unas tres cuartas partes y se la paso. Al instante, Hermes echa una enorme cucharada de helado en el café, y yo niego con la cabeza—. Qué cosas, me quiere sonar que anoche os encerré en vuestras habitaciones. Y, aun así, aquí estás.

—Sí, aquí estoy. —Me regala una versión algo descuidada de su habitual sonrisa picarona—. Venga ya, Hades, sabes que no hay cerradura en esta ciudad que pueda mantenerme encerrada.

—Ya, me he dado cuenta con los años.

La primera vez que se presentó aquí apenas había pasado un mes desde que se había ganado el título de Hermes, hará unos cinco o seis años. Me dio un buen susto en mi despacho y, como consecuencia, casi acaba con una bala entre ceja y ceja. No sé cómo, pero esa interacción entre nosotros acabó con la decisión de Hermes de que

éramos grandes amigos. Tardé un año en entender que daba igual lo que yo opinase de esa supuesta amistad. Entonces, unos seis meses después de eso, Dionisio empezó a aparecer con ella, y dejé de luchar contra su presencia.

Si son espías de Zeus, son la mar de inútiles y no están consiguiendo ningún tipo de información que no quiero que él tenga. Si no lo son...

En fin, ese no es mi problema.

Hermes le da un buen trago a su café con helado y emite un inquietante gemido sexual.

—¿Estás seguro de que no quieres un poco?

—Sí, seguro.

Me apoyo en la encimera e intento decidir cómo voy a actuar. La verdad es que no confío en Hermes. No importa que ella crea que somos amigos, sigue siendo una de los Trece, y ni de coña tengo intención de olvidarlo. Además, vive a la sombra de la torre Dodona, y le debe explicaciones a Zeus; al menos, cuando le conviene a ella. Descubrir mis intenciones antes de tener un plan concreto es la manera perfecta de buscarme problemas.

Aunque en ese tema ya se ha descubierto todo el pastel. Los sicarios de Zeus ya le habrán informado de dónde está Perséfone. Que Hermes me lo confirmara no cambiaría nada.

Dionisio aparece dando tumbos por la puerta. Tiene el bigote hecho un desastre y su piel pálida muestra un tono verdoso. Me saluda distraído y se va directo a por el café.

—Buenos días.

—Estás fatal —contesta Hermes bufando.

—La culpa es tuya. ¿Quién bebe vino después del whisky? Ya te lo digo yo, los gilipollas. —Se tira un buen rato mirando la cafetera y, por fin, se sirve una taza grande de café—. Pégame un tiro y acaba con mi sufrimiento, anda.

—No me tientes... —susurro.

—Que sí, que sí, que eres muy taciturno y aterrador. —Hermes se vuelve sobre la isla para mirarme de frente. Un brillo travieso resplandece en sus ojos oscuros—. Yo llevo todos estos años pensando que no era más que un cuento, pero entonces te presentas aquí con paso airado, cargando con la víctima a la que has secuestrado.

Voy a dejar bien claro que en realidad no he secuestrado a nadie,

pero Dionisio suelta una carcajada.

—O sea que no fue una alucinación. Perséfone Dimitriou siempre me pareció una pelma risueña y aburrida, pero ahora se ha puesto interesante. Se piró de la fiesta apenas treinta minutos después de que Zeus anunciara su compromiso, y entonces aparece al otro lado del río Estigia, donde las buenas chicas de la zona alta de la ciudad no deberían ir. Muy muy interesante, la verdad.

Frunzo el ceño, y me resulta imposible pasar por alto el dato más irrelevante de todo lo que me ha contado Dionisio.

—¿Una pelma aburrida? Vale, es verdad que las circunstancias en las que nos hemos conocido no son las ideales, pero esa chica es de todo menos aburrida.

Hermes niega con la cabeza, y le rebotan los rizos.

—Dionisio, solo has visto su imagen pública cuando su madre la arrastra a las fiestas y eventos. No es tan aburrida cuando no está encerrada, sobre todo cuando sale con sus hermanas.

Dionisio abre un ojo.

—Querida, espiar a la gente no está bien visto.

—¿Quién ha dicho nada de que haya estado espiando?

—Anda, así que has estado quedando con las hermanas Dimitriou, ¿no? —pregunta Dionisio después de abrir el otro ojo—. Con las cuatro chicas que odian a los Trece con un fervor totalmente comprensible, si tenemos en cuenta quién es su madre.

—Pues igual sí. —Ni siquiera consigue decirlo sin reírse—. Vale, no he quedado con ellas, pero me entró la curiosidad porque su madre está empeñadísima con presentárselas a cuantas personas poderosas pueda. Vale la pena saber estas cosas.

Observo la conversación fascinado. Al ser una de los Trece, Hermes tendría que caerme mal por principios, pero su título la empuja hacia las sombras de mil formas diferentes. Es mensajera privada, y solo puedo empezar a hacerme una idea de la cantidad de secretos que guarda. También es una ladrona cuando quiere. Vive en las sombras casi tanto como yo. Y eso tendría que provocar que confiara en ella menos que en los otros miembros de los Trece, pero es que, joder, es tan transparente que a veces hasta me da dolor de cabeza.

Entonces termino de procesar todo lo que han dicho antes.

—Así que va en serio. Su futuro es casarse con Zeus.

—Lo anunciaron anoche. Me habría puesto triste si tuviera algo de compasión en el corazón. La chica se esforzaba un montón por no perder la sonrisa, pero la pobrecilla estaba aterrorizada. —Dionisio vuelve a cerrar los ojos y se recuesta sobre la encimera—. Con algo de suerte, durará algo más que la última Hera. Uno se plantea qué tiene Deméter en mente. Yo pensaba que le importaba más la seguridad de sus hijas, la verdad.

Soy consciente de que Hermes me está observando, pero me niego a dejar mi interés a la vista. Son muchos años de enterrar todo lo que siento hasta que he levantado un grueso muro entre el resto del mundo y yo. Que tolere la presencia de estas dos personas en mi casa no significa que confíe en ellas. Nadie puede ganarse mi confianza. No después de haber visto lo terrible que pueden llegar a ser las consecuencias de confiar en alguien y cómo eso acaba con la vida de otras personas.

Hermes se acerca poco a poco hasta el borde de la isla y deja caer las piernas, la viva imagen de la despreocupación.

—Tienes razón, Dionisio. Perséfone no había aceptado la propuesta. Un pajarito me ha dicho que no tenía ni idea de lo que iba a pasar hasta que la arrastraron al frente de la sala y la pusieron en el compromiso de o aceptar o cabrear a Zeus delante de todos los Trece; bueno, todos menos Hades y Hera. Y todos sabemos lo bien que acabaría la cosa.

—Tú trabajas para Zeus —digo con suavidad al tiempo que me trago a la fuerza la ira instintiva que borbotea en mi interior cada vez que se menciona al capullo de Zeus.

—Nop. Yo trabajo para los Trece. Pero da la casualidad de que Zeus aprovecha mis servicios más que el resto; y más que tú. —Se inclina hacia delante y me guiña un ojo con torpeza—. Deberías plantearte utilizar mis habilidades en todos los sentidos. Soy un hacha en mi trabajo, aunque está mal que yo lo diga.

Bien podría ponerme el anzuelo delante de la cara y menearlo con ganas.

—Sería estúpido si confiara en ti —le contesto enarcando una ceja.

—Tiene razón —conviene Dionisio eructando, y la piel se le pone más verde todavía, aunque parezca imposible—. Eres una tramposa.

—No sé de qué estás hablando. Soy un dechado de inocencia.

Hermes es la más misteriosa de todos nosotros. Debe serlo para mantener el equilibrio de ser una parte un poco neutra en medio de todo el politiqueo, la manipulación y los ardides de los otros Trece. Confiar en ella sería como meter la mano en las fauces de un tigre y rezar para que no le entre hambre.

Aun así…

La curiosidad se adueña de mí y se niega a abandonar mi cuerpo.

—Muchos de los habitantes de Olimpo estarían más que dispuestos a dar su mano derecha por convertirse en uno de los miembros de los Trece, ya sea casándose con Zeus o no.

En la prensa rosa pintan a Perséfone como una mujer con más dinero que cabeza: justo la clase de persona que no lo pensaría y se casaría con un hombre rico y poderoso como Zeus. Esa Perséfone no se parece en nada a la chica fuerte, aunque aterrorizada, que anoche huyó de la zona alta cruzando el puente. ¿Cuál es la verdadera Perséfone? El tiempo lo dirá.

La sonrisa de Hermes se ensancha como si le acabase de hacer un regalo.

—Eso es lo que pensaríamos todos, ¿no?

—Déjate de tanta incertidumbre y suelta ya el chisme —se queja Dionisio—. Cada vez me duele más la cabeza por tu culpa.

Hermes levanta las piernas, y tengo que morderme la lengua para pedirle que baje los putos pies de mi encimera. Coge la taza de café con las dos manos y se la lleva a la boca.

—A las hijas de Deméter les da igual el poder.

—Ya, claro —bufo—. A todo el mundo le interesa el poder. Si no el poder, el dinero.

Ni sé ya las veces que he visto fotos de las hermanas Dimitriou comprando cosas que seguro que no necesitan. Salen fotos nuevas mínimo una vez a la semana.

—Ya, si yo pensaba igual. Por eso mismo creo que merezco el perdón por haber husmeado un poco. —Le lanza una mirada a Dionisio, pero el hombre está demasiado hundido en su dolor para darse cuenta—. A ninguna de ellas le importan lo más mínimo las ambiciones de su madre. Con decirte que la más pequeña de las hermanas ha dejado que el hijo favorito de Calíope la engatuse.

Ese dato despierta mi interés.

—¿El hermano pequeño de Apolo?

—El mismo —contesta ella riéndose—. El golfo por excelencia.

Se lo dejo pasar, porque la verdad es que poco importa mi opinión sobre Orfeo Makos. Puede que no pertenezca a una de las familias originales de Olimpo, pero hace generaciones que tienen muchísimo poder y una gran fortuna, antes incluso de que el hermano mayor de Orfeo se convirtiera en Apolo. Por lo que me han contado del chaval, es un músico que se pasa la vida intentando encontrarse a sí mismo. Conozco su obra, y es buena, pero eso no justifica la vida de excesos que lleva para buscar a sus distintas musas.

—Algo de razón tienes.

—Ah, ¿sí? —pregunta levantando y bajando las cejas—. Solo te digo que igual quieres sentarte con ella y preguntarle qué quiere. —Se encoge de hombros y desciende de la encimera de un salto, tambaleándose un poquito al aterrizar de pie—. O podrías hacer lo que todos pensamos que vas a hacer y encerrarla en una mazmorra. Seguro que a Zeus le encanta.

—Hermes, sabes de sobra que no tengo mazmorras.

—No tienes una mazmorra húmeda y oscura —dice moviendo las cejas—. Pero ya conocemos tu cuarto de juegos.

Me niego a reconocerlo. Las fiestas que celebro en mi casa de vez en cuando forman parte de mi papel como Hades, como todo en mi vida. Un personaje elaborado al detalle, diseñado para despertar las emociones más oscuras y, por ende, asegurarme de que los pocos habitantes de la zona alta de la ciudad que saben que existo no me toquen las narices. ¿Qué pasa si da la casualidad de que disfruto de esa parte en concreto de dicho personaje? En cuanto Perséfone echase un vistazo a ese cuarto, saldría gritando suplicando por su vida.

—Ya va siendo hora de que os vayáis a casa —anuncio, y señalo el pasillo con la cabeza—. Puedo pedirle a Caronte que os lleve.

—No hace falta. Ya nos buscamos nosotros la vida. —Se pone de puntillas y me da un beso fugaz en la mejilla—. Que te diviertas con tu prisionera.

—Que no es mi prisionera.

—Ya, no dejes de repetírtelo.

Luego Hermes sale danzando de la cocina con los pies descalzos, como si fuese lo más normal del mundo. Esta mujer me agota.

No tiene pinta de que Dionisio quiera soltar mi taza de café, pero se detiene en el umbral de la puerta.

—Igual esa chiquita y tú os podéis ayudar el uno al otro. —Pone una mueca al ver la mirada que le lanzo—. ¿Qué? Es supercomprensible que piense así. Es probable que esa chica sea una de las pocas personas de Olimpo que odie a Zeus tanto como tú. —Entonces chasquea los dedos y añade—: Ah, y recibiré esa remesa que me pediste a finales de semana. No se me ha olvidado.

—Nunca se te olvida.

En cuanto sale por la puerta, cojo la taza de café que Hermes ha dejado en la encimera y la meto en el fregadero. Esa mujer monta el caos allí por donde pasa, pero a estas alturas ya estoy acostumbrado. Lo de anoche no fue relativamente nada en la escala Hermes-Dionisio. La última vez que se colaron en mi casa trajeron una gallina que se habían encontrado no sé dónde. Me pasé días encontrando plumas por toda la casa.

Me quedo mirando la cafetera e intento dejar de pensar en esos dos folloneros. No es que ahora mismo tenga que preocuparme de ellos. He de preocuparme por Zeus. La verdad, me sorprende muchísimo que todavía no se haya puesto en contacto conmigo. No es de los que se sientan a esperar cuando alguien les arrebata uno de sus juguetitos.

Joder, me siento muy tentado de llamarlo yo primero, de restregarle por las narices que su mujercita estaba dispuesta a venirse conmigo antes que a casarse con él. Pero hacer eso sería un acto demasiado impulsivo y mezquino. Si mi idea es utilizar a Perséfone para conseguir cierta venganza... seré tan cabrón como él.

Intento alejar ese pensamiento. Mi gente ha sufrido por las maquinaciones de Zeus. Yo mismo he sufrido, y he perdido tanto como el que más. Debería estar ansioso por aprovechar esta oportunidad y conseguir un poco de venganza. Quiero vengarme, de verdad. Pero ¿quiero conseguirlo a costa de esta chica que ya ha sido el peón de su madre y de Zeus? ¿Soy tan frío como para seguir adelante a pesar de sus protestas?

Supongo que podría preguntarle a ella qué quiere. Vaya, esto es algo nuevo.

Hago una mueca y sirvo una segunda taza de café. Tras reflexionar un momento, le echo un poco de nata y azúcar. Perséfone no parece ser de las que se toman el café solo. Aunque pensándolo bien, ¿y yo qué sé? Lo único que sé sobre ella es lo que escriben en las

páginas de cotilleo que acechan a los Trece y a las personas de su mundo. Esos supuestos periodistas adoran a las mujeres Dimitriou, y las persiguen como una jauría de perros. La verdad es que me impresiona que Perséfone haya podido salir de esa fiesta sin un séquito detrás.

¿Cuánto es real y cuánto no es más que una ficción inventada con mucha creatividad? Es imposible saberlo. Yo mejor que nadie sé que, a veces, la reputación de una persona apenas se corresponde con la realidad.

Estoy divagando.

En cuanto me percato de ello, suelto un taco, salgo de la cocina y subo las escaleras. No es muy tarde, pero a estas horas me esperaba que la chica se hubiese levantado y estuviese aterrorizando al servicio. Tanto Hermes como Dionisio se han apañado para despertarse del coma etílico al que ellos llaman sueño y se han ido y todo antes de que Perséfone se haya levantado.

Odio cómo se abre paso ese tentáculo de preocupación en mi interior. La salud mental de esta chica no es problema mío. No es mi puto problema. Cada vez que Zeus y yo nos vemos obligados a interactuar, llegamos al límite. Un paso en falso, y me partirá en dos. Y, lo que es aún más importante, un paso en falso y mi pueblo sufrirá las consecuencias.

Estoy poniendo en peligro a mi gente y a mí mismo por esta chica que, seguramente, esté tan ávida de poder como su madre y que, al levantarse, será consciente de que la mejor manera de llegar a ese poder es con el anillo de Zeus en el dedo. No me importa lo que les dijera anoche a sus hermanas por teléfono. No puede importarme.

Llamo a la puerta y espero, pero no hay respuesta. Vuelvo a llamar.

—¿Perséfone?

Silencio.

Tras un breve debate interno, abro la puerta. Siento un pelín de resistencia, hago un poco más de fuerza y oigo que algo se cae al otro lado de la puerta. Suelto un largo suspiro y entro en la habitación. Me basta un rápido vistazo al dormitorio (veo la mesilla volcada y me doy cuenta de que el edredón no está) para llegar a la conclusión de que la chica se ha pasado la noche escondida en el baño.

Cómo no.

Está en casa del malvado de Hades, así que ha asumido que alguien le haría daño mientras dormía indefensa. Ha construido una barricada para protegerse. Me entran ganas de tirar algo contra la pared, pero no me he permitido perder tanto el control desde que abandoné la adolescencia.

Dejo la taza de café y levanto la mesilla; después me tomo un momento para colocarla donde estaba. Cuando la pongo como quiero, voy a la puerta del baño y llamo.

Puedo oírla arrastrar los pies al otro lado. Luego escucho su voz, y suena tan cerca que debe de estar apoyada contra la puerta del baño.

—¿Tienes por costumbre colarte en las habitaciones de la gente sin su permiso?

—¿De verdad tengo que pedir permiso para entrar en una habitación de mi propia casa?

No sé por qué le he contestado. Debería abrir la puerta, sacarla a rastras y enviarla a su casa.

—Si eso es lo que crees que implica ser el dueño de una casa, igual tendrías que hacer que tus huéspedes firmen un documento de renuncia antes de cruzar el umbral.

Es una chica muy rara. Muy... imprevisible. Miro la madera blanqueada con el ceño fruncido.

—Lo pensaré.

—A ver si es verdad. Has sido bastante brusco al despertarme.

Hostia, habla de una forma tan estirada que me entran ganas de arrancar la puerta de las bisagras solo para poder apreciar bien la expresión de su rostro ahora mismo.

—Estabas durmiendo en una bañera. No es que sea la opción más adecuada para una buena noche de descanso.

—Qué estrecho de miras eres.

La fulmino con la mirada, aunque es imposible que ella pueda verlo.

—Perséfone, abre la puerta. Me he cansado de esta conversación.

—Tiene pinta de que te cansas a menudo de las cosas. Si consideras que soy pesada, no deberías estar echando mi puerta abajo a estas horas intempestivas de la mañana.

—Perséfone. La puerta. Ahora.

—Bueno, si insistes...

Doy un paso hacia atrás al oírla quitar el seguro de la puerta y allí está, de pie en el umbral y con un aspecto despeinado y delicioso. Tiene la melena rubia hecha un desastre, todavía se le marca la almohada en la mejilla, y se ha rodeado el cuerpo con el edredón como si fuese una armadura. Una armadura muy mullidita e inútil, a causa de la cual debe arrastrarse por la habitación con pasitos pequeños para evitar caerse de bruces.

Me entran unas ganas terribles de echarme a reír, pero me contengo. Cualquier reacción por mi parte no haría más que animarla, y esta chica ya me ha aturdido. «Aclárate de una vez. O la utilizas, o la sacas de aquí.» Eso es lo único que importa. Le señalo la taza con la mano.

—Café.

Los ojos de color avellana de Perséfone se abren un pelín.

—Me has traído café.

—Casi todo el mundo toma café por la mañana. No es gran cosa. —Hago una mueca—. Aunque Hermes es la única persona que conozco que se lo toma con helado.

Se le abren los ojos aún más si cabe.

—No me puedo creer que Hermes y Dionisio hayan sabido de tu existencia durante todos estos años. ¿Cuántas personas más saben que no eres un mito?

—Un par. —Una respuesta agradable, segura y no comprometedora.

Sigue mirándome a la cara como si estuviese buscando los rasgos de alguien que conoce, como si le resultara familiar. Es de lo más desconcertante. Tengo la irracional sospecha de que se aferra con tanta fuerza al edredón para evitar estirar la mano y tocarme.

Perséfone ladea la cabeza.

—¿Sabes que hay una estatua de Hades en la torre Dodona?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Solo he ido a la torre una vez, y Zeus no me hizo precisamente una visita guiada. No me apetece repetir la experiencia, a menos que sea para acabar con ese pedazo de cabrón de una vez por todas. Esa fantasía de venganza en particular me ha ayudado a superar más días duros de los que quiero recordar.

Sigue con su tema como si no hubiese respondido a su pregunta, y no deja de analizar mis rasgos, demasiado cerca.

—Pues tiene unas estatuas, una por cada uno de los miembros de

los Trece, pero la tuya está cubierta por una tela negra. Supongo que es para indicar que tu linaje ha muerto. Se supone que no existes.

—Ya, estás venga a repetir eso. —Me la quedo mirando—. La verdad, parece que te has pasado muchísimo tiempo analizando la estatua de Hades. No es, ni de lejos, la clase de hombre que Deméter querría que persiguieras.

Y así, sin más, se le despierta algo en los ojos y su sonrisa se ilumina de una forma cegadora.

—¿Qué puedo decir? Soy una decepción constante como hija.

Da un paso y hace una mueca de dolor.

Está herida. Joder, se me había olvidado. Me muevo antes de que pueda decidir si es buena idea. La levanto en brazos, hago caso omiso de sus quejidos, y la poso sobre la cama.

—Te duelen los pies.

—Si me duelen, ya me sentaré yo solita sin ningún problema.

Bajo la mirada, la cruzo con la suya, y entonces me percato de lo cerca que estamos. Siento un desagradable escalofrío de consciencia recorrerme el cuerpo. Y, cuando logro articular palabra, mi voz suena demasiado áspera:

—Pues hazlo.

—¡Lo haré! Ahora, échate hacia atrás. No puedo pensar si estás tan cerca de mí.

Despacio, doy un paso hacia atrás, y luego otro. He cometido un error al dejarla en la cama, porque ahora está despeinada y deliciosa sobre el colchón, y conozco a la perfección qué otras actividades relacionadas con una cama pueden lograr ese aspecto. Joder, es que es preciosa. Posee esa clase de belleza cálida que provoca la misma sensación que un rayo de sol de verano en la cara; como si, acercándome demasiado, pudiera hacerlo desaparecer. Clavo la mirada en esta hermosa y desconcertante mujer, y no estoy convencido de poder utilizarla, aunque fuese para castigar a Zeus por todo el daño que nos ha hecho a mí y a los míos.

Meto las manos en los bolsillos y me esfuerzo por hablar con un tono neutro.

—Deberíamos comentar lo que va a pasar ahora.

—Mira, estaba pensando lo mismo. —Con sumo cuidado, Perséfone se libera de su mullida armadura y se me queda mirando durante un par de segundos. Es la única advertencia que recibo antes

de que haga pedazos mi muro de buenas intenciones—. Creo que podemos ayudarnos mutuamente.

6

Perséfone

Pasar la noche durmiendo en la bañera de un desconocido es una buena forma de darle perspectiva a una situación. No tengo adónde ir. No tengo recursos. Ni amigos que no vayan a cumplir los deseos de mi madre. Un invierno no me parecía tan largo cuando aún vivía una vida normal. ¿Ahora? Según lo veo yo, tres meses bien podrían ser una eternidad.

Mis hermanas me ayudarían, Calisto gastaría hasta su último centavo para asegurarse de que consigo salir de Olimpo ilesa, pero no puedo dejar que se involucren demasiado. Puede que yo vaya a abandonar la ciudad, pero ellas no. Demostraría una cobardía extrema al aceptar su ayuda para después esfumarme y dejar que se apañen ellas con las consecuencias.

No, en realidad no hay otra opción.

Tengo que quedarme a la merced de Hades y convencerlo de que podemos colaborar juntos.

No ayuda nada que la tenue luz diurna no le confiera un aspecto menos imponente. Me da la sensación de que este hombre va por ahí con un poco de medianoche metida en el bolsillo. Desde luego, va ataviado para la ocasión con un traje completamente negro. Caro y elegante, además de muy pero que muy sugerente al combinarlo con la barba perfectamente acicalada y la melena. Y esos ojos. Dioses, este hombre parece una especie de demonio diseñado específicamente para tentarme. Si tenemos en cuenta el trato que estoy a punto de ofrecerle, igual me viene hasta bien.

—Perséfone. —Enarca una sola ceja—. Crees que podemos ayudarnos entre nosotros —me recuerda que he dejado la conversación en puntos suspensivos después de soltar esa bomba.

Me atuso el pelo, intento que su presencia no me ponga nerviosa. Me he pasado los últimos años codeándome con gente poderosa, pero esto es distinto. Él es distinto.

—Odias a Zeus.

—Pensaba que eso estaba claro no, cristalino.

Lo ignoro.

—Y por alguna razón, Zeus se muestra reacio a desafiarte.

Hades cruza los brazos sobre el pecho.

—Zeus puede fingir que para él no existen las normas, pero ni siquiera él puede alzarse contra todos los Trece. Hemos redactado un tratado muy minucioso. Solo un grupo selecto de gente puede viajar de la zona alta de la ciudad a la baja sin consecuencias, pero él no es una de esas personas. Y yo tampoco.

Parpadeo. Primera vez que oigo esto.

—Y ¿qué ocurrirá si lo haces?

—La guerra. —Se encoge de hombros, como si no fuera para tanto. Quizá para él no lo sea—. Tú has cruzado por voluntad propia, así que no puede llevarte de vuelta sin arriesgarse a un conflicto en el que se vería envuelto todo Olimpo. —Curva los labios—. Tu prometido nunca hará nada que ponga en riesgo su poder y posición, así que me dejará hacer lo que me venga en gana para evitar dicha pelea.

Está intentando asustarme. De lo que no se da cuenta es de que, en realidad, me está asegurando que este plan improvisado sí que podría funcionar.

—¿Por qué cree todo el mundo que eres un mito?

—Porque no salgo de la zona baja de la ciudad. No es problema mío que en la alta les guste contar leyendas que poco tienen que ver con la realidad.

Esa respuesta no me deja satisfecha, pero supongo que no necesito la información ahora mismo. Puedo hacerme a la idea sin tener todos los detalles. Con tratado o sin tratado, Zeus tiene un interés personal en que Hades continúe siendo un mito. Con la desaparición del tercer título hereditario, la balanza del poder se inclina a su favor. Siempre me ha parecido extraño que ignorara por completo a la mitad de Olimpo, pero, ahora que sé que Hades es real, tiene más sentido.

Enderezo la espalda mientras le sostengo la mirada.

—Aun así, eso no explica la manera en la que les hablaste a sus hombres anoche. Lo detestas.

Él ni se inmuta.

—Mató a mis padres cuando era muy pequeño. Detestar se queda corto.

La sorpresa casi me deja sin aliento. En realidad, no me sorprende que acusen a Zeus de más asesinatos, pero Hades habla de la muerte de sus padres con total neutralidad, como si le hubiera ocurrido a otra persona. Trago con dificultad.

—Lo siento.

—Ya. Siempre me lo dicen.

Lo estoy perdiendo. Lo aprecio en la forma en la que recorre la habitación con la mirada, como si debatiera cuál sería el modo más rápido de hacerme un fardo y deshacerse de mí. Respiro hondo e insisto. A pesar de lo que les dijera a aquellos hombres anoche, no cabe duda de que no tiene intención de que me quede por aquí. No puedo permitirlo.

—Úsame.

Hades vuelve a centrarse en mí.

—¿Qué?

—No es lo mismo, no está ni de lejos al mismo nivel, pero él me ha nombrado como suya y ahora eres tú el que me tiene.

El estupor pinta sus facciones.

—No te tomaba por alguien que se resignaría con tanta facilidad a ser un peón en la partida de ajedrez entre dos hombres.

La humillación me enciende las mejillas, pero lo ignoro. Está intentando provocarme, y no pienso darle esa satisfacción.

—Ser un peón entre vosotros dos, o un peón para uso de mi madre... al fin y al cabo es lo mismo. —Sonrío con alegría, disfruto de la forma en la que se estremece como si lo hubiera golpeado—. No puedo volver, ¿sabes?

—Yo no te voy a acoger.

¿Por qué me ha dolido esa frase? No conozco de nada a este hombre, y no tengo intención alguna de que me acoja. Aun así, me irrita que me descarte sin parpadear siquiera. Me esmero para que no me flojee la sonrisa y que mi voz suene alegre.

—Por supuesto, no sería para siempre. En tres meses tengo que irme a un sitio, pero hasta que no cumpla los veinticinco no puedo

acceder a mi herencia.

—Tienes veinticuatro años.

Parece más gruñón todavía, si es que es posible, como si mi edad fuera una ofensa personal.

—Sí, veo que sabes contar.

«Para el carro, Perséfone. Necesitas que te ayude. Deja de chincharle.» No puedo evitarlo. Se me suele dar mejor ganarme a la gente, lo cual hace que se sientan más inclinados a cumplir mis deseos. Hades hace que quiera mantenerme en mis trece y llevarle la contraria hasta que se rinda.

Se da la vuelta para mirar por la ventana, momento en el que me percato de que ha vuelto a colocar la mesilla de noche justo donde estaba antes de que la moviera. Es puntilloso con ganas. Algo que no le pega al hombre del saco de Olimpo. Alguien así habría tirado abajo la puerta y me habría arrastrado de los pelos. Estaría más que dispuesto a aceptar mi oferta en vez de estudiar la puerta abierta del baño como si me hubiera dejado el cerebro en la bañera.

Para cuando se gira a mirarme, ya he vuelto a esbozar una expresión plácida y alegre. Hades gruñe.

—Quieres quedarte aquí durante tres meses.

—Eso mismo. Mi cumpleaños es el 16 de abril. Me perderás de vista al día siguiente. Todo el mundo me perderá de vista.

—¿A qué te refieres?

—En cuanto me haga con la herencia, pienso sobornar a alguien para que me saque de Olimpo. Los detalles dan igual, lo importante es que me marcho.

Entrecierra los ojos.

—Abandonar la ciudad no es coser y cantar.

—Ni tampoco lo es cruzar el Estigia, pero anoche lo conseguí.

Deja de entrecerrar los ojos y me analiza.

—Pues menuda venganza más triste te has montado. ¿Por qué debería importarme lo que hagas? Como bien has dicho, no piensas regresar con Zeus ni con tu madre, y soy yo el que te ha apartado de él. Te quedes aquí o no, te marches ahora o dentro de tres meses, para mí no supondría ninguna diferencia.

Tiene razón, y no hay nada que me dé más rabia. Zeus ya sabe que estoy aquí, lo cual quiere decir que Hades me tiene con el agua al cuello. Me levanto con cuidado, contengo el intenso estremecimiento

de dolor que me recorre al poner peso sobre los pies. Por sus ojos entornados, sé que, aun así, se ha dado cuenta y no le hace ninguna gracia. Da igual lo frío que finja ser; si de verdad fuera tan insensible, no me habría sentado en la cocina para vendarme los pies, no me habría envuelto en mantas para asegurarse de que entrara en calor. No estaría conteniéndose para no volver a lanzarme sobre la cama y evitar que me hiciera más daño.

Junto las manos delante de mí para forzarme a estar quieta.

—¿Y si hurgas en la herida? Por así decirlo.

Me observa con tanta atención que se me pasa algo desternillante por la cabeza: así será como se siente un zorro antes de que suelten a los sabuesos. Si salgo corriendo, ¿me perseguirá? No puedo estar segura y, por eso mismo, el pulso se me acelera en el pecho.

Por fin, Hades contesta:

—Te escucho.

—Deja que me quede el resto del invierno. Y todo lo que ello conlleva.

—Ahora no me vengas con misterios, Perséfone. Explica lo que me estás ofreciendo con todo detalle.

Mi cara debe de estar como un tomate, pero no permito que me flaquee la sonrisa.

—Si piensa que te he preferido a ti antes que a él, perderá los papeles. —Como Hades sigue esperando, trago con dificultad—. Vives en la zona baja de la ciudad, pero seguro que sabes cómo funciona la cosa al otro lado del río. Mi valor depende de mi imagen. Entre otras cosas, existe una razón por la que no me has visto hacer pública ninguna relación desde que mi madre se convirtió en Deméter.

Ahora que lo pienso, me arrepiento con todas mis fuerzas de haberme sometido a las artimañas de mi madre en ese aspecto. Pensaba que sería más sencillo no remover las aguas mientras ella labraba una reputación para mí y para mis hermanas; no tenía ni idea de que utilizaría dicha reputación para venderme a Zeus.

—A Zeus se lo conoce por despreciar aquello que él considera bienes mancillados. —Respiro hondo—. Así que... mancíllame.

Hades sonríe por fin y, madre mía, es como si me dispararan con un rayo láser. Me invade un calor que basta para que me cosquilleen las yemas de los dedos y encoja los dedos de los pies. Le sostengo la mirada, atrapada en la intensidad de esos ojos oscuros. Entonces él

empieza a negar con la cabeza, sofocando así esa corriente extraña que me recorre el cuerpo.

—No.

—¿Cómo que no?

—Sé que durante tu privilegiada existencia no has oído muchas veces esa palabra, así que te lo dejaré claro. No. *Nein. Nyet. Non.* Ni de puta coña.

Cada vez estoy más cabreada. Es un plan genial para el poco tiempo que he tenido para elaborarlo.

—¿Por qué no?

Durante un instante, pienso que no va a contestarme. Al final sacude la cabeza.

—Zeus no es tonto.

—Supongo que no te equivocas. —Aunque se trate de un título hereditario, uno no se hace con el poder de Olimpo y lo mantiene sin tener dos dedos de frente—. ¿Qué sugieres?

—Aunque nos libráramos de Hermes, tiene espías en mi territorio, al igual que yo en el suyo. Una farsa superficial no bastaría para embaucarlo. Con un informe de nada demostrarían que todo es un engaño, por lo que tu farsa sería una pérdida de tiempo.

Si está en lo cierto, mi plan no va a funcionar. Qué frustrante todo. Ahora me toca a mí cruzarme de brazos sobre el pecho, aunque, por cuestión de principios, me niego a rendirme.

—Entonces lo haremos de verdad.

El pestañeo ralentizado de Hades es una recompensa de lo más especial.

—Se te ha ido la cabeza.

—Para nada. Soy una mujer decidida. Aprender y adaptarse, Hades. —Mi voz despreocupada contradice la forma en la que el corazón me late, con tal fuerza que me está dejando un poco mareada. No me puedo creer que le esté ofreciendo esto, jamás pensé que llegaría a ser así de impulsiva, pero las palabras se me escapan a borbotones—. Ese aire taciturno te hace bastante atractivo. Aunque yo no sea tu tipo, podrás cerrar los ojos y pensar en cosas bonitas, o en lo que sea que piense el hombre del saco cuando se rinde al placer carnal.

—Placer carnal. —Creo que no ha respirado ni una vez en los últimos sesenta segundos—. ¿Eres virgen, Perséfone?

Arrugo la nariz.

—Creo que eso no te incumbe, la verdad. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque solo una virgen llamaría al sexo «placer carnal».

Ah, conque eso es lo que le echa para atrás. No debería disfrutar tanto de chinchar a este hombre, pero, a pesar de lo que le he dicho antes, en realidad no creo que vaya a hacerme daño. No se me pone la piel de gallina cuando estamos en el mismo cuarto, lo cual ya le concede una gran ventaja sobre Zeus y algunas de las otras personas que frecuentan esas esferas. Además, puede que Hades gruña, reaccione con brusquedad e intente bajarme los humos verbalmente, pero le echa miradas furtivas a mis pies como si le estuviera doliendo a él mismo que yo esté incorporada. Es irritante, pero no va a hacerme daño si tanto le preocupa mi comodidad.

Lo miro un poco apenada.

—Hades, a pesar de la absurda importancia que le dan a la virginidad en la zona alta, hay un montón de actividades que se pueden considerar carnales y no tienen que ver con la penetración del pene en la vagina. Vaya, pensaba que ya lo sabrías.

Hace una mueca con la boca, pero consigue controlarse antes de esbozar una sonrisa. Después vuelve a mirarme con el ceño fruncido.

—Te veo muy dispuesta a vender tu virginidad a cambio de tu seguridad.

Pongo los ojos en blanco.

—Por favor. No sé qué historia le habrá vendido mi madre a Zeus, pero no soy virgen, así que, si es por eso por lo que está a punto de explotarte la cabeza, puedes estar tranquilo. En serio.

Me lanza una mirada más hosca si es posible.

—Tampoco es que eso haga que tu oferta me parezca más atractiva.

Ah, esto es absurdo. Suspiro, cosa que deja entrever mi frustración.

—Qué ingenua he sido al pensar que perteneces al porcentaje de la población humana que no venera el altar del himen.

Suelta un taco, parece que quiere pasarse las manos por la cara.

—Eso no es lo que quería decir.

—Es lo que has dicho.

—Estás tergiversando mis palabras.

—No me digas. —Con esta conversación ya he rebasado los

límites de frustración que estoy dispuesta a soportar. Normalmente se me da mejor venderle mis ideas a la gente—. ¿Qué problema hay, Hades? Dadas las circunstancias, compartimos un interés mutuo. Quieres castigar a Zeus por el daño que te ha causado. Yo quiero asegurarme de que se quite de la cabeza los planes que tiene de casarse conmigo. Asegurarme de que se piense que follamos como conejos en todas las superficies que podamos hasta que dejes tu marca en mi piel y ambos consigamos nuestros objetivos. A mí no me tocará ni con un palo y jamás podrá superar el hecho de que hayas sido tú quien me haya «deshonrado». —Sigue sin decir nada. Vuelvo a suspirar—. ¿Es porque crees que me estás coaccionando? Porque no. Si no quisiera acostarme contigo, no me ofrecería.

Su sorpresa es tan deliciosa que casi puedo sentir su sabor. Como el resto de Olimpo, este hombre ha visto varias noticias en los medios sobre mí y mi familia, y ha hecho suposiciones. No puedo decir que todas sean falsas, pero esta interacción me causa un placer especial. Conozco bien el papel que mi madre ha escrito para mí de entre las cuatro hermanas: la dulce y risueña Perséfone, que siempre sonríe y hace lo que se le manda.

Qué desencaminados andan.

Tampoco es que esté mintiendo del todo. Sí, no es que me queden muchas opciones ahora mismo, pero la idea de acostarme con Hades para truncar las posibilidades de que Zeus me ponga un anillo en el dedo... le resulta muy atractiva a una parte muy oscura y secreta de mí. Quiero hurgar en la herida, quiero castigar a Zeus por actuar como si fuera una obra de arte en una subasta en vez de una persona con capacidad de raciocinio, con sentimientos y planes. Quiero que se revuelva de dolor bajo una daga que haya forjado yo misma, minar su autoridad al escaparme de sus manos para arrimarme a su enemigo. Puede que no sea nada grandilocuente, pero nada es insignificante en lo que a reputación se refiere. Mi madre me ha enseñado muy bien esa lección.

El poder depende tanto de la percepción de los demás como de los recursos de los que una dispone.

—No sé cómo seleccionas a tus compañeros de cama, pero yo no suelo negociar por ese privilegio. —Aprieta la mano a un lado—. Y más te vale sentarte antes de que me dejes la alfombra perdida de sangre.

—Primero el parqué, ahora la alfombra. Hades, sin duda eres un fanático de tu suelo. —Después de un fugaz debate interno, me siento bien erguida en el borde del colchón. No podrá centrarse en nada de lo que diga mientras siga de pie. Coloco las manos con remilgo sobre mi regazo—. ¿Mejor así?

Hades pone la misma cara que mi madre justo antes de que empiece a amenazar con tirar a gente por la ventana. No sé si alguna vez habrá lanzado algo en un arrebato de furia, pero la amenaza resultaba muy efectiva cuando éramos niñas. Niega con la cabeza de forma pausada.

—Apenas. Sigues aquí.

—Au. —Le sostengo la mirada—. Sigo sin entender cuál es el problema. Anoche me tenías agarrada por la garganta mientras gruñías «mía», y ahora actúas como si te murieras por darme la patada. ¿Es que no soy tu tipo?

Es posible, aunque no me parece que algo así sea un inconveniente para él si de verdad anhela la venganza. Tengo un espejo. Soy una belleza tradicional y todo ese rollo, y eso incluso antes de que mi madre insistiera en que malgastáramos un dineral en tratamientos para el pelo, para la piel y en ropa, aunque yo puse el límite en una operación de nariz.

—A no ser que te ponga más el rollo damisela en apuros. Supongo que podría hacerme pasar por una si es eso lo que te va. —Levanto la mirada hacia él y ni me preocupo en adornar mi expresión con ningún artificio o seducción. No va a funcionar con él, de eso no me cabe duda. En su lugar, le dedico una sonrisa burlona, una que contraste un poquito con mi habitual personalidad risueña—. ¿Me deseas, Hades? Aunque sea un poco.

—No.

Parpadeo. Quizá me he imaginado las llamas de su mirada. Si ese fuera el caso, acabo de quedar como el culo.

—Pues nada. Supongo que este plan no funcionará al fin y al cabo. Discúlpame.

Meto la decepción en una cajita y me la guardo para mí, bien escondida.

Era un buen plan, y sé de sobra que me habría encantado darme un revolcón con este hombre taciturno y apuesto para conseguir el resto de mis objetivos. «En fin.» Habrá otra forma. Tan solo tengo que

averiguar qué pasos he de seguir para llegar hasta ella. Por mucho que no quiera involucrar más a mis hermanas, entre las cuatro conseguiremos encontrar la manera de esconderme durante estos meses.

Me pongo de pie con la mente a kilómetros de distancia. Quizá tenga que aceptar un préstamo de Calisto, pero me aseguraré de devolvérselo con intereses. No sé si el salvoconducto que me han prometido estará disponible antes de tiempo, pero supongo que, si invierto el dinero suficiente en el problema, encontraré una solución. Solo tengo que asegurarme de no darle demasiadas vueltas al porcentaje de la herencia que me voy a fundir en el proceso de saldar deudas con Calisto.

—Perséfone.

Me detengo de golpe justo antes de estamparme contra el pecho de Hades y levanto la mirada. No es un hombre especialmente corpulento, pero de cerca parece más grande, como si su sombra ocupara más espacio que él en sí. Estamos tan cerca que un movimiento por descuido haría que estuviéramos pecho contra pecho. Es una idea horrible. Me acaba de decir que no me desea, y quizá yo sea tozuda como nadie, pero sé aceptar un rechazo.

Empiezo a retroceder, pero me agarra de los codos para que me quede donde estoy. Casi tan cerca como para que se convierta en un abrazo. En sus ojos oscuros no se aprecia nada, cosa que no debería parecerme excitante. Ver a este hombre perder el control en vivo y en directo es una fantasía que no me puedo permitir.

Eso no impide que respire más hondo de lo habitual y, desde luego, no aplaca la sensación de victoria cuando su atención se dirige a cómo mis pechos tensan la fina tela de mi vestido. Aprieta la mandíbula bajo su barba perfectamente cuidada.

—No acostumbro a negociar para acostarme con nadie.

—Sí, eso ya lo has dicho.

Mi voz suena demasiado entrecortada para fingir que no me afecta, pero no puedo evitarlo. Es abrumador, tiene una presencia que podría ser la perdición de cualquiera al que pille desprevenido. Y puede que ni siquiera le importe. Pero a mí no me va a pillar desprevenida. Sé perfectamente en qué me estoy metiendo. O eso espero.

—Supongo que hay una primera vez para todo —murmura.

¿Se está convenciendo a sí mismo o a mí? Podría decirle que la última opción es innecesaria, pero mantengo la boca cerrada. Hades por fin se centra en mí.

—Si acepto tus condiciones, serás mía durante los próximos tres meses.

«Sí.» Apenas consigo ocultar mi entusiasmo.

—Eso suena a mucho más que sexo.

—Lo es. Te protegeré. Contaremos la historia que a ti más te apetezca. Pero me pertenecerás. Me obedecerás. —Aprieta los dedos sobre mis codos de forma fugaz, como si se esforzara por no pegarme a él—. Haremos realidad cualquier fantasía depravada que tenga. En público. —Ante mi expresión confundida, aclara—: Zeus sabe que a veces tengo sexo en público. Eso es a lo que te estás comprometiendo.

«Controla tu reacción, Perséfone. Deja que actúe como el lobo grande y malo que tanto quiere fingir ser.» Me humedezco los labios y lo miro con los ojos bien abiertos. Nunca he tenido sexo en público, la verdad, pero tampoco puedo decir que me desagrade la idea. Para mi sorpresa, me pone.

—Entonces supongo que no me queda otra que sonreír y soportarlo.

—No deberías.

Ah, está para comérselo. No puedo evitar inclinarme un poco hacia delante atraída por la gran fuerza de gravedad que brota de él.

—Estoy de acuerdo con tus condiciones, Hades. Que me protejas, que te pertenezca, y hasta que follemos en público y otras perversiones. —Debería dejarlo, pero jamás se me ha dado bien negarme aquello que quiero—. Supongo que deberíamos cerrar el trato con un beso. Es lo tradicional.

—Lo es.

Su entonación hace que las palabras suenen menos como una pregunta y más como una afirmación. Es tan frío que quizá acabe congelándome hasta los huesos. Debería darme miedo. Hasta la fecha, todas las parejas que he tenido han sido el opuesto de Hades: gente dispuesta a tomar lo que les daba sin hacer preguntas, no me exigían nada más. La reputación de mi madre me aseguraba que el miedo que ella les hacía sentir fuera mayor de lo que me deseaban a mí, así que hacían todo lo que estuviera en su mano para mantener la relación en secreto. Pero era seguro, todo lo seguro que puede ser algo para una

hija de Deméter mientras vive en Olimpo.

Hades no lo es. De hecho, dista mucho de serlo, y debería replantearme el trato incluso antes de que comience. Puedo convencerme de que no me queda más opción, pero no es cierto. Lo deseo con cada parte de mi alma oscura que tanto me esfuerzo por mantener bajo llave. No hay cabida en la imagen pública de mujer dulce, risueña y sumisa para aquello por lo que anhelo en la penumbra de la noche. Aquello que de repente estoy segura de que Hades puede darme.

Y entonces, su boca está sobre la mía y ya no estoy segura de nada.

7

Hades

Sabe a verano, aunque no sé cómo puede tener ese sabor; al menos no cuando ha pasado la noche durmiendo en una bañera, no cuando fuera estamos en pleno invierno... pero así es. Hundo las manos en su pelo y le inclino la cabeza hacia un lado, para tener mejor acceso. Sellar el trato es el más pobre de los pretextos para besarla; nada justifica que mantenga el contacto con ella, que lo profundice. No hay justificación, salvo el deseo que siento por ella. Perséfone se acerca para salvar la poquita distancia que había entre nosotros y tengo todo su cuerpo entre los brazos, cálida y delicada y, joder, me mordisquea el labio inferior como si de verdad ansiara lo que está pasando.

Como si no me estuviese aprovechando de la situación.

Ese pensamiento rompe el abotargamiento en el que estaba y me obligo a dar un paso hacia atrás, y luego otro. Siempre me he negado a cruzar ciertos límites, unos límites bosquejados que son tan endebles como los que mantienen alejado a Zeus de la zona baja de la ciudad. Pero su fragilidad no cambia el hecho de que nunca los he cruzado.

Perséfone parpadea extrañada y, por primera vez desde que la conocí anoche, parece auténtica, auténtica de verdad. No es la personificación de un rayo de sol. Ni tampoco la mujer con una tranquilidad escalofriante que está con el agua al cuello. Ni siquiera es la hija perfecta de Deméter que finge ser ante la sociedad. No es más que una mujer que ha disfrutado de ese beso tantísimo como yo.

O estoy proyectando mis sensaciones y esta es solo otra de sus tantas caretas. No puedo asegurarlo y, por eso mismo, retrocedo un paso más, el tercero. No me importa lo que el resto de Olimpo piense de mí (del hombre del saco, como me llaman), no puedo dejar que se demuestre que tienen razón.

—Empezamos hoy.

Perséfone parpadea otra vez, y las larguísimas pestañas le aletean contra la mejilla con un movimiento que casi puedo oír.

—Pues tengo que hablar con mis hermanas.

—Ya las llamaste ayer por la noche.

Es fascinante ver cómo levanta su escudo para protegerse. Primero endereza la espalda, un poquito nada más. Después, la sonrisa, alegre y de una autenticidad engañosa. Por último, la inocente mirada de esos ojos color avellana. Perséfone junta las manos sobre su regazo.

—Los teléfonos de la casa están pinchados. Me lo imaginaba, para qué negarlo.

—Soy bastante paranoico. —Es verdad, pero es una verdad a medias. Mi padre no pudo proteger a su pueblo, proteger a su familia, porque confiaba mucho en la gente. O eso es lo que me han contado toda la vida. Aun sin Andreas relatándome su versión de lo ocurrido con su propio toque, la realidad es la que es. Mi padre confió en Zeus y, por ello, mi madre y él murieron. Fue solo cuestión de suerte que yo no muriera también.

Perséfone se encoge de hombros, como si se lo esperara.

—Pues entonces sabrás que mis hermanas son más que capaces de presentarse en la puerta de tu casa si tienen la motivación necesaria, ya tengan que cruzar el río Estigia o no. Son así de complicadas.

Lo que menos necesito es que haya más mujeres como Perséfone en mi casa.

—Llámalas. Voy a pedirle a alguien que te busque algo de ropa y te la traiga —digo, y me vuelvo hacia la puerta.

—¡Espera! —Una diminuta grieta en la perfecta tranquilidad de la joven—. ¿Y ya está?

Miro hacia atrás, imaginándome que me encontraré miedo o quizá ira. Pero no: si estoy interpretando bien su gesto, es decepción lo que esconde en los ojos. Aun así, no puedo fiarme. La deseo más de lo que me corresponde, y la chica está aquí solo porque no tiene otro lugar al que ir.

Si fuese un hombre mejor, la sacaría a escondidas de la ciudad y le daría dinero, el suficiente para que pudiese sobrevivir hasta su cumpleaños. Perséfone tiene razón: si tiene la fortaleza necesaria para

cruzar el río, tendrá la fortaleza necesaria para marcharse de la ciudad con la ayuda adecuada. Pero no soy un hombre mejor. No importa lo grande que sea el conflicto interno que esto provoca en mí, deseo a esta mujer. Y ahora que se me ha ofrecido con un trato digno del diablo, pienso tomarla.

Pero todavía no.

No hasta que nos sirva de algo a los dos.

—Ya hablaremos esta noche. —Me deleito en el bufido de irritación que suelta mientras me encamino a la puerta y me marcho a mi despacho.

Habrá consecuencias por mis actos de anoche; consecuencias por el trato que acabo de hacer con Perséfone. Tengo que preparar a mi pueblo para dichas consecuencias.

No me sorprende lo más mínimo encontrarme a Andreas esperándome en el despacho. Tiene en la mano una taza que bien podría contener café o whisky (o quizá ambos), y lleva sus pantalones de vestir de siempre y el jersey de lana, como si fuera la combinación de un pescador y un director ejecutivo más rara del mundo. Los tatuajes que le adornan las curtidas manos y que le suben por el cuello no hacen más que acentuar la disparidad. El poco pelo que le queda lleva mucho tiempo blanco, por lo que aparenta todos y cada uno de los setenta años que tiene.

Levanta la mirada cuando entro en el despacho y cierro la puerta tras de mí.

—Me han dicho que le has robado la mujer a Zeus.

—Ella solita cruzó la frontera.

Andreas niega con la cabeza.

—Treinta y pico años evitando problemas y ahora lo mandas todo a la mierda por una monada con minifalda.

Le lanzo la mirada que se merece esa afirmación.

—Siempre cedo demasiado cuando se trata de ese cabrón. Antes era necesario, pero ya no soy un crío. Ha llegado el momento de ponerlo en su lugar.

Es justo lo que llevo esperando desde que crecí lo suficiente para comprender la verdadera magnitud de todo lo que me había arrebatado. Esa es la razón por la que llevo años recopilando información sobre él. Esta es una oportunidad que no puedo dejar escapar.

Andreas lanza un suspiro, largo y lento, y veo cierto dolor reminiscente reflejado en sus llorosos ojos azules.

—Va a machacarte.

—Igual hace diez años hubiera podido. Pero ahora ya no.

He sido muy cuidadoso, y además he fortalecido mi influencia a propósito. Zeus mató a mi padre cuando todavía no se había hecho a su título y carecía de experiencia para diferenciar a un amigo de un enemigo. Yo he tenido toda la vida para prepararme para cuando llegara el momento de enfrentarme a ese monstruo. Aunque no era más que un Hades de decoración antes de mi decimoséptimo cumpleaños, llevo dieciséis años al mando de verdad. Ahora ha llegado el momento de hacerlo, de establecer mis límites y desafiar a Zeus para ver si cruza la línea. Nadie puede saber si tendré otra oportunidad como la que me ofrece Perséfone, una oportunidad para humillar a Zeus y salir a la luz pública de una vez por todas. Solo de pensar en tener todas las miradas de Olimpo sobre mí me basta para que se me abra un agujero en el estómago, pero Zeus lleva demasiado tiempo ya ignorando la zona baja de la ciudad y fingiendo que él es el gobernante, y no yo.

—Es el momento, Andreas. Hace tiempo que es el momento.

Otra negación con la cabeza, como si le hubiese decepcionado. Odio lo mucho que me afecta, pero Andreas ha sido el gran referente de mi vida durante muchísimo tiempo. Y que se retirara hace un par de años no cambia eso en lo más mínimo. Es el tío que nunca he tenido, aunque jamás intentó ejercer el papel de padre. No es tonto. Al final, Andreas se inclina hacia delante y me pregunta:

—¿Qué has planeado?

—Tres meses puteándolo. Si cruza el río e intenta recuperar a su prometida, ni siquiera el resto de los Trece lo apoyará. Por algo crearon el acuerdo.

—Los Trece no salvaron a tu padre. ¿Qué te hace pensar que te salvarán a ti?

Durante estos años hemos tenido la misma discusión miles de veces. Reprimo mi enfado y desvío toda mi atención hacia él.

—Pues que el acuerdo no existía cuando Zeus mató a mi padre.

Es una puta mierda saber que mis padres tuvieron que morir para que se creara dicho acuerdo, pero, si se produce una batalla campal entre los Trece, perjudicará su balance, y es lo único que de verdad les

importa. Fue una de las pocas veces en la historia de la ciudad en que los Trece aunaron fuerzas el tiempo suficiente para desafiar el poder de Zeus y consiguieron imponer un acuerdo que nadie está dispuesto a romper.

Zeus no puede venir aquí, y yo no puedo ir allí. Nadie puede herir a otro miembro de los Trece o a sus familias sin que lo borren de la faz del planeta. Es una puta vergüenza que esa regla no se aplique a las Hera. En el pasado, era uno de los títulos más poderosos, pero los últimos Zeus lo han ido reduciendo con los años, y ahora es poco más que una figura para sus cónyuges. Le ha permitido a Zeus hacer lo que le viniera en gana sin consecuencia alguna, porque ahora Hera no es más que una extensión de su posición en vez de un título por sí solo.

Si Perséfone se casa con él, el acuerdo no amparará su seguridad.

—Un plan casi infalible.

Se me escapa una sonrisa, aunque siento cómo me tira la piel.

—¿Te quedarías más tranquilo si redobláramos la vigilancia en los puentes por si acaso Zeus intentara hacer desfilar el pequeño ejército de Ares por el río?

Eso no pasará, y ambos lo sabemos, pero ya se me había ocurrido lo de aumentar la seguridad ante la remota posibilidad de que Zeus intentara atacarnos. No me pillará desprevenido como les pasó a mis padres.

—No —se queja Andreas—. Pero supongo que algo es algo. —Andreas apoya la taza en la mesa y continúa—: La chica no se puede quedar aquí. Búrlate de él si es necesario, pero ella no puede quedarse. Zeus no lo permitirá. Quizá no pueda atacarte a ti directamente, pero seguro que monta una trampa para pillarte incumpliendo el acuerdo y, entonces, toda la fuerza de esos imbéciles petulantes caerá sobre ti. Y ni siquiera tú podrás soportarla. Y tu gente tampoco, desde luego.

Ya tardaba. El constante recuerdo de que no soy un hombre cualquiera, de que cargo con el peso de un montón de vidas a mis espaldas. En la zona alta de la ciudad la responsabilidad de las vidas de los ciudadanos se reparte entre doce espaldas. En cambio, en la zona baja, solo estoy yo.

—No será un problema.

—Ya, eso lo dices ahora, pero, si fuese verdad, jamás la habrías traído hasta aquí.

—No está cautiva.

La simple idea resulta absurda. No puedo reprocharle a Perséfone que no quiera lucir el anillo de Zeus en el dedo, pero no deja de ser una monada de princesita a la que le han dado todo lo que ha querido durante toda su vida. Quizá le guste lo de pasear por el lado salvaje durante el invierno, pero se pasaría la noche llorando de pensar que podría ser algo permanente. No importa. No toleraría mucho tiempo a una mujer así.

Al final, Andreas asiente.

—Bueno, supongo que ahora ya no vale la pena preocuparse. Te las apañarás.

—Seguro.

De una forma u otra.

¿Qué hará falta para incitar a Zeus a que incumpla el acuerdo? Poca cosa, imagino. Su furia es legendaria. No le hará mucha gracia que yo deshonre a su bonita prometida ante todo el mundo. Es tan fácil como organizar un pequeño espectáculo delante de la gente adecuada, que seguro que pondrán en marcha la maquinaria de los cotilleos, y la historia se propagará como el fuego por todo Olimpo. Si bastante gente comenta el tema, Zeus pensará que debe cometer una temeridad. Algo que tendrá consecuencias de verdad.

Es más, la gente de Olimpo por fin se topará de frente con la verdad. Hades no es ningún mito, pero me encantará representar el papel del hombre del saco en la vida real si así consigo mis objetivos.

Andreas luce una mirada meditabunda en el rostro.

—¿Me mantendrás informado?

—Claro. —Me siento en el borde del escritorio—. Justo cuando te recuerde que te has jubilado ya.

—¡Bah! —Desdeña mi comentario con un gesto de la mano—. Ya te pareces a ese gilipollas de Caronte.

Si tenemos en cuenta que Caronte es su nieto biológico y que está a punto de convertirse en mi mano derecha, la palabra *gilipollas* no encaja con su descripción. Tiene veintisiete años y es más competente que casi todas las personas que trabajan para mí.

—No te lo dice a malas.

—Es un entrometido.

Llaman a la puerta, y asoma la cabeza de dicho entrometido. Es la viva imagen de su abuelo, aunque tiene la espalda ancha y una

mata de pelo oscura le cubre toda la cabeza. Pero está todo ahí: los vivos ojos azules, la mandíbula cuadrada y la confianza en sí mismo. Ve a Andreas y sonríe.

—Hola, abu. Parece que te vendría bien echarte la siesta.

—No te creas que no puedo darte un buen azote en el culo como cuando tenías cinco años, chaval —contesta el aludido fulminándolo con la mirada.

—Ni se me pasaría por la cabeza. —Su tono indica todo lo contrario, pero a Caronte le gusta jugar con fuego siempre que se topa con Andreas. Entra en el despacho y cierra la puerta tras de sí—. ¿Querías verme?

—Tenemos que revisar los cambios del horario de los guardias.

—¿Hay problemas? —Le brillan los ojos al pensarlo—. ¿Tiene algo que ver con la chica?

—Se va a quedar aquí una temporada. —Puede que le haya contado todos mis planes a Andreas, pero se ha ganado el derecho después de todos los sacrificios que ha hecho para mantenerme con vida y mantener a flote nuestra zona. No me siento preparado para hablar del tema con nadie más que con Caronte, aunque no tardo nada en echar el cierre para guardarme mis mierdas para mí—. Dile a Mente que rebusque en su armario y le deje un par de cosas a Perséfone hasta que tenga tiempo para encargarle más.

—A Mente le va a encantar la idea —responde él enarcando una ceja.

—Lo superará. Se lo reembolsaré todo.

No es que eso vaya a suavizar su reacción ante mi petición, y menos cuando Mente es la hostia de egoísta con todo lo que para ella es de su propiedad, pero es la mejor idea que se me ha ocurrido ahora mismo.

Necesito todo el día de hoy para colocar bien mis defensas y proteger a mi gente de lo que estoy a punto de hacer.

¿Y mañana?

Mañana anunciaremos lo nuestro con tanto bombo y platillo que hasta esos gilipollas mimados de la torre Dodona se van a enterar de lo que pasa.

Suena el teléfono y sé quién me llama antes incluso de rodear el escritorio para cogerlo. Miro a los dos hombres que están en mi despacho, y Caronte se deja caer en la silla que hay junto a la de su

abuelo. No dirán palabra. No dejo que se me escape ni un suspiro para prepararme. Me limito a contestar la llamada.

—Diga.

—Tienes un buen par de cojones, cabronazo.

La satisfacción me embarga por completo. Durante todos estos años, Zeus y yo hemos tenido motivos para enfrentarnos en varias ocasiones, y él siempre se ha mostrado condescendiente y fanfarrón, como si su presencia ante mí fuese todo un obsequio por su parte. Ahora mismo, por su voz solo parece furioso.

—Zeus, me alegra que me hayas llamado.

—Devuélvemela inmediatamente, y nadie se enterará de tu pequeña infracción. Supongo que no querrás hacer nada que pueda poner en peligro la delicada paz en la que vivimos.

Después de todos estos años todavía me sorprende que piense que soy tonto. Hubo una época en la que su chulería me habría despertado el pánico en el pecho, pero ya he crecido mucho desde entonces. Ya no soy el niño pequeño al que podía mangonear. No alzo el tono de voz, plenamente consciente de que eso lo enfurecerá aún más.

—No he roto el acuerdo.

—Te has llevado a mi esposa.

—No es tu esposa. —He sido demasiado brusco, y me tomo medio segundo para eliminar cualquier rastro de emoción de mi voz —. Cruzó el puente por voluntad propia. —Debería dejarlo estar ahí, pero una fría furia se apodera de mí. Se cree que puede joderle la vida a la gente solo porque es Zeus. Puede que sea así en la zona alta de la ciudad, pero la baja es mi reino, mi territorio, por mucho que el resto de Olimpo piense lo contrario—. De hecho, estaba tan desesperada por escapar de ti que se dejó los pies en carne viva y casi pilla una hipotermia. No tengo claro qué es para vosotros, los de la zona alta, el amor, pero aquí esa no nos parece una reacción normal a una pedida de mano.

—O me la devuelves o sufrirás las consecuencias de tus actos. Como tu padre.

No me inmuto ante sus palabras solo gracias a los años que llevo aprendiendo a enmascarar mis emociones. Menudo hijo de puta.

—Ha cruzado el río Estigia. Ahora es mía, por el poder del acuerdo y sus términos. —Bajo un poco el tono de voz y añado—: Puedes tenerla si quieres cuando acabe con ella, pero ambos sabemos

cómo me gustan a mí los jueguecillos. Poco quedará de la princesa inmaculada por la que jadeas.

Me repugna pronunciar esas palabras, pero no importa. Perséfone coincidió en que el objetivo es hacer leña del árbol caído. Y discutir con Zeus por ver quién la tiene más grande solo forma parte de ese objetivo.

—Si llegas a ponerle uno solo de esos sucios dedos encima, te mato.

—Voy a ponerle más de un dedo encima. —Me obligo a hablar con un deje de diversión en la voz—. Qué gracioso, ¿no? La chica prefiere acceder a cualquier depravación que quiera hacerle a ese ceñido cuerpecillo antes que dejar que tú la toques. —Suelto una risilla—. Bueno, a mí me resulta gracioso.

—Hades, es la última vez que te lo ofrezco. Será mejor que lo pienses bien. —El enfado ha desaparecido de la voz de Zeus, y solo queda una apática tranquilidad—. Si me la devuelves en veinticuatro horas, haré como que nada de esto ha sucedido. En caso contrario, destruiré todo lo que te importa.

—Demasiado tarde, Zeus. Ese barco zarpó hace treinta años. —Cuando provocó el incendio que mató a mis padres y que me dejó el cuerpo cubierto de heridas. Dejo que el silencio se estire un par de segundos más antes de añadir—: Ahora me toca a mí.

8

Perséfone

Una chica alta de pelo castaño, con actitud huraña y pinta de poder aplastarme la cabeza con solo una mano, me trae una pequeña selección de vestidos. No me da tiempo a preguntarle su nombre antes de que se vaya y me vuelva a quedar sola.

La llamada con mis hermanas ha ido todo lo bien que esperaba. Están furiosas porque las esté manteniendo al margen, aunque sea por su propio bien. Creen que mi plan es horrible. Estoy segura de que seguirán intentando dar con otra opción, pero no puedo detenerlas.

Todo esto casi consigue distraerme del sol que recorre el cielo para acercarse al horizonte. De lo que sé que viene ahora. O mejor dicho, de lo que no sé. A Hades le encanta soltar noticias alarmantes y proporcionar la información que las respalde con cuentagotas. Me ordena que esté preparada, pero no me dice para qué debería estarlo. Y luego está lo de ese beso. Me he pasado todo el día intentando no pensar en lo placentero que fue tener su boca sobre la mía, y he fracasado. Si no se hubiera apartado, no sé qué habría hecho, y eso debería asustarme.

Todo lo que tenga algo que ver con esta situación debería asustarme, pero no pienso dejar que Hades me intimide para que tire la toalla. Sea lo que sea lo que haya planeado para esta noche, no puede ser peor que Zeus. De eso estoy segura.

Me tomo mi tiempo para prepararme. En esta habitación dispongo de una cantidad sorprendente de productos capilares, lo cual me lleva a preguntarme si Hades tiene la costumbre de alojar a mujeres en ella. No es de mi incumbencia. Todo lo que necesito saber es que podría salir de esta habitación y de esta casa cuando me venga en gana.

Los vestidos son todos preciosos, pero varias tallas más grandes que la mía. Me encojo de hombros y opto por el más simple, un vestido de tubo bordado con cuentas, cuyo estilo es similar al que llevaba anoche. Las cuentas añaden algo de peso a la tela y me gusta cómo se mueve. Estoy echándole un ojo a los zapatos que ha dejado la mujer y sopesando mis opciones cuando alguien toca a la puerta.

«Empieza el espectáculo.»

Respiro hondo y me dirijo a abrir. Hades está ahí plantado y, por todos los dioses, nunca he visto a un hombre al que le siente mejor ir trajeado todo de negro que a él. Es como una sombra viviente, una muy pero que muy sexy. Baja la vista y le lanza una mirada ceñuda a mis pies. Los arrastro hacia atrás, de repente me siento cohibida.

—Voy a ponerme zapatos.

—No seas ridícula.

No puedo cabrearme más. Y me vendrá mejor sumirme en una batalla verbal que dejar que el miedo y la incertidumbre se hagan con el control de todo.

—No estoy siendo ridícula.

—Tienes razón. Llevar tacones menos de veinticuatro horas después de que te mutilaras los pies no es ridículo. Es una estupidez. —Ahora me mira con el ceño completamente fruncido—. Igual que recorrerte Olimpo con solo un vestido de seda en plena noche.

—No sé por qué hemos vuelto a sacar el tema.

—Hemos vuelto a sacar el tema porque comienzo a ver un patrón en el que no priorizas tu salud y seguridad.

Parpadeo.

—Hades, solo son zapatos.

—Y ¿qué diferencia hay?

Accede al cuarto con un claro intento en mente. Retrocedo.

—Ni se te ocurra cogerme en brazos. —Atizo el aire que se encuentra entre nosotros—. Ya he tenido suficiente.

—Qué mona.

Su voz suena como si pensara que soy de todo menos eso. Hades se mueve tan deprisa que, a pesar de anticiparlo, no consigo mucho más que dejar escapar un graznido ridículo antes de que me tome en brazos. Me quedo helada.

—Suéltame.

El beso de antes es una cosa. Acordar acostarme con él, otra. Pero

esto es totalmente diferente. Que me pegue a su cuerpo mientras atraviesa los pasillos de la casa para que yo no me haga más daño... es una sensación muy diferente. Saber que no quiere que me haga daño ha sido una herramienta útil esta mañana. Ahora parece más bien un inconveniente que no sé cómo superar.

—No tienes que cuidarme.

—Ya, porque tú estás haciendo un trabajo excelente. —Suena tan molesto por la situación que me animo de inmediato.

Vuelve a aparecer mi irritante deseo de fastidiarlo, y ni me molesto en resistirme. En vez de eso, apoyo la cabeza en su hombro y jugueteo con su barba.

—Quizá solo quería que me llevara en brazos un hombre fuerte que está empecinado en salvarme.

Hades arquea una sola ceja, con lo cual consigue transmitir escepticismo y burla al mismo tiempo.

—No me digas.

—Uy, sí. —Aleteo las pestañas—. Estoy muy indefensa, ¿sabes? ¿Qué haría yo si un caballero de oscura armadura no viniera a salvarme de mí misma?

—Yo no soy ningún caballero.

—En eso estamos de acuerdo.

Vuelvo a tirar con delicadeza de su barba. Me gusta la manera en la que me abraza más fuerte cuando lo hago. Se está esforzando por colocar las manos en el vestido y no tocarme, pero la idea de que sus dedos se hundan en mi piel mientras hace... otras cosas... es suficiente para que me acalore.

—Estate quieta.

—Hay una solución muy simple. Suéltame y deja que camine. Problema resuelto.

Hades baja por las escaleras hasta el piso principal, y después continúa su camino. Parece que va a ignorarme, lo cual es una forma de ganar la discusión. Yo utilizaba la misma táctica con Psique cuando éramos pequeñas y no paraba de robarme los juguetes para llevarlos de fantásticas aventuras. Las peleas no funcionaban para conseguir que dejara de hacerlo. Ir a chivarme a mi madre estaba descartado. Contárselo a Calisto resultaría en «arreglar» el problema destruyendo los juguetes en cuestión. No, lo único que funcionaba era hacer como si Psique fuese invisible. Al final, siempre daba su brazo a torcer y me

devolvía los juguetes. A veces incluso se disculpaba.

Yo no pienso dar mi brazo a torcer.

Me parece que nuestra conversación ha terminado, así que me acurruco en sus brazos como si fuera justo donde quiero estar. Como nuestros cuerpos están pegados, siento que se va tensando cada vez más. Escondo mi sonrisa contra su camisa. «Chúpate esa.»

Por fin se detiene delante de una puerta. Una puerta negra. Es totalmente plana, no tiene paneles que alteren su superficie, y brilla misteriosamente bajo la luz tenue. Contemplo nuestro reflejo distorsionado. Es casi como escudriñar el interior de una piscina bajo la luna nueva. Tengo la extraña sospecha de que, si la toco, atravesaré la superficie con la mano.

—¿Vamos a saltar dentro?

Solo entonces vacila.

—Esta es tu última oportunidad para echarte atrás. En cuanto entremos ahí, te habrás comprometido.

—Comprometido al depravado acto de tener sexo en público. —Me parece adorable el modo en que sigue insistiendo en darme la opción de librarme de esta. Me reclino lo suficiente para ver su rostro, para que él pueda ver el mío. No siento el conflicto que aprecio en sus ojos oscuros—. Ya he dicho que sí. No voy a cambiar de opinión.

Espera un instante. Dos.

—En ese caso, tienes que escoger una palabra de seguridad.

Abro los ojos como platos antes de poder controlar la reacción. Leo mucho y sé que hay un tipo de entretenimiento muy específico que requiere de una palabra de seguridad. Me pregunto qué clase de aliciente prefiere Hades. ¿Látigos, *bondage* o humillación? Quizá las tres sean correctas. Una delicia de lo más sinuosa.

Interpreta mi sorpresa como confusión.

—Considéralo como un freno de emergencia. Si la cosa se pone muy intensa o ves que te sobrepasa, dices la palabra de seguridad y lo paramos. Sin preguntas, sin explicaciones.

—Así, sin más.

—Así, sin más —confirma. Hades le echa un vistazo a la puerta y después me vuelve a mirar a mí—. Cuando he dicho que no negocio para acostarme con gente, no era del todo cierto. Cada encuentro sexual tiene cierta parte de negociación en él. Lo que quería decir en realidad es que valoro el consentimiento. El consentimiento porque no

te queda otra opción no es consentimiento.

—Hades, ¿tienes pensado soltarme antes de que atravesemos esa puerta?

Donde quiera que conduzca.

—No.

—Así que… ¿el consentimiento solo se aplica al sexo?

Se tensa como si estuviera a punto de darse la vuelta y llevarme de nuevo a mi habitación.

—Tienes razón. Esto ha sido un error.

—Espera, espera, espera. —Es tan tozudo que me dan ganas de besarle. En vez de eso, le frunzo el ceño—. Ya hemos hablado de esto antes, sin importar cómo quieras llamarlo ahora. Tengo otras opciones. Y quiero esta. Solo te estaba tomando el pelo por lo de llevarme en brazos.

Por primera vez desde que nos conocimos, parece que de verdad me está mirando. Sin restricciones. Sin máscaras de hostilidad. Hades baja la vista hacia mí como si quisiera comerme mordisco decadente a mordisco decadente. Como si ya se le hubiera ocurrido una docena de formas en las que quiere poseerme y las tuviera planeadas al más mínimo detalle. Como si ya fuera mi dueño y su intención fuera reclamarme entera delante de quien haga falta.

Me humedezco los labios.

—Si te digo que me gusta que me lleves en brazos, ¿vas a hacerlo todo el rato durante los tres meses que nos quedan por delante? ¿O piensas castigarme haciéndome andar por cuenta propia?

Hace unos minutos, diría que estaba jugando con la psicología inversa, pero, ahora mismo, ya ni sé qué quiero que me responda.

Al final se da cuenta de que estoy de broma, y me desconcierta al poner los ojos en blanco.

—No deja de sorprenderme lo mucho que te empeñas en complicarme las cosas. Elige una palabra de seguridad, Perséfone.

Un estremecimiento me recorre al comprenderlo. Bromas aparte, esto es real. Vamos a hacerlo de verdad y, una vez que crucemos esa puerta, puede que respete mi palabra de seguridad, pero tampoco tengo modo de saber si va a hacerlo. Hace dos días, Hades no era más que un mito del pasado que podría haber existido hace unas cuantas generaciones. Ahora es demasiado real.

Al final, no me queda otra que confiar en mis instintos, lo cual

significa confiar en Hades.

—Frambuesa.

—No está mal.

Atraviesa la puerta y entramos en otro mundo. O, al menos, esa es la sensación que me da. La luz se mueve de manera extraña y me lleva unos instantes percatarme de que es un astuto truco hecho con las lámparas y el agua para proyectar cintas de luz danzante por el techo. Es casi el polo opuesto del salón de banquetes de Zeus. No hay ventanas, pero no es agobiante, porque unos anchos tapices de color rojo le conceden a la estancia un aspecto provocativo y pecaminoso. Incluso hay un trono como los dioses mandan, aunque, al igual que el resto de la sala, es negro y la verdad es que parece cómodo.

En cuanto caigo, me entra la risa.

—Madre mía, sí que eres infantil.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—Pues claro que sí. Lo único que le falta es un retrato gigante de tu persona.

Debe de haber visto el salón de banquetes en algún momento, porque ha construido algo que es la antítesis. Es un cuarto más pequeño y tiene más muebles, pero es imposible no ver las coincidencias. Es más, no se parece en nada al resto de la casa. Está claro que a Hades le gustan las cosas caras, pero las partes de su hogar que he visto hasta ahora parecen acogedoras y habitadas. Esto es tan frío como la torre de Zeus.

—No necesito un retrato gigante —espeta con sequedad—. Cualquiera que atraviese estas puertas sabe quién manda aquí.

—Qué infantil —repito y me río—. Me gusta.

—Tomo nota.

No puedo estar segura, pero creo que está intentando sofocar una sonrisa.

Para no quedarme mirando su hermoso rostro como una boba enamorada, echo un vistazo a los cómodos sofás y sillones (todos de cuero) repartidos de forma estratégica por el espacio. También los muebles que reconozco por descripción pero que hasta ahora no había visto. Un potro para azotar. Una cruz de San Andrés. Una estructura de la que podrían colgar a una persona si alguien se pone creativo con las cuerdas.

Además, en este lugar no hay ni un alma.

Me revuelvo en los brazos de Hades y lo contemplo.

—¿Qué es esto?

Me deja sobre el sofá más cercano y paso los dedos por el cuero liso. Como cualquiera de los muebles que veo, es perfecto y prístino. Y frío. Increíblemente frío. Es justo lo que habría esperado de Hades según el mito que lo rodea, pero no se parece en nada al hombre de verdad. Levanto la vista y descubro que me observa con atención.

—¿Qué? ¿Por qué no hay nadie?

Hades niega con la cabeza, despacio.

—¿Pensabas que te echaría a los leones la primera noche? Qué poco te fías de mí, Perséfone.

—No tengo por qué hacerlo. —Me queda demasiado cortante, pero había hecho acopio de todo mi coraje para esto y la decepción me ha dejado descolocada. Este lugar me deja descolocada. No es lo que me esperaba, ni por asomo. Él no es para nada lo que me esperaba —. Tienes que marcarme como tuya y tiene que ser ahora.

—Y tú tienes que dejar de decirme lo que tengo que hacer. —Recorre la estancia con una mirada pensativa—. Dices que no eres virgen, pero ¿has probado el fetichismo antes?

Me pilla totalmente desprevenida. No serviría de nada mentir, al menos no a estas alturas.

—No.

—Eso pensaba.

Se quita la chaqueta y se arremanga la camisa. Ni siquiera me mira, no presta atención a la forma en la que devoro cada centímetro de su piel desnuda con los ojos. Tiene unos antebrazos musculosos y tatuados, aunque no consigo descifrar qué representan los dibujos. Parecen torbellinos, y me lleva rato percatarme de que los tatuajes son en realidad cicatrices en movimiento.

¿Qué le ha pasado a este hombre?

Se sienta a mi lado, dejando un cojín de separación entre los dos.

—Hay algunas cuestiones previas a las que me tienes que responder.

Se me escapa una risa de la sorpresa.

—No sabía que esto fuera una entrevista.

—Y no lo es.

Se encoge de hombros, parece un rey por la manera en la que ocupa mucho más espacio del que le toca sin vergüenza alguna. Ni

siquiera es cosa de su cuerpo, tampoco es que sea muy corpulento. Es su presencia. Llena este enorme cuarto hasta que apenas puedo respirar. Hades me observa con demasiada atención, y tengo la incómoda sensación de que está registrando cada una de mis microexpresiones.

Al final, hace un gesto con el que abarca la estancia.

—Puede que este trato tenga un propósito más allá del placer, pero no me interesa traumatizarte. Si vas a acostarte conmigo, lo mínimo es que tú también lo disfrutes.

Parpadeo.

—Qué considerado por tu parte, Hades.

Mi sarcasmo le entra por un oído y le sale por el otro. Aunque estoy convencida de que contrae los labios.

—Las respuestas serán «sí», «no», «quizá».

—Yo…

—*Bondage*.

Me arde el cuerpo solo de pensarlo.

—Sí.

—Sexo en público.

«No.» Pero esa respuesta no es la verdad. La verdad es que la mera idea hace que estalle en llamas. Le miro a la cara, pero no me ofrece nada. Ni me anima. Ni me juzga. Quizá por eso soy capaz de responder con sinceridad.

—Ya hemos hablado de esto. Sí.

—Tenía que asegurarme.

Continúa con su lista. Da opción tras opción y yo intento contestar con la mayor sinceridad posible. No había pensado demasiado en la mayoría de las prácticas más allá de la ficción. Sé lo que me excita y hace que me acalore en los libros que leo, pero la posibilidad de llevarlo a cabo en la vida real es casi demasiado para mí.

La conversación, si es que se puede llamar así, dista de ser cómoda, pero sí que me deja más tranquila. Está haciendo los deberes como toca en vez de lanzarme sin red. No consigo recordar la última vez que fui objeto de tan intensa atención; esa idea hace que el calor me recorra en lentas oleadas y que se me acelere la respiración al pensar en llevar a cabo todas las cosas que Hades ha nombrado.

Al final, se reclina en el sofá con una expresión pensativa.

—Suficiente.

Espero, pero su mirada está perdida en la lejanía. Como si yo no estuviera en la habitación. Abro la boca, pero decido no interrumpirlo allá donde haya ido en sus pensamientos. En vez de eso, me pongo de pie y camino hasta el mueble erótico que tengo más cerca. Parece una versión desalmada de la camilla en la que te sientas al ir al médico y quiero ver cómo funciona exactamente.

—Perséfone.

La severidad de su tono hace que me salgan raíces de los pies y me quede plantada donde estoy. Miro por encima del hombro.

—¿Sí?

—«Sí, señor» es la respuesta correcta cuando estamos aquí dentro. —Señala el asiento que he dejado libre—. Siéntate.

—Y ¿qué pasa si no te hago caso? —Chasqueo los dedos.

Vuelve a contemplarme con atención, con el cuerpo tenso y preparado, como si fuera a saltarme encima a la mínima oportunidad. Quizá debería darme miedo, pero no es el miedo lo que hace que me bombee la sangre como un tambor. Es la excitación. Hades se inclina hacia delante muy despacio, con toda la intención.

—Entonces tendré que castigarte.

—Ya veo —pronuncio con lentitud. Cuántas opciones. No hay nadie mirando ahora mismo, nadie ante el que aparentar. No tengo que ser perfecta, alegre, risueña, ni ninguna de las etiquetas que he ido adquiriendo a lo largo de los años. Ser consciente de ello me deja con una sensación vertiginosa, casi como si estuviera borracha. Vuelvo a contemplar la estancia—. ¿Qué significa este lugar para ti? ¿La desaparición de las etiquetas?

—Este lugar es la etiqueta en sí. —Cuando frunce el ceño, suspira—. Los métodos para hacerse con el poder son muy limitados. Miedo, amor, lealtad. Los dos últimos son volubles en el mejor de los casos, el primero es muy complicado de obtener a no ser que estés dispuesto a ensuciarte las manos.

—Como Zeus —murmuro.

—Como Zeus —corrobora—. Aunque ese capullo es lo bastante encantador para no tener que ensuciarse las manos cuando no le apetece.

—Y ¿tú te ensucias las manos? —Ojeo la sala una vez más, ahora empiezo a entenderlo todo—. Aunque, bueno, no tendrías por qué

hacerlo si todo el mundo te temiera, ¿me equivoco?

—La reputación lo es todo.

—Eso no es una respuesta.

Hades me analiza.

—¿La necesitas?

¿La necesito? No es imprescindible para nuestro trato, ya he aceptado y ahora no tengo intención de echarme atrás. Pero no puedo evitar que me pique la curiosidad y se niegue a apartar su aguijón. Mi fascinación con Hades viene de lejos, pero conocer al hombre real que se esconde tras el mito es mil veces más fascinante. Ya he adivinado el propósito de este cuarto, de su escenario cuidadosamente diseñado. Quiero saber más sobre él. Le sostengo la mirada.

—Quiero una respuesta, si es que estás dispuesto a dármela.

Durante un instante, me parece que no va a contestar, pero al final asiente.

—La gente ya siente predisposición a temer a Hades. Como has señalado varias veces, el título es el del hombre del saco de Olimpo. Me aprovecho de ello, lo intensifico. —Señala la estancia con un gesto—. Doy fiestas exclusivas con miembros selectos de la zona alta. Mis gustos ya eran depravados de por sí, solo he usado dicha predilección para servir a mi propósito.

Analizo la sala y me centro en el trono. Todo para crear esa imagen mítica que proyecta Hades, un rey oscuro en contraposición con el oro de Zeus. Ninguna de las imágenes que presentan a su audiencia son la realidad, pero prefiero la de Hades de lejos.

—Así que te sientas aquí y presides este antro de perversión para complacer tus deseos, de forma que todo el mundo que te vea se estremezca de miedo y tenga una historia que contar entre susurros.

—Sí. —Hay algo raro en su voz que hace que me dé la vuelta para mirarlo. Hades me contempla fijamente, como si fuera un rompecabezas que está intentando resolver. Se inclina hacia delante—. No saben lo mucho que vales en la zona alta, ¿verdad?

Esbozo la habitual sonrisa deslumbrante en mis facciones.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Esos imbéciles te están desperdiciando.

—Si tú lo dices.

—Lo digo. —Se levanta despacio. Solo le falta una capa que ondee a su alrededor para completar la imagen sexy y amenazante que

se ha creado—. ¿Debería hacer una demostración de cómo sería nuestra primera noche aquí?

De repente, todo es demasiado real. Un escalofrío me recorre de arriba abajo; mitad nervios, mitad anticipación.

—Sí, señor.

Les echa un vistazo a mis pies.

—¿Te molestan?

A decir verdad, me duelen tan solo de estar aquí plantada durante unos minutos.

—Nada que no pueda soportar.

—Nada que no puedas soportar —repite con parsimonia y niega con la cabeza—. Acabarías bajo tierra si se te diera la oportunidad. Me preguntaba si lo de la primera noche fue una excepción, pero ya veo que no, ¿me equivoco? Es la regla.

Me estremezco, la culpa me atraviesa, aunque me digo a mí misma que no hay razón para sentirse culpable. Es mi cuerpo. Puedo hacer con él lo que sea necesario para sobrevivir. ¿Que alguna vez son mis carnes las que tienen que soportar el coste? Es el precio que hay que pagar por vivir. Para evadirme del incómodo sentimiento que se desencadena en mi interior, doy otro paso atrás.

—He dicho que no pasa nada y lo digo en serio.

—Te tomaré la palabra. Por esta vez —continúa antes de que pueda decir nada—. Pero voy a revisarte las vendas cuando acabe la noche y, como te hayas hecho más daño por culpa de tu cabezonería, habrá consecuencias.

—No se puede ser más arrogante que tú. Es mi cuerpo.

—Error. Mientras dure este acto, ese cuerpo es mío. —Señala el escenario bajo que hay en el centro de la habitación—. Sube.

Sigo procesando esa frase cuando coloco mi mano sobre la suya y le permito que me ayude a subir los apenas treinta centímetros de altura del escenario. No es alto, pero te da la impresión de estar mirando por encima del hombro al resto de la sala. De estar exhibiéndote. No importa que no haya nadie más que nosotros. Me imagino todos los sillones y sofás llenos de gente, y eso hace que el corazón me lata a toda velocidad.

Hades me suelta la mano.

—Quédate ahí un momento.

Lo observo zigzaguear entre los muebles hasta llegar a una puerta

anodina escondida tras una cortina drapeada con mimo. Unos segundos después, unos focos apuntan al escenario. No es que sean cegadores, pero en esta oscuridad relativa opacan el resto de la estancia de inmediato. Trago con dificultad.

—No bromeabas con lo de montar una escena, ¿verdad?

—No. —Su voz llega desde una dirección inesperada, desde mi derecha y un poco por detrás de mí.

Me doy la vuelta para mirarlo, pero no puedo ver mucho porque la luz me deslumbra.

—¿Qué es esto?

—Dime tu palabra de seguridad.

No es una respuesta, pero ¿acaso esperaba una? No puedo descifrar si intenta asustarme o de verdad es una versión preliminar de lo que tiene pensado hacerme delante del público. Me humedezco los labios.

—Frambuesa.

—Quítate el vestido. —Esta vez, su voz proviene de algún lugar frente a mí.

Coloco las manos en el dobladillo del vestido y vacilo. No soy tímida, pero casi todos los encuentros sexuales que he tenido hasta la fecha han sido a puerta cerrada y, en su mayor parte, en la oscuridad. El polo opuesto a esta experiencia. Cierro los ojos, intento calmar el temblor de mi cuerpo. «Esto es lo que quiero, lo que he pedido.» Agarro el dobladillo y empiezo a levantarlo.

El aire frío juguetea en mis muslos, la curva inferior del culo y las caderas.

—Perséfone. —Su voz suena calmada, pero solo son apariencias.

Apenas puedo recuperar el aliento. Ni siquiera hemos hecho nada y siento como si me ardiera el cuerpo.

—¿Sí..., señor?

—No llevas nada debajo del vestido —afirma como si estuviera comentando el tiempo que hace.

Tengo que esforzarme por no retorcerme, para no bajar el vestido y cubrir mi desnudez.

—Entre las prendas que me has prestado faltaban algunas cosas.

—¿Estás diciendo la verdad? —Sale de la oscuridad y se une a mí en el escenario, casi parece que la luz lo rehúye. Hades me rodea con lentitud y se detiene a mis espaldas. No me toca, pero puedo sentir

que está ahí—. ¿O pensabas que podías tentarme para que haga lo que tú quieras?

Se me había pasado por la cabeza.

—¿Acaso funcionaría?

Me levanta la melena para apartármela de la nuca. Un toque inocente donde lo haya, pero me siento como si me hubiera empapado en gasolina y hubiera encendido una cerilla. Baja la otra mano para acariciar la piel desnuda de mis caderas.

—El vestido, Perséfone.

Respiro de forma pausada y sigo con la tarea de subírmelo por el cuerpo. Continúa detrás de mí, pero juro que puedo sentir su mirada devorando cada centímetro de piel que voy dejando expuesto al levantar la tela. Es una sensación increíblemente íntima, pero también muy sexy. Por fin me quito el vestido por encima de la cabeza y, después de una vacilación fugaz, lo dejo caer al suelo.

Ahora ya no hay nada que le oculte mi cuerpo.

Doy un respingo al notar la presión de las yemas de sus dedos en los brazos. Hades se ríe de manera sombría.

—¿Cómo te sientes?

—Expuesta. —Tener que contestar a esta pregunta no hace más que acentuar la sensación.

—Porque lo estás. —Sube con los dedos hasta mis hombros—. La próxima vez que lo hagamos, todas las miradas de la sala estarán puestas en ti. Te contemplarán y te querrán para ellos. —Y entonces, ahí está, su cuerpo contra el mío, una mano cerrándose con suavidad sobre mi garganta. Sin presionar. Es un toque simple de dominación que hace que tenga que esforzarme por no encoger los dedos de los pies—. Pero no eres suya, ¿a que no?

Trago con dificultad, lo que hace que mi garganta presione con más firmeza contra la palma de su mano.

—No, no soy suya.

—Pueden mirar todo lo que quieran, pero yo soy el único que puede tocarte. —Su aliento me roza la oreja—. Y voy a tocarte ahora.

No puedo dejar de temblar, y no tiene nada que ver con la temperatura de la sala.

—Ya me estás tocando. —¿Es esa mi voz, tan jadeante, grave e incitadora? Siento que floto por encima de mi cuerpo y, al mismo tiempo, que estoy anclada a él de manera devastadora.

Baja las manos hasta mi esternón, sigue una línea hasta mis pechos. Continúa sin ser donde siento una repentina necesidad desesperada de que me toque. Apenas ha hecho nada y no puedo dejar de estremecerme. Me muerdo el labio inferior con fuerza e intento quedarme quieta mientras me roza con los dedos por las costillas y baja hacia mi estómago.

—Perséfone.

Por todos los dioses, la forma en la que pronuncia mi nombre... Como si fuera un secreto entre los dos.

—Tócame.

—Como bien has dicho, ya te estoy tocando. —Ahí está, ese atisbo de deliciosa diversión. Se queda quieto con la mano descansando sobre la parte inferior de mi vientre. Ese peso parece lo único que me mantiene aferrada a este mundo. Me recorre uno de los huesos de la cadera—. Así va a funcionar la cosa. Escúchame bien.

Lo intento, pero estoy haciendo uso de toda mi concentración para no abrir las piernas e intentar contorsionarme de modo que coloque la mano donde la necesito con desesperación. Me conformo con asentir levemente.

—Sí, señor.

—Voy a cumplir todas las fantasías que haya imaginado tu mente ambiciosa. A cambio, seguirás todas mis órdenes.

Frunzo el ceño, intento pensar más allá de la sensación de su cuerpo contra mi espalda, su erección presionada contra mí. Necesito desesperadamente conocer hasta lo más profundo de este hombre; desnudarlo y tocarlo con tanta intimidad como me está tocando él ahora mismo.

—Pues tengo muchas fantasías.

—De eso no me cabe duda. —Roza mi sien con los labios—. ¿Estás temblando por los nervios o por el deseo?

—Ambos. —Es demasiado tentador dejarlo ahí, pero necesito que lo entienda—. No me disgusta.

—¿Y la idea de que este cuarto esté repleto de gente que verá cómo te toco de esta forma?

—No me disgusta —repito.

—Voy a hacer que te corras, pequeña Perséfone. Y después, te voy a llevar arriba y te voy a cambiar las vendas de los pies. Si te portas bien y consigues guardarte tus quejas para ti misma, te dejaré

que llegues al orgasmo por segunda vez. —Me vuelve a acariciar el estómago con lentitud—. Mañana te vestiremos como toca.

Es demasiado complicado centrarse cuando sus dedos se acercan cada vez más a mi sexo, pero lo intento.

—Pensaba que estábamos hablando de orgasmos.

—Esto va de más que orgasmos.

Yo solo entiendo este jueguecito a rasgos generales, pero comprendo que me está pidiendo permiso a su manera, como si no le hubiera dado ya luz verde unas doce veces solo hoy. Tampoco es que me esté abocando a las profundidades y se espere para ver si me hundo o salgo a flote. Me está conduciendo de forma cuidadosa e inexorable a un destino concreto. No creo en el azar, pero en este momento siento que ambos hemos pasado años dando tumbos por nuestros respectivos caminos hasta llegar a este punto. Ahora no puedo cambiar de idea. No quiero.

—Sí. Acepto.

9

Hades

Me he equivocado con Perséfone. Cada vez que la presiono, que la pongo a prueba, que compruebo si he dado con aquello que hará que salga corriendo a su casa en la zona alta de la ciudad, ella lo aguanta. Pero la cosa no acaba ahí. Creo que pasar tiempo juntos la provoca tanto como a mí. Cada vez que se le curvan los labios y se transforma en la encarnación humana de un rayo de sol, veo que las cosas se van a poner interesantes.

Y ¿ahora qué?

No tengo palabras para describir cómo me siento ahora, no con ella desnuda en mi casa, con esa piel morena que se ruboriza de deseo ante mi tacto. Deslizo la mano por su estómago, y odio a su madre y a todos los habitantes de la zona alta de la ciudad por crear unas circunstancias en que esta chica se ha concentrado tanto en sobrevivir y en poder escapar que ha ignorado las necesidades de su cuerpo. Está muy delgada. No es que su cuerpo sea frágil, la verdad, pero ella misma casi ha admitido que no se preocupa por su salud como debería.

—Hades. —Perséfone presiona su cuerpo contra el mío, apoya la cabeza sobre mi hombro, y me ofrece todo su cuerpo al completo—. Por favor.

Lo dice como si ahora yo pudiera parar aunque quisiera hacerlo. Estamos juntos en este camino rumbo al Inframundo, y hace tiempo que abandonamos la posibilidad de dar marcha atrás. Le rodeo el sexo con la mano, y no puedo evitar soltar un gruñido al descubrir que está lubricada y llena de deseo.

—Te gustan estos jueguecitos. Te gusta estar expuesta.

—Ya te he dicho que sí —contesta asintiendo.

Me concentro en moverme despacio, porque la alternativa es echarme encima de ella como una criatura hambrienta y romper la frágil confianza que he creado. Perséfone es suave, está húmeda y muy excitada. Le meto dos dedos y ella deja escapar el gemido más delicioso que he oído y se estrecha alrededor de ellos. La exploro despacio, mientras busco el punto que hará que se derrita al instante, pero no me satisface. Necesito verla. Ver todo su cuerpo.

Pronto.

Bajo la mano que tengo libre y la engancho por el muslo; lo levanto y le abro las piernas para facilitarme el acceso. La expongo ante un público inexistente. Siempre me ha gustado hacerlo delante de la gente, y me es imposible negar las ansias con las que espero poder tomarla delante de una habitación abarrotada de personas. La respuesta que me está dando esta noche me hace saber que lo disfrutará tantísimo como yo.

Le acaricio el clítoris con el pulgar, experimentando hasta que encuentro el movimiento correcto que le tensa todo el cuerpo. Inclino la cabeza hacia delante hasta que le rozo la oreja con los labios.

—Mañana por la noche este cuarto estará lleno de gente. Todo el mundo se presentará para poder ver tu precioso coño, para escuchar lo dulce que vas a gemir cuando haga que te corras.

—Madre mía.

—¿Vas a darles un buen espectáculo, Perséfone?

No puedo evitar recorrerle el cuello con los labios. Es como si mi cerebro por fin hubiese asimilado el hecho de que puedo tocarla cuando quiera, de que está retorciéndose a las puertas del orgasmo, de que ansía más... Esta mujer es mía, aunque solo sea durante un par de meses. Resulta excitante saberlo.

—Hades, por favor.

Me detengo, y ella intenta mover las caderas para seguir follándome los dedos. Y sus actos hacen que se gane un mordisco en el hombro.

—Por favor ¿qué? Sé concreta.

—Haz que me corra. —Respira de manera entrecortada—. Bésame. Fóllame. Pero no pares.

—No pienso parar.

Las palabras emergen de mi interior en forma de gruñido, pero no me importa. Le doy un beso y sigo con mi cometido de hacerla

llegar al orgasmo. Todavía sabe a verano. Me entran ganas de cobijarla y mantenerla a salvo. Me entran ganas de follarla hasta que se caigan todas sus máscaras y empiece a gritar al correrse encima de mí.

Lo deseo.

Por mucho que intente prolongar este momento, ambos estamos a punto de explotar. Con la base de la mano le presiono el clítoris, y le proporciono ese poquito más de fricción. Perséfone gime, entrecortada y gravemente, y daría lo que fuera por oírla gemir de ese modo una vez más. Por saber que soy yo el causante de su placer.

—Déjate ir, yo te sujeto.

Vuelvo mi atención a su cuello, y la beso mientras ella se retuerce contra mí. Empieza a respirar en forma de jadeos ásperos y, entonces, se sume en el placer y me envuelve los dedos con su sexo al tiempo que sucumbe al orgasmo.

Suavizo mis caricias, y la devuelvo a la tierra mientras alzo la cabeza. Perséfone se estremece entre mis brazos; se reclina sobre mí y deja que cargue con todo su peso de una manera que expresa una confianza que no me merezco. Le suelto la pierna para que vuelva a apoyarla sobre el suelo, pero me resulta imposible no besarle el cuello una última vez. Ni siquiera nos hemos acostado todavía y ya anhelo sentirla entre mis brazos, sentir el sabor de su lengua con un deseo que raya en el delirio.

Debo cerrar los ojos durante más de un par de segundos para contener el impulso de posarla sobre la tarima y penetrarla aquí mismo. Los motivos por los que no debería ceder me resultan tan endebles como una telaraña, algo que sería fácil destrozar sin pensarlo dos veces.

Todavía no.

He de esforzarme muchísimo para reprimirme, para refugiarme tras la máscara que, por lo general, me resulta más natural que mi propia personalidad. Me alejo de Perséfone, aunque mantengo una mano sobre la cadera por si se tambalea. Pero no ocurre. Claro.

Hago caso omiso de la mirada inquisitiva de su rostro mientras se vuelve para quedarse frente a mí. Apenas puedo observarla por miedo a que la necesidad que me recorre todo el cuerpo tome el control, así que recojo el vestido que le había quitado momentos antes y se lo paso por la cabeza. Perséfone suelta un taco que se amortigua por la

tela del vestido, pero consigue colocar los brazos donde toca y tirar de la prenda hasta que le cubre todo el cuerpo. Ya era toda una incitación antes de que supiera lo que escondía debajo. Ahora he de concentrarme para no distraerme. Sería sumamente sencillo abalanzarme sobre esta mujer y pasar el resto de la noche descubriendo qué puedo hacer para arrancarle esos exquisitos gemidos de los labios. Para memorizar su sabor y su tacto hasta que mi cuerpo se quede grabado en su piel.

Imposible. Si le doy la mano, Perséfone me cogerá el brazo. Puede que no la conozca mucho, pero de eso no me cabe ni la menor de las dudas. Esta mujer no es una adorable princesa en apuros encerrada en un torreón. Es un maldito tiburón, e intentará intercambiar su papel de sumisa con el mío en cuanto se le presente media oportunidad.

Mi reputación, mi poder, mi capacidad de proteger a los habitantes de la zona baja de la ciudad, todo ello depende de que yo sea el peor de los cabrones hijos de puta a este lado del río Estigia. Esa reputación es la razón por la que no tengo las manos manchadas de sangre; todo el mundo está demasiado asustado para ponerme a prueba.

Si de pronto una famosilla de la zona alta me pone la correa y empieza a manipularme, todo por lo que llevo la vida luchando estará en peligro.

Y no puedo permitirlo.

La cojo en volandas. Para tener una personalidad tan grande, apenas pesa cuando la llevo así por la casa. Y ese pensamiento saca a la superficie un instinto protector que creía inexistente en mí. Con cada paso que doy hacia la puerta, más sencillo me resulta ignorar lo mucho que mi cuerpo exige el suyo. Tengo un plan y debo ceñirme a él. Y se acabó.

Perséfone apoya la cabeza contra mi hombro y me mira desde abajo.

—¿Hades?

Noto la trampa, pero no podría pasar de esta chica aunque quisiera.

—Dime.

—Sé que esta es la idea que tienes en mente para esta noche y para la de mañana.

—Ajá.

Abro la puerta y me detengo un momento para asegurarme de que se queda bien cerrada cuando la atravesamos. Después, recorro el pasillo hacia las escaleras. En cinco minutos habremos vuelto a su cuarto y podré poner un poco de distancia entre nosotros.

Perséfone desliza la mano por mi pecho y me envuelve el cuello con ella, con delicadeza.

—Iba en serio cuando te he dicho que quería acostarme contigo.

A punto estoy de tropezarme. A puntito. Y debo hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no mirarla. Si cedo, nos pondremos a hacerlo en mitad del pasillo.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Me acaricia la zona delicada de la nuca—. Ese orgasmo ha estado bien, muy bien, la verdad, pero ¿no crees que primero deberíamos hacer una prueba antes de que me folles delante de una habitación llena de gente?

Será lista... Sabe perfectamente lo que está haciendo. Llego a las escaleras y me concentro en caminar rápido, pero no lo suficiente como para que piense que estoy corriendo.

Perséfone sigue con esas leves caricias que me están poniendo de los nervios.

—Imagino que eso debes planteártelo tú. Pareces un hombre al que le gustan los planes, y eso lo respeto. —Se acurruca un poco más contra mi pecho y me restriega una de las mejillas—. ¿Y si llegamos a una solución intermedia? ¿Por qué no te aseguras por ti mismo de que de verdad soy tan buena como te he dicho y, después, te como la polla?

No respondo hasta que llego a su habitación y ambos entramos en ella. Entonces la coloco sobre la cama y enredo los dedos en su sedosa melena. La forma en la que separa los labios cuando le cojo el pelo me obliga a contener un gruñido más.

—Perséfone... —Doy un pequeño tirón de pelo—. Me he percatado de que estás acostumbrada a salirte con la tuya.

Me observa como si esperara que fuera a sacármela y a follarle la boca hasta que ambos nos corriéramos. Arquea un poco la espalda.

—Solo en ciertos contextos.

—Mmm.

Un último tirón de pelo y me obligo a dejar de tocarla. No puedo

perder el control ahora, o jamás lo recuperaré. Si fuese un hombre más, un hombre corriente, no vacilaría y aceptaría todo lo que me está ofreciendo. Pero no soy un hombre normal. Soy Hades.

—Tengo una palabra a la que deberías acostumbrarte.

—¿Qué palabra? —pregunta frunciendo el ceño.

—No.

He de esforzarme más de lo que estoy dispuesto a admitir para darle la espalda a una Perséfone despeinada sentada sobre la cama y entrar en el baño. La distancia no me sirve de ayuda. Tengo a esa mujer metida en las venas. Hurgo en el armario que hay debajo del lavabo en busca del botiquín. Hay uno en cada baño de la casa. En teoría no estoy en guerra con nadie, pero hay veces en las que, por mis negocios, mis hombres deben lidiar con heridas inesperadas. Heridas de bala, por ejemplo.

Cuando regreso al dormitorio, una parte de mí espera encontrar a una Perséfone lista para ejecutar su siguiente seducción, pero la chica está sentada sobre la cama en una pose remilgada, justo donde la dejé. Hasta ha conseguido peinarse un poco, aunque el rubor que colorea su piel la delata. Deseo, ira, o una mezcla de ambos.

Planto una rodilla en el suelo, junto a la cama, y la miro.

—Compórtate.

—Sí, señor. —Pronuncia esas dos palabras con un tono tan meloso y envenenado que me habría dejado de piedra si no me lo esperase ya.

Nunca antes se había quedado una de mis personas sumisas en casa. Prefiero limitar esta clase de cosas al cuarto de juegos y a escenas individuales, aunque sea con parejas ya conocidas. La única norma que hay es que todo se detiene en cuanto se acaba la escena. Esto es totalmente diferente, y no estoy preparado para los sentimientos encontrados que me aprisionan el pecho mientras quito las vendas que envuelven los pies de Perséfone y los examino. Se están curando bien, pero todavía tienen mala pinta. Esa carrera por la zona alta de la ciudad ha estado a punto de mutilárselos. Y eso sin mencionar que cuando llegó hasta mí le faltaba poquísimo para sufrir una hipotermia. Si se hubiese quedado un poco más a la intemperie esa noche, quizá los daños que hubiese sufrido serían irreparables.

Podría haberse muerto, joder.

Confiaría en que, si se hubiese dado el caso, los hombres de Zeus

habrían intervenido, pero no albergo ni la más mínima esperanza en nada que tenga que ver con ese hombre. Sería tan probable que la dejara correr hasta morir de agotamiento para castigarla por haber huido de él como lo sería verlo hacer una entrada triunfal y llevársela a rastras a la zona alta de la ciudad.

—¿Por qué no pediste un taxi al salir de la fiesta? —No tenía pensado hacer esa pregunta, pero aun así aterriza en el silencio que se ha creado entre nosotros.

—Quería pensar, y pienso mejor mientras camino. —Se remueve un poco cuando le echo crema en la herida que peor pinta tiene—. Tenía muchas cosas que pensar después de lo de anoche.

—Menuda bobada.

—No es una bobada —me dice, y se pone tensa—. Cuando me di cuenta de que me estaban persiguiendo ya me estaban guiando hacia el río, y entonces... —Perséfone levanta una mano y la deja caer—. No podía volver. No pienso volver.

Debería dejar el tema ahí, pero al parecer no puedo mantener el pico cerrado cerca de esta mujer.

—Hacerte daño cuando alguien te lleva la contraria le importa una mierda a esa persona. En todo caso, es lo que quiere. Tratas tu cuerpo como si fuese el enemigo; y eso te convierte en una persona demasiado débil para luchar.

Perséfone resuella.

—Lo dices como si me estuviese autolesionando o algo. Sí, a veces pongo las necesidades de mi cuerpo en un segundo plano por el estrés o por tener que lidiar con todas las mierdas que conlleva ser una de las hijas de Deméter, pero no lo hago para provocarme dolor.

Cuando compruebo que le he echado pomada en todos los cortes, empiezo el proceso de envolverle de nuevo los pies con las vendas.

—En esta vida solo tenemos un cuerpo, y se te da de puta pena cuidar del tuyo.

—Te estás tomando muy a pecho una heridilla de nada.

Puede que tenga razón, pero la forma en la que insiste en restarle importancia al peligro en el que estaba me saca de mis casillas. Su actitud implica que ya lo ha hecho antes, las veces suficientes como para que no valga la pena casi ni mencionarlo. Implica que volverá a hacerlo ante la más mínima oportunidad.

—Si no me puedo fiar de que cuides tu cuerpo, entonces tendré

que hacerlo yo.

El silencio dura tantísimo tiempo que al final levanto la vista y me la encuentro mirándome con la boca abierta en una O perfecta. Un rato después, se sacude.

—Es un detalle, supongo, pero no será necesario. Puede que haya aceptado acostarme contigo (y de buena gana), pero no he aceptado que adoptes el papel del canguro más cascarrabias del mundo. ¿También se te ha ocurrido darme de comer con la cuchara y hacerme el avioncito? —Suelta una carcajada llena de alegría—. No seas absurdo.

Su rechazo duele más de lo que debería. No porque esté intentando rechazarme a mí. No, siento un poco de fragilidad bajo su fingido entusiasmo. ¿Acaso alguien se ha preocupado por Perséfone alguna vez en su vida? A mí eso no me incumbe. Debería levantarme, marcharme de la habitación y dejarla hasta que la necesite para las escenas en público.

Hacer cualquier otra cosa sería buscarse una ruina de la que un hombre como yo quizá no podría recuperarse.

10

Perséfone

Cuando Hades dijo que su intención era cuidarme, no lo creí. ¿Por qué iba a hacerlo? Soy una mujer adulta y completamente capaz de cuidarme solita, sin importar lo que él quiera pensar. Si no fuera insistente como él solo, quizá hasta podría haber admitido lo peligrosa que fue la noche que nos conocimos para mi salud. No tenía pensado ignorar el frío y el dolor, pero, para cuando fui consciente de que suponían un problema, no me quedó otra que seguir adelante. Quizá hasta podría asegurarle que, aunque a veces se me olvide comer u otras nimiedades sin importancia, no tengo por costumbre hacerme daño a propósito.

Pero Hades está siendo insistente y, sorprendentemente, por mucho que una parte de mí disfrute de ello, el resto de mi persona no puede evitar rechazarlo.

Se pone en pie con parsimonia, se cierne sobre mí y tenso el cuerpo con anticipación. A pesar de la irritante conversación, el orgasmo que he sentido antes... no tengo palabras. Ha reclamado mi placer como si le perteneciera y le ha llevado unos treinta segundos descifrar la forma de provocarme y hacer que me corra. Si puede hacer eso sin más ayuda que sus dedos, ¿qué podrá conseguir con el resto de su cuerpo?

Quiero ser egoísta, tocarlo y saborearlo. Quiero meterme debajo de ese elegante traje negro y ver todo lo que tiene que ofrecer este hombre. No había anhelado a alguien con tal intensidad desde... ni siquiera me acuerdo. Quizá desde María, la mujer que conocí en un tugurio de mala muerte a las afueras del polígono de almacenes hace unos años. Me puso la vida patas arriba en el mejor sentido de la palabra y aún nos enviamos mensajes, aunque el tiempo que pasamos

juntas no tenía otro objeto que ser un rollo. ¿Acaso estaré destinada a conectar con personas con las que solo pasaré poco tiempo?

La idea me deprime, así que la hago a un lado y alargo el brazo hacia Hades. Este me agarra la mano antes de que pueda tocarlo y sacude la cabeza con lentitud.

—Pareces tener la idea equivocada de que puedes alargar la mano y tomar todo aquello que quieras sin más.

—¿Y por qué no si es lo que ambos queremos?

Me suelta y da un paso atrás.

—Duerme un poco. Mañana tenemos mucho que hacer.

Hasta que no llega a la puerta, no me doy cuenta de que no es un farol.

—Hades, espera.

No se da la vuelta, pero sí que se detiene.

—¿Sí?

Si la humillación derritiera, yo sería un charco de blandiblú en el suelo. El orgullo me dice que lo deje salir de la habitación y que maldiga su nombre hasta que consiga dormirme. No se me da tan bien como a Psique o a Calisto guardar rencor, pero tampoco me quedo atrás. Por instinto, sé exactamente lo que quiere de mí y lo odio. Sí, sin duda lo odio.

Me humedezco los labios e intento sonar indiferente.

—Me has prometido un segundo orgasmo si me comportaba.

—¿De verdad crees que te has comportado, Perséfone?

Cada vez que pronuncia mi nombre es como si me pasara esas manos ásperas por la piel desnuda. No debería gustarme tanto cómo lo hace. Desde luego, no debería desear que lo volviera a hacer una y otra y otra y otra vez. Todavía no me ha mirado. Levanto la barbilla.

—Ya sabes, soy lo bastante hedonista para funcionar a cambio de orgasmos. Supongo que podría prometerte que me portaré bien mañana si esta noche vale la pena.

Se ríe. El sonido es un tanto hosco, casi oxidado, pero al reírse se da la vuelta para apoyarse contra la puerta. Al menos aún no se va a marchar. Se mete las manos en los bolsillos, un movimiento que debería ser totalmente normal, pero hace que tenga que esforzarme por no apretar los muslos. Al final, dice:

—Estás haciendo promesas que no tienes intención de cumplir.

Le lanzo una mirada inocente.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—Pequeña Perséfone, eres una malcriada. —Vuelve a soltar una risilla oxidada—. ¿Lo saben los idiotas de la zona alta?

Quiero contraatacar con un comentario ocurrente, pero por alguna razón la pregunta me hace vacilar.

—No. —Me sorprendo contestando con sinceridad—. Ven lo que quieren ver.

—Ven lo que tú quieres que vean.

Me encojo de hombros.

—Supongo que tienes razón.

No sé qué tiene este hombre que me tienta a prescindir del personaje risueño (o de convertirlo en un arma), pero no me puedo quitar a Hades de la cabeza. Si las circunstancias fueran distintas, estaría impresionada. Está empeñado en verme, mientras que yo estoy igualmente obcecada en que no me vean. No de esa manera. La vulnerabilidad invita a que te desgarren y te hagan añicos, cachito a cachito. Lo aprendí por las malas el primer año que mi madre tomó las riendas como Deméter. Las únicas personas en las que puedo confiar son mis hermanas. El resto o bien quiere algo de mí o bien quiere usarme para sus propias prioridades. Es agotador y es más sencillo no concederles ni un pellizco de mi persona.

Parece que esa no es una opción con Hades.

Me observa como si pudiera sacar los pensamientos directamente de mi cabeza como si fueran caramelo caliente.

—No espero la perfección.

Eso hace que yo suelte mi propia risa amarga.

—Casi me engañas. Quieres que te obedezcan sin rechistar.

—La verdad es que no. —Ahora le toca a él encogerse de hombros—. A este juego se puede jugar de muchas formas distintas. En un encuentro único, la mayor parte de las cosas se negocian previamente. Esta situación es infinitamente más complicada. Así que te lo volveré a preguntar: ¿qué quieres? Está claro que la perfección te irrita. ¿Quieres que te obligue a obedecerme? ¿Dejarte a tu aire y castigarte cuando te pases de la raya? —Sus ojos oscuros son un infierno que espera a consumirme en sus llamas—. ¿Qué es lo que más te pondría, Perséfone?

La respiración se me entrecorta en el pecho.

—Quiero portarme mal.

No tenía pensado decirlo. De verdad que no. Pero que Hades me dé carta blanca con mis necesidades es más embriagador que cualquier alcohol que haya probado. Me está ofreciendo una asociación de lo más extraña, una que no sabía siquiera que deseara. Podría dominarme. Yo podría someterme. Pero el equilibrio de poder es sorprendentemente recíproco.

No sabía que pudiera ser así.

—Pues ahí lo tienes —dice como si hubiera revelado algo profundo con esas cuatro palabrillas de nada. Hades vuelve a acercarse a la cama y, si antes su actitud dominante era casual, ahora es abrumadora. Yo retrocedo hasta el colchón, incapaz de quitarle los ojos de encima. Chasquea los dedos—. El vestido. Fuera.

Muevo las manos al dobladillo antes de que mi cerebro se dé cuenta.

—¿Y si no quiero?

—Entonces me marcho. —Vuelve a arquear esa condenada ceja—. Por supuesto, es decisión tuya, pero ambos sabemos lo que quieres en realidad. Quítate el vestido. Después túmbate y abre las piernas.

Me tiene acorralada y no puedo ni fingir lo contrario. Le lanzo una mirada asesina, pero no debe de parecer muy convincente, pues la anticipación me lame la piel. No quiero perder el tiempo tomándole el pelo; me arranco el vestido y lo lanzo a un lado.

Hades sigue el movimiento de la tela mientras irradia desaprobación.

—A la próxima lo doblas o voy a hacer que recorras la habitación a gatas como castigo.

Sorpresa. Furia. Deseo puro.

Me reclino apoyada sobre los codos y lo miro desafiante.

—Inténtalo.

—Pequeña Perséfone. —Sacude la cabeza con lentitud mientras yo me abro de piernas—. Todavía no sabes lo que te excita, ¿a que no? No pasa nada. Yo te lo mostraré.

Debería dejarlo estar. De verdad que sí. Pero, por alguna razón, no puedo fingir ser una mosquita muerta en presencia de Hades.

—Venga ya. Sé lo que me gusta.

—Demuéstralo.

Parpadeo.

—¿Perdona?

Señala la mano como si nada, como si no estuviera devorándome con la mirada.

—Muéstramelo. ¿Tan desesperada estás por tener un orgasmo? Pues hazlo tú misma.

Ahora mi mirada asesina no va en broma.

—Eso no es lo que quiero.

—Sí, sí que lo es.

Se sube a la cama para colocarse de rodillas entre mis muslos abiertos. No me toca, pero noto como si hubiera tatuado que soy de su propiedad en cada parte de mi cuerpo. El evidente deseo que siente por mí no hace más que azuzar mi anhelo.

Pienso hacerlo. Voy a colocar la mano entre mis muslos y acariciarme el clítoris hasta que me derrita delante de él. Con lo excitada que estoy ahora mismo, tampoco me llevará mucho tiempo. Y yo... quiero hacerlo, maldita sea. Aunque no puedo rendirme así sin más. No está en mis genes. Me humedezco los labios.

—Te propongo un trato.

Otra vez alza la ceja, pero se limita a decir:

—Te escucho.

—Me encantaría que... —No sé cómo decir esto sin morirme de la vergüenza, así que me lanzo a la piscina de lleno—. Quiero que te corras cuando yo lo haga. —Como sigue observándome, esperando, me obligo a continuar—: Si voy a llegar al orgasmo por mi propia mano... Me encantaría que tú también lo hicieras.

Me contempla durante un instante infinito, como si esperara a que cambiara de idea. Podría asegurarle que no hay riesgo de que lo haga, cosa de la que parece percatarse unos segundos después.

Hades mueve las manos como si no pudiera resistirse, las coloca en mis muslos y me acaricia con suavidad.

—Puede que esta noche te salgas con la tuya, pero no te acostumbres.

Le concedo una sonrisa deslumbrante que hace que se le tense un músculo en la mejilla.

—Si me saliera con la mía de verdad, ya te tendría dentro.

—Mmmm. —Niega con la cabeza—. Eres incorregible.

—Qué formal.

No puedo resistirlo más. Bajo una mano serpenteante por mi estómago y me abro para él. Lo estoy alargando porque disfruto la

forma en la que me aprieta los muslos con las manos, como si estuviera esforzándose al máximo para no tocarme más que eso. El control de este hombre lo tiene envuelto como cadenas. Me pregunto qué haría falta para romperlas. ¿Qué ocurrirá cuando por fin suceda?

Uso el dedo corazón para arrastrar hacia arriba mi humedad, hago círculos alrededor del clítoris y Hades suelta una risa ahogada.

—Qué traviesa.

—No sé de qué me estás hablando. —A pesar de ir despacio a propósito, de ir poco a poco, el placer se arremolina en mi interior. Se me ocurre algo que roza la locura: quizá sea capaz de correrme solo con la intensidad de su mirada en mi cuerpo. Vuelvo a dibujar círculos alrededor de mi clítoris—. Hades, por favor.

—Me gusta la manera en la que dices mi nombre. —Me suelta, aparta los dedos de mis muslos de modo tan lento que está claro que no quiere dejar de tocarme. Yo tampoco quiero que pare, pero el resultado final merece este desvío temporal. Busca la parte delantera de sus pantalones. Aguanto la respiración mientras se la saca. Es... Joder. Es perfecta. Grande y gruesa, y mi cuerpo se tensa con la necesidad de tenerlo dentro de mí. Hades se la acaricia de forma ruda —. No pares.

Me doy cuenta de que mis movimientos se habían ralentizado hasta pausarse, así que vuelvo a aumentar el ritmo. No puedo apartar los ojos de su pene mientras se masturba.

—Eres guapo.

Suelta una de sus risas roncas que ya estoy aprendiendo a desear.

—La lujuria te nubla la vista.

—Puede. Pero eso no lo hace menos cierto. —Me muerdo el labio inferior—. ¿Me tocas? ¿Por favor? —Cuando no responde al instante, insisto—: Por favor, Hades. Por favor, señor.

Hades suelta un taco y me aparta la mano del clítoris.

—Le sientas de pena a mi autocontrol.

—Lo lamento —murmuro e intento parecer arrepentida.

—No, no es verdad. No te muevas o se acabó.

—No lo haré.

Bajo la vista a mi cuerpo mientras Hades cierra la mano alrededor de su pene y se inclina sobre mí para pasar el glande por mi clítoris. Es una sensación lasciva, como si no estuviera bien, pero no quiero que pare nunca. Por todos los dioses, ¿cómo es posible que esto

sea más excitante que cualquier polvo que haya echado? ¿Se debe solo a él? No tengo la respuesta. Ahora no. Puede que no la tenga nunca.

Espera un instante y después vuelve a restregarse y dibuja círculos alrededor de mi clítoris igual que he hecho yo antes con los dedos. Aguanto la respiración, ojalá hiciese más. Es como si me leyera la mente, porque arrastra la polla hacia abajo para humedecerla con mi deseo. Provocativo. Esto es demasiado provocativo.

Tengo en la punta de la lengua la petición de que me folle en este mismo instante, pero me trago mis palabras. Sin importar lo delirante que sea este placer, sigo estando lo bastante lúcida para saber que lo he llevado al límite esta noche. Si intento conseguir más, es casi seguro que se echará atrás. Que detendrá ese movimiento decadente. Abajo, después arriba para rodear mi clítoris y de vuelta abajo.

Se tensa cuando presiona mi entrada, pero no tengo ocasión de lanzar mi prudencia por la borda antes de que hable:

—Las manos por encima de la cabeza.

No dudo ni un segundo. No pienso permitir que me deje a dos velas. A pesar de lo que él parece pensar, sí que soy capaz de ser obediente cuando tengo la motivación adecuada. La mirada que me lanza me dice que se ha percatado de lo rápido que he dejado de discutir ahora que estoy consiguiendo lo que quiero. Se mueve hacia delante para aprisionar mi cuerpo contra el colchón, su peso macizo me deja clavada en el sitio. Y después mueve las caderas y toda su erección roza de repente mi clítoris con cada lenta embestida.

Con mucho cuidado. Incluso ahora me trata con mucho cuidado, joder. Me aplasta, pero asegurándose de que su peso no me deja sin aliento en los pulmones. Podría decirle que es una causa perdida, pues el placer ya lo ha conseguido. Tengo que esforzarme en cada exhalación por quedarme quieta, por obedecer, por no hacer nada que pueda provocar que se detenga.

Su ropa me frota la piel desnuda en movimientos lentos. En este preciso instante, daría mi pulmón derecho para que estuviera tan desnudo como yo.

Espero un beso en la boca, pero me besa la mandíbula hasta mordisquearme el lóbulo de la oreja.

—¿Ves lo bien que sienta obedecer, pequeña Perséfone? —Otra larga caricia de su erección contra mi clítoris—. Haz lo que te diga mañana y mi polla será tuya.

Tengo la mente hecha un lío, los pensamientos van en todas las direcciones.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Aumenta el ritmo un poquito. Encojo los dedos de los pies y no puedo evitar arquearme contra su cuerpo. Hades engancha un brazo bajo mi muslo y hace que me abra de piernas incluso más. El mínimo cambio en sus movimientos y lo tendré dentro. Lo quiero desesperadamente, estoy en riesgo de ponerme a suplicar.

Mi cuerpo no me da la oportunidad. Me corro con fuerza, cada músculo de mi cuerpo se contrae. Hades sigue moviéndose, alarga el momento para después separarse y correrse en mi estómago. Miro hacia abajo hipnotizada al líquido que me marca la piel y siento el absurdo deseo de pasar los dedos por encima.

Mientras me estoy recuperando, Hades se arregla la ropa y se sienta sobre sus talones. La forma en la que me mira... Ni siquiera nos hemos acostado todavía y este hombre me está mirando como si quisiera que me quedara aquí. Debería bastar para que saliera corriendo, pero no consigo reunir la energía para que esto me preocupe. Tenemos un trato. No sé por qué estoy tan segura, pero sé de sobra que Hades no romperá su promesa. Al final de todo, se asegurará de que salga de Olimpo sana y salva.

—No te muevas. —Se baja de la cama y se dirige al baño. Unos segundos después vuelve con una toalla húmeda. Alargo la mano para cogerla, pero él niega con la cabeza—. Estate quieta.

Miro cómo me limpia. Debería molestarme... ¿no? No estoy segura, no cuando aún tengo el subidón del orgasmo. Hades deja a un lado la toalla y se apoya contra el cabecero.

—Ven aquí.

De nuevo, una parte de mí protesta y me dice que debería plantarme, pero ya me estoy moviendo hacia él y permitiendo que me coloque sobre su regazo. Aun así, no puedo quedarme callada.

—No me van mucho los arrumacos.

—Esto no va de arrumacos.

Me pasa una mano por la espalda y me guía la cabeza hacia su hombro.

Espero, pero no parece motivado a seguir hablando. Se me escapa una risilla.

—Por favor, no te sientas obligado a darme más detalles. Yo me sentaré aquí en un agradable estado de confusión mientras dure esto.

—Para alguien de tu reputación, menuda lengua tienes. —Tampoco es que parezca que le moleste. No, si no me equivoco, le hace gracia.

Suspiro y me relajo contra él. Está claro que no va a soltarme hasta que dé por terminado lo que quiera que sea esta sesión de no arrumacos, y mantenerme en tensión durante todo el rato es demasiado agotador. Además... es bastante agradable estar aquí tumbada. Aunque sea un ratito.

—No sé por qué estás tan sorprendido. Ya has admitido que usas tu reputación como arma. ¿Tan extraño es pensar que yo pueda hacer lo mismo?

—¿Y por qué elegiste la alegría? Ninguna de tus hermanas tomó la misma decisión.

Al oír eso, me inclino un poco hacia atrás para poder arquearle las cejas.

—Hades... pareces saber mucho sobre nosotras. Serás asiduo de las webs de cotilleos.

No parece arrepentirse lo más mínimo.

—Te sorprendería la cantidad de información que se puede obtener de alguien si se lee entre líneas y tienes un poquito de información privilegiada.

No se lo puedo reprochar. Opino igual. Con una risilla, vuelvo a relajarme contra su cuerpo.

—Eurídice no está interpretando ningún papel, al menos no del todo. Ella sí que es una soñadora inocente, así es como acabó con el imbécil ese como novio.

La risa de Hades le resuena por el pecho.

—No das tu visto bueno a Orfeo.

—¿Acaso tú lo harías si estuviera en una relación con alguien que te importa? Se ha aferrado a ese aire de artista famélico como a un clavo ardiendo, sobre todo teniendo en cuenta que es un niño pijo con una herencia, como el resto de nosotros. Puede que piense que ahora mismo Eurídice es su musa, pero ¿qué pasará cuando se aburra de ella y empiece a buscar inspiración fuera de su relación? Yo sé muy bien lo que va a pasar. Eurídice se quedará hecha polvo. Puede que la destroce de verdad. Hemos tenido a nuestra hermana pequeña entre

algodones, al menos dentro de lo que cabe para alguien que vive a un tiro de piedra de los Trece. La idea de que pueda perder su inocencia... Me duele. No se lo deseo.

—¿Y qué hay de tus otras hermanas?

Me encojo de hombros tanto como puedo.

—Psique prefiere pasar desapercibida. Nunca deja que nadie sepa qué está pensando y a veces parece que todo Olimpo la adora por eso mismo. Es algo así como una creadora de tendencias, pero hace que parezca sencillo, como si le saliera sin intentarlo siquiera. —Aunque a veces atisbo un vacío en sus ojos cuando se cree que nadie la mira. Antes de que nuestra madre se convirtiera en Deméter, nunca la vi con esa expresión. Me aclaro la garganta—. Calisto no interpreta ningún papel. Es tan temible como parece, tal cual. Odia a los Trece, odia Olimpo, odia a todo el mundo menos a nosotras.

Me he preguntado una y otra vez por qué no se ha marchado. Es la única de nosotras que tiene acceso a la herencia y, en vez de usarla para conseguir una forma de escapar, no ha hecho más que hundirse cada vez más en su odio.

Hades enrolla lentamente un mechón de mi pelo en uno de sus dedos.

—¿Y tú?

—Alguien tiene que mantener el orden.

Ese era mi papel en nuestra pequeña familia incluso antes de que trepáramos a la cima social y política de Olimpo, así que me pareció natural seguir con ello. Yo limo asperezas, hago planes y consigo que el resto se apunte a ellos. No tenía pensado que fuera para siempre. Solo hasta que pudiera construirme un barco que me sacara de aquí.

Jamás habría anticipado que llevar la máscara de la hija dulce y obediente sería lo que de verdad me ataría aquí para siempre.

11

Hades

Me hace falta más determinación de la que esperaba para dejar la cama de Perséfone cuando se duerme. Estoy a gusto con ella entre los brazos. Demasiado a gusto. Es como despertarse y descubrir que ese sueño feliz era real; y esa fantasía es lo único que no me puedo permitir. Al final eso es lo que me obliga a darle un beso en la sien y marcharme.

El cansancio me pesa, pero no voy a poder descansar hasta que termine con las rondas nocturnas. Es una obsesión a la que sucumbo demasiadas veces, y esta noche no será una excepción. Aunque la cosa ha mejorado con los años. Hubo una época en la que no podía cerrar los ojos antes de comprobar todas las puertas y ventanas de la casa. Ahora solo tengo que verificar las puertas y ventanas de la planta baja, y acabo con una paradita en nuestra sala de seguridad. Mi gente no hace ni un solo comentario cuando reviso su trabajo, y lo aprecio. No lo hago tanto por sus capacidades, sino más bien por el temor que siento en la nuca cuando bajo la guardia.

No contaba con que la presencia de Perséfone en esta casa fuese a empeorar esa sensación. Le he prometido mi protección, y le he dado mi palabra de que estaría sana y salva aquí. La amenaza de los Trece podría ser suficiente para disuadir a Zeus; pero, si al final decide que vale la pena arriesgarse a lanzar un ataque al que no podrían vincularlo...

¿De verdad incendiaría esta casa sabiendo que Perséfone está dentro?

Sé la respuesta a esa pregunta antes incluso de que ese pensamiento se forme en mi mente. Claro que sí. Aún no; no si todavía cree que tiene una oportunidad de recuperarla. Pero la imprudencia

que demostraron sus sicarios al perseguirla durante tanto tiempo demuestra que, si en algún momento decide que la chica está fuera de su alcance, no dudará en atacar. Antes verla muerta que en manos de otra persona, sobre todo si esa persona soy yo.

Es un tema del que tengo que hablar con ella, pero lo que menos me apetece es volver a vislumbrar el miedo que percibí en sus ojos la noche que la conocí. Aquí se siente a salvo y, joder, quiero asegurarme de que no traiciono la confianza que ha depositado en mí. Mi incertidumbre a la hora de ponerla al corriente dice más de mí que de ella, y mañana tengo que rectificarlo, aunque no me agrade demasiado la idea.

En cuanto entro en mi dormitorio, sé que no estoy solo. Voy hacia la pistola que tengo guardada con un soporte magnético debajo de la mesilla, pero no doy más que un paso cuando una voz femenina emerge de entre las sombras:

—Sorprende a un amigo y consigue un disparo de regalo. No, hombre, no.

Me sacudo algo de la tensión del momento, y el cansancio me embarga en su lugar. Frunzo el ceño ante las sombras.

—¿Qué haces tú aquí, Hermes?

Sale de mi armario con todo el descaro, con una de las corbatas más caras que tengo en la mano, y me brinda una sonrisa resplandeciente.

—Quería verte.

No poner los ojos en blanco me resulta todo un esfuerzo.

—Di mejor que has venido a por el resto de mi bodega.

—Bueno, sí, eso también. —Se hace a un lado cuando me acerco al armario y me quito la chaqueta. Hermes se apoya sobre el marco de la puerta—. Por cierto, que cierres a cal y canto todas las ventanas y las puertas de tu casa envía un mensaje muy especial a tus amigos. Es casi como si no quisieras compañía.

—Yo no tengo amigos.

—Ya, sí, sí, eres un enorme montón de soledad —contesta, y hace un mohín con la mano.

Cuelgo la chaqueta en su percha y me quito los zapatos con los pies.

—No parece que evite que entres en mi casa.

—La verdad es que no. —Se echa a reír, una carcajada

aparentemente fuerte teniendo en cuenta lo pequeña que es. Esa risa es una de las razones por las que no he mejorado la seguridad de mi hogar. Por muy molestas que me parezcan las chorradas de Hermes y de Dionisio, la casa parece mucho menos grande y lúgubre cuando se pasan por aquí.

Me mira con el ceño fruncido y señala la camisa y los pantalones que todavía llevo puestos.

—¿No vas a seguir con el espectáculo de estriptis?

Puede que tolere su presencia en mi casa, pero no tenemos ni de lejos la confianza necesaria para que me quede desnudo delante de ella. No confío tanto en nadie, pero, en vez de decírselo tal cual, hablo con una frivolidad moderada:

—¿Es un espectáculo si no te invitan?

—Ni idea —responde sonriendo—, pero aun así lo disfrutaría.

Sacudo la cabeza.

—¿Por qué has venido?

—Ah. Eso. Obligaciones. —Pone los ojos en blanco—. Tengo un mensaje oficial de Deméter.

La madre de Perséfone. Hay un factor en toda esta pantomima que Perséfone todavía no ha abordado, y es el hecho de que su madre decidió empujarla a un matrimonio con un hombre peligroso única y exclusivamente por su ambición, sin comentárselo a ella siquiera. Yo tengo muchísimas opiniones al respecto, y ni una de ellas es agradable.

Hundo las manos en los bolsillos.

—Bueno, pues a ver qué tiene que decir.

Hermes se endereza y levanta la barbilla. A pesar de las muchas diferencias, de pronto estoy ante una imitación de Deméter. Cuando habla Hermes, es la voz de la propia Deméter la que emerge. Las imitaciones de Hermes son uno de los motivos por los que consiguió el título, y esta es perfecta, como siempre.

—No tengo ni idea de qué rencor alimentas contra Zeus y el resto de los Trece y, si te soy sincera, tampoco me importa. Suelta a mi hija. Si le haces daño o te niegas a liberarla, cortaré todos los recursos de la zona baja que estén bajo mi control.

—Nada que no me esperara —contesto suspirando. Aunque la crueldad que expresa escapa a mi comprensión. Quiere que su hija le siga el juego, así que tiene toda la intención de llevarse a rastras a

Perséfone hasta la zona alta de la ciudad... y hasta el altar. Y pisará a mi gente para asegurarse de conseguir su objetivo.

Hermes relaja la postura y se encoge de hombros.

—Ya sabes cómo son los Trece.

—Tú eres uno de los Trece.

—Y tú también. Y, además, yo soy especial. —Hermes arruga la nariz—. Por no mencionar que soy adorable, encantadora, y que carezco de esa ansia de poder.

La verdad, no puedo negárselo. Nunca me ha dado la sensación de que Hermes juegue al mismo juego que los demás. Hasta Dionisio está concentrado en ampliar su rincón de poder en el mapa de Olimpo. Hermes se limita a... revolotear de un lado a otro.

—Y ¿por qué aceptaste el puesto?

Hermes se echa a reír y me da una palmadita en el hombro.

—No sé, quizá es que me gusta mofarme de las personas poderosas que se toman su vida demasiado en serio. ¿Conoces a alguien así?

—Eres todo un encanto.

—Sí, lo sé. —Entonces se pone seria—. Espero que sepas lo que estás haciendo. Ahora mismo estás cabreando a muchísima gente, y tengo la sensación de que tu propósito es cabrear a mucha más antes de que acabe toda esta movida.

No se equivoca, pero aun así tengo que contener un gruñido.

—Qué rápido se le olvida a la gente que Perséfone huyó de allí porque no quería participar en la boda que Zeus y Deméter habían orquestado.

—Ah, ya. Y la chica me cae un poquito bien por eso, la verdad. —Al decirlo, acerca el dedo índice y el pulgar, que se quedan a milímetros de tocarse—. Pero eso no cambiará nada. Zeus se la saca y todo el mundo lucha por darle lo que quiera, sea lo que sea.

Paso por alto su comentario y añado:

—Para ser una persona tan comprometida con el amable personaje de madre naturaleza, a Deméter le cuesta poco mandar a sus hijas al matadero.

—Ama a sus hijas, de verdad —comenta Hermes encogiéndose de hombros—. No sabes cómo son las cosas ahí fuera. A este lado del río, eres el rey y has forjado grandes cosas para tu pueblo. No malgastan esfuerzos y recursos recreando la ostentación y el glamur de la zona

alta, y tampoco se están dando puñaladas por la espalda los unos a los otros con unos puñales con diamantes incrustados. —Ante mi mirada, Hermes asiente en un movimiento rápido—. Sí, ha pasado. No puedes haberte olvidado de la pelea entre Cratos y Ares. Ese cabrón se le acercó en mitad de la fiesta, se sacó un puñal de repente y... —Imita los movimientos de alguien apuñalando a otra persona—. Si Apolo no hubiese intervenido, lo habrían acusado por asesinato en vez de por agresión con arma blanca.

—Debo de haber pasado por alto la parte del informe en la que detenían a Cratos por dichos cargos.

—Bueno, ya sabes cómo son las cosas —contesta Hermes encogiéndose de hombros—. Cratos no es uno de los Trece, y sí que es cierto que había estado esquilando a Ares. La pelea fue un drama de lo más fascinante; el juicio no lo habría sido.

Si hiciera falta un buen ejemplo de cómo los Trece abusan de su poder, este sería el ejemplo perfecto.

—Aquí eso no importa. Perséfone cruzó el puente. Está aquí. —«Y me pertenece.» Aunque no comparto ese pensamiento con Hermes, me observa con los ojos entrecerrados en una mirada perspicaz. Antes de continuar, carraspeo—: Es libre de marcharse cuando quiera. Pero elige no hacerlo. —Debería dejar estar el tema, pero la ira me invade al pensar en Deméter y Zeus llevándose a Perséfone a rastras a la zona alta de la ciudad en contra de su voluntad—. Si intentan llevársela a la fuerza, primero tendrán que vérselas conmigo.

—Primero tendrán que vérselas conmigo.

Pestañeo sorprendido. La imitación de Hermes ha sido espléndida.

—Eso no era un mensaje.

—Ah, ¿no? —replica mirándose las uñas—. Pues a mí me lo ha parecido.

—Hermes...

—Yo no estoy de parte de nadie, no mientras todos sigáis cumpliendo las normas. Y las amenazas no incumplen el acuerdo. —De pronto esboza una sonrisa traviesa—. Solo le dan una pizca de vidilla a nuestra existencia. ¡Chao!

—¡Hermes!

Pero se ha ido atravesando la puerta de mi cuarto como una flecha. Aun así, perseguirla no cambiará una mierda. Cuando se le

mete algo en la cabeza, lo hará sin importarle lo que opine el resto al respecto. Por la vidilla, como dice ella. Me tapo la cara con las manos. Menuda puta movida.

No sé si Deméter es capaz de cumplir su amenaza. Han pasado varios años desde que le otorgaron el título de Deméter, pero se ha encargado de cuidar muy bien de su reputación para saber a ciencia cierta qué haría en una situación como esta. ¿Realmente está dispuesta a perjudicar a miles de personas cuyo único pecado es vivir en la orilla mala del río Estigia?

Joder. No lo sé. Es que no lo sé.

Si no fuese más que un puto mito para casi todos los habitantes de la zona alta de Olimpo, podría combatir la situación de una forma más eficaz. A Deméter jamás se le ocurriría tirarse un farol como este con cualquiera de los otros miembros de los Trece, más que nada por el posible golpe que podría suponer a su reputación. Yo vivo en las sombras, así que la mujer cree que no corre peligro, que carezco de recursos. Ya descubrirá lo mucho que se equivoca si decide seguir adelante con esto.

Ahora mismo, me inclino por ver el farol de Deméter. A los otros miembros de los Trece no les importa una mierda lo que le pase a la zona baja de la ciudad, pero hasta ellos deben de saber lo peligroso que sería dejar que Deméter se comportara como una enajenada. Además, llevo toda la vida sin confiar en los Trece, así que mi pueblo está preparado para cualquier aluvión que nos pueda caer por su parte.

Si Deméter cree que puede joderme sin que sus actos tengan consecuencias, mejor que lo piense dos veces.

Tras pasar casi la noche entera sin dormir, me visto y bajo a la cocina en busca de café. El sonido de una risa resuena por los pasillos vacíos de la casa cuando llego a la planta baja. Reconozco la voz de Perséfone, aunque la chica nunca se ha reído con tantas ganas delante de mí. Es una gilipollez que me ponga celoso por eso, sobre todo cuando hace apenas un par de días que nos conocemos, pero al parecer el sentido común ha saltado por la ventana en todo lo que a esta mujer respecta.

Me tomo mi tiempo para llegar a la cocina, y disfruto de lo

animada que parece la casa esta mañana, mucho más de lo normal. Hasta ahora no había notado esa falta de vida, y no es que me siente muy bien, la verdad. Poco importa la vida que aporte Perséfone a la casa, porque se irá dentro de unas semanas. Sería un error acostumbrarme a la idea de despertarme con ella riéndose en mi cocina.

Atravieso la puerta y me la encuentro de pie ante los fuegos con Georgie. En teoría, Georgie es quien se ocupa de la casa, pero tiene un pequeño ejército de trabajadores que realizan la limpieza por ella, así que se encarga sobre todo de la cocina y de preparar las comidas. Si la gente que trabaja para mí se las apaña para entrar en esta cocina para, al menos, una comida al día, es por una razón: es una alegre mujer blanca de mediana edad, que bien podría tener cincuenta u ochenta años. Solo sé que parece tener el mismo aspecto desde el primer día que aceptó el puesto, hará veintitantos años. Siempre ha tenido el pelo de un gris brillante, y las líneas de expresión alrededor de los ojos y de la boca siempre han estado presentes en su rostro. Hoy lleva uno de sus delantales habituales, con volantitos en los bordes.

Georgie señala la silla donde me suelo sentar sin mirarme.

—Acabo de poner una cafetera. Los sándwiches están a punto de salir.

Tomo asiento y observo a las dos mujeres que tengo delante. Perséfone está al otro lado de la isla, y tiene restos de harina en el vestido. Es evidente que ha participado de forma activa en la preparación del desayuno. Me siento raro al darme cuenta de eso.

—¿Desde cuándo nos dejas ayudarte?

—Nada de *nos*. Perséfone se ha ofrecido a encargarse de un par de tareíllas mientras yo preparaba todo. Y ya.

Y ya. Como si no hubiese rechazado mi ayuda todas las veces que se la he ofrecido durante las últimas tres décadas. Cojo la taza de café e intento no fulminarla con la mirada. Lo más cerca que ha estado Georgie de permitirme ayudar ha sido cuando me deja vigilando una cazuela llena de agua durante los quince segundos que tarda en rebuscar en la despensa y coger un par de ingredientes. Desde luego, nada que pueda llevarme a acabar con la ropa llena de harina.

—Quizá tu cara explique que Georgie no te quiera en la cocina interpretando el papel de un nubarrón humano.

Le lanzo una mirada a Perséfone y descubro que está conteniendo

una sonrisa, y los ojos avellana le bailan de alegría. Enarco las cejas.

—Parece que alguien está de buen humor esta mañana.

—He tenido unos sueños preciosos. —Me guiña un ojo y se gira hacia los fogones.

No entraba en mis planes devolvérsela a Deméter y a Zeus, pero, aunque se me hubiese llegado a pasar por la cabeza, lo de esta mañana habría dinamitado esa idea. Lleva en mi casa menos de cuarenta y ocho horas y ya se ha relajado algo en esta chica. Si me lo tuviese un poco más creído, lo atribuiría al orgasmo de anoche, pero no soy tonto. Se siente a salvo, así que ha bajado la guardia un centímetro o dos. Puede que sea un cabrón, pero no puedo pagarle esa confianza en ciernes echándola a los leones.

Cumpliré mi promesa.

Para bien o para mal.

12

Perséfone

Esperaba que, en vez de dejarme salir de la casa, Hades enviase a gente para que me llenara el armario. Todo por seguridad, claro está. Así que me sorprende cuando me lleva a la puerta delantera, donde me esperan un par de botas de piel de oveja. Señala al banco que hay encajado en un hueco del vestíbulo.

—Siéntate.

—Me has comprado botas. —Son horrendas, pero eso no es lo que me hace levantar las cejas—. ¿Es esta tu idea de solución intermedia?

—Sí, creo que ya he escuchado esa expresión antes. —Espera a que me las ponga mientras me observa con detenimiento, como si estuviera a punto de intervenir y hacerlo por mí. Cuando frunzo el ceño, se mete las manos en los bolsillos y casi consigue que parezca que no es una mamá osa sobreprotectora—. Sé de buena fe que no dejarás que te lleve en volandas por la calle.

—Qué perspicaz.

—Tal como has dicho: solución intermedia.

Ahora es el turno de un enorme abrigo estilo gabardina que me cubre el vestido que he tomado prestado. Estoy hecha un cuadro, pero eso no impide que se me enternezca el corazón.

Hades, rey de la zona baja, el hombre del saco de Olimpo, alguien que es más mito que realidad, está velando por mí.

Me descubro a mí misma aguantando la respiración cuando Hades abre la puerta delantera y salimos a la calle. No se parece en nada al callejón que llevaba al pasadizo subterráneo que utilizó para meterme en su casa. No hay basura. No son calles estrechas ni sucias.

La zona alta está repleta de rascacielos y los edificios casi tapan

el cielo; puede que, a medida que te alejas del centro de la ciudad, las construcciones adquieran más carácter, pero no disminuyen en altura. Los edificios de esta calle tienen como máximo cuatro pisos y, según miro a mi alrededor, veo una lavandería, dos restaurantes, algunos bajos que no sé qué tipo de negocio son y una tiendecita de ultramarinos en la esquina. Todos los edificios parecen antiguos, como si hubieran estado allí plantados cien años y fueran a estarlo cien más. La calle está limpia y hay una gran cantidad de peatones paseando por las aceras. La gente es variopinta, se aprecian todo tipo de estilos: desde ropa informal pero elegante, a vaqueros, a un tío que va con pantalones de pijama y el pelo alborotado que se cuela en la tiendecita de la esquina. Es todo muy normal. Está claro que nadie está preocupado por si los paparazzi van a salir de la nada o por si ese error que cometen va a tener consecuencias sociales catastróficas. Aquí se respira una calma que no sé bien cómo explicar.

Me doy la vuelta para contemplar la casa de Hades. Tiene justo el aspecto que esperaba gracias a las partes del interior que he visto. Casi victoriana, con techos inclinados y complementos de estilo. Es una de esas casas que cuentan una historia larga y complicada, la clase de lugar a la que los niños se retan a correr y tocar las puertas después de que oscurezca. Apuesto que hay tantas leyendas sobre la casa como las hay acerca del hombre que la habita.

No debería estar en armonía con el resto del barrio, pero la discordancia ecléctica de estilos no desentona para nada. Aunque extraña, parece encajar a la perfección con ese carácter que le falta al centro de la zona alta.

Me encanta.

Vuelvo a echar la vista atrás solo para encontrarme con la mirada de Hades.

—¿Qué?

—Estás observándolo todo.

Supongo que sí. Vuelvo a analizar la calle, me detengo en las columnas que enclaustran la lavandería. No puedo determinarlo a esta distancia, pero casi parece que hayan grabado escenas en ellas.

—Es que nunca he estado al otro lado del río.

Antes jamás me había resultado extraña la forma en la que Olimpo se divide en dos mediante el río Estigia. La pura falta de interacción entre ambos lados. Sin duda, otras ciudades no serán así.

Pero también es cierto que Olimpo no es como cualquier otra ciudad.

—¿Por qué ibas a hacerlo? —Me coge la mano y se la coloca en la parte interna del codo como un caballero de los de antaño—. Solo los más tercos (o desesperados) cruzan el río sin invitación.

Sincronizo mis pasos con los suyos.

—¿Podrías...? —Respiro hondo—. ¿Podrías mostrarme esta parte del río?

Hades se detiene de golpe.

—¿Por qué ibas a querer verla?

La dureza de sus palabras me deja muda, pero solo un instante. Es evidente que querría proteger este lugar, a esta gente. Le toco el brazo con delicadeza.

—Solo quiero entender, Hades. No quiero mirarlos boquiabierta como si fueran una atracción turística.

Con el rostro inexpresivo, me mira la mano y luego la cara. Solo que no es tan inexpresivo como se cree. Únicamente se vuelve frío cuando quiere algo de espacio o cuando no sabe cómo reaccionar.

—Podemos dar un paseíllo cuando te compremos ropa adecuada para el clima.

Una parte de mí quiere discutirle sobre lo del paseo corto, pero la verdad es que sí que me duelen los pies y, tras lo ocurrido estos últimos días, sería prudente no esforzarme demasiado.

—Gracias.

Asiente y volvemos a ponernos en marcha. Después de una manzana, ya no puedo seguir tragándome mis preguntas.

—Dices que no se permiten visitantes sin invitación, pero Hermes y Dionisio estuvieron aquí hace menos de dos días. ¿Los invitaste tú?

—No. —Esboza una mueca—. No existen barreras que puedan mantener a raya a esos dos. Es una jodienda.

Sus palabras dicen una cosa, pero en su tono se aprecia algo de cariño que hace que disimule una sonrisa.

—¿Cómo los conociste?

—No fue un encuentro, sino más bien una emboscada —gruñe. Contempla la calle como si esperara que nos atacaran, pero su postura es relajada y sin tensión alguna—. Poco después de que Hermes heredara su título, me la encontré comiéndose mi comida. Sigo sin saber cómo burló la seguridad. Cómo es posible que siga burlándola. —Niega con la cabeza—. Dionisio y yo nos conocíamos porque ambos

llevamos partes diferentes de la distribución, pero no empezó a plantarse aquí sin que tuviéramos que hablar de negocios hasta lo de Hermes. El tío bebe como un cosaco y siempre está rebuscando en mi nevera para comerse mis postres.

Por supuesto, he conocido a ambos antes, pero, al contrario que la mayoría de los otros Trece, a ellos la política parece traerles sin cuidado. En la última fiesta estaban sentados en un rincón muy ocupados en criticar en voz muy alta los modelitos de todo el mundo, como si fueran comentaristas en la alfombra roja. A Afrodita en especial no le hizo mucha gracia cuando dijeron que su vestido parecía un «chichi fondón».

El de Hermes es un título ambiguo. Es una experta en tecnología que se ocupa de toda la seguridad de la zona alta. Siempre me ha parecido curioso que los Trece le permitan revolotear a su alrededor cuando guardan sus secretos con gran recelo, pero quién soy yo para hablar. Quizá ellos sepan algo que yo no. O quizá tengan que tragar con esta flagrante debilidad en sus defensas porque es la forma en la que siempre se han hecho las cosas. A saber.

¿Dionisio? Es un experto en todos los ámbitos del amplio espectro del entretenimiento. Su fuerte son las fiestas, los eventos y los estatus sociales. Y también las drogas, el alcohol y otros pasatiempos ilícitos. O al menos eso es lo que dicen por ahí. Mi madre siempre se ha dejado la piel para que no nos acercáramos a él, lo cual es en parte irónico si tenemos en cuenta que ha intentado venderme a Zeus.

Me estremezco.

—¿Tienes frío?

—No, solo estaba pensando. —Sacudo la cabeza—. Vivimos en un mundo extraño.

—Y te quedas corta.

Me guía para doblar la esquina y continuamos caminando en un agradable silencio durante unas cuantas manzanas. De nuevo, vuelve a sorprenderme lo cómoda que parece la gente aquí. No nos miran cuando pasamos a su lado, algo que no sabía que echara de menos. En la zona alta, lo único que le gusta a la gente más que el politiqueo y la ambición es cotillear; como resultado, la prensa rosa paga un dineral por fotos y noticias de los Trece y todo aquel vinculado con ellos. A mis hermanas y a mí nos fotografían a todas horas como famosas de segunda que somos.

Aquí podría ser cualquiera. Es increíble lo reconfortante que resulta.

Estoy demasiado ocupada enumerando las diferencias entre la zona alta y la baja, así que me lleva unos diez minutos darme cuenta de que Hades se mueve mucho más despacio de lo que lo haría de normal. Lo pillo todo el rato acompasando su ritmo al mío.

—Estoy bien.

—No he dicho nada.

—No, pero estoy casi convencida de que esa anciana nos ha sacado una manzana de ventaja. —Señalo a la anciana latina de pelo cano en cuestión—. En serio, Hades, tengo los pies mucho mejor. Apenas me duelen.

Aunque sea la verdad, no creo que vaya a creerme.

Tal como anticipaba, ignora mi intento de ser razonable.

—Ya casi hemos llegado.

Mantengo a raya las ganas de poner los ojos en blanco y dejo que me guíe durante una manzana más hasta llegar a lo que parece un polígono de almacenes. Tenemos varias zonas como esta en la ciudad alta repletas de edificios y más edificios enormes, todos de una variedad de tonos grises y blancos. Mi madre está a cargo de un polígono ligado al suministro alimentario.

Hades se dirige a una puerta estrecha sin número, la abre y la sostiene para que pase.

—Aquí dentro.

Doy un paso hacia el interior y me paro de sopetón.

—Hala. —El almacén es una sala gigante que ocupará la mayor parte de la manzana, un espacio divino lleno de telas y prendas de todos los colores y texturas imaginables—. Hala —repito. Mis hermanas se morirían por poder recorrer de arriba abajo este lugar.

Hades habla en voz baja, no quiere que sus palabras hagan eco.

—Antes Juliette era la diseñadora exclusiva de Hera (la de hace dos Heras), pero, cuando esta murió, habló sin tapujos de sus sospechas acerca de Zeus. Él se empeñó en destrozar su negocio, así que cruzó el río buscando asilo.

Me acerco al maniquí más cercano, que lleva un magnífico vestido de fiesta rojo.

—Vi a la hija mayor de Zeus, Helena, con algo muy parecido a esto hace dos semanas.

—Ya —comenta Hades con una sonrisa—. Solo porque hayan exiliado a Juliette no quiere decir que perdiera a su clientela. Así funcionan los Trece. Hacen una cosa en público y otra a puerta cerrada.

—Te recuerdo que tú formas parte de los Trece.

—En teoría.

Una voz femenina nos llega desde la lejanía del almacén.

—¿Acaso oigo a Hades?

Este suelta un suspiro casi silencioso.

—Hola, Juliette.

La mujer negra que aparece entre los percheros repletos de prendas es de una belleza atemporal, de la que abre los pases de modelos y que mejora con la edad. El pelo corto negro le deja la cara completamente despejada y hasta se me escapa un suspiro de lo preciosa que es. Como un cuadro o una obra de arte. Perfecta. Camina hacia nosotros, y cada uno de sus movimientos es sofisticado, por lo que estoy el doble de segura de que desfilaba en las pasarelas. Juliette me abarca entera de una sola mirada.

—Me has traído un regalo. Qué considerado.

Él me da un empujoncito en su dirección.

—Necesitamos tus servicios.

—Mmmm. —Me rodea como un tiburón, con una actitud depredadora de lo más elegante—. Conozco a esta chica. Es la hija mediana de Deméter.

—Sí.

Se detiene delante de mí y ladea la cabeza.

—Estás muy lejos de casa.

No estoy segura de qué se supone que debo responder. No consigo descifrar a esta mujer. Normalmente, la metería en el mismo saco que a las otras personas atractivas y poderosas que he conocido, pero Hades confía en ella lo bastante como para traerme aquí y eso tiene que significar algo. Al final, me encojo de hombros.

—La zona alta puede ser sumamente cruel.

—No te falta razón. —Le echa un vistazo a Hades—. ¿Te quedas o te vas?

—Me quedo por aquí.

—Como quieras. —Me insta a moverme con un gesto de la mano —. Por aquí. Vamos a medirte y luego ya vamos viendo.

Las horas siguientes se pasan como un borrón. Juliette me toma las medidas y después trae percheros y percheros de ropa para que me la pruebe. Yo esperaba vestidos de fiesta, no ropa de estar por casa o prendas informales. Para cuando saca la lencería, me remuevo incómoda sobre mis pies doloridos.

Por supuesto, se da cuenta.

—Ya queda poco.

—No voy a pasar mucho tiempo por aquí. No sé si me hace falta todo esto. —Sin mencionar que el dineral que me pueda costar me pone la piel de gallina. Dudo bastante que Juliette funcione con pagarés.

Sacude la cabeza.

—Quizá el pavoneo no sea tan descarado en la zona baja, como bien sabrás; pero si Hades te está utilizando para lanzar un mensaje, entonces es tu deber lanzar ese mensaje.

—¿Quién dice que Hades me esté utilizando para mandar un mensaje?

No sé por qué se lo discuto. Esa es precisamente la razón por la que Hades y yo hemos hecho un pacto.

Me hace una mueca.

—Voy a fingir que no acabas de tomarme por tonta. Hace años que conozco a Hades. Ese hombre no hace nada sin tener razones y, desde luego, no le robaría a Zeus la prometida delante de sus narices si no quisiera causar un escándalo.

No le pregunto cómo sabe que estoy comprometida con Zeus. La zona baja tiene acceso a las mismas páginas de cotilleos que la alta; solo porque yo no haya leído los titulares no quiere decir que no existan. Habrán informado tanto de mi compromiso como de mi desaparición. Tal vez si Zeus y mi madre no hubieran puesto tantas expectativas en mí, no habríamos llegado a este punto. Ahora estamos todos acorralados y estoy decidida a no ser la primera que dé su brazo a torcer.

Respiro hondo y me giro hacia el último perchero.

—Pues veamos la lencería.

Pasa otra hora hasta que serpenteo entre las perchas para encontrarme a Hades apostado en un rincón del almacén que parece ser para su uso exclusivo. Tiene varias sillas, una televisión que ahora mismo está en silencio y una pila de libros en una mesita de café.

Vislumbro el que Hades tiene en la mano cuando lo cierra y lo deja el primero de la pila.

—No te tomaba por un fanático de los *thrillers*.

—Porque no lo soy. —Se pone de pie—. Pareces cómoda.

—Me lo voy a tomar como una afirmación y no como un insulto. —Bajo la mirada hacia las mallas y al suéter forrados de borreguito. Juliette también me ha dado un cálido abrigo para combatir las temperaturas del exterior—. Has prometido mostrarme la zona.

—Cierto.

Me quita el abrigo de las manos, lo examina como si quisiera determinar su capacidad de abrigarme. Debería enfurecerme su actitud sobreprotectora, pero lo único que siento es una especie de calidez extraña en el pecho. La sensación sube de temperatura cuando me coloca el abrigo sobre los hombros y baja la vista para mirarme. Acaricia las solapas y es casi como si me estuviera tocando a mí en vez de a la tela.

—Estás guapa, Perséfone.

Me humedezco los labios.

—Gracias.

Mira por encima de mi hombro cuando se acerca Juliette, pero no retrocede, no baja las manos.

—Caronte se pasará luego a recoger el pedido.

—Pues claro. Pasadlo bien, pareja.

Y después desaparece mientras empuja varios de los percheros a las profundidades del almacén.

Observo cómo se va y no puedo evitar fruncir el ceño.

—No he pagado.

—Perséfone. —Espera a que lo mire—. Si no tienes dinero.

La vergüenza me ruboriza la piel.

—Pero...

—Ya me he encargado yo.

—No puedo permitirlo.

—Tú no tienes que permitirme nada.

Me da la mano y tira de mí hacia la puerta delantera. Casi se me pasa por alto la forma tan despreocupada en la que me toca últimamente. Parece natural, como si lleváramos haciendo esto mucho más tiempo que solo unos días.

Hades no me suelta la mano cuando llegamos a la calle. Se limita

a girar y volver por donde hemos venido. Con botas o sin ellas, me duelen los pies y el cansancio me arrastra como una ola. Ignoro ambas sensaciones. ¿Cuándo tendré otra oportunidad de explorar la zona baja? Sobre todo con Hades de guía. Es una oportunidad demasiado jugosa para dejarla pasar porque mi cuerpo todavía no esté al cien por cien.

Y quizá solo quiero pasar más tiempo con él.

A medio camino de casa, gira a la derecha y me lleva hasta una puerta con una barbaridad de alegres flores pintadas en ella. Como algunas de las tiendas que hemos visto durante nuestro paseo, tiene columnas blancas a ambos lados de la entrada. No he podido ver de cerca las demás, pero estas muestran a un grupo de mujeres al lado de una cascada rodeada de flores.

—¿Por qué algunas tiendas tienen columnas y otras no?

—Indican que ese lugar ha estado aquí desde que se fundó la ciudad.

El sentido histórico me abruma. No tenemos nada de esto en la zona alta. Y si lo tenemos, yo nunca lo he visto. A aquellos en el poder les importa menos la historia que presentar una imagen refinada, al margen de lo falsa que sea.

—Cuántos detalles.

—Las hizo todas el mismo artista. O al menos eso dice la historia. Tengo a un equipo contratado cuyo único trabajo es conservarlas y repararlas cuando sea necesario.

Cómo no. Cómo no iba a ver esta parte de la historia como algo bueno en vez de como algo que destruir y borrar para sustituirlo con lo nuevo y brillante.

—Son preciosas. Quiero verlas todas.

Tiene una expresión extraña en la cara.

—No sé si podremos verlas todas antes de que llegue la primavera. Pero podemos intentarlo.

La extraña calidez de mi pecho se expande.

—Gracias, Hades.

—Entremos para resguardarnos del frío.

Se inclina hacia delante y abre la puerta.

No sé qué esperaba encontrar ahí dentro, pero es una floristería pequeñita, con montones de flores agrupadas en adorables cubos de latón colocados por los mostradores. Un hombre blanco con la cabeza

afeitada y un bigote negro impresionante nos ve y se aparta de la pared en la que estaba apoyado.

—¡Hades!

—Matthew. —Lo saluda con la cabeza—. ¿Está abierto el invernadero?

—¿Para ti? Siempre. —Busca debajo del mostrador y le lanza un llavero. Si no estuviera mirándolo con atención, podría confundir su entusiasmo por temor, pero no cabe duda de que es entusiasmo. Está encantado de que Hades esté aquí y apenas lo esconde.

Hades vuelve a asentir.

—Gracias.

Sin pronunciar una palabra más, me arrastra por la estancia hasta llegar a una puertecita empotrada en un rincón; lleva a un pasillo estrecho y a unas escaleras empinadas que suben hasta otra puerta. Subo en silencio, me esfuerzo por no dar un respingo cuando cada escalón hace que un dolor punzante me recorra las piernas.

La vista que nos da la bienvenida tras esta última puerta hace que la incomodidad haya valido más que la pena. Me tapo la boca con la mano y observo todo.

—Ay, Hades. Es precioso.

Un invernadero cubre lo que supongo que es todo el tejado del edificio, aloja fila tras fila de flores de todas las clases y colores. Hay macetas colgantes con enredaderas y flores rosas y blancas cayendo en cascada. Rosas, azucenas y flores de las que desconozco el nombre se alinean con mimo entre un sistema de irrigación disimulado con maña. El aire es cálido y un poco húmedo, hace que entre en calor al instante.

Él se queda atrás y me contempla mientras recorro el pasillo. Me detengo delante de un macizo de enormes flores moradas con forma de bola.

—Cuando era pequeña, antes de que mi madre se convirtiera en Deméter, vivíamos en el campo que rodea Olimpo. Había una pradera de flores silvestres en la que mis hermanas y yo jugábamos. —Me acerco a un macizo de rosas blancas y me inclino hacia delante para inhalar y disfrutar de su aroma—. Fingíamos ser hadas, hasta que nos hicimos mayores para esos juegos. Este lugar me recuerda a eso.

A pesar de que se ha dejado crecer a sus anchas todo aquello que no sean flores, este lugar está envuelto en un aura mágica. Quizá se

trate de un rinconcito de primavera en medio de una ciudad cubierta por el invierno. El cristal está ligeramente empañado, lo cual nos oculta del exterior y da la impresión de que estemos en medio de otro mundo.

Hades parece decidido a hacerme cruzar un portal tras otro. Primero el cuarto detrás de la puerta negra. Ahora este pequeño paraíso floreado. ¿Qué otros secretos oculta la zona baja? Quiero vivirlos todos.

Noto a Hades a mis espaldas, aunque mantiene una distancia de seguridad entre nosotros.

—Es fácil olvidar que estás en Olimpo aquí.

Un tesoro, cuando se carga con el peso que él carga. Incluso aunque no sea un miembro activo de los Trece en público, me está quedando más que claro que tiene muchas responsabilidades entre bambalinas. Toda la zona baja descansa sobre sus hombros, así que no es de extrañar que el hombre anhele una vía de escape de vez en cuando.

Me doy la vuelta para mirarlo. Desentona muchísimo en este lugar con su traje negro y su atractiva melancolía, como un cancerbero que se hubiera colado en una fiesta en el jardín.

—¿Por qué este lugar?

—Me gustan las flores. —Curva un poco los labios—. Y las vistas son excelentes.

Durante un instante en el que me quedo sin aliento, pienso que está hablando de mí. Está ahí, en la forma en la que me mira como si la estancia hubiese dejado de existir a nuestro alrededor. Solo puedo aguantar la respiración y esperar a ver qué hará después, pero vuelve a darme la mano y tira de mí por el pasillo hasta atravesar unas puertas de cristal en las que no me había fijado antes. Nos llevan a una segunda sala más pequeña, decorada casi como una sala de estar. Aún hay flores por las paredes, pero en el centro del lugar hay unas cuantas sillas y un sofá, todo colocado sobre una gruesa alfombra. Hay una mesita baja de café con una pila de libros, y el ambiente que se respira invita a acurrucarse y olvidarse del mundo durante unas pocas horas.

Hades pasa de largo los muebles y se detiene delante de la pared de cristal que está casi al borde del perímetro del tejado.

—Mira.

—Hala —jadeo.

Tiene razón. Las vistas son excelentes. El invernadero da al serpenteante recorrido del río Estigia, que abre una franja entre la zona alta y la baja. Esta sección del río se curva en una forma de C invertida muy marcada, lo que crea una peninsulita en la orilla de la zona alta y acerca el agua a nosotros. La disparidad entre ambas partes de la ciudad es apenas perceptible desde esta posición. No estamos cerca del centro; los edificios del lado de la zona alta son más viejos y variados de lo que acostumbro a ver. Me pregunto si tendrán el mismo tipo de columnas que he visto a este lado del río y si el artista que las creó cruzó de orilla para dejar su huella.

—La tienda pertenece a un antiguo amigo de la familia. Cuando era pequeño me metí en un lío y mi castigo consistió en cuidar del invernadero durante unas cuantas semanas.

Consigo apartar los ojos de las vistas para mirarlo a él.

—¿Qué clase de lío?

Hace una mueca.

—No importa.

No, ahora tengo que enterarme. Me acerco más a él y sonrío.

—Venga ya, Hades. Cuéntamelo. ¿En qué clase de lío te podrías haber metido tú?

Duda y la decepción amenaza con agriar los ánimos, pero al final masculla de mala gana:

—Le robé el coche al dueño y me fui por ahí. Tenía catorce años. En aquel momento me pareció una buena idea.

—Vaya, qué escandaloso.

Mira hacia el río.

—Quería salir de una vez por todas de Olimpo sin mirar atrás. A veces todo esto me puede, ¿entiendes?

—Lo entiendo —susurro. El deseo de tocarlo se vuelve más insistente, pero no estoy segura de que vaya a aceptar mi compasión —. ¿Te pillaron?

—No. —No aparta la vista del cristal—. Llegué a las afueras de la ciudad y no pude seguir. Ni siquiera intenté cruzar la frontera para salir. Me limité a quedarme ahí sentado en ese coche al ralentí durante un par de horas, maldiciéndome a mí mismo, a mis padres, a Andreas. —Ante mi mirada interrogante, se explica—: Era la mano derecha de mi padre. Después de que mis padres murieran, él cuidó de

mí. —Se mesa el cabello—. Regresé, devolví el coche y le conté a Andreas lo que había intentado hacer. Aún no estoy seguro de si lo del invernadero fue un castigo o su manera de darme un respiro durante un tiempo.

Se me parte el corazón por la versión de catorce años de este hombre, debe de haber sufrido mucho.

—Suena a que trabajar aquí te ayudó.

—Sí. —Se encoge de hombros como si no significara tanto, cuando no podría ser más evidente que lo significó todo—. Sigo viniendo a veces a ayudar, aunque, desde que Matthew relevó a su padre, cada vez que aparezco parece un ciervo alumbrado por los faros del coche.

Me río un poco.

—Es una pasada lo mucho que te idolatra, como si fueras su héroe.

—Qué va. Si le doy miedo.

Parpadeo.

—Hades, si tuviera cola, la movería sin parar cada vez que entras por la puerta. Ese no es el aspecto del miedo. Créeme, lo sé.

No parece convencido. Pero, bueno, está más claro que el agua que Hades se aísla del resto del mundo. No me extraña que no reconozca cómo le mira la gente en verdad cuando lo único que busca en sus ojos es el miedo.

Alargo la mano y le toco el brazo.

—Gracias por mostrarme este lugar.

—Si quieres volver en cualquier momento en el que yo no esté disponible, enviaré a alguien que te acompañe. —Se mueve casi como si estuviera incómodo—. Sé que la casa puede llegar a ser asfixiante y, aunque este sitio es bastante seguro, no me fío de que Zeus no intente algo si su gente te encuentra paseando sola.

—En realidad me muero de ganas de explorar la casa. —Echo un vistazo alrededor de la estancia—. Pero te tomo la palabra. Este lugar es muy relajante. —Me sorprendo bostezando y me llevo la mano a la boca—. Lo siento.

—Volvamos.

—Vale.

No sé si es por el estrés, por la noche en vela o si es que Hades tiene razón y se me da de maravilla ignorar las señales que me envía

el cuerpo. Seguro que esto último no. Doy un paso, después otro, me impulso hacia delante por pura cabezonería. Pero al tercer paso la habitación me empieza a dar vueltas y mis rodillas se convierten en gelatina. Me caigo y ya sé que no voy a conseguir levantar las manos a tiempo para protegerme.

—Serás tozuda —maldice y me toma en brazos antes de que tenga oportunidad siquiera de tocar el suelo—. ¿Por qué no has dicho que estabas mareada?

Me lleva un momento asimilar el hecho de que vuelvo a estar entre sus brazos, que nunca he llegado a impactar contra el suelo.

—Estoy bien.

—Y una mierda vas a estar bien. Si casi te tiras de cabeza. —Camina a toda prisa por el invernadero y baja los escalones de dos en dos con una expresión atronadora en el rostro—. Puede que tú y todos tus conocidos estéis dispuestos a jugar con vuestra salud, pero yo no.

Atisbo a un Matthew preocupado cuando Hades le lanza las llaves y después salimos a la calle. Me revuelvo en sus brazos.

—Puedo andar.

—Ya te digo yo que no.

Recorre las manzanas que separan la floristería de su casa a toda prisa. Conque antes sí que estaba sincronizando sus pasos con los míos cuando paseábamos. Parte de mí quiere seguir con los reproches, pero la verdad es que todavía me siento algo mareada.

Casi tira la puerta delantera abajo. En vez de dejarme en el suelo tal como esperaba, se apresura a subir las escaleras y pasa de largo el segundo descansillo. Por mucho que odie que me trate como a una niña (aunque tal vez sí que debería haber dicho que no me encontraba bien de camino al invernadero), me ha picado la curiosidad. Georgie me ha pillado esta mañana antes de que tuviera oportunidad de explorar de verdad, así que lo poco que he visto de la casa es la mazmorra sexual, mi habitación y la cocina. El segundo piso es completamente nuevo para mí.

Eso me levanta un poco los ánimos.

—¿Adónde vamos?

—Está claro que no me puedo fiar de que cuides de ti misma, así que voy a tener que vigilarte de cerca.

Me rindo y apoyo la mejilla contra su hombro. En realidad, no tendría que estar disfrutando tanto de estar en brazos de este hombre.

—Lo más seguro es que sea un bajón de azúcar y ya —murmuro—. No es para tanto. Solo necesito comer un poco.

—¿No es para tanto? —repite como si no entendiera mis palabras—. No hace tantas horas que desayunaste.

Me pongo roja y no soy capaz de encontrarme con su mirada.

—He picado algo.

—Perséfone. —Hace un sonido que se parece en exceso a un gruñido—. ¿Cuándo fue la última vez que comiste como los dioses mandan?

No quiero ser sincera, pero soy lo bastante lista para no mentirle cuando está así. Me examino las uñas.

—Tal vez el desayuno del día de la fiesta.

—Eso fue hace tres días.

—A ver, claro que he comido desde entonces. Solo que no de la forma en la que sospecho que entiendes tú lo que es comer. —No responde de inmediato y por fin lo miro. Hades se ha vuelto de hielo, me sorprende que no se condense mi aliento en el aire que nos separa. Frunzo el ceño—. Cuando estoy estresada no como.

—Pues eso va a cambiar ahora mismo.

—No puedes decretar que algo va a cambiar sin más y obligar que así sea.

—Ya verás como sí —ruge.

Abre una puerta que da a lo que parece un estudio, aunque vislumbro una cama a través de la puerta que se encuentra al otro lado de la habitación. Me lleva al sofá y me coloca en él.

—No te muevas.

—Hades.

—Perséfone, juro por todos los dioses que, como no me obedezcas en esto, te voy a atar y te daré de comer yo mismo. —Me señala con un dedo acusatorio—. Que no se te ocurra moverte de ese sofá.

Entonces desaparece como una exhalación.

Le saco la lengua a la puerta cerrada.

—Será teatrero...

La tentación de husmear es casi insoportable, pero no creo que su amenaza de atarme fuera en broma, por lo que consigo acallar mi curiosidad y me quedo quieta. Hades no me hace esperar mucho. Menos de diez minutos después, la puerta se abre y entra a grandes

zancadas seguido de una docena de personas.

Puedo sentir cómo se me abren los ojos cada vez más cuando uno de ellos coloca una mesita delante de mí y otros cinco ponen comida para llevar de cinco restaurantes distintos en ella.

—¿Qué es esto, Hades? ¿Le has robado la comida a alguien? ¿Por eso ha llegado tan deprisa? —Entonces asimilo la cantidad que hay—. Yo no me puedo comer todo esto ni por asomo.

Espera a que sus sirvientes salgan en fila y después cierra la puerta.

—Comerás aunque sea un poco.

—Qué desperdicio.

—Por favor. Mi gente adora las sobras más que nada en el mundo. En cuanto termines, se acabarán lo que sobre de comida antes de que acabe el día. —Reorganiza los recipientes de la mesa y la empuja para acercármela—. Come.

Una parte nada insignificante de mí quiere resistirse tan solo por chincharle. Pero eso sería tener muy poca visión de futuro. Estoy mareada, lo cual quiere decir que necesito calorías, y hay un festín delante de mis narices. Es de una lógica aplastante. Aun así, lo miro ceñuda.

—Deja de mirarme mientras intento comer.

—¡Los dioses me libren!

Se dirige al escritorio al otro lado de la habitación. Es más pequeño de lo que esperaba, aunque la madera oscura y las figuras talladas en las patas le conceden un estilo espectacular. A la primera oportunidad que tenga, pienso tumbarme en el suelo para intentar descifrar lo que muestran esos grabados. Para ver si concuerdan con el estilo de las columnas que he visto en los edificios.

Aquí no es donde trabaja de verdad. Es imposible. Hades parece lo bastante quisquilloso como para preferir que su lugar de trabajo esté limpio y organizado, pero esto está demasiado impoluto para usarlo día sí y día también. Nadie hace negocios tan cerca de donde duerme. Sería extremadamente absurdo.

Lo cual no explica del todo por qué me ha traído aquí en vez de a alguna de las otras habitaciones de la casa.

Desecho la idea y, mientras examino las opciones de comida que tengo, mi mente vuelve al invernadero. Sin importar que me irrite lo autoritario que es Hades o no, no puedo ignorar el hecho de que me

haya dejado ver aunque sea un poco de lo que se esconde detrás de la fachada. Ese lugar es especial para él y me ha permitido entrar, planea seguir dándome acceso a él. Para alguien cuyo hermetismo es tan evidente, es un regalo de lo más especial.

No estoy segura de que signifique algo, pero parece que sí. Si puede confiar tanto en mí, supongo que puedo intentar dejar de ser un grano en el culo, al menos en lo que a cuidar de mí se refiere. En cierto modo, incluso me gusta la manera en la que se pone sobreprotector y gruñón.

Sin duda podré encontrar otra forma de fastidiarlo.

De hecho, ya se me ocurren unas cuantas.

13

Hades

Perséfone me ha puesto en una posición nada envidiable. Tiene razón: antes o después tenemos que hacer correr la voz de que estamos juntos. Pero, al mismo tiempo, no deja de demostrar que tanto su salud como su seguridad ocuparán el último puesto en su larga lista de prioridades una y otra vez. Quizá esos gilipollas de la zona alta la aplaudan por ello, pero aquí, en la zona baja, su postura implica que no puedo fiarme de que será honesta conmigo. Y eso implica que podría hacerle daño si no voy con cuidado.

Y no quiero ir con cuidado. Me jode, pero nunca he estado tan cerca de perder el control con otra persona. Con cada ocurrencia que sale de esos preciosos labios y con cada chispa de diversión maliciosa en esos ojos de color avellana me entran ganas de arrastrarla a la oscuridad conmigo. De descubrir sus fantasías más oscuras, más sucias, esas que apenas es capaz de admitir que anhela... y hacérselas realidad.

Pero eso no explica por qué la he llevado al invernadero. Ni la reputación ni el sexo tienen nada que ver con ese lugar. Es uno de mis pocos refugios. Solo la he llevado allí porque me parece que a ella también podría irle bien un lugar en el que refugiarse. Ya está. Sin más, de verdad. No hay motivo por el que ahondar más en el asunto.

Paso la página del libro que tengo entre manos y veo cómo come con el rabillo del ojo. Sus movimientos son cortos y enfadados, pero ha dejado de mirarme como si quisiera apuñalarme con el tenedor.

Al final se apoya en el respaldo del sofá y suspira, aunque ha tardado más de lo que me esperaba.

—No puedo más.

No le hago ni caso y paso otra página del libro. Va a ser un tostón

tener que repasar las páginas anteriores y averiguar por dónde me había quedado de verdad, porque ahora mismo no estoy leyendo ni de broma. Perséfone susurra un taco resoplando que casi, y digo casi, me despierta una sonrisa, y se repantinga en el sofá.

En apenas cinco minutos, oigo unos suaves ronquidos.

Sacudo la cabeza y me pongo en pie. ¿Cómo narices es posible que haya conseguido llegar tan lejos pasando por alto sus necesidades más básicas? Su madre lleva años ostentando el título de Deméter. Una persona no puede aguantar mucho tiempo corriendo a todas partes irreflexivamente sin que todo se hunda a su alrededor. Al parecer nadie se lo explicó a Perséfone.

Le envío un mensaje a Caronte y, un par de minutos después, llega acompañado de otras dos personas que se encargan de llevarse la comida en silencio. Saco una manta del pequeño arcón que hay contra la pared y se la echo por encima a Perséfone. Así dormida parece más pequeña. Al verla, salen a flote unos instintos que creía no tener. Aunque, bueno, esta mujer me trastoca los instintos.

La contemplo dormir un par de minutos, vigilando su respiración. Está bien. Sé que está bien. No sé por qué tengo tan claro que, en cuanto me dé la vuelta, Perséfone se las apañará para descender por el lateral de la casa, o sembrará el caos allá por donde pase.

Tengo que reorganizar los planes que tenía previstos para esta noche, y para eso debo hacer un par de llamadas.

Cuando, un par de horas después, Perséfone se despierta, todo está en marcha a mi gusto. La chica se incorpora como si alguien hubiese disparado una pistola justo al lado de su oreja, y me mira sin dejar de pestañear, desconcertada.

—Me he quedado dormida.

—Pues sí.

—¿Por qué has dejado que me quedara dormida?

Utiliza un tono tan acusador que casi me hace sonreír. Otra vez.

—Necesitabas una buena siesta. Tienes una hora para prepararte. Juliette ya ha mandado un par de cosas para que te las pongas esta noche. Están en mi cama. —Al ver que se me queda mirando, le hago un ademán para que vaya de una vez—. Insistes mucho para convencerme de que estás bien. A no ser que en realidad no tengas ganas de hacerlo…

—Estoy bien. —Casi se enreda con la manta al levantarse, pero

consigue recomponerse antes de dar un traspié. Perséfone me fulmina con la mirada—. Tengo mi propia habitación, lo sabes, ¿no?

Cuanto más tiempo pasa en esta casa, más complicado me resulta recordar que en realidad no es mi deber protegerla. Le he prometido que estaría a salvo, sí, pero las cosas cotidianas y rutinarias de la vida no entran en el trato. A menos que yo quiera que entren. No soy quién para decirle que a partir de hoy dormirá en mi habitación, por mucho que me guste esa idea.

—Prepárate.

Perséfone me mira con el ceño fruncido, pero al final entra en mi dormitorio. Aunque se detiene justo al cruzar el umbral de la puerta.

—Si tardo mucho, ¿creerás que me he desmayado y echarás la puerta abajo?

Menos mal que no sé lo que es la culpa; si no, me estaría ruborizando.

—Tienes antecedentes de pasar por alto las necesidades de tu cuerpo. Y eso tan solo en las últimas cuarenta y ocho horas.

—Lo que yo decía. —Me regala una sonrisa angelical de lo más sincera; si tuviese pelos en la espalda, se me habrían puesto de punta al verla. Perséfone se muerde el labio inferior, y añade—: ¿Por qué no nos ahorramos la entrada triunfal? Puedes hacer de perrito guardián y vigilarme al mismo tiempo. —Se lleva las manos a las sienes—. No hay motivo para creer que me pueda desmayar, pero nunca se sabe, ¿no?

Una oleada de calor me recorre el cuerpo, y tengo que contenerme con todas mis fuerzas para evitar dar un paso hacia ella.

—No se te ocurriría intentar tentarme para que pierda el control, ¿verdad?

—Claro que no.

Entonces se vuelve, y es evidente que sus movimientos son un poco más resueltos que hace un momento. Mientras la observo, Perséfone se quita el suéter y lo deja caer al suelo. No lleva nada más debajo.

Aunque me repito a mí mismo que debo mantenerme firme, la sigo en su camino a mi dormitorio. Se detiene en el umbral de la puerta del baño y se baja las mallas, cogiéndolas por la cintura. Joder. Me deleito ante la visión de ese culo redondo y, entonces, desaparece en el interior.

Seguirla es un error. Está intentando llevar las riendas de la situación otra vez, y si le dejo llevar la batuta en esto...

Me cuesta un montón recordar por qué tengo que mantener la compostura. Puede que ella haya encendido la chispa que enciende el infierno entre ambos, pero soy demasiado dominante para dejarla al mando mucho tiempo. Además, me conozco lo suficiente para saber cuándo estoy poniendo excusas. Pero saberlo no basta para evitar que la siga hacia el baño.

Perséfone se contonea hacia la mampara de la ducha como si no fuese la tentación hecha mujer. Me gusta que no muestre ni un ápice de timidez por estar desnuda delante de mí. Que sea lo bastante valiente para coger el toro por los cuernos. Joder, creo que me empieza a gustar.

—Perséfone.

Se detiene y vuelve la cabeza por encima del hombro para mirarme.

—Dime, señor.

Sabe muy bien lo que me está haciendo, y la mocosa está disfrutando hasta el último minuto. La verdad sea dicha, yo también. Me quedo en el banco que hay cerca de la entrada de la ducha para evitar las gotas de agua.

—Ven aquí.

Decir que esboza una sonrisa radiante es poco. Se acerca contoneándose hacia mí y se detiene justo antes de tocarme las rodillas con las suyas. Es una diosa de oro con una larga melena rubia y un cuerpo que es una tentación que no tengo intención de ignorar.

—¿Qué pasa, señor?

—Tu boca está mostrando obediencia, pero tus acciones no.

Entonces repite ese adorable gesto con el que se muerde el labio y le brillan los ojos.

—Supongo que eso significa que quieres premiarme la boca.

Su comentario me saca una carcajada inesperada. Suena tan oxidada como la siento yo, pero me gusta cómo se le curvan los labios en respuesta. No es la cegadora sonrisa radiante. No, esta es una expresión de diversión sincera.

—No me sorprende lo más mínimo que hayas llegado a esa conclusión —contesto resoplando.

Perséfone se inclina un poco, y sus pezones rosados quedan a la

altura de mis ojos.

—¿Puedo elegir mi recompensa?

Con un lento movimiento, niego con la cabeza.

—Estás perdiendo el tiempo. A la ducha, Perséfone.

La chica vacila un instante, como si le hubiese sorprendido mi respuesta, pero se mueve para obedecerme. Un par de segundos después me rodea el vapor caliente. Perséfone se mete debajo del chorro de la ducha y se pasa las manos por el cuerpo, despacio. Provocándome. Provocándose. No sé cuál es su objetivo, pero no importa. Tengo el pene tan duro que apenas puedo concentrarme lo suficiente para recordar por qué no puedo tocarla. Todavía no.

Si cedo, no podré parar. Lo de anoche fue mi límite. Si no me estuviese casi suplicando, quizá no me costaría tanto resistirme, pero Perséfone lo desea casi más que yo, y esa era una posibilidad con la que no había contado hace veinticuatro horas. ¿Ahora? No me fío de nosotros juntos. Si arrastro a esta mujer a mi cama, nos pasaríamos días sin salir de entre las sábanas, puede que semanas. Igual acabaría en un placer formidable, pero no nos ayudaría una mierda en nuestro plan de destrozar a Zeus. Ojos de Olimpo que no ven, corazón de Zeus que no siente.

Y ese es el problema.

Perséfone se pellizca suavemente los pezones y se pasa las manos por el cuerpo hasta el estómago. Y yo ya estoy negando con la cabeza.

—No.

—¿No?

—Ya me has oído.

Perséfone coloca los brazos en jarra.

—Me deseas.

—Sí.

—Pues tómame.

Vale, es oficial. Me gusta. Reprimo una amplia sonrisa.

—Lo haré. Cuando esté listo. —Despacio, me pongo en pie—. Por lo que veo, tienes todo bajo control. No tardes mucho. Estés lista o no, nos vamos dentro de... —Compruebo la hora en el reloj de pulsera—. Cuarenta minutos. Así que espabila.

Oigo sus quejas de camino al dormitorio. Solo entonces me permito sonreír. No me esperaba mantener este tira y afloja con ella, y mucho menos disfrutarlo tanto. Vuelvo al estudio y me siento a

esperarla.

Treinta y ocho minutos después, Perséfone entra arrastrándose a la habitación.

—A ver, Hades, dime la verdad. Tienes un fetiche con la princesa Leia, ¿no?

La miro fijamente. Estupefacto. Joder, me ha dejado sin palabras. Se ha recogido el pelo en una especie de corona, y lleva el traje que elegí para ella. Es un conjunto de sujetador y braguitas que pasaría desapercibido si no fuese por las tiras de satén que le cruzan los pechos, la cintura y las caderas. Debo admitir que la falda es muy similar a la del biquini de la princesa Leia, con un largo trozo de tela transparente en la parte de atrás y uno más estrecho en la parte de delante.

Parece un regalo que me muero de ganas por desenvolver.

Con un gesto del dedo, le indico que dé una vueltecita sobre sí misma. Perséfone resopla, pero obedece, y se gira despacito. Se supone que tanto el sujetador como las braguitas deberían taparle todo, pero son de encaje y ofrecen una visión tentadora de los pezones y el sexo. La quiero entre mis labios, y la quiero ya.

Para cuando vuelve a estar frente a mí, ya he recuperado mi autocontrol. O casi. Me pongo en pie y le ofrezco una mano.

—He organizado algo especial para esta noche.

—Eso espero. He tardado unos buenos veinte minutos en ponerme esta cosa. —Engancha una de las tiras y se queja. Con cada paso que da hacia mí, más expuestas quedan sus piernas. Está esplendorosa. Echo un vistazo a sus pies, y antes de que pueda decir nada, añade apresurada—: Me he puesto unas tiritas pequeñas. No necesitaba vendas.

Me tienta la idea de comprobarlo, pero la mirada feroz que distingo en sus ojos me dice que está aguardando que lo intente para echarme la bronca. No estoy dispuesto a decir que me he pasado de cuidadoso con ella, no cuando parece que tengo que ir con ojo por los dos, pero pienso vigilarla bien de cerca esta noche. Y ese pensamiento me hace sonreír.

—Vamos.

Salimos juntos de la habitación y nos encontramos a Caronte esperándonos. Mira fugazmente a Perséfone, pero toda su atención está en mí.

—Estamos listos.

No celebro tantas fiestas como antes. En la zona baja hay otros lugares que atienden a la gente rica y fetichista que quiere pasárselo de lujo jugando en el lado oscuro. En mi casa, mi hogar, no recibo a cualquiera; solo se puede entrar con invitación. Cuando tenía veintipocos años tuve una temporada en la que me la sudaba bastante quién ponía un pie en mi casa, y mi imprudencia contribuía a que mis fiestas fuesen casi legendarias, lo cual no hacía más que engrandecer el mito de Hades. Hace mucho tiempo de eso ya. Ahora soy muy quisquilloso con quién atraviesa las puertas de mi casa.

Esta noche me he relajado un poquito, y he elegido un par de nombres selectos de la larga lista de espera. Caronte y mis hombres se encargarán de que los nuevos invitados no se muevan de los lugares que les corresponden, y que no se les ocurra ponerse a fisgar por la casa.

—¿Dos personas en la puerta?

—Sí, Hades.

—Más en las entradas.

Caronte no pone los ojos en blanco, pero tiene pinta de querer hacerlo.

—Ya hemos repasado todo el plan. Y lo he hecho siguiendo todas tus indicaciones. No te preocupes. Nadie estará donde no quieras que esté.

No me parece suficiente, pero me tendré que conformar.

—Bien.

Emprendemos la marcha hacia la puerta que ayer le enseñé a Perséfone. Está tan lustrosa que, a medida que nos acercamos, casi parece un espejo, y mi reflejo con este traje, y el suyo, con el conjunto que lleva... Perséfone es un regalo hermoso (una prisionera hermosa), y yo soy el capullo que matará a cualquiera que intente arrebatármela.

En mi cabeza niego lo que acabo de decir. No vale la pena pensar así. Puede que, mientras dure todo esto, sea mía, pero en realidad no es mía, de mi propiedad. No me voy a quedar con ella. No puedo permitirme olvidarme de esto ni por un instante.

Caronte se sitúa junto a la puerta. Yo coloco la mano de Perséfone sobre mi brazo doblado.

—Estamos a punto de tener público. Esta vez será real.

—Estoy preparada —dice después de inspirar hondo.

No lo está, pero de eso va también esta noche. De introducirla en todo esto. De reivindicarla como mía, sí, pero de hacerlo de una forma que no la lance a las profundidades y se hunda en ellas.

—Yo soy tu ancla. Que no se te olvide.

Le tiemblan los labios como si quisiera soltarme un comentario arrogante, pero al final asiente.

—Puedo ser sumisa.

Me echo a reír. Joder, ya van cuatro veces en menos de veinticuatro horas. Ignoro la mirada de sorpresa con la que me observa Caronte y señalo la puerta con la cabeza.

—Vamos.

Entrar en este cuarto es siempre como entrar en otro mundo, pero esta noche la sensación es mucho más intensa. Las luces son más tenues, y la habitación parece más grande de lo que es. Anoche Perséfone lo clavó: es verdad que es la antítesis del salón de banquetes de Zeus. El resplandor plateado del agua que se refleja en el techo crea la impresión de que estamos en algún punto por debajo de la superficie terrestre. Una fantasía total del Inframundo.

Las luces todavía no iluminan del todo el escenario. Esa será la señal que nos indicará que el espectáculo está a punto de comenzar. Ahora mismo, los asistentes se conocen en sus sillones y sofás. Algunos charlan, y otros ya han empezado sus propias fiestecillas. Las normas de la zona alta no tienen validez aquí, y aquellas personas que cruzan el río suelen lanzarse al placer con una entrega imprudente.

Yo freno un poco el paso, y le doy tiempo a Perséfone para acostumbrarse a la falta de luz. También les doy tiempo a nuestros invitados para vernos, para darse cuenta de que el espectáculo va a comenzar. Todas las miradas se posan sobre nosotros, y un murmullo quedo se extiende por toda la sala cuando el público se percata de a quién llevo del brazo.

Guío a Perséfone hacia el oscuro trono que han colocado contra la pared, en el centro del cuarto. Es jodidamente dramático y tremendamente ridículo, pero nos viene de maravillas. Un rey solo es un rey si la gente de su alrededor lo reconoce como tal. Quizá no vaya a poner un pie en la zona alta de la ciudad nunca más, pero así promuevo mi interés de recordarle a cada uno de los presentes en esta sala quién manda en esta zona.

Al fin y al cabo, tengo una reputación que mantener.

Me hundo en el trono y tiro de Perséfone para sentarla sobre mi regazo. Está tan tensa que bien podría tener una estatua sobre los muslos.

—Vas a tener agujetas si no te relajas —le comento enarcando una ceja.

—Todo el mundo nos está mirando —replica por la comisura de la boca.

—Para eso hemos venido.

Baja la mirada hasta las manos, que tiene apretadas, con la mandíbula tensa.

—Ya sé que hemos venido para esto, pero saberlo y vivirlo son dos cosas muy diferentes.

Justo por esto es por lo que cambié los planes que tenía para esta noche. Se pasa de intrépida, joder; se lanza con todo a pesar de que su mente y su cuerpo le gritan que se relaje. Me hundo un poco más en el trono y la arrastro conmigo. Al principio se resiste, pero, cuando le lanzo una mirada elocuente, me deja que la coloque de tal manera que acaba recostada sobre mi pecho.

—El espectáculo va a empezar enseguida.

Y, cuando ocurra, estará demasiado distraída para preocuparse de todos los presentes en la habitación.

—¿Qué espectáculo?

Dejo escapar una sonrisa y le rodeo la cintura con un brazo, sin ejercer presión. Por la habitación, las luces se atenúan un poquito más, y las que iluminan el centro del escenario brillan un poco.

—¿Te acuerdas de cuando quedaste expuesta?

—Claro, si fue ayer.

La acomodo sobre mi regazo con más firmeza. Otra noche me vendrá bien tenerla confundida, pero ahora quiero que esté a gusto.

—Esta noche no estarás ahí arriba.

No se me escapa la forma en la que sus músculos se relajan un poco. Sé que le pone la idea de que la observen, pero es una novata en todo esto. Acabar en el centro del cuarto sería demasiado, demasiado pronto, y me resulta imposible negar que quiero que esta vez disfrute de esto conmigo.

—¿No?

—No. Venga, relájate y disfruta del espectáculo —le susurro al oído—. Es solo para ti.

14

Perséfone

¿Cómo se supone que voy a concentrarme en el espectáculo cuando Hades me está tocando por todas partes? Siento sus duros muslos debajo de los míos, el firme pecho contra mi espalda, un brazo alrededor de mis caderas, como una argolla de hierro de la que no me quiero liberar. Me muevo lo justo para sentir la tensión, que me oprime sin llegar a hacerlo de verdad.

—Quédate quieta.

Vuelvo a moverme solo para llevarle la contraria y me arrepiento al instante de mi decisión cuando noto su erección contra el culo. Una tentación a la que no se me permite sucumbir, al menos aún no. Pensaba que podría seducirlo y hacer que cambiara de idea en la ducha, pero tendría que haberlo visto venir. Hades no ha flaqueado. Si no he podido convencerlo de que me hiciera suya mientras estaba desnuda y mojada, está claro que no tengo la más mínima oportunidad ahora mismo, con lencería de lujo o sin ella.

Me distraigo un momento cuando dos personas suben al escenario. Un hombre blanco y una voluptuosa mujer asimismo blanca que no reconozco. Él lleva un par de pantalones de cuero de tiro bajo y ella, nada de nada. Debe de haber unas cincuenta personas en el cuarto, pero él solo tiene ojos para ella. No puedo escuchar lo que se dicen el uno al otro desde aquí, pero ella se arrodilla de forma elegante, como si le saliera el movimiento por inercia.

Una palpitación me recorre para darme la respuesta, y lo comprendo. Me relajo contra Hades y vuelvo un poco la cabeza.

—¿Quiénes son?

—¿Qué importa? Mira hacia delante. Presta atención.

Resuello y me giro hacia el escenario. El hombre coloca el dedo

bajo la barbilla de la mujer para inclinarle la cabeza hacia arriba. Lo que sea que le diga hace que ella esboce una sonrisa angelical. Él aún no ha hecho nada, pero a pesar de todo estoy embelesada. Se aparta unos cuantos pasos y entonces me percato de que hay una bolsa en el borde del escenario. El hombre agarra una cuerda que estaba enrollada y comienza a atar a su compañera.

Casi consigue que se me pase por alto que aún hay cabezas que se vuelven para observarnos. No puedo ver a la mayor parte del público con claridad por la penumbra, pero no hay duda de que con nuestra llegada ha comenzado un murmullo de fondo y todavía no se ha acallado. Capto cómo pronuncian mi nombre y tengo que esforzarme por no ponerme tensa.

Ahora ya no hay vuelta atrás.

Nunca la ha habido.

Cierro los ojos un buen rato, lucho contra la sensación de aleteo del pecho. Yo lo he elegido. Y lo seguiré eligiendo. Una parte diminuta y prohibida de mí disfruta de la atención, disfruta de la estupefacción de algunas de estas personas. Quiero seguir dejándolas sin palabras.

Respiro despacio y vuelvo a centrarme en la pareja del escenario. Él ya está a medio camino de atar a su pareja. Cada vuelta, cada línea que corta visualmente en su cuerpo curvilíneo hace que la tensión bulla cada vez con más fuerza en mi interior. Es como ver a un artista crear una obra de arte, solo que esta obra es otra persona y el evidente deseo que hay entre ellos palpita con cada minuto que pasa. Se me entrecorta el aliento y tengo que resistirme a la necesidad de mover mi cuerpo contra Hades.

Toca la curva de mi oreja con los labios.

—¿Es el *bondage* o la exhibición lo que te está poniendo así de cachonda y celosa?

—Todo el mundo está mirando —le susurro—. Se le ve todo.

Al menos ahora sí, porque él le ha atado las piernas para separárselas y está trenzando unos nudos entre sus muslos. El arrebol de su piel revela que está disfrutando de la experiencia mucho más que yo.

Hades se recoloca, se mueve para pasar los dedos levemente por mi estómago. Me lleva varios segundos darme cuenta de que está siguiendo las tiras que zigzaguean por mi cuerpo y otros tantos ver la relación que hay entre mi ropa y la escena que está teniendo lugar

ante nosotros. Su aliento me roza el cuello.

—Voy a tocarte.

—Ya me estás tocando.

No sé por qué estoy discutiendo y fingiendo que no estoy aguantando la respiración para no suplicarle que me toque incluso más.

—Perséfone. —Un poquito de censura mezclada con diversión—. Dime que no te correrás con más ganas que anoche si te meto los dedos aquí mismo, delante de todo el mundo... Dímelo y pararé.

No puedo, no sin mentir. De repente quiero que me lleve al escenario, que me incline sobre una silla o que me eche en el suelo y me folle allí mismo con todas las miradas puestas en nosotros. Ya hay miradas puestas en nosotros, aunque no puedan vernos con mayor claridad que nosotros a ellos. ¿Se percatarán si Hades me desliza la mano dentro de las bragas? ¿Quiero que lo hagan?

«Sí.»

Me inclino hacia atrás con cuidado y bajo los brazos para apretarme contra sus caderas. Esta nueva posición me deja abierta a él por completo. Trago y procuro utilizar un tono agradable y compungido, que no suene a una orden.

—Por favor, tócame, Hades.

—Vaya, sí que encuentras motivación cuando tu placer está en juego. —Suelta una risa contra mi hombro. A pesar de que yo haya estado a punto de suplicarle, eso no le mete ninguna prisa. Pasa el dedo corazón por la tira que me abarca la cintura—. La mitad de las miradas están fijas en ti, Perséfone.

Me estremezco y aprieto con más fuerza las manos sobre sus caderas en un intento de no moverme.

—Bueno, estamos enviando un mensaje, ¿no?

—Sí. Mira a tu alrededor.

Aunque fuera un demonio sentado sobre mi hombro no conseguiría ser más tentador. Baja la mano otro par de centímetros hasta que roza con el meñique la parte superior de mis bragas a través de la falda.

En efecto, no se equivoca. A pesar de la penumbra, puedo distinguir sin problemas que la mitad de los allí presentes nos observan a nosotros y no a la pareja del escenario. Casi parece que estén allí para fomentar mi placer. ¿Acaso no me imaginé a gente

mirándome cuando Hades me hizo desnudarme ayer? ¿Cuando, en ese mismo escenario, hizo que me corriera con tal intensidad que me temblaban las piernas? Pues resulta que la realidad es incluso más excitante.

Hades me hace cosquillas con la barba en el hombro desnudo.

—Falda transparente. Bragas de encaje. Van a ver todo lo bonito que es tu coño. ¿Estás preparada?

¿Lo estoy?

Estoy casi segura de que me moriré ahí mismo como no cumpla con el lascivo hechizo que está tejiendo a mi alrededor. Me humedezco los labios y me esfuerzo por no levantar las caderas y guiar su mano hacia abajo.

—Sí, señor.

Me da un beso en el hombro.

—Una palabra y todo esto se acaba. Sin dolor, sin enfados.

Para alguien que se empeña tanto en que lo tachen de monstruo, está muy comprometido con mi placer y consentimiento. Un escalofrío de poder me lame la piel. No estoy al mando. Ni por asomo. Pero saber que, sin importar lo que me haga Hades, soy yo quien lo está escogiendo... me pone a mil.

—Lo sé. Confío en ti.

Vacila un poco, como si lo hubiera sorprendido.

—Bien. —Aun así, se mueve con lentitud; desliza la mano hacia abajo para acunarme a través de la falda. La tela es tan fina que es casi como si no existiera, y no puedo evitar que se me escape un saltito al notar la calidez de la palma de su mano. Maldice entre dientes—. Noto lo mojada que estás.

—Pues haz algo al respecto.

Aprieta la mano, me agarra ese lugar íntimo como si me poseyera.

—Un día aprenderás a no intentar mandar cuando eres la que tiene más que perder.

Mueve la mano que tiene libre hacia mi pecho derecho y tira del encaje para bajarlo y desnudarme ante todos. Me sobresalto y me echo hacia atrás, pero su cuerpo no me deja escapatoria y la mano que tiene entre mis piernas me sigue para presionarme el cuerpo con más firmeza contra el suyo. Entonces Hades repite el mismo gesto, pero esta vez con el pecho izquierdo. Aún me cubren las tiras de seda, pero

tengo los pezones al aire. Suelta un grave chasquido con la lengua.

—Solo por haberme desafiado, voy a hacer que te corras como nunca en tu vida delante de todos.

Ni siquiera se me ocurre taparme. En su lugar, abro un poco más las piernas.

—Sé malo.

—¿Que sea malo, Perséfone? —Su voz se vuelve más grave, casi como un gruñido—. Pruebas las aguas y te crees que estás preparada para recorrer todo el río Estigia a nado. Créeme, no vas a poder conmigo si te ofrezco toda mi maldad. —Por fin mueve la mano hacia arriba, solo para meterla dentro de mis bragas y abrirme con dos dedos. El contacto hace que se me arquee la espalda, pero ahí está su otra mano para sujetarme la garganta y evitar que me mueva—. ¿Notas cómo te miran todos?

Quiero seguir desafiándolo, pero se me ha nublado el cerebro por el placer. Ni siquiera me lo está haciendo con los dedos. Me está sujetando, poseyéndome de una manera que nunca antes había experimentado. Como si me reclamara delante de una sala llena de testigos de la forma más primitiva posible. «No, la forma más primitiva posible sería inclinarme sobre el trono y follarme hasta que me quedase sin voz.» Me estremezco.

—Sí —jadeo—. Noto cómo me miran.

—¿Sabes lo que ven? —No se mueve, solo me pega contra su cuerpo—. Ven a un monstruo que está a punto de devorar a la hermosa princesa. Me ven cogiendo a una de los suyos para arrastrarla conmigo hasta la oscuridad. Te estoy mancillando delante de sus ojos.

—Bien —susurro con ferocidad—. Mancíllame, Hades, quiero que lo hagas.

—Te estás tensando contra mis dedos. —Su voz suena más grave, si acaso es posible—. Estás disfrutando.

—Claro que sí. —Hades cambia la mano de posición, me roza el clítoris con la base y de repente las palabras manan de mis labios—. Me gusta que me marques como tuya.

—¿Es eso lo que estoy haciendo?

Por fin empieza a mover la mano, sus dedos curiosos encuentran mi punto G y lo acarician con delicadeza.

—Sí, ¿no? —Tengo que esforzarme por no levantar las caderas, por no gemir—. Me marcas como tuya. Me mancillas. Ahuyentas a los

demás.

—Perséfone —pronuncia mi nombre como si fuera una canción que acaba de memorizar—. ¿Quién ha dicho nada de ahuyentar a los demás? —Me muerde el lóbulo de la oreja con delicadeza—. ¿Y si quiero compartirte? ¿Y si te aparto las bragas y dejo que se acerque cualquier interesado y te folle aquí contra mi pecho?

Se me tensa todo el cuerpo, pero estoy demasiado embelesada para decidir si es por la protesta o por el deseo.

—¿Lo harías?

Se queda quieto durante un segundo interminable. Entonces suelta un taco y me levanta para que me siente transversalmente sobre su regazo. Me sujeta del pelo con una mano y me abre las piernas todo lo que puede con el otro codo. Ahí es cuando deja de andarse con chiquitas. Cada caricia de sus dedos me acerca más al límite.

—No, pequeña Perséfone. Compartir no me va. Yo seré el único que te toque. Tu coño es mío hasta que deje de serlo, y no pienso malgastar ni un segundo regalándoselo a otra persona.

Palabras rudas. Y sensuales.

Alargo una mano temblorosa para acunarle el cuello.

—¿Hades?

—¿Sí? —Ralentiza las caricias y añade el pulgar a la mezcla, dibuja círculos devastadores alrededor de mi clítoris con él—. ¿Necesitas algo?

Me olvido de ser tímida. Me olvido de las normas. Me olvido de todo excepto de los límites del placer que se me echan encima, una ola que de repente estoy segura de que me ahogará como no tenga cuidado. No queda nada, solo la más pura sinceridad.

—Te necesito a ti.

—Te gusta mucho hablar. Así que habla.

—Hazme tuya —jadeo—. Fóllame delante de todos. Enséñales a todos y cada uno de ellos a quién pertenezco. —Tengo que parar, morderme la lengua, pero no puedo cuando me está tocando así—. Soy tuya, Hades. No de Zeus. Nunca seré suya.

Algo parecido al dilema se le pinta en la cara y desaparece tan rápido como los rayos de luna titilando sobre las aguas picadas.

—Todavía no he decidido si te lo has ganado.

Si tuviera el aire suficiente, me reiría. Bajo la mano por su pecho para presionarla contra su pene.

—Ya me castigarás luego si quieres. Ahora danos lo que ambos necesitamos. —Tengo una vaga noción del sonido del sexo proveniente del escenario, el golpeteo de la carne contra la carne, pero solo tengo ojos para Hades—. Por favor. —Lo beso. Sabe a whisky y a pecado, a una tentación a la que quiero entregarme por completo. Mis razones para aceptar este trato empiezan a parecerme lejanas ahora que el deseo me palpita por todo el cuerpo. Lo necesito. Lo necesito más que la comida, más que el agua, más que el aire. Le mordisqueo con delicadeza el labio inferior—. Por favor, Hades.

—Vas a acabar conmigo —murmura.

Antes de que se me ocurra una respuesta para eso, aparta los dedos. Se oye un sonido de desgarro y mi falda desaparece. Otro tirón despiadado y mis bragas van detrás. Parpadeo mientras levanto la vista para mirarlo, y él esboza una sonrisa pícara.

—¿Lo estás pensando?

—Para nada. —No necesito que me insista para subirme a horcajadas sobre él. Corro el riesgo de ponerme a restregarme contra él a través de sus pantalones como un monstruo embriagado por el sexo. Apenas (y cuando digo apenas, es apenas) consigo controlarme para no lanzarme sobre él—. ¿Condones?

—Mmmm.

Baja la mano a un lado del trono y la saca con un paquete de papel de aluminio. Espero… no estoy segura. A estas alturas ya debería saber que no puedo anticiparme a Hades. Me pone el condón en la mano y me empuja hacia atrás lo suficiente para desabrocharse los pantalones.

Abro el condón a la vez que se saca la erección. Me humedezco los labios.

—Prométeme que pronto te podré tener desnudo.

—No.

Lo miro ceñuda, pero tampoco me queda muy convincente. Le tengo demasiadas ganas. Le lleva menos de cinco segundos colocarse el condón sobre la erección. Me coge de las caderas con una mano para que no me mueva hasta que lo mire.

—¿Qué?

—Si lo haces, ya no habrá vuelta atrás. Como te subas encima de mí con todos mirándote, se creerán de verdad que eres mía.

Las palabras suenan serias, llenas de capas en las que no puedo

profundizar ahora que mi cuerpo prácticamente ruega por cómo necesita a Hades. Mañana. Mañana me pararé a pensarlo.

—Sí, ya lo has dicho. —De golpe me da miedo que cambie de opinión. Sospecho que yo llegaré al orgasmo de igual manera, pero necesito tanto su polla dentro de mí que no puedo jugar limpio. Me inclino hasta que le acaricio la oreja con los labios—. Toma lo que es tuyo, Hades. Te necesito.

—No eres una princesa. Eres una maldita sirena.

Tira de mí hacia delante y me penetra. Apenas puedo respirar mientras me desliza por su pene y me proporciona tal sensación de plenitud que es casi incómoda.

—Ay, dioses.

—Ellos no tienen nada que ver con esto. —Parece furioso y cachondo, pero, aun así, no es ni por asomo lo brusco que de repente necesito que sea—. Esto es lo que querías, sirenita. —Y así, sin más, me suelta y coloca los brazos sobre el trono, lo cual le da el aspecto de rey indulgente—. Móntame, Perséfone. Úsame para correrte.

Me escandaliza tanto que me quedo quieta. Una cosa es follar delante de una habitación llena de gente cuando él está conmigo, pero ahora está poniendo distancia entre nosotros a propósito, aunque él no se haya separado ni un centímetro. De pronto, soy yo sola la que está exhibiéndose, en vez de nosotros.

Y... me gusta.

Ninguno de los aquí presentes pensaría que no estoy dando todo de mí, que no estoy encantada de participar. Hades debe saberlo, debe saber la diferencia que marcará. Montármelo aquí y de esta forma es casi lo mismo que gritarle a todo Olimpo que soy suya de verdad.

Deslizo las manos hacia arriba por su pecho, desearía notar su piel en lugar de su camisa. Otra vez será. Y sin duda habrá otras veces. Le agarro de los hombros y empiezo a moverme. Da igual que el corazón me vaya a mil por hora, quiero que esto dure.

Porque es un espectáculo, sí, pero aún más importante: es nuestra primera vez. No quiero que acabe pronto.

Lo follo despacio, me concentro en moverme arriba y abajo sobre su pene, aumentando la sensación de placer cada vez más. No es suficiente y, al mismo tiempo, es demasiado. Más. Necesito más. Infinitamente más.

Por mucho que quiera acortar la distancia y volverlo a besar, la

manera en la que me mira me embriaga. Sus ojos viajan por todo mi cuerpo, casi puedo sentir que me rozan la piel. Aunque apriete con las manos los reposabrazos del trono, me come con la mirada mientras me muevo. Puede que se haya colocado la máscara de la indiferencia, pero se está desviviendo por no tocarme.

Le sostengo la mirada y me inclino hacia atrás, coloco las manos en sus muslos y arqueo la espalda para dejar los pechos a plena vista. Una parte lejana de mí sabe que este espectáculo que tengo montado lo está viendo más gente, pero el único que me importa es él.

—¿Ves algo que te guste?

—Una malcriada bocazas.

Me acerco al orgasmo. Siento que Hades y yo estamos jugando al gato y el ratón, estamos en una lucha constante para ver quién será el primero en caer. Yo siempre, y repito, siempre, he sido la que daba el brazo a torcer en el pasado. Con mi familia, con los Trece, con todo. Me doblegaba para que no me destrozaran, siempre con los ojos puestos en el horizonte.

Pero hoy no lo voy a hacer. Me niego.

Me muerdo el labio inferior y ralentizo el ritmo todavía más; hago círculos pequeños y agonizantemente deliciosos con las caderas.

—Hades.

—¿Mmmm?

Se me acelera la respiración y él contempla cómo me suben y bajan los pechos en movimiento. Me lleva dos intentos encontrar las palabras.

—Tienes una amenaza que cumplir.

—Ah, ¿sí? —Enarca la maldita ceja—. Pues adelante, recuérdamela.

—Has dicho que harías que me corriera como en mi vida aquí mismo, delante de todos. —No consigo esbozar por completo mi habitual sonrisa deslumbrante—. Que me follarías de tal forma que les enseñarías a todos los aquí presentes que soy tuya.

Se le tensa el cuerpo debajo del mío.

—Eso he dicho, ¿verdad?

Me levanta y sale de mi interior antes de que pueda asimilar el movimiento. Ni siquiera tengo oportunidad de protestar cuando me da la vuelta y vuelve a guiarme hacia abajo sobre su erección. Con las piernas a ambos lados de sus muslos, estoy de cara al resto de la sala y

completamente abierta. Me pone de nuevo la mano en la garganta, me acaricia con el pulgar la piel sensible y me gruñe en la oreja:

—No me gustaría que se perdieran lo que queda de espectáculo.

En el escenario, el hombre ha hecho que la mujer se ponga bocabajo en el suelo, atada e inerme, mientras la penetra por detrás. La expresión de felicidad en su hermoso rostro solo se puede comparar a la de pura concentración que muestra él. Es increíblemente sexy.

Pero la mayor parte del público está centrado en nosotros. Observan cómo me muevo, observan cómo me toca y me da cada vez más placer.

Hades desliza la mano hacia abajo por mi estómago y me acaricia con delicadeza el clítoris.

—No te pares. Toma lo que necesites.

Se me escapa un jadeo que casi suena como un sollozo. Es un poco más complicado hacerlo de este modo, pero me las apaño. Con cada movimiento, hago que sus dedos se deslicen por mi clítoris, pero me está obligando a hacer todo el trabajo. En esta posición, es imposible ignorar la cantidad de gente que nos mira. La atención solo me pone más cachonda, me desespera.

—Hades, por favor.

—No me supliques nada. Tómalo.

Estoy teniendo una experiencia extracorpórea y, aun así, de repente estoy segura de que puedo sentir cada uno de mis nervios de manera individual. Su fuerza a mis espaldas, sus brazos sujetándome, la atención de tantas personas... Todo contribuye a crear una experiencia que nunca antes había tenido. Me agarro bien al trono y balanceo mi cuerpo cabalgándole la erección, rozando el clítoris contra sus dedos. El placer me serpentea el cuerpo cada vez con más fuerza, tan intenso que he de cerrar los ojos. Aguanto la respiración, tengo la sensación de estar a punto de caer por un precipicio y entonces me corro con más intensidad de lo que he hecho en la vida. Las palabras manan de mi boca, pero estoy demasiado abrumada para entender lo que estoy diciendo. Solo sé que no quiero que esto se acabe nunca.

Nada dura para siempre.

La mar picada se calma poco a poco, la forma delicada que tiene Hades de tocarme hace que vuelva a la tierra. Se desliza fuera de mí y me aparta lo suficiente para volver a meterse el pene en los

pantalones, pero yo soy incapaz de hacer nada más que permitirle que me mueva a su antojo. Cuando por fin me coloca sobre el regazo, apoyo la cabeza en su pecho y suspiro despacio.

—Esto…

Su risa me retumba en la mejilla.

—¿Sí?

No estoy muy segura de qué debería decir. ¿Le doy las gracias? ¿Le pregunto si me ha drogado con un afrodisíaco mágico? Porque nunca había tenido un orgasmo parecido. ¿Le acuso de haber hecho trampas? Me acurruco más contra su cuerpo.

—No te has corrido.

—No, no lo he hecho.

Me invade algo parecido a la inseguridad que frustra esa deliciosa sensación de ingravidez que noto en los huesos.

—¿Por qué no?

Me acaricia la columna con una mano.

—Porque todavía no he acabado contigo.

15

Hades

Lo que más me apetece ahora mismo es subir a Perséfone a mi habitación y acabar lo que hemos empezado. Aunque a estas alturas ya debería estar acostumbrado, la chica me ha vuelto a sorprender. Quiero seguir conociéndola, seguir descubriendo sus fantasías para hacer que se corra una y otra vez.

Por desgracia, todavía queda mucha noche por delante. Ya nos lo hemos pasado bien. Ahora ha llegado el momento del politiqueo.

No puedo evitar darle un beso en la sien.

—El espectáculo ya casi ha terminado.

—Bueno, al menos uno de los dos ha acabado.

Se acurruca contra mi pecho como una gatita buscando mimos. Con su actitud, el corazón me da un vuelco incómodo. Perséfone ha cerrado los ojos y se ha arrimado a mí como si fuese su mantita favorita. Es... adorable.

—Perséfone. —Hablo con la mordacidad justa para conseguir que me mire—. Tenemos que fingir que estamos juntos, al menos durante un rato. Por eso hemos montado lo de esta noche.

Omito que todo esto se me ha borrado de la mente con suma facilidad en cuanto se la he metido. La habitación se ha desvanecido y solo podía verla a ella.

Perséfone frunce el ceño y suspira.

—Ya sabía yo que era demasiado pedir seguir hasta que saliera el sol.

Debo contener una sonrisa.

—Creo que tenemos tiempo para hacer esto.

—Ajá. —Juguetea con uno de los botones de mi camisa y me lanza una mirada traviesa—. Supongo que no me lo recompensarás

luego, ¿no?

—Eres imposible.

—Pues parece que eres el único que saca esa parte de mí.

De una forma un poco retorcida, me gusta. Puede que Perséfone me saque de quicio como nadie lo ha hecho antes, pero disfruto de nuestras bromas más de lo que debería. Disfruto de un montón de cosas de Perséfone. Cuando la intensidad de las luces aumenta un poquito, un hombre blanco se acerca a nosotros y me salva de tener que pensar una respuesta. El hombre posee un atractivo que corta la respiración, con unos rasgos tan perfectos que hasta casi duele mirarlo. La mandíbula cuadrada, unos labios gruesos, una melena salvaje de rizos en la cabeza. Es tan guapo que no se le puede tomar en serio, pero es el hijo de Afrodita. Sé de buena tinta que se encarga de varias tareas desagradables en lugar de su madre para que esta pueda mantener sus manos inmaculadas. Es sumamente peligroso.

Con el dedo le doy un toquecito a Perséfone en la cadera, y me recuesto.

—Eros.

El susodicho sonríe, y deja a la vista unos dientes blancos y perfectos.

—Gracias por el espectáculo. —Desvía la mirada hacia Perséfone —. Has cabreado a un montón de gente de la zona alta de la ciudad.

La chica se remueve en mi regazo. Espero que se ruborice, que hable entre tartamudeos, que haga cualquier cosa que deje ver que se arrepiente por haber dejado que las cosas fuesen tan lejos delante de otras personas. Nunca ha hecho nada semejante; acostarse con alguien con público delante es una maldita movida para una princesa tan protegida como Perséfone. Me dispongo a intervenir para salvarla.

Y entonces vuelve a sorprenderme. Adopta un tono dulzón envenenado.

—Qué curioso, porque hay un montón de gente en la zona alta que me ha cabreado a mí.

La sonrisa de Eros no titubea ni un instante, aunque la observa con una gélida mirada azul.

—Zeus está furioso, y lo mejor para todos es que esté contento.

—Poco me importa a mí que esté contento —responde ella, y esboza una sonrisa deslumbrante—. Venga, sé bueno y saluda a Afrodita de mi parte. Ha manejado a Zeus todo este tiempo. Estoy

convencida de que es más que capaz de manejarlo un poquitín más.

Eso acaba con la sonrisa de Eros. El hombre mira hacia abajo y la observa como si no la reconociera. Comprendo a la perfección cómo se siente. Eros lanza un silbido bajito.

—Parece que hemos subestimado a la hijita perfecta de Deméter.

La voz de Perséfone se endurece un poco.

—Asegúrate de decirles eso también cuando entregues el informe de esta noche.

Eros levanta las manos, y vuelve la sonrisa relajada. Es una máscara, pero no es ni de lejos tan buena como la de Perséfone.

—Esta noche solo he venido a pasar un buen rato.

Esta noche. Qué poca confianza da esa afirmación. Le sostengo la mirada y digo:

—Pues pásatelo bien y disfruta... esta noche. Pero recuerda quién te ofrece la hospitalidad de la que te estás aprovechando.

Me envía un saludo tocándose un sombrero imaginario y se aleja. Una pareja que está recostada en un sofá al otro lado del escenario lo saluda, y él se une a ellos. En apenas unos segundos, lo están desnudando para que participe en la fiesta. Bajo la vista y me encuentro a Perséfone mirando con el ceño fruncido. Se muerde el labio inferior y comenta:

—Sabes que viene en calidad de espía.

—Mejor que venga por eso que no para cumplir la venganza de Afrodita.

Cosa que se rumorea que suele hacer a menudo.

Perséfone pasea la mirada por la estancia, y casi puedo ver su cerebro trabajar al tiempo que logra, por fin, reconocer los rostros entre la multitud.

—Hay mucha más gente de la zona alta de la que me esperaba. Gente que asiste a las mismas fiestas a las que iba yo.

—Ya.

Me enrollo uno de sus mechones rubios entre los dedos, mientras espero que acabe de desarrollar lo que sea que esté rumiando en su mente.

—Esa gente sabía que estabas aquí. ¿Por qué no eres más que un rumor si todas estas personas saben que existes de verdad?

Le paso el pulgar por el pelo y contesto:

—Es una pregunta sencilla con una respuesta compleja. La

versión corta es que Zeus tiene un interés personal en que yo siga siendo un mito.

—Porque así consigue más poder —dice mirándome—. Poseidón casi nunca sale de su territorio alrededor de los muelles y no tiene la paciencia necesaria para la política. Tú eres el único, aparte de ellos, con un título hereditario. Si no apareces en la ecuación, no hay nadie que pueda impedirle a Zeus que juegue a ser el rey de todo Olimpo.

Qué astuta es la sirenita.

—Así es.

Todos los demás miembros de los Trece responden ante Zeus a su manera. Ni uno solo de ellos puede ejercer el poder de un miembro que ha heredado el título. Ni siquiera Deméter, que controla la reserva de alimentos de la ciudad; ni Ares, con su pequeño ejército de mercenarios privados.

Como Perséfone sigue con el ceño fruncido, le doy un suave tirón de pelo.

—¿Qué pasa?

—Es que es todo tan... hipócrita. En la zona alta de la ciudad, es todo cultura de la pureza y fingir que están por encima de esta clase de necesidades humanas tan viles, y le dan valor a privarse de lo que quieren. Para después venir aquí y aprovecharse de tu hospitalidad y participar en juegos sexuales con los que se ganarían el exilio de sus círculos sociales y la vergüenza pública. —Vuelve a mirar a su alrededor, por toda la sala—. Aunque no vienen solo por los juegos sexuales, ¿no? Vienen a la zona baja de la ciudad por un sinfín de cosas que no quieren que se sepan.

La verdad, apenas me sorprende que Perséfone haya atado cabos tan rápido; no cuando ha demostrado que, tras ese personaje de banalidades bonitas, se esconde una mente sagaz.

—Si cometen sus pecados en la oscuridad, ¿estos cuentan, acaso?

Su gesto es de una ferocidad absoluta.

—Te utilizan y después te meten de nuevo en las sombras y fingen que eres el hombre del saco. No está bien.

Noto que un extraño latido se intensifica en mi pecho. Creo que estoy sin palabras. Es la única explicación posible para quedarme mirándola como si no la hubiese visto antes. Pero no es solo eso. La he visto actuar con una ferocidad de la hostia, pero nunca ha lanzado esa ferocidad en mi defensa. Es raro, y toda una novedad para mí, y no sé

qué hacer al respecto.

Por suerte, Hermes y Dionisio se acercan y me libran de tener que currarme una respuesta. Como los espectáculos (tanto el oficial como el no oficial) se han acabado, la gente que nos rodea está en varios niveles de desnudez y escenas empezadas. Pero estos dos no. Siempre asisten, si bien Hermes es la única de los dos que ha participado algunas veces, aunque muy pocas. En cambio, entre los vicios de Dionisio no se incluye el sexo de ningún tipo.

Dionisio señala un sillón que ocupan dos mujeres.

—Fuera.

Se levantan, se alejan un par de metros de distancia, y él coge el sillón y lo arrastra hasta nosotros.

—Bonita fiesta.

—Me alegro de que te guste —contesto con tono seco. Dionisio se deja caer en el sillón y Hermes se encarama al brazo del asiento. Le pasa los dedos por el pelo a Dionisio distraídamente, pero mantiene una mirada perspicaz. Suspiro, y le pregunto—: ¿Qué pasa, Hermes?

—Ya sabes que no me gusta decirte cómo debes vivir tu vida.

—Como si alguna vez eso te hubiese impedido hacerlo.

Noto que Perséfone se tensa como una serpiente enroscada sobre sí misma, y le paso las manos por el cuerpo, estrechándola contra mí con más firmeza (y rodeándole la cintura con un brazo). No creo que mi sirenita vaya a usar la fuerza física contra alguien, y menos contra uno de los Trece, pero tampoco me esperaba que lidiara con Eros con tanta eficacia. Es una caja de sorpresas, lo cual no debería maravillarme tanto.

Dionisio rodea a Hermes por la cintura con un brazo e inclina la cabeza para que la mujer pueda seguir con sus distraídas caricias sin problema. Da igual lo relajado que parezca, ahora mismo está tan sobrio y avispado como ella.

—Estás molestando a la bestia, colega. ¿Estás preparado para lo que se te viene encima?

Juzgaba imposible que Hermes y Dionisio fueran más teatreros sobrios que borrachos. Y aun así...

—No todos improvisamos al tomar decisiones.

—Mira, cuando te comentamos que tenías que soltarte un poco, no te estábamos diciendo que te tiraras a la prometida de Zeus delante de cincuenta personas a las que se les hace la boca agua por volver

corriendo a la zona alta y contarle al susodicho lo que acaban de ver con todo lujo de detalles. —Hermes se recoloca las gafas—. Nosotros no, claro. No nos va lo de ir contando historias de esas.

—Si hay alguien en este cuarto que se ha creído esa frase, tengo una casa preciosa con vistas al mar Muerto para venderle —replico resoplando.

—Hades… —Hermes deja de acariciarle el pelo a Dionisio y se endereza en el brazo del sillón—. ¿Eso que acabas de decir es una broma? —Señala a Perséfone y añade—: ¿Qué le has hecho? Tres días contigo y ya va soltando pullitas por ahí. Es raro y va contra natura, así que tenéis que acabar con esto de forma inmediata.

Perséfone resopla.

—Igual sabrías que tiene un sentido del humor muy irónico si te callaras un ratito y le dejaras participar en la conversación.

—Esto… —contesta Hermes pestañeando despacio.

—Y otra cosa, si tan buenos amigos sois, igual tendríais que replantearos lo de iros corriendo a ver a Zeus e irle con el chisme de todo lo que habéis visto durante vuestras visitas. Esa clase de acciones es de ser amigos de mierda, no buenos amigos, por muchas noches que acabéis pasando la borrachera en su casa.

Hermes vuelve a pestañear despacio y dice:

—Hades, me he enamorado.

—Hermes, *sit!*

—Otra pulla más. —Suelta un gritito y menea todo el cuerpo de tal modo que Dionisio se ve obligado a reaccionar rápido para evitar que se caiga del brazo del sillón—. Por todos los dioses, la adoro. —Se pone recta y mira a Perséfone con una gran sonrisa en el rostro—. Eres un encanto, te lo juro.

Perséfone se vuelve hacia mí.

—Acabo de gritarle y ahora me está diciendo lo bien que le caigo. ¿Qué le pasa a esta tía en la cabeza?

—Es Hermes —respondo yo encogiéndome de hombros—. Cotillear de lo que pasa a ambos lados del río Estigia forma parte de su trabajo. Por eso está aquí toda esta gente.

Las mejillas de Perséfone adquieren una brillante tonalidad roja.

—Cierto. Se me había olvidado.

Se ha olvidado porque se ha lanzado a defenderme. No lo entiendo. Ella no gana nada defendiéndome. Ha venido a mí en busca

de protección, no para protegerme. Una vez más, Dionisio me salva de tener que pensar en una respuesta adecuada para la chica con una sonora carcajada.

—Deberías ver lo cabreado que está Zeus. En público finge que no le afecta, pero se dice, se comenta, que ha destrozado toda una habitación cuando ha descubierto dónde estabas. ¿Qué pasará cuando sepa que has montado a Hades delante de un montón de gente para que te vieran? —Sacude la cabeza—. Con algo nuclear me quedo corto.

Perséfone se pone tensa otra vez, y no tengo que mirarla a la cara para saber que está pensando en sus hermanas. Igual tiene sentimientos encontrados con su madre, pero por todo lo que me ha contado y todo lo que he presenciado, eso no se aplica al resto de las hermanas Dimitriou. Si Zeus tiene algo a su favor para hacerle daño, son ellas. Joder. Tendría que haberlo previsto. No puedo enviar a mis hombres para mantenerlas a salvo sin romper el acuerdo, y Zeus no se haría a un lado si les permito entrar en mi casa ni en sueños. Es un problema para el que no tengo una solución fácil, pero ya me las apañaré.

Le doy un beso en la sien a Perséfone.

—¿Estás cansada?

—¿Es un eufemismo para preguntarme si quiero salir de aquí y subir a tu habitación? —pregunta, y se gira lo justo para rozarme los labios con los suyos—. Si la respuesta es sí, pues sí. Si no, prepárate, porque voy a intentar convencerte para que lo sea.

—La. Adoro —declara Hermes juntando las manos—. Hades, tienes que quedarte con ella. Te está convirtiendo en un ser humano, y tú la estás haciendo interesante. Y eso que no habéis pasado ni una semana juntos. Imagínate lo divertidos que seréis dentro de un año, o cinco.

—Hermes...

La advertencia en mi tono es tan palpable que cualquiera habría vuelto a sus cabales. Pero, cómo no, ella me ignora.

—Aunque supongo que si estáis provocando a Zeus para que ataque, entonces tendremos una guerra, y eso nos aguará la fiesta.

Perséfone se vuelve para mirarla.

—Espera, ¿has dicho guerra? Si rompe el acuerdo, los Trece irán a por él. Así funciona.

—Corrección, así es como se supone que funciona. —Hermes se encoge de hombros—. La realidad es que un tercio de los miembros son secuaces de Zeus y están muy interesados en mantener el *statu quo*. Se unirán a su causa para pisotear a Hades y que caiga en el olvido si creen que va a levantar polvareda.

—¿Y los otros dos tercios?

Se encoge de hombros una vez más y contesta:

—Quién sabe, podrían ir a un bando o al otro.

Esa información no es que me sorprenda, la verdad, aunque es una decepción enorme. Si fuese yo quien se pasase de la raya, todos los Trece aunarían fuerzas para acabar conmigo sin un momento de vacilación. Quizá Hermes y Dionisio se sentirían culpables, pero, en cuanto las cosas se pusieran difíciles, se unirían al resto. Aun así, esto no aplica cuando hablamos del mierdecilla de Zeus, claro está.

Cojo a Perséfone en brazos y me levanto, pasando de las protestas de la chica, que protesta diciendo que puede caminar por su cuenta. Ahora mismo no cargo con ella por lo que pueda o no pueda hacer. Es por lo que yo quiero, por ese pequeño consuelo que me permito. Tengo que pensar, y no puedo hacerlo aquí. Aunque no sé qué espero conseguir. Ya hemos expuesto nuestro plan y nos hemos lanzado en caída libre sin paracaídas. Ya no hay vuelta atrás. Las consecuencias no importan, tenemos que llegar hasta el final.

Ahora solo debo averiguar cómo puedo asegurarme de que no maten a todas las personas que tengo bajo mi responsabilidad en el proceso.

16

Perséfone

Sigo dándole vueltas a la nueva información mientras Hades me saca de la habitación en brazos. Me opongo a que me lleve como un saco a todos sitios, pero una parte diminuta y secreta de mí lo disfruta. Me gustan muchas cosas de Hades, la verdad sea dicha. Se muestra quisquilloso y despótico, pero, tan solo unos días después, ya sé cómo es en realidad.

—Hades. —Le apoyo la cabeza en el hombro y dejo que el latido constante de su corazón me relaje—. Conozco tu secreto.

Se dirige escaleras arriba.

—Y ¿cuál es?

—Gruñes, te enfadas y ruges, pero bajo esa fachada de tipo duro tienes un corazón blandito. —Hago círculos alrededor del botón superior de su camisa con el dedo índice—. Te preocupas. De hecho, creo que eres el más atento de todos los Trece, lo cual resulta irónico teniendo en cuenta el nombre que te has labrado en Olimpo.

—¿Qué te hace decir eso?

Sigue sin mirarme, pero no pasa nada. El caso es que es más sencillo hablar con él de este modo, sin sentir que puede leerme la mente con solo observarme con intensidad.

—Quieres vengarte de Zeus, pero no a costa de tu gente. Y son tu gente de verdad. He visto cómo te comportas con Georgie y también con Juliette y Matthew. Pasa igual con todos, ¿no es así? Atravesarían el infierno mismo por ti y tú los proteges con tu actitud de macho taciturno.

—Yo no soy taciturno.

—Eres la taciturnidad hecha persona.

Resopla.

—Sin duda no soy más atento que tu madre. Ella es la que se asegura de que toda la ciudad tenga alimentos y productos básicos.

—Sí, es cierto. —Es imposible ocultar la crudeza de mi tono—. Es muy buena en su trabajo, pero no lo está haciendo por caridad, no le sale del alma. Lo hace en pos de poder y prestigio. Nunca va a tener suficiente. Iba a venderme a Zeus. Ella no lo verá de esa manera, pero eso es lo que fue el compromiso: una transacción. Me quiere, pero eso siempre va después de todo lo demás.

Hades no responde al instante y miro hacia arriba para encontrarme con una expresión insólita en su rostro. Parece casi… desgarrado. Me tenso.

—¿Qué sabes que yo no sepa?

—Unas cuantas cosas.

Me niego a que me distraiga esa broma estúpida.

—Hades, por favor. De una forma u otra, estamos juntos en esto hasta que acabe el invierno. Cuéntamelo.

Cuanto más duda, más se cuela la ansiedad por los resquicios. Espera hasta que llegamos a su habitación y la puerta esté cerrada aislándonos del resto de la casa para contestarme al fin:

—Tu madre ha mandado una especie de ultimátum.

No sé por qué me sorprende. Estaba claro. Igual que a Zeus, a ella no le hará ninguna gracia que haya huido. Todos los planes que tan concienzudamente había urdido se han ido al traste por culpa de una hija díscola. No lo permitirá, no si sabe dónde estoy. Me muevo nerviosa hasta que Hades me suelta. Estar de pie no hace que me sienta más estable.

—Cuéntamelo —repito.

—Como no te deje volver, dejará sin suministros a la zona baja.

Parpadeo con la esperanza de que las palabras se reorganicen de modo que tengan sentido.

—Pero eso… En la zona baja viven miles y miles de personas. Personas que no tienen nada que ver con nosotros dos ni con los Trece.

—Sí —se limita a afirmar.

—Está amenazando con dejar que se mueran de hambre.

—Sí. —No aparta la mirada, no hace nada más que ofrecerme la sinceridad que le pido.

Espero, pero no sigue hablando. Está claro que ha llegado el final.

Está claro que no podemos seguir con este plan si eso va a perjudicar a tanta gente. La frontera que mantiene Olimpo aislado del resto del mundo está demasiado protegida, la gente no puede salir a conseguir suministros. Además, parte del papel de Deméter es negociar precios favorables para asegurarse de que todo el mundo tenga acceso a recursos para una dieta equilibrada sin importar su salario. Sin recibir esos suministros, la gente pasará hambre.

No me puedo creer que haya hecho algo así, pero mi madre no se marca faroles.

Inhalo despacio.

—Pues tengo que volver.

—¿De verdad quieres volver?

Suelto una risa sin poder evitarlo.

—La ironía de todo esto, si es que se puede llamar así, es que lo único que mi madre y yo tenemos en común es que no perdemos de vista el horizonte. Yo solo quiero escapar de este sitio, descubrir quién soy si no soy la hija mediana de Deméter. Si no tuviera un papel predeterminado que interpretar, ¿en qué clase de persona me convertiría?

—Perséfone...

Pero no le estoy escuchando.

—Supongo que eso me hace tan egoísta como ella, ¿no? Ambas queremos lo que queremos, y nos trae sin cuidado quién tenga que sufrir las consecuencias. —Sacudo la cabeza—. No, me niego. No dejaré que tu gente lo pase mal a cambio de mi libertad.

—Perséfone. —Hades reclama el espacio que nos separa y me agarra de los hombros de forma firme y delicada a la vez—. ¿Quieres volver?

No puedo mentirle.

—No, pero no veo la manera en que...

Asiente como si hubiera contestado más que su única pregunta.

—Entonces no lo harás.

—¿Qué? Acabas de decir...

—¿Te crees que soy lo bastante ingenuo para confiarles a los Trece la salud y el bienestar de mi gente? Siempre hemos estado a un paso de cabrear a uno de ellos y causar una disputa como esta. —Se le curvan los labios, aunque su mirada sigue siendo fría—. Mi gente no morirá de hambre. Tenemos recursos de sobra en la zona baja. Puede

que las cosas se pongan complicadas durante un tiempo, pero nadie sufrirá daños irreparables.

«¿Cómo?»

—¿De dónde vas a conseguir los suministros?

—Tritón y yo tenemos un trato clandestino.

No está sorprendido ni cabreado ni siente ninguna de las emociones que me recorren en estos instantes. Ni siquiera está preocupado.

No deja de sorprenderme.

—Has... Has negociado con la mano derecha de Poseidón para colársela a los Trece. ¿Cuánto tiempo lleva esto en marcha?

—Desde que tomé el mando a los diecisiete. —Me sostiene la mirada—. Sé mejor que nadie que uno no puede permitirse confiar en la benevolencia de los Trece. Solo era cuestión de tiempo que uno de ellos tratara de utilizar a mi gente para hacerme daño.

Lo miro con nuevos ojos. Este hombre... Joder, es incluso más complejo de lo que sospechaba. Un líder donde los haya.

—Sabías que esto podría pasar cuando accediste a ayudarme.

—Sabía que había unas probabilidades muy altas. —Levanta las manos para acunarme el rostro y me pasa los pulgares por las mejillas—. Hace mucho tiempo, me prometí a mí mismo que no dejaría que los capullos de la zona alta volvieran a dañar nada que fuera mío. Hay poco que puedan hacer que pueda perjudicarnos demasiado en este lado, excepto la guerra.

¿Cómo serían las cosas si fuera Hades quien reinara sobre Olimpo en vez de Zeus? Apenas puedo hacerme a la idea. A Hades le importa de verdad.

Lo beso aun antes de darme cuenta de que voy a hacerlo. No hay ningún plan, ningún truco, nada más que la necesidad de mostrarle... Ni siquiera estoy segura del qué. Algo. Algo que no puedo poner en palabras. Se queda quieto durante medio suspiro y después mueve las manos a mis caderas para acercarme a él. Me devuelve el beso con la misma ferocidad que me burbujea en el pecho. Un sentimiento que linda con la desesperación, con algo incluso más complejo.

Me separo lo bastante para decir:

—Te necesito.

Ya se está moviendo, me empuja hacia la cama. Hades baja la mirada a mi cuerpo semidesnudo y gruñe:

—Quiero que te quites la ropa.

—Pues vas a tener que esperar.

—Ni de coña. —Busca en su chaqueta y saca una navaja pequeña —. No te muevas.

Me quedo quieta. Aguanto la respiración a conciencia mientras él desliza la navaja entre mi piel y la primera tira. Esta cede con facilidad bajo la hoja afilada. Y después otra, otra y otra hasta que estoy ante él, completamente desnuda. Cierra la navaja y da un paso atrás, me recorre con la mirada de la cabeza a los pies y viceversa.

—Mejor.

Se dirige al interruptor y apaga la luz haciendo caso omiso a mis protestas. Quiero ver. Hades me pasa de largo hasta llegar a las ventanas y abre las pesadas cortinas de par en par. Los ojos se me adaptan a la luz bastante deprisa y reparo en que puedo distinguir, al menos un poco. Las luces de la ciudad bañan la habitación con un tenue brillo neón.

Se desnuda a medida que camina en mi dirección. La chaqueta y la camisa. Los zapatos y los pantalones. Se detiene a poca distancia de mí y no puedo evitar alargar la mano hacia él. Puede que me esté regalando las vistas que anhelo, pero necesito algo incluso más esencial: su piel contra la mía.

Me agarra la mano antes de que entre en contacto con su pecho y la guía hasta su cuello. Termina de salvar la distancia que nos separa de modo que estamos pecho con pecho. Noto una ligera sensación de cicatrices contra mi piel, pero Hades me besa de nuevo y me olvido de todo lo demás, excepto de que quiero que me penetre de inmediato.

Me levanta y le envuelvo la cintura con las piernas. Esta nueva posición hace que su polla esté alineada casi a la perfección con el lugar que la anhela, pero se mueve antes de que pueda volverme lo bastante loca para aprovecharme. Mi ansia lo consume todo y se lleva acumulando desde el momento que posé la mirada sobre él. Follar en público es una cosa, pero solo ha sido la punta del iceberg. Era un asunto de reputación. Esto es asunto nuestro.

Hades nos lleva a la cama y se sube a ella. Me coge las manos y las guía hacia el cabecero.

—No las muevas de ahí.

—Hades —jadeo como si hubiera corrido el maratón—. Por favor. Quiero tocarte.

—No muevas las manos de ahí —repite mientras me aprieta las muñecas.

No tiene que volver a decirlo. Ya estoy asintiendo. Lo que sea para hacer que esto continúe, para evitar que termine.

—Vale.

Retrocede para arrodillarse entre mis piernas abiertas. Está cubierto por las sombras, pero tengo la sensación de que él puede verme con todo detalle gracias a la luz que entra por las ventanas. Me acuna los pechos entre las manos, pero no desperdicia mucho tiempo con eso antes de deslizarse hacia abajo y darme un beso con la boca abierta en la piel sensible que se encuentra justo debajo de mi ombligo. Y después lo tengo en el coño. Jadea contra mi clítoris como si este momento le afectara tanto como a mí. Puede que incluso más.

—Voy a hacerte mía, sirenita. En todas las posiciones, de todas las formas, hasta que deje mi marca en tu piel.

No sé si está hablándome a mí o si habla consigo mismo, pero me trae sin cuidado. Me agarro al cabecero con fuerza y me esmero por no moverme.

—Pues hazme tuya.

Es un eco de lo que le he dicho en el trono, pero ahora significa algo diferente. No puedo fingir que quiera esto simplemente para el beneficio de nuestras respectivas reputaciones.

No, lo necesito y punto.

Mi deseo de escuchar la risa seca y ronca de Hades se está convirtiendo en una adicción muy grave. Es mil veces mejor que el sonido que emite sobre mi sexo. Me pasa la lengua por encima. Su gruñido es el único aviso que me da antes de agarrarme de los muslos para levantarme y separarme más las piernas, lo que me deja totalmente expuesta. No lo saborea, no me provoca, no me tienta. Se limita a comerme como si nunca más fuera a tener la oportunidad. Como si necesitara que yo llegara al orgasmo más de lo que él necesita respirar.

Cada exhalación me sale como un sollozo. No puedo pensar, no puedo moverme, no puedo hacer nada más que obedecer sus órdenes, agarrarme al cabecero y aceptar el placer que va aumentando con cada movimiento de su lengua. Empiezo a temblar, no puedo parar.

—¡Hades!

No contesta, sigue con los mismos movimientos que hacen que el

deseo se enrede cada vez con más intensidad por mi interior. Esto es increíble. Quiero que dure, quiero el final que me ha prometido. Quiero; sin más. Hades pone la boca contra mi clítoris y chupa con fuerza mientras me mete dos dedos. Me corro con tanta intensidad que parece que se me sobrecargan todos los sistemas.

Es como si ese orgasmo lo hubiera desinhibido, porque ahora se toma su tiempo y arrastra la boca por mi estómago, me besa las curvas del pecho. Sigo dando vueltas, pero cada caricia, combinada con el peso de su cuerpo sobre el mío, me devuelve a la tierra poco a poco. Me humedezco los labios.

—Hades.

Se detiene.

—¿Sí?

—¿Puedo tocarte ya? Por favor.

Jadea contra mi cuello.

—Ya me estás tocando.

—No es eso a lo que me refiero y lo sabes.

No suelto el cabecero, no pienso desobedecer sus órdenes sin permiso. Esto parece un momento importante, como si estuviéramos al borde de algo inconmensurable. Y no tiene ningún sentido. Es solo sexo, un acto que puede reducirse a componentes básicos. Lo deseo, por lo tanto quiero tocarlo. No quiero que esto termine, así que, por supuesto, no desobedezco sus órdenes.

Solo que no parece tan sencillo.

Hades se está escondiendo de mí de forma intencionada. De mi vista, de mi tacto, de todo. No debería odiar esa pequeña distancia que nos separa, no cuando está tan pendiente de mi placer. Pero la odio. Lo quiero todo, igual que él me lo está exigiendo a mí. Noto una opresión en el pecho.

—Hades, por favor.

Duda durante mucho tiempo, como si fuera a volver a rechazarme. Por fin suelta un taco y alarga la mano por encima de mi cabeza para tomar una de las mías y bajarla hasta su pecho; después repite el mismo movimiento con la otra. La piel está desfigurada, en algunas zonas es demasiado lisa y en otras está hinchada. Son cicatrices. Lo que noto son cicatrices.

No digo ni una palabra mientras bajo lentamente las manos por su pecho y después las vuelvo a subir. Hades se queda quieto como

una estatua. Ni siquiera estoy segura de que esté respirando. Algo (o alguien) le hizo daño, mucho daño. Sin ver siquiera el grado de la lesión, sé que tiene suerte de seguir con vida.

Puede que un día confíe lo bastante en mí para dejarme que lo vea entero.

Me arqueo hacia arriba y lo beso. Ahora mismo no necesitamos decir nada más. Él se relaja al instante contra mí y en una parte de mi cabeza se me ocurre que esperaba que lo rechazara. Será tonto... Cada pieza de él que descubro, cada pequeño matiz y misterio, solo consigue que lo desee más. Hades es un rompecabezas que podría pasarme la vida entera explorando y aun así jamás llegaría a conocerlo del todo.

Casi me da pena tener solo tres meses.

Se separa del beso el tiempo suficiente para rebuscar en la mesilla de noche y sacar un condón. Se lo arrebato de las manos y lo obligo a recostarse con una mano en el pecho.

—Déjame a mí.

—Se te da fatal lo de la sumisión —murmura, pero en su voz se aprecia esa risa ronca.

—Te equivocas. —Abro el condón—. Se me da de maravilla la sumisión. Y se me da igual de bien comunicar lo que quiero cuando lo quiero. Se llama adaptarse.

—No me digas —sisea cuando le acaricio la polla, así que vuelvo a hacerlo.

—¿Hades?

Se ríe entre dientes.

—Dime.

—Prométeme que podré hacerte una mamada pronto. Muy pronto. Ahora mismo necesito tenerte dentro, pero me encantaría.

Levanta el brazo y me pasa el dedo por el labio inferior.

—Cuando decidas que necesitas meterte algo mío en la boca, arrodíllate y pídemelo amablemente. Si ese día estoy por la labor, puede que hasta acceda.

Le muerdo el pulgar.

—Vale, me lo merecía.

—Ponme el condón, Perséfone. Ya.

Resulta que yo tampoco tengo ganas de seguir chinchándole. Le deslizo el condón por la erección. Apenas consigo apartar las manos

cuando Hades me vuelve a empujar a la cama. Antes de haber estado con él, habría dicho que no me pone que me traten así, ya sea con delicadeza o no. Resulta que solo necesitaba que me manejara el hombre indicado. Me pone de lado y me levanta una pierna por encima de su brazo a la par que se arrodilla entre mis muslos. Es una posición extraña, pero no tengo tiempo de hacer ningún comentario porque, media respiración después, lo tengo dentro. Se clava en mi interior hasta la base y ambos suspiramos al unísono.

Hades apenas me concede un segundo para acostumbrarme antes de empezar a moverse. Embestidas largas y minuciosas que me dejan totalmente atrapada contra la cama.

—Tócate —gruñe—. Quiero sentir cómo te corres. Sin testigos. Sin público. Esta vez solo para mí.

Hago lo que me pide, deslizo la mano hacia abajo para acariciarme el clítoris. Y es una sensación muy placentera. Parece que todo lo que hacemos juntos es increíble. Estar con Hades es como vivir en una alucinación de la que nunca querría despertar. No quiero que esto se detenga, nunca jamás.

Hades ajusta el ángulo y aumenta el ritmo, lo cual envía una ola de placer que no puedo parar.

—Joder.

—No pares. Ni se te ocurra parar.

Parece que me lea la mente y pronuncie las palabras que siento en el pecho para decírmelas.

No podría ni aunque quisiera. Se me escapan las palabras, pronuncio su nombre, una y otra vez. Él se inclina hacia abajo, dobla mi cuerpo como a él le place y reclama mi boca a la vez que me corro. Sus embestidas se vuelven más toscas, menos constantes y después me sigue por el precipicio.

Los huesos se me convierten en líquido mientras me esfuerzo por no interrumpir el beso. Ha pasado de ser feroz a algo dulce, casi cariñoso. Como si me estuviera diciendo sin palabras lo contento que está conmigo. No es algo que hubiera creído necesitar antes, pero se me clava en el pecho como un cuchillo afilado.

Hades se separa por fin.

—No te muevas.

—No podría aunque quisiera.

Su risa ronca lo sigue cuando se mete en el baño. Unos segundos

después vuelve. Lo contemplo dirigirse a la cama y desearía que la habitación estuviera mejor iluminada. Ahora apenas parece humano. Es casi como si fuera un íncubo al que hubieran enviado para cumplir mis deseos más oscuros, uno que desaparecerá con la luz matutina.

—Quédate.

Hades se detiene de sopetón.

—¿Qué?

—Que te quedes. —Me incorporo, algo similar al pánico me revolotea en la garganta—. No te marches.

—Perséfone. —Llega a la cama y se mete dentro para acunarme entre sus brazos—. Sirenita, no me marcho.

Nos lleva unas cuantas maniobras meternos bajo las sábanas, pero Hades no deja de tocarme durante todo ese tiempo. Acabamos tumbados de lado, él abrazándome por la espalda.

Solo cuando estoy completamente envuelta por él consigo volver a respirar.

—Gracias.

—¿Adónde me iba a ir? Estás en mi cama.

Quiero reírme, pero no puedo. En vez de eso, le acaricio los brazos.

—Pero al final te marcharás. O mejor dicho, lo haré yo.

Al final, sin importar lo mucho que me guste, acabará.

—Sí.

Cierro los ojos, odio lo decepcionante que me resulta su respuesta. ¿Qué esperaba? Hace menos de una semana que nos conocemos. La única razón por la que le insistí tanto en este trato era poder estar bien y ser libre de verdad. Meterme de cabeza de un compromiso con Zeus a este trato con Hades... Eso no es libertad. Lo sé y, aun así, me arden los ojos al pensar que esto terminará.

Aún no.

Aún me queda un poco más, y pienso disfrutar al máximo cada momento.

17

Hades

Me despierto con la salida del sol. Abrir los ojos y encontrarme a Perséfone en mi cama surte un efecto en mí que me da miedo analizar en profundidad. Me gusta tenerla aquí. Me relaja, y eso es una puta mierda. No puedo permitirme el lujo de mirarla a los ojos mientras casi me suplica pasar la noche juntos. Se le estaba bajando el chute de adrenalina de toda la escenificación y el sexo. Aunque no hubiésemos estado en mi cama, no la habría dejado sola en ese momento.

Pero eso no cambia el hecho de que me guste ver su rubio pelo esparcido por la almohada que tengo a mi lado. Y la prueba de que duerme inquieta: la sábana hecha una maraña alrededor de la cintura y los pechos desnudos para recibir los rayos matutinos que se cuelan por las ventanas. Casi hace que me deje llevar y la despierte con la boca.

Casi.

Bajo los ojos y me miro el pecho, el desastre de cicatrices que me quedaron del incendio que acabó con la vida de mis padres. Un recuerdo del que jamás podré escapar porque lo llevo escrito en mi propia piel. Con un suspiro, me levanto de la cama, procuro tapar a Perséfone con las sábanas para que no coja frío, y me acerco a la ventana para cerrar las cortinas. Después, una ducha rápida y me visto. Estoy a punto de bajar a mi despacho, en la planta principal, pero dudo. ¿Perséfone se lo tomará como un rechazo, como que la dejo? No estoy seguro. Joder, no debería importarme una mierda ninguna de las dos opciones. Da igual que el sexo entre nosotros sea sublime, no estamos saliendo. Si llego a olvidarme de esa realidad, si me olvido de que tenemos fecha de caducidad, me estaré buscando problemas de los gordos.

No ceso de repetírmelo mientras me dejo caer en la silla de mi escritorio, que apenas utilizo, en el despacho que tengo fuera del dormitorio. Reviso el móvil un momento y veo que tengo media docena de mensajes. Los leo todos por encima, pero me paro a leer uno de Hermes.

> Reunión obligatoria a las 9. No faltes, Hades, y voy en serio aunque no lo parezca.

Sabía que iba a llegar este momento, pero pensaba que sería hace días. Inspiro hondo y abro el portátil. Tarda un par de minutos en arrancar, pero aun así llego diez minutos antes a la reunión. Como era de esperar, ya están todos presentes.

La pantalla está dividida en cuatro. En una imagen aparece el reflejo de mi cara. En otra están Hermes y Dionisio, que al parecer están sentados en una cama de hotel comiendo Cheetos, y todavía llevan la ropa de anoche. En la tercera imagen aparece Poseidón, y su fuerte y ancha espalda ocupa casi todo el campo de visión. Entreveo una cara de cabreo bajo el pelo y la barba roja, como si tuviera menos ganas de estar aquí que yo. En el cuadrado que queda están las otras ocho personas que conforman el grupo de los Trece sentados alrededor de una mesa en una sala de juntas. Como Zeus no se ha casado desde el fallecimiento de la última Hera, nos falta uno de los miembros.

Con solo pensar en Perséfone sentada a esa mesa se me revuelve el estómago.

Zeus ocupa el lugar central, y no se me pasa por alto que su silla está un poco más alta que las del resto. Aunque en teoría el poder estriba en el grupo en sí, siempre se ha dado aires de ser un rey contemporáneo. A su derecha está Afrodita, con la piel perfecta y el pelo moreno que descansa a la altura de los hombros en unas ondas sumamente cuidadas. A la izquierda de Zeus está Deméter.

Analizo a la madre de Perséfone. Ya la he visto antes, claro está. Es imposible esquivar su rostro en las columnas de cotilleo y en las noticias de internet. Veo un poco de Perséfone en los penetrantes ojos color avellana y en la mandíbula de la mujer, aunque el rostro de Deméter se ha redondeado un poco con el paso del tiempo. Tiene un porte real con el traje sastre que lleva, y parece dispuesta a pedir mi cabeza. Qué maja.

Nadie habla durante un buen rato. Yo me recuesto. Desde luego

no pienso ser yo quien rompa el silencio. Yo no he convocado esta reunión. Zeus quiere que esté presente, así que, joder, más le vale empezar con todo este lío.

Entonces, como si pudiese leerme el pensamiento, Zeus se inclina hacia delante.

—Devuélveme a mi prometida.

—He respetado el acuerdo, y lo sabes bien. Ella huyó de ti, corrió hasta que sangró de los pies y casi se muere por una hipotermia, y todo porque quería escapar de ti cuanto antes. Cruzó el río Estigia por su propia voluntad. Es libre de volver cuando le plazca. —Finjo pasear la mirada por los rostros de todos los presentes antes de continuar—: Pero no quiere. Nos estás haciendo perder el tiempo a todos con esta reunión.

—Estás corrompiendo a mi niña, monstruo.

Miro a Deméter con las cejas enarcadas.

—Tú estabas más que dispuesta a vender a tu niña a un hombre que tiene fama de matar a sus esposas. No seas quien mire la paja en el ojo ajeno.

Deméter jadea, pero es puro teatro. No la conozco lo suficiente para saber si lo que veo en su rostro es culpa o simple ira. Pero me da igual. Perséfone hará lo imposible por escapar de las garras de estas personas, y yo me tiraría a los leones antes de devolverla en contra de su voluntad, literalmente.

Zeus niega con la cabeza despacio.

—No me pongas a prueba. El último Hades...

—Mi padre, dirás. El hombre al que mataste. La razón por la que se creó el acuerdo. —Me inclino hacia delante yo también—. Si quieres amenazarme, elige un arma mejor. —Uno a uno, cruzo la mirada con la de todos los miembros de los Trece—. He respetado el acuerdo. Perséfone es libre de ir y venir cuando quiera. ¿Hemos acabado?

—Demuéstralo —espeta Deméter.

Noto su presencia detrás de mí justo antes de que Perséfone me toque con suavidad. En la pantalla, la veo junto a mi hombro, envuelta con la sábana. Tiene el pelo enredado, y la poca piel del cuello y del pecho que lleva a la vista irritada. Se encorva un poco hacia delante y fulmina con la mirada la pantalla.

—Estoy donde quiero estar, Madre. Y soy muy feliz con Hades.

Entonces estira el brazo por encima de mi hombro y cierra el portátil.

Despacio, me vuelvo hacia ella para mirarla.

—Acabas de colgar a los Trece.

—Que se vayan a la mierda.

No sé si echarme a reír o arroparla y llevármela a algún lugar donde pueda protegerla de la inevitable venganza de Zeus.

—Perséfone.

—Hades —dice imitando mi tono censurador—. No iban a creerte si no lo veían con sus propios ojos, y aun así la mitad de ellos seguirá sin creérselo. Dejar que Zeus se ponga a dar voces no es más que una pérdida de tiempo para todos. Deberías estar dándome las gracias.

—¿Que debería estar dándote las gracias?

—Sí. —Se sube encima de mi regazo a horcajadas—. De nada.

—No tienen ni idea de quién eres en realidad, ¿no? —pregunto apoyando las manos en sus caderas.

—No. —Acaricia mi pecho, con una mirada reflexiva—. Pero, bueno, yo tampoco sé quién soy en realidad. Confiaba en que lograr salir de Olimpo me ayudara a descubrirlo.

Poso las manos sobre las suyas.

—Todavía estás saliendo de Olimpo.

Me duele decirlo, pero no dejo que se refleje en mi tono de voz. Hice una promesa y, da igual lo mucho que haya disfrutado pasando el rato con ella estos últimos días, voy a cumplirla. Tenemos hasta abril. Y bastará. Deberá bastar.

Esboza una triste sonrisilla.

—Tendré que llamar a mis hermanas pronto para decirles que estoy bien si no quieres que invadan tu casa.

—Hoy te consigo un móvil. —Hago una pausa, y añado—: Uno que no esté pinchado.

—Gracias.

Me brinda una sonrisa preciosa. Me la quedo mirando con una expresión semejante al desconcierto. He visto a la Perséfone astuta, a la radiante y a la enfadada. Pero nunca la había visto así. ¿Es felicidad lo que percibo? Me da miedo preguntar y descubrir que no es más que otra de sus habituales máscaras.

Perséfone me da un pico rápido y, después, se baja de mi regazo y se agacha en el suelo para arrodillarse ante mis muslos. Me lanza

una mirada de esperanza, y hago a un lado mi lío de sentimientos para concentrarme en el aquí y el ahora.

—¿Quieres algo, sirenita?

Me recorre los muslos con las manos y se muerde el labio inferior.

—Me prometiste que, si hincaba las rodillas y te lo pedía con educación, me darías tu pene. —Se inclina hasta el cierre de mis pantalones de vestir—. Hades, me encantaría muy mucho poder comértelo, por favor.

Le cojo las manos.

—Sabes que no tienes por qué hacer esto.

—Sí, lo sé. —Me lanza una mirada arrogante, como si me estuviese consintiendo—. Que me digas que no tengo que hacer nada que no quiera hacer es una gilipollez, porque ansío hacerlo todo contigo. Y cuando digo todo, es todo.

Solo se está refiriendo al sexo, pero el corazón me da un vuelco sordo en respuesta, como si se estuviese despertando tras un largo sueño. Oxidado y desacostumbrado, pero, aun así, vivo. La suelto y poso las manos temblorosas en los brazos de la silla.

—Pues no dejes que te pare.

—Me parece fantástico que pensemos igual. —Me desabrocha el pantalón y me saca el pene. Perséfone se relame—. Ay, Hades. Ojalá tuviese talento artístico de cualquier clase, porque me encantaría pintarte.

Todavía estoy procesando esa extraña afirmación cuando Perséfone se encorva hacia abajo y se mete la polla en la boca. Me espero... No sé muy bien qué espero. A estas alturas debería darme cuenta de que Perséfone nunca se comporta como creo que lo va a hacer. Me come como si quisiera saborear y deleitarse con cada centímetro de mí. Un lametón cálido, húmedo que hace que se me tensen todos los músculos del cuerpo. Lucho por mantenerme firme, por dejar que disfrute de su momento mientras termina con su exploración y levanta la mirada.

Se le han oscurecido los ojos y se le han encendido las mejillas.

—¿Hades?

—Dime.

Me masajea los muslos con la yema de los dedos.

—Deja de ser tan dulce conmigo y dime lo que quieres.

El desconcierto hace que le responda con total sinceridad:

—Quiero follarte la boca hasta hacerte llorar.

—Por fin —exclama mirándome con una sonrisa preciosa en el rostro—. ¿Ha sido tan difícil? —Entonces se echa hacia atrás—. Finges ser el gran lobo malvado, pero has sido muy prudente conmigo desde que nos conocimos. No tienes que ser así. Te prometo que podré soportar todo lo que me hagas.

Deja caer la sábana al suelo. Esta mujer dice que quiere pintarme, pero ella es la obra de arte, la viva imagen de la diosa que le da nombre.

Estoy empezando a pensar que por ella estaría encantado de ahogarme.

Despacio, me pongo en pie y le tiro del pelo hacia atrás. Joder, es tan hermosa que me deja sin respiración. La deseo como nunca he deseado nada en mi vida, una realidad en la que no estoy preparado para profundizar. Me enredo el pelo en un puño y le doy un pequeño tirón.

—Si me paso, dame una palmada en el muslo.

—No te vas a pasar.

Le doy un golpecito en el labio inferior con el pulgar.

—Abre.

Perséfone es todo placer perverso cuando se la mete en la boca. Empiezo despacio, dejando que así se acomode al ángulo, pero el oscuro deseo de hacer justo lo que le he dicho es demasiado fuerte. Acelero el ritmo, y se la meto cada vez más. Hasta la garganta. Perséfone cierra los ojos.

—No, no los cierres. Mírame. Observa lo que me estás provocando.

Abre los ojos al instante. Perséfone se suelta y se relaja, y se rinde a mí al completo en este momento. Sé que no voy a aguantar mucho, y eso hace que todo sea más dulce. El placer aumenta con cada embestida y amenaza con romperme en mil pedazos. La intensidad no hace más que crecer cuando empieza a caerle una lágrima por el rabillo de los ojos. Le rodeo el rostro con las manos y le limpio la lágrima con el pulgar, con ternura hasta en este instante de brutalidad comedida.

Es demasiado. Nunca será suficiente.

—Me voy a correr —anuncio con mucho esfuerzo.

Me pasa las manos por los muslos y me da un suave apretón. Su consentimiento. Es todo el permiso que necesito para liberarme. Intento no cerrar los ojos, intento saborear cada momento del regalo que me está dando al tiempo que se la meto en la boca y alcanzo el orgasmo. Perséfone traga, sosteniéndome la mirada. Me mira como si pudiese verme de verdad. Como si lo estuviese disfrutando tanto como yo.

Nunca me he sentido tan deseado en mi vida, joder.

No sé qué hacer con esto, cómo procesarlo. Me obligo a soltarla, y ella me chupa con pereza una última vez antes de echarse hacia atrás y relamerse. Los rastros de las lágrimas le manchan las mejillas, y ella sonríe, y parece especialmente satisfecha consigo misma. Es una disparidad que me descoloca, así que tiro de ella para que se levante y la beso, un beso profundo y duro.

—Eres un regalo.

—Lo sé —contesta riéndose contra mi boca.

La acompaño hasta la puerta de mi habitación.

—Tengo cosas que hacer hoy.

—¿De verdad? —Perséfone me rodea el cuello con los brazos y me sonríe satisfecha, impenitente—. Supongo que tendrás que ponerte con ellas.

—Mmm. —La cojo por la parte de atrás de los muslos y la levanto para hacerla caer bocarriba sobre la cama—. En un ratito. —Me arrodillo a un lado de la cama y le abro las piernas. Tiene un precioso coño rosado y, vaya, está empapado. Le separo los labios con los pulgares y espiro frente al clítoris—. Te ha gustado.

—Sí, me ha encantado. —Levanta la cabeza lo suficiente para mirarme por encima de su cuerpo tumbado—. Te he dicho que puedo aguantar todo lo que me hagas. Debería aclarar una cosa. Ansío todo lo que me haces.

Joder, sí que confía en mí. Todavía no estoy seguro si me merezco su confianza plena.

Le sostengo la mirada y le paso la punta de la lengua por el clítoris, en forma de círculos.

—Creo que los negocios pueden esperar un poco.

La sonrisa que me brinda como respuesta me sirve como recompensa, pero está casi temblando por el deseo de sentarse encima de mi cara…

Joder, pues me parece una idea estupenda.

La empujo un poco hacia arriba y me subo a la cama.

—Ven aquí. —Perséfone me obedece al instante, y me imita para subirse sobre mí y sentarse a horcajadas sobre mi pecho. Yo me echo un poco hacia abajo y ya está, la tengo justo donde quería—. No te reprimas, sirenita. Sabes que quieres ser mala.

Prueba con un contoneo vacilante, y yo la recompenso con un buen lametazo. Perséfone no tarda mucho en mecerse sobre mi boca, buscando su propio orgasmo mientras yo me pierdo en su sabor. Se corre con un grito que se parece muchísimo a mi nombre, y le tiembla todo el cuerpo que tengo encima mientras ella se desmorona sobre mi lengua.

Pero no me basta. ¿Cuántas veces pensaré eso antes de comprender que nunca, jamás, tendré suficiente? Da igual. Al menos una vez más.

La giro para tumbarla en la cama bocarriba y sigo devorándola, mientras la necesidad y el deseo me empujan a hacer de esto... no sé. Quiero dejar grabado en su piel el recuerdo de este placer, asegurarme de que, no importa dónde vaya o cuánto tiempo pase, siempre recordará este momento.

Que siempre me recordará a mí, a Hades.

18

Perséfone

Hades y yo no salimos de la cama hasta casi la hora de comer, y solo porque el rugido de mis tripas le parece una ofensa personal. Así es como acabo sentada en la isla de la cocina con tres platos de comida ante mí. Sigo jugueteando con las patatas fritas cuando aparece Hermes.

Levanto las cejas.

—Pero ¿tú nunca te vas a casa?

—El concepto de casa es muy amplio. —Señala con la cabeza el móvil nuevo que está sobre la encimera, al lado de mi codo—. Conque sí que tienes móvil. Tus pobres hermanas han recurrido a usarme como mensajera porque no pueden dar contigo.

Lo contemplo, y luego a ella.

—¿Vienes de parte de mis hermanas?

—Parece ser que tenías que ponerte en contacto con ellas hace unos días y, al no hacerlo, se han temido lo peor. Además, Psique te ha enviado un mensaje. —Se aclara la garganta y, después, la voz de mi hermana emerge de sus labios—. Solo podré retener a Calisto un par de días más. Llama en cuanto te llegue este mensaje para que podamos calmarla. Ella y Madre han estado peleándose, y ya sabes cómo acaba eso. —Hermes sonríe y me roba una patata del plato—. Fin del mensaje.

—Vaya, gracias.

Había escuchado que podía hacer eso, pero sigue siendo jodidamente espeluznante presenciarlo.

—Es mi trabajo. —Me roba otra patata—. Así que Hades y tú estáis follando como conejos de verdad, no era solo una farsa. Tampoco es que me sorprenda, pero, la verdad, me dejas de piedra.

No me apetece compartir secretos con la mujer cuyo trabajo consiste en recolectarlos. Frunzo el ceño.

—Dionisio y tú parecéis llevaros muy bien para ser solo amigos. ¿Es cierto eso de que no le interesa demasiado el sexo?

—Me lo he buscado. —Se ríe—. Será mejor que llames a tus hermanas. No me molaría que Calisto fuera a buscarle las cosquillas a Zeus.

La idea me deja helada. Psique se sabe bien las normas del juego. Eurídice vive en una nube y solo tiene ojos para su novio. Pero ¿Calisto? Si Calisto y nuestra madre se enfrentan, no estoy segura de que la ciudad vaya a salir intacta. Si va tras Zeus...

—Voy a llamarlas.

—Buena chica.

Me da un golpecito en el hombro y sale de la cocina, supongo que para atormentar a otro pobre diablo ingenuo. A pesar de eso, me cae bien. Puede que Hermes esté metida en jueguecitos misteriosos y yo no tenga ni idea de lo que se trae entre manos, pero al menos es interesante. Y creo que tanto ella como Dionisio le tienen verdadero cariño a Hades. No estoy segura de si será suficiente para evitar que se pongan de lado de los Trece llegado el momento, pero ya me preocuparé por eso más adelante.

Doy un último bocado a la comida, cojo el teléfono que me ha pasado Hades antes y salgo de la cocina para bajar al vestíbulo y entrar en la habitación que he encontrado durante una expedición rápida por la planta baja. Supongo que es una sala de estar, pero tiene el aura de un acogedor rinconcito de lectura con dos sillones cómodos, una chimenea gigante y varias estanterías llenas de toda clase de libros, desde no ficción hasta fantasía.

Me dejo caer sobre el sillón de un intenso color morado y enciendo el móvil. Ya tiene apuntados los contactos de mis hermanas y una aplicación para videollamadas instalada. Respiro hondo y llamo a Psique.

Contesta al instante.

—Ah, gracias a los dioses. —Se reclina hacia atrás—. ¡Está aquí!

Calisto y Eurídice aparecen a su espalda. Cualquiera que nos estuviera viendo a las cuatro jamás diría que somos hermanas. De hecho, en realidad somos todas medio hermanas. Mi madre estuvo casada cuatro veces antes de conseguir su objetivo de convertirse en

una de los Trece, cuando dejó de necesitar a los hombres para seguir adelante con sus ambiciones. Todas hemos heredado los ojos avellana de mi madre, pero ahí terminan las similitudes.

Parece que Eurídice está a punto de echarse a llorar, pues ya tiene la piel de un tono marrón claro llena de ronchas.

—Estás viva.

—Sí, estoy viva.

Me reconcome la culpa. Estaba demasiado preocupada por acercarme tanto como pudiera a Hades para acordarme de hablar con mis hermanas. Egoísta. Qué egoísta por mi parte. Pero ¿por qué me sorprende? Mi plan es abandonar Olimpo para siempre. Dejo de pensarlo.

Calisto se inclina hacia delante y me analiza de forma crítica.

—Tienes... buen aspecto.

—Porque estoy bien. —Por tentador que resulte restarle importancia a la situación, no me queda otra que ser totalmente sincera con ellas—. Hades y yo hemos hecho un trato. Va a mantenerme a salvo hasta que pueda salir de Olimpo.

Calisto entrecierra los ojos.

—¿A cambio de qué?

Ahí está el quid de la cuestión. Le aguanto la mirada.

—Si Zeus me considera menos atractiva porque he estado acostándome con Hades, no intentará seguirme cuando me marche. —Mis hermanas se limitan a mirarme fijamente y suspiro—. Y sí, estoy furiosa con Madre y con Zeus, así que quería darles una lección.

Psique frunce el ceño.

—Desde esta mañana se dice por ahí que Hades y tú estabais, en fin, echando un polvo delante de media zona baja. Pensaba que solo eran rumores sin sentido, pero...

—Es cierto. —Noto que me ruborizo—. Nuestro plan no funcionará si solo fingimos. Tiene que ser real.

Es Eurídice, mi hermana dulce e inocente, la que habla después con una voz grave que rezuma furia:

—Vamos a por ti ahora mismo. Si piensa que puede obligarte a...

—Nadie me está obligando a hacer nada. —Levanto una mano. Tengo que tomar la delantera. Debería haber imaginado que ahorrarme los detalles no haría más que incitar hasta el último de sus instintos protectores—. Os voy a contar toda la verdad, pero tenéis

que dejar de interrumpirme y escuchar.

Psique pone la mano sobre el hombro de Eurídice.

—Cuéntanos y ya decidiremos nosotras cómo reaccionar.

Esa es la mejor oferta que voy a conseguir. Suspiro y después les cuento todo. Cómo lo insté a hacer el trato. La forma en la que Hades me mima constantemente, el sexo que tenemos.

Omito la historia de Hades y Zeus o hablar de las cicatrices que le envuelven el cuerpo, que sin duda son fruto del incendio que mató a sus padres. Un incendio provocado por Zeus. Es evidente que confío en mis hermanas, pero algo en mi interior se niega a compartir esa historia con ellas. No es que sea un secreto, pero sí que da esa sensación, como algo que solo Hades y yo sabemos y que nos une todavía más.

Y...

Dudo, pero, en realidad, ¿con quién más voy a hablar de esto?

—Siento que aquí puedo respirar. No tengo que fingir, no tengo que ser perfecta y risueña a todas horas. Siento... que por fin estoy empezando a descubrir quién soy de verdad detrás de la máscara.

Los ojos de Eurídice le hacen chiribitas.

—Solo tú podrías escapar para acabar en la cama de un tío empeñado en hacer cualquier cosa por protegerte. La suerte siempre te sonríe, Perséfone.

—Pues no me sentí así cuando se anunció mi compromiso.

La felicidad de Eurídice se ve mermada.

—No, supongo que no.

Psique me mira como si fuera la primera vez que me ve.

—¿Estás segura de que no es una trampa muy bien pensada? Si has desarrollado esos mecanismos de defensa es por algo.

Me trago la negación que me sale por instinto y me obligo a pensarlo.

—No, no es una trampa bien pensada. Odia a Zeus tanto como yo; no tiene motivo para pensar que hacerme daño a mí podría causarles daño a otros. Y él tampoco es así. No se parece en nada al resto de los Trece.

Eso lo sé a ciencia cierta. He podido sobrevivir entre el círculo de poder e influencias de Olimpo durante tanto tiempo gracias a confiar en mis instintos y escupiendo mentiras. No tengo que mentir cuando estoy con Hades. Es más, mis instintos me indican que con él estoy a

salvo.

—¿Estás segura? Porque todo lo que sabemos es que has estado fascinada con el título de Hades desde…

—Hades no es el problema. —No quiero contarles lo que sé sobre Madre, pero tienen que saberlo—. Madre ha amenazado con cortar todo suministro para la zona baja hasta que Hades me permita regresar.

—Lo sabemos. —Calisto se pasa la mano por la larga melena oscura—. Lleva despotricando sobre ello desde que te fuiste, ha perdido los papeles.

—Está preocupada —añade Eurídice.

Calisto resopla.

—Está cabreada. La has desafiado y la has dejado en evidencia delante del resto de los Trece. Se está volviendo loca intentando guardar las apariencias.

—Y además está preocupada. —Eurídice mira ceñuda a nuestra hermana mayor—. Ha estado limpiando.

Suspiro. Es fácil imaginar a mi madre como la villana aliada con Zeus, pero sí que nos quiere. Es solo que no deja que ese amor se interponga en sus ambiciones. Mi madre puede permanecer impasible mientras da órdenes como un general a punto de entablar batalla, pero, cuando está preocupada, limpia. Es lo único que la delata.

Aun así, eso no cambia nada.

—No debería haberme hecho eso a traición.

—Y nadie te lo discute. —Psique levanta las manos—. Nadie te discute nada. Solo estamos preocupadas. Gracias por ponernos al día.

—Tened cuidado. Os echo de menos.

—Nosotras también te echamos de menos. —Psique sonríe—. No te preocupes por nosotras. Aquí tenemos todo bajo control en la medida de lo posible.

Cuelga antes de que pueda asimilar esa última frase.

Que no me preocupe por ellas.

En realidad, no estaba preocupada por ellas. Hasta ahora.

Las vuelvo a llamar. Da tono durante mucho rato hasta que Psique descuelga. Esta vez no hay ni rastro de Calisto ni de Eurídice, y Psique no parece tan alegre como hace unos minutos. Frunzo el ceño.

—¿Qué está pasando? ¿Qué es lo que me estáis ocultando?

—Estamos bien.

—Sí, no paras de decir eso, pero a mí me parece que estás intentando dejarme tranquila y no lo estás consiguiendo. Habla claro. ¿Qué narices está pasando?

Mira por encima del hombro y la luz de la habitación se atenúa un poco, como si hubiera cerrado una puerta, una ventana o algo.

—Creo que alguien está siguiendo a Eurídice. En realidad, no solo a ella. Calisto no ha dicho nada, pero está más alerta de lo que la situación merece. Y creo que he visto a la misma mujer las tres últimas veces que he salido del ático.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—Saben dónde estoy. ¿Por qué intentarían seguiros para llegar a mí?

Psique aprieta los labios y por fin dice:

—Creo que se están asegurando de que ninguna trate de huir.

—¿Por qué haría Madre...? —Me callo de golpe—. No Madre, sino Zeus.

—Eso he pensado.

Psique se pasa los dedos por el pelo y se enrolla mechones en ellos, un gesto nervioso que lleva haciendo desde que éramos pequeñas. Está asustada.

Es culpa mía. Zeus no nos estaba siguiendo a ninguna antes de que yo huyera. Cierro los ojos, intento analizar las diferentes hipótesis, las diferentes razones por las que podría haberlo hecho más allá de salvaguardar su reputación en la zona alta. No me gusta la conclusión a la que llego todo el rato.

—No pensarás que os forzará a casaros con él a alguna de vosotras tres en mi lugar, ¿verdad?

Si ese es el caso, tengo que volver. No puedo ser la razón por la que una de mis hermanas acabe casada con ese monstruo, aunque tenga que sacrificarme yo para asegurarme de que no ocurra.

—No. —Niega con la cabeza y vuelve a negar con más fuerza—. Desde luego que no. Ellos mismos se han metido en un berenjenal al anunciarlo en público. No pueden obligarnos a ocupar tu lugar sin quedar como idiotas, y eso es algo que Zeus y Madre no están dispuestos a hacer.

Siento alivio, pero no tanto como me gustaría.

—Entonces ¿por qué?

—Creo que intentarán engañarte para que vuelvas a cruzar el

Estigia. —Psique me sostiene la mirada, más seria de lo que la he visto en la vida—. No puedes hacerlo, Perséfone. Sin importar lo que pase, haz lo que has planeado con Hades y mantente alejada de Olimpo. Aquí lo tenemos todo controlado.

Esta vez el escalofrío me recorre todo el cuerpo. ¿Hasta dónde está dispuesto a llegar Zeus para conseguir que vuelva? Estaba tan centrada en la forma en la que intentaría venir a por mí que he pasado por alto el resto de las posibilidades. Madre nunca les haría daño a sus hijas, aunque nos mueva como piezas de ajedrez. Podría hacernos sentir cierto peligro, pero no es un monstruo desalmado. Tengo la sensación de que, si hubiera seguido adelante con el matrimonio, tendría un plan B preparado para asegurarse de que no acabara como el resto de Heras. Aunque no importa, porque no me lo consultó.

Pero ¿Zeus?

Su reputación no es mentira. Aunque lo de asesinar a sus mujeres sea solo un rumor, el modo en el que trata a sus enemigos no lo es. Uno no mantiene ese control férreo sobre Olimpo siendo amable, considerado y rehuyendo mandar mensajes brutales. La gente lo obedece porque lo teme. Porque les ha dado una razón para temerlo.

Pisque debe apreciar el miedo en mi rostro, porque se acerca y baja la voz.

—Lo digo en serio, Perséfone. Estamos bien y lo tenemos todo bajo control por aquí. Ni se te ocurra volver por nosotras.

La culpa en la que tanto me he esforzado en no pensar durante los últimos días amenaza con abrirme en canal. He estado tan centrada en mi plan, en mi desenlace, que no me había parado a pensar en que mis hermanas podrían estar pagando el precio.

—Soy la peor hermana del mundo.

—No. —Niega con la cabeza—. Ni por asomo. Quieres escapar y es lo que tienes que hacer. Nosotras tres lo habríamos conseguido si hubiéramos querido.

Eso no me hace sentir mejor. De hecho, puede que me haga sentir aún peor.

—Estar en ese ático, con esa gente... me produce ahogo.

—Lo sé. —Sus ojos oscuros muestran empatía—. No tienes que justificarte conmigo.

—Pero mi egoísmo...

—Para ya. —La voz de mi hermana deja entrever un tono severo

—. Si quieres echarle la culpa a alguien, échasela a Madre. A Zeus. Joder, culpa a todos los Trece si te da la gana. No hemos elegido esta vida. Solo estamos intentando sobrevivir. Cada una de nosotras lo hace de una forma diferente. No te atrevas a disculparte conmigo y, desde luego, no te atrevas a llamarte egoísta.

Me arde la garganta, pero me niego a hundirme en la autocompasión y ponerme a llorar. Me esfuerzo por sonreír.

—Eres muy lista para ser la hermana pequeña.

—Resulta que tengo dos hermanas mayores alucinantes de las que aprender. —Aparta la mirada—. Tengo que dejarte. Llámanos si necesitas algo, pero que no se te ocurra cambiar de planes por nosotras.

La ferocidad de su voz se encarga de asegurarse de que no lo haré. Me obligo a asentir.

—No lo haré. Te lo prometo.

—Bien. Ten cuidado. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Y después de colgar, me deja mirando fijamente la chimenea vacía y preguntándome si he cometido un error terrible.

19

Hades

Cuando por fin acabo con todo lo que tenía que hacer hoy y voy a buscar a Perséfone, el anochecer se extiende poco a poco por el cielo. Nuestra parte de la ciudad está todo lo preparada que puede estar para lo que se avecina. Les he pedido a mis hombres que hagan correr la voz de que quizá haya varias alteraciones con los suministros y que deben actuar en consecuencia. Los espías de la zona alta están en alerta máxima y listos para regresar sin ser vistos y cruzar el río para ponerse a salvo. Todo el mundo está vigilante, esperando a ver cuáles van a ser los movimientos de Zeus y Deméter.

Estoy agotado. De verdad, estoy en la mierda. Es esa clase de agotamiento que se adueña sigiloso de ti y te desmoraliza entre un paso y otro.

No llego a darme cuenta de las ganas que tengo de ver a Perséfone hasta que entro en la minibiblioteca y me la encuentro hecha un ovillo en el sofá. Lleva uno de los vestidos que nos envió Juliette, uno de un alegre y vivo azul, y está leyendo un libro. Unas llamitas chisporrotean en la chimenea, y la absoluta normalidad de la escena casi me deja alucinado. Por una milésima de segundo, me permito imaginarme que esto que tengo delante es una vista de la que disfrutaré a diario cuando acabe de trabajar. En vez de arrastrar las piernas hasta mi dormitorio y desplomarme sobre mi cama solo, me encontraría a esta mujer en ella, esperándome.

Aparto esa fantasía de mis pensamientos. No puedo permitirme el lujo de querer esas cosas. Ni en general, ni con ella. Esto es temporal. Todo esto que tenemos entre manos es temporal.

Me mentalizo y me adentro en la habitación, y dejo que la puerta se cierre despacio a mi espalda. Perséfone levanta la mirada del libro,

y la expresión de angustia que tiene en el rostro me hace acercarme a ella al instante.

—¿Qué pasa?

—¿Dejando a un lado lo evidente?

Me siento junto a ella en el sofá; lo bastante cerca para que acepte la invitación si quiere, pero lo bastante lejos para darle su espacio personal si lo necesita. No he acabado de acomodarme en el sofá y ya tengo a Perséfone subida a mi regazo levantando las piernas hasta lograr mantener el equilibrio sobre mis muslos. Yo la envuelvo entre los brazos y apoyo la barbilla sobre su cabeza.

—¿Qué ha ocurrido?

—Hermes me ha dado un mensaje de mis hermanas.

Yo eso ya lo sabía, claro. Puede que Hermes tenga la asombrosa habilidad de burlar a mis guardias, pero ni siquiera ella es capaz de esquivar todas las cámaras de seguridad.

—Las has llamado y la conversación que has tenido con ellas te ha afectado.

—Bueno, supongo que podría decirse así. —Se relaja un pelín contra mi cuerpo—. Me he quedado aquí, sentada, ahogándome en la autocompasión. Soy una imbécil egoísta que ha montado todo este jaleo porque quería ser libre.

Nunca la he oído hablar con tanta amargura. Le respondo con una caricia vacilante y ella suspira, así que lo repito.

—Nadie obligó a tu madre a ocupar el puesto de Deméter. Ella fue tras él.

—Lo sé. —Pasa un solo dedo por los botones de mi camisa—. Ya te he dicho que me estaba autocompadeciendo, que casi no tiene justificación, pero estoy preocupada por mis hermanas y me da miedo que no haya hecho más que empeorar las cosas al largarme de casa en vez de claudicar y seguir los planes de mi madre.

No tengo claro qué se supone que debo decirle para que se sienta mejor. Uno de los daños colaterales de haber sido hijo único, y huérfano, es que no tengo muy desarrolladas las habilidades sociales. Sé intimidar, amenazar y gobernar, pero el consuelo escapa a mis conocimientos. La estrecho más contra mí, como si con eso bastara para reunir los trozos esparcidos de su alma y volver a juntarlos.

—Si tus hermanas son la mitad de competentes que tú, estarán más que bien.

Perséfone suelta una risa temblorosa.

—Creo que igual son más competentes que yo. Al menos Calisto y Psique. Eurídice es muy joven todavía. La hemos protegido mucho estos años, y ahora no dejo de pensar que quizá nos hayamos equivocado.

—Por lo de Orfeo.

—Supongo que no es mal tipo. Pero se quiere más a sí mismo y a su música de lo que quiere a mi hermana. Y yo nunca aceptaré algo así.

Al hablar se relaja y suelta hasta el último rastro de tensión. Solo hacía falta una distracción. Igual esto de consolar a la gente no se me da tan mal como pensaba. Tomo nota para más adelante, aunque al mismo tiempo me recuerdo que no sirve de nada. El tiempo ya corre en nuestra contra, aunque todavía tengamos lo que queda de invierno. Cuando se acabe, poco importará que sepa consolar a Perséfone cuando está triste. Se habrá marchado.

Me siento tentado a usar el sexo para distraerla, pero no sé si es lo que necesita ahora mismo.

—¿Quieres salir un ratito?

Por la forma en la que se anima veo que he dado en el clavo con mi propuesta. Perséfone me mira con esos enormes ojos avellana.

—¿En serio?

—Sí, en serio. —Reprimo el impulso de decirle que se vista con ropa más abrigada. No vamos a ir muy lejos, y lo que menos quiero ahora mismo es presionarla demasiado a hacer algo, no cuando ya se siente tan frágil. La bajo de mi regazo y la cojo de la mano mientras se pone en pie—. Venga, vamos.

—¿Es este otro de tus secretos, como el invernadero? —pregunta sonriéndome.

Todavía no puedo creerme lo íntimo que me parece haber compartido eso con ella. Es como si hubiese visto una parte de mí que nadie más ha llegado a ver. Y en vez de alejarse, parece comprender lo que ese lugar significa para mí. Despacio, niego con la cabeza.

—No, qué va. Vamos a echar un vistazo a lo que esconde tras bambalinas la zona baja de la ciudad.

Los ojos se le iluminan más si cabe.

—Vamos.

Quince minutos después, caminamos por la calle cogidos de la

mano. Una parte de mí se pregunta si debería soltarla, pero no me da la gana hacerlo. Me encanta sentir la palma de su mano contra la mía, con los dedos entrelazados. Al salir de casa la guío hacia el este, y camino a un ritmo tranquilo para que no se resienta demasiado. No es que importe mucho, pero Perséfone aún no se ha terminado de recuperar de lo que vivió la noche que nos conocimos. O igual solo estoy buscando una excusa para cuidar de ella.

Caminamos en un silencio cómodo, pero sé que todavía está pensando en sus hermanas. No se me ocurre nada que decirle que de verdad pueda consolarla en ese tema, así que me dispongo a ofrecerle una experiencia que la hará olvidarse del asunto durante un rato.

—Ya casi hemos llegado.

Por fin me mira, y pregunta:

—¿Me vas a decir adónde estamos yendo?

—No.

—Qué suplicio.

—Igual es que me gusta la mirada que pones cuando experimentas algo por primera vez —contesto dándole un apretón con la mano.

Es difícil saberlo a ciencia cierta entre las sombras de la creciente oscuridad, pero creo que se ruboriza.

—Si querías distraerme, el sexo siempre es una buena opción, ¿sabes?

—Lo tendré en cuenta. —Nos hago girar por un callejón estrecho. Perséfone me sigue sin vacilar hasta la gran puerta de metal que hay al final. La miro—. ¿Nerviosa?

—No —me responde al instante—. Voy contigo, y los dos sabemos que no vas a dejar que me pase nada malo.

—¿Tan segura estás de eso? —replico parpadeando.

Perséfone sonríe, y noto que se disipa un poco la preocupación que reflejaban sus ojos.

—Pues claro que sí. Eres el temible Hades. Nadie se mete contigo, así que nadie se meterá conmigo mientras esté contigo. —Se acerca ligeramente y sus pechos me tocan el brazo—. ¿Me equivoco?

—No —contesto con voz queda. Ni siquiera puedo disfrutar de sus burlas porque estoy demasiado ocupado recuperándome de su afirmación casual: «Voy contigo, y los dos sabemos que no vas a dejar que me pase nada malo». Como si fuera así de fácil. Como si eso fuera

verdad.

Lo es. Cometería actos imperdonables si así mantengo a Perséfone a salvo. Pero no sé por qué oírlo de su boca hace que todo sea mucho más real.

Perséfone confía en mí.

Me acerco a la puerta tan solo para hacer algo.

—Con la luz que hay todavía podemos examinar las columnas si te apetece.

—Me apetece. —No me suelta la mano cuando mira detenidamente las columnas blancas que hay a cada lado de la puerta. En vez de centrarme en ellas, me centro en Perséfone, pues ya sé lo que está viendo. Una fiesta en un bosque mágico con sátiros y ninfas comiendo, bebiendo y pasándoselo en grande. Al final, Perséfone se inclina hacia atrás y me sonríe—. Otro portal.

—¿Portal?

—Hades, muéstrame qué hay detrás de la puerta.

Empujo la puerta para abrirla, y el jadeo que suelta Perséfone casi se pierde en el jaleo que hay al otro lado. Intenta pasar por mi lado dándome un empujón, pero yo no le suelto la mano.

—No hay por qué correr.

—Habla por ti.

Mientras asimila la escena que tenemos delante, abre los ojos más que de costumbre.

En invierno, el mercado interior está abierto casi todas las noches de la semana. El techo es casi invisible por la oscuridad que se cierne sobre nosotros, pues el almacén es un lugar en el que resuena el eco; o lo habría si estuviese vacío. En esta época del año está hasta los topes de compradores y comerciantes afanosos. Los puestos semipermanentes están organizados en filas estrechas. Todos son del mismo tamaño, pero los propietarios dan su propio toque a cada espacio con unos toldos de brillantes colores y con unos carteles que anuncian de todo, desde productos agrícolas, jabón y dulces, hasta baratijas. Todos los puestos tienen sus tiendas desperdigadas por la zona baja de la ciudad, pero conservan una muestra de sus productos aquí.

Hay algunos propietarios que poseen sus puestos desde que yo era un crío. Algunos desde hace generaciones. Todo el almacén rebosa con los gritos de los compradores y los comerciantes, y con una

mezcla compleja de diferentes olores de comidas deliciosas.

Aprovecho el ruido como excusa para rodearle la cintura a Perséfone con un brazo y acercarla más a mi cuerpo para hablarle directamente al oído.

—¿Tienes hambre?

—Sí. —Todavía no ha despegado los ojos del mercado. No está tan concurrido como suele estarlo los fines de semana, pero aun así hay una gran cantidad de personas que se apiñan entre los puestos—. Hades, ¿dónde estamos?

—En el mercado de invierno. —Inhalo su aroma veraniego—. En los meses que hace más calor, todo el espacio se saca al exterior a una manzana que se ha diseñado para esto en concreto. Abre todas las noches de la semana, aunque algunos comerciantes van cambiando.

—Vaya, esto es como un mundo secreto —me dice volviéndose para mirarme—. ¿Podemos...? ¿Podemos explorarlo? —Su curiosidad y alegría son como un bálsamo para mi alma que no sabía que deseaba.

—Para eso hemos venido, claro. —De nuevo tiro de ella hacia mí cuando trata de abalanzarse hacia la multitud—. Pero, primero, a comer. Es mi única condición.

Perséfone sonríe.

—Sí, señor. —Pega un par de saltitos y me da un beso en la mejilla—. Llévame a tu puesto de comida favorito.

Y de nuevo esa sensación de que estoy compartiendo partes de mi vida con esta mujer que nadie más puede ver. De que ella aprecia y disfruta de unos pedacitos de mí que no son del Hades de siempre, el dirigente de la zona baja de la ciudad, el miembro de los Trece en las sombras. En momentos como este, es como si me viese de verdad, y me resulta excesivamente embriagador.

Acabamos en el puesto de *gyros*, y saludo a Damien, el hombre que hay detrás del mostrador, con un movimiento de cabeza.

—Dichosos los ojos.

—Hola. —Le doy un empujoncito a Perséfone para que se acerque al puesto—. Damien, te presento a Perséfone. Perséfone, él es Damien. Su familia lleva vendiendo *gyros* en Olimpo unas... ¿qué? ¿Tres generaciones?

—Cinco —contesta él entre risas—. Aunque si le preguntáramos a mi tío, diría que son unas diez y, como si eso fuera poco, también que

podemos remontar nuestro linaje a Grecia, a un jefe de cocina que cocinó para el mismísimo Alejandro Magno.

—Seguro que sí. —Me echo a reír tal como sé que quiere que haga. Hemos mantenido esta conversación miles de veces, pero él se lo pasa bien, así que lo consiento con mucho gusto—. Tomaremos dos de lo de siempre.

—Marchando. —Tarda un ratito en preparar los *gyros*, y me permito disfrutar de cómo sus precisos movimientos dejan entrever los años de experiencia que lleva a las espaldas. Aún recuerdo cuando venía a este puesto de joven, en plena adolescencia, y observaba al padre de Damien instruirlo en el proceso de tomar un pedido y preparar el *gyro*, supervisando a su hijo con una paciencia y un amor que siempre envidié. Mantenían una buena relación, y era algo que quería experimentar, aunque fuese de segunda mano, sobre todo durante esos angustiosos años.

—Invita la casa —dice Damien con los *gyros* en la mano.

—Ni de coña. —Saco algo de dinero del bolsillo y se lo dejo en el mostrador, al tiempo que hago caso omiso de las tibias protestas del comerciante. Esto es algo que también hacemos en casi todas mis visitas. Cojo los *gyros* y le tiendo uno a Perséfone—. Por aquí.

La guío hacia uno de los extremos del almacén, hasta donde hay un montón de mesas y sillas colocadas y plegadas contra la pared. Hay varias zonas de descanso esparcidas por todo el lugar, así que da igual en qué puesto adquieras algo de comer, nunca tendrás que caminar mucho para dar con un sitio donde sentarte a disfrutar de lo que has comprado.

Miro a Perséfone de reojo, y veo que ella me observa a mí con una expresión rara en el rostro.

—¿Qué pasa? —pregunto frunciendo el ceño.

—¿Cada cuánto te pasas por aquí?

Siento que se me eriza la piel y tengo la incómoda sospecha de que me he ruborizado.

—Pues de normal una vez a la semana. —Al ver que Perséfone no deja de mirarme, tengo que luchar por no empezar a mover los pies—. Me relaja el caos.

—No es solo por eso.

Y otra vez esta chica es demasiado perspicaz. Por extraño que parezca, no me importa darle más detalles a la explicación.

—No es más que una pequeña parte de la población de la zona baja de la ciudad, pero me gusta ver a la gente haciendo sus cosas. Es normal.

Perséfone abre su *gyro*.

—Porque están a salvo.

—Sí.

—Porque tú eres quien consigue que estén a salvo. —Le da un mordisco antes de que pueda responder y emite un gemido totalmente sexual—. Por los dioses, Hades. Esto está de muerte.

Comemos en silencio, y la absoluta normalidad del momento me da de pleno en el pecho. Solo por un ratito, Perséfone y yo podemos ser dos personas normales que se mueven por el mundo sin la amenaza de que todo Olimpo se desplome si damos un paso en falso. Esta podría ser una primera cita, una tercera, o una cualquiera después de diez años juntos. Cierro los ojos y me obligo a apartar esos pensamientos. No somos normales y esto no es una cita, y cuando se acabe nuestro tiempo juntos Perséfone se marchará de Olimpo. Dentro de diez años quizá esté en este mismo lugar disfrutando a solas de un *gyro* como he hecho un sinfín de veces en el pasado; pero ella estará en otro lugar, lejos, viviendo la vida que siempre ha querido.

Una vida bajo la luz del sol.

El papel que envolvía su comida se arruga cuando lo enrolla. Perséfone se inclina hacia delante, con determinación en el rostro.

—Enséñamelo todo.

—Es imposible que podamos ver todo el mercado hoy. —Antes de que pueda desanimarse, continúo—: Pero podemos hacer una pequeña exploración esta noche y regresar cada pocos días hasta que veas todo lo que quieras.

La sonrisa que me regala es tan pura que siento que me ha abierto en canal el esternón y que me ha cogido el corazón con el puño.

—¿Me lo prometes?

Como si fuera a negarle este simple gusto... Como si fuera a negarle cualquier gusto que tuviera...

—Te lo prometo.

Nos tiramos una hora paseando por los puestos y, después, guío a Perséfone hacia la entrada. Durante todo este rato, ha conseguido cautivar a cada una de las personas con las que ha hablado, y hemos

acabado nuestra expedición con un enorme montón de bolsas llenas de caramelos, un vestido que le llamó la atención y un trío de figuritas de cristal para sus hermanas. Casi me siento culpable por tener que cortarle la diversión, pero en cuanto emprendemos la vuelta a casa confirmo que ha sido una buena decisión. Para cuando llegamos a nuestra calle, Perséfone camina apoyada en mí.

—No estoy cansada.

—Ya, claro. —Reprimo una sonrisa.

—Que no. Solo estoy guardándome las energías.

—Ajá. —Cierro la puerta cuando entramos a la casa y la miro, evaluándola—. Entonces supongo que debería resistir el impulso de cogerte en volandas, subir las escaleras y dejarte en la cama.

Perséfone se muerde el labio inferior.

—A ver, que si me quieres coger en volandas, supongo que podré reducir al mínimo mis quejas...

La sensación de que me está estrujando el corazón no hace más que intensificarse.

—En ese caso...

La alzo en brazos, con las bolsas y todo, y me deleito en el chillido que suelta. Me deleito en cómo apoya la cabeza sobre mi pecho, con tanta confianza. Me deleito con toda ella, sin más.

Vacilo en el rellano de la primera planta, pero Perséfone levanta un poco la cabeza y me da un beso en el cuello.

—Hades, llévame a la cama.

No a la suya. A la mía.

Asiento con un movimiento breve y continúo escaleras arriba hasta mi habitación. Dejo a Perséfone en la cama y me alejo un poco.

—¿Quieres que pida que te traigan tus cosas aquí?

Ella vuelve a hacer ese adorable gesto de morderse el labio inferior.

—¿Sería osado por mi parte? Sé que lo de anoche fue algo excepcional, pero estoy siendo muy ambiciosa, ¿no?

Puede que sí, pero me gusta cómo se hace con su espacio propio en mi casa, en mi vida.

—No te lo ofrecería si no quisiera que estuvieras aquí.

—Entonces sí, por favor. —Estira el brazo hacia mí—. Ven a la cama.

Le cojo las manos y le impido que pueda empezar a

desabotonarme la camisa.

—Coloca tus cosas en su sitio. Tengo que hacer mis rondas antes de que pase algo malo.

—Tus rondas. —Perséfone me mira desde la cama, viendo demasiado, como parece hacer siempre. Yo me pongo tenso esperando el interrogatorio, esperando a que me pregunte por qué tengo la necesidad de comprobar que está todo bien cerrado si cuento con uno de los mejores sistemas de seguridad que se pueden adquirir en el mercado y, además de eso, con personal de seguridad. Pero, en cambio, se limita a asentir—. Haz lo que tengas que hacer. Yo te espero aquí.

Aunque quiero darme prisa en mis rondas, sé que no voy a poder dormir hasta que no compruebe todas las entradas y salidas de la planta baja como es debido. Sobre todo ahora que Perséfone vive aquí y confía en que la mantendré a salvo. Cabría esperar que saber que confía tanto en mí aumentase el peso de la carga que llevo a las espaldas, pero, aunque resulte raro, me siento cómodo. Como si las cosas estuviesen destinadas a ser así. No le veo el sentido, de manera que lo aparto de mis pensamientos.

Hago una parada en la sala de seguridad para hablar con mis hombres, pero, como era de esperar, no hay novedades. Zeus todavía no ha movido ficha, sea cual sea su siguiente movimiento, y es poco probable que vaya a hacerlo esta noche.

Llegará el momento en el que seré yo quien mueva ficha, pero no me decido a hacerlo. Todavía no, no cuando la relación con Perséfone va tan bien. Antes de actuar lo mejor será dejar que las cosas hiervan a fuego lento y ver qué hace Zeus.

Me da que la excusa es bastante pobre, seguramente porque lo sea de verdad. Y no me importa una mierda. Ahuyento esos pensamientos y me dirijo a mi habitación. No estoy seguro de qué me espero, pero no es encontrarme a Perséfone en mi cama, profundamente dormida.

Me quedo allí y la observo, mientras dejo que la escena me inunde en forma de olas. La manera en la que se ha acurrucado hacia un lado, cogiendo sin fuerza las sábanas a la altura del pecho. El pelo ya es una maraña esparcida por la almohada. Le da la espalda al lado de la cama en el que dormí anoche, como si esperase que me acostara junto a ella y pegara mi cuerpo al suyo.

Me paso el pulgar por el esternón, como si así pudiera aliviar el dolor que siento. Me tienta mucho meterme con ella en la cama ahora mismo, pero me obligo a acercarme al armario, quitarme la ropa, e ir directo al baño para mi ritual nocturno.

Cuando regreso, está justo donde la dejé; apago la luz y me meto entre las sábanas. Igual estoy leyendo demasiado entre líneas. Se ha quedado dormida, pero ya me ha dicho que no le van mucho los arrumacos. Solo porque esté aquí no significa que sea una invitación a...

Perséfone estira el brazo hacia atrás y me coge la mano. Se mueve hacia atrás, hacia mí, al tiempo que tira de mí hacia ella, y no se detiene hasta que estamos pegados el uno al otro desde el torso hasta el muslo. Entonces, tira de mi brazo para que le rodee el pecho con la sábana, y suelta un suspiro soñoliento.

—Buenas noches, Hades.

Parpadeo en la oscuridad, incapaz de negar el hecho de que esta mujer me ha cambiado la vida irreversiblemente.

—Buenas noches, Perséfone.

20

Perséfone

Pasa un día y después otro, una semana se fusiona con la siguiente. Me paso los días obsesionándome con el momento en el que moverán ficha Zeus y mi madre, y rindiéndome ante las distracciones que me ofrece la vida con Hades. Cada habitación es una nueva expedición; cada una contiene un secreto que me guardo con cariño. Hay estanterías encajadas en cada rincón, todas llenas de libros con lomos desgastados de tanto leerlos. Cada día conquisto una estancia, alargo la experiencia y me siento cada vez más cerca de conocer al dueño de esta casa.

Varias veces a la semana frecuentamos el mercado de invierno y Hades me deja que lo acompañe a explorarlo como si fuera su peluche preferido. También se dedica a descubrirme las joyas ocultas que ofrece la zona baja. Visito las docenas de columnas, cada una con una escena única relacionada con el negocio que enclaustra. Nunca me canso de la forma en la que su expresión pasa de cauta a pasmada cuando se da cuenta de lo mucho que valoro estas experiencias. Parece que esto me está dando a conocer esta parte de la ciudad, sí, pero también al hombre que la gobierna.

¿Y las noches? Mis noches las dedico a conocerlo de un modo completamente distinto.

Cierro el libro que no estaba leyendo para mirarlo. Está sentado en el otro extremo del sofá con un montón de papeleo y un portátil. Si entrecierro un poco los ojos, casi puedo fingir que somos personas normales. Que se ha traído trabajo a casa. Que estoy totalmente satisfecha con mi papel de ama de casa o cualquier etiqueta que concuerde con mi estado actual.

—Si piensas tanto te va a salir humo de la cabeza —dice sin

levantar la mirada.

Jugueteo con el libro.

—Es que es un libro buenísimo. Todo un misterio. —No sueno ni un poquito convincente.

—Perséfone. —La severidad de su tono exige una respuesta. Y una sincera.

Las palabras brotan de mí antes de que pueda reprimirlas:

—No me has vuelto a llevar a tu mazmorra sexual.

—No es una mazmorra sexual.

—Hades, es la definición de mazmorra sexual.

Ante esto, por fin aparta el portátil y me presta toda su atención. Frunce el ceño.

—Lo hemos estado pasando bien.

—Pasarlo bien se queda corto. Me encanta explorar tu casa y la zona baja de la ciudad. Me encanta explorarte a ti. —Se me encienden las mejillas, pero vuelvo a la carga—. Pero dijiste que querías que la gente nos tomara en serio, y ¿cómo van a tomarnos en serio si no me tratas como esperan que lo hagas?

—Es que no quiero compartirte con los mirones de la zona alta —espeta sin más, como si no estuviera dejando caer una bomba. Hades tira de la manta bajo la que me he acurrucado y la lanza al suelo—. Aunque tienes razón. Es probable que no hayan hecho nada todavía porque no los hemos obligado.

Me derrito un poco con la sensación de su mano cerrándose alrededor de mi tobillo. Siempre me pasa igual con él. Sigo esperando a que se vaya apagando la intensidad, que estar siempre accesibles el uno para el otro le quite la magia al sexo. Pero aún no ha ocurrido. Al contrario, estas dos últimas semanas han hecho que lo desee más todavía. Soy como el perro de Pávlov. Me toca y lo anhelo al instante.

¿De qué estábamos hablando?

Sacudo la cabeza mentalmente e intento centrarme.

—¿Estamos intentando que muevan ficha?

—Estamos intentando hacerles daño. O por lo menos, hacerle daño a él.

Hades sube la mano por mi pantorrilla para agarrarme de la parte trasera de la rodilla y arrastrarme por el sofá hacia él. Hemos venido directos a su habitación después de cenar en un restaurante chiquitín y adorable que hay en su calle, así que todavía llevo puesto uno de los

coquetos vestidos que me ha elegido Juliette. Por la forma en la que Hades me come con la mirada, diría que le gusta más cuando está hecho una maraña en mis muslos.

—Levántatelo.

Bajo las manos temblorosas para levantarme el vestido un poquito nada más, lo justo para que pueda atisbar lo que hay debajo.

Hades enarca las cejas.

—Mírate, llevas bragas como una chica decente.

—Ya, bueno, es que a veces me gusta provocar.

Dejo que la tela de la falda descanse sobre la cintura y me aparto las bragas. Me da igual que Hades haya visto y haya pasado la boca por cada centímetro de mi cuerpo. Me siento un poco sucia al hacerlo y tontear con los límites de esa sensación es adictivo, no sé si podré llegar a desengancharme. Ahora mismo no puedo pensarlo, ya lo haré después. Cuando acabe el invierno. Cuando me haya ganado mi libertad. Cuando desaparezca de la vida de Hades para siempre.

Me acerca otros tantos centímetros y se inclina para colocarse entre mis piernas abiertas. Con solo una mirada, suelto las bragas y me reclino sobre los codos. Hades me besa la seda con la boca abierta. Gimo.

—Joder, cómo me gusta...

Parece no tener interés alguno en apartarme la tela, me pone a cien a través de ella, hace que esté mojada y resbaladiza. No levanta la vista hasta que no estoy jadeando con dificultad y luchando por no levantar las caderas.

—Mañana daremos una fiesta.

—Una... fiesta.

—Mmmm. —Por fin, ¡por fin!, aparta las bragas con la nariz y me besa el coño lenta y concienzudamente—. Dime lo que quieres. Descríbelo con todo detalle.

Tengo que morderme los labios para no gemir.

—¿Qué?

—Ahora.

Bajo la mirada. ¿Quiere que le describa lo que quiero ahora que me está follando con la lengua? Parece ser que sí. Me muerdo el labio inferior e intento concentrarme a pesar de las olas de placer que me envía por todo el cuerpo. He tenido mucho tiempo para conocer bien mis gustos y los de Hades, pero esto está a un nivel totalmente

distinto.

—Yo, eh, quiero...

No quiero decírselo.

Entierro los dedos en su pelo y me alzo para concederle mejor acceso. El siguiente lametazo no llega nunca. A pesar de lo bien agarrado que lo tengo, Hades se separa de mí con facilidad. Junta las cejas mientras escudriña mi cara.

—Con todo lo que hemos hecho estas últimas semanas, ¿qué podrías querer para estar así de tímida?

—Me gusta estar contigo. Me encanta lo que hacemos juntos.

Frunce todavía más el ceño.

—Perséfone, si no estuviera dispuesto a darte todo lo que necesitas, no te lo habría preguntado.

No quiero. De verdad que no quiero. Está mal, es demasiado sucio incluso para nosotros. Sé que es extremadamente hipócrita echarle la bronca a Hades por reprimirse cuando está conmigo y después hacerle lo mismo a la espalda, pero es una sensación diferente. De hecho, es diferente.

Cambia de posición mientras yo mantengo mi lucha interna, se sienta y me coloca sobre su regazo. Con la espalda contra su pecho y las piernas abiertas por fuera de sus muslos. Tal como estaba aquella noche cuando me hizo correrme y después lo monté delante de todo el mundo.

Esa misma noche que sembró la fantasía que tanto temo poner en palabras.

Hades desliza una mano dentro de mis bragas para acariciar mi sexo con la palma y me mete dos dedos. Después se queda quieto, me sostiene del modo más íntimo posible.

—Te noto tensa, sirenita. ¿Es que esto te trae recuerdos?

—Pues claro que no. ¿Por qué lo preguntas? —contesto demasiado deprisa, con la voz demasiado entrecortada como para que mi bravuconería suene convincente.

Me besa en el cuello y sube hacia mi oreja.

—Cuéntame.

—No quiero.

—¿Crees que te voy a juzgar?

No es eso. Gimoteo mientras dobla los dedos por mis paredes internas. Así, sin más, la verdad brota de mis labios:

—No quiero hacer nada que tú no quieras.

Se queda quieto durante un largo instante y después se ríe contra mi piel.

—Esa noche te removió algo, ¿verdad? —Otro movimiento delicioso de sus dedos. Su voz me retumba en la oreja—. Dímelo. Dime qué fantasía ha estado rondando tu cabecita desde la fiesta.

Mis muros se derrumban. Cierro los ojos.

—Quiero ser la que esté en el escenario. No escondida en las sombras contigo. Ahí, bajo la luz de los focos mientras lo hacemos delante de todo el mundo. Donde me posees y me haces tuya delante de todos.

Sigue tocándome sin parar.

—¿Tan difícil era?

—Sí. —Lo agarro del antebrazo, pero ni siquiera puedo diferenciar si estoy intentando apartarlo o que siga tocándome—. Sé que no te gusta sentirte expuesto.

—Mmmm. —Me mordisquea el lóbulo de la oreja y presiona la parte superior de la palma contra mi clítoris—. ¿Crees que hay algo que no estoy dispuesto a darte mientras seas mía? Joder, te lo daría todo.

No tengo palabras, pero no pasa nada porque parece que él tiene suficientes para ambos. Continúa con sus movimientos lentos, el placer se acumula de manera constante en mi interior, cada vez más intenso, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Y tiempo es lo único que no tenemos.

Sube la mano libre para apartarme los tirantes del vestido de los hombros y deja que me caiga hasta la cintura. No sé cómo, pero estar medio vestida mientras me masturba me resulta más sexy que si lo hiciera estando desnuda. Hades siempre sabe lo que más me pone y jamás duda en hacerlo realidad.

—Te haré inclinarte sobre la silla y te levantaré la falda para que todos puedan ver tu coño hambriento. Te abriré de par en par con los dedos.

—Sí —jadeo.

—Te concederé tu deseo, amor. Te lo daré todo. —Se ríe de forma sombría—. ¿Quieres que te cuente un secreto?

—Sí.

—A mí también me pondría cumplir tu fantasía. —Me mete un

tercer dedo—. Si quiero desnudarte y follarte hasta que me pidas clemencia, eso es lo que voy a hacer. Porque me encanta. Porque te correrías. Porque no hay nada que puedas pedirme que no esté dispuesto a darte. ¿Lo entiendes?

—Sí.

He aquí aquello que no era capaz de concebir, la razón por la que esa amenaza oscura me resultaba tan prometedora. Debería haber sabido que lo entendería, no habría dudado de él.

Me levanta y me inclina sobre el reposabrazos del sofá. Me levanta la falda y me baja las bragas hasta los muslos.

—No te muevas.

Desaparece durante unos segundos y percibo el ruido del envoltorio de un condón. Después, se abre paso en mi interior, centímetro a centímetro.

Esta posición hace que entre más justo, pues las bragas impiden que me abra de piernas. Es el *bondage* más leve que una se puede imaginar, pero hace que me ponga mil veces más cachonda. Hades me agarra las caderas y empieza a moverse. Me remuevo para agarrarme mejor al cojín, pero se me deslizan los dedos por el cuero y no consigo encontrar apoyo. Él no duda ni un instante. Me levanta para que pegue la espalda a su pecho, con una mano me sostiene de la garganta y con la otra se aventura hacia abajo para presionarme el clítoris. Cada caricia crea una fricción deliciosa que me lleva a las nubes.

Su voz es tan grave que más que oírla la siento.

—Tu coño es mío y hago con él lo que me da la gana. En público. En privado. Donde yo quiera. Porque, sirenita, eres mía.

—Si soy tuya... —Y lo soy. Sin duda lo soy. No puedo recuperar el aliento, apenas puedo pronunciar las siguientes palabras—. Entonces tú también eres mío.

—Sí. —Su voz ronca en mi oído—. Sí, joder, soy tuyo.

Me corro con todas mis fuerzas, retorciéndome contra su mano y su pene. Él vuelve a ponerme a cuatro patas en el sofá y termina con unas cuantas embestidas brutales. Sale de mi interior y apenas tengo la oportunidad de echar de menos sentirlo contra mi espalda cuando regresa y me toma entre sus brazos. Después de aquella primera noche en la que visitamos el mercado de invierno he dejado de quejarme a medias tintas cuando me lleva en brazos. Ambos sabemos que sería mentira que insistiera, porque disfruto tanto de estos momentos como

él parece hacerlo.

Nos lleva al interior de lo que se ha convertido en nuestra habitación y me suelta. Lo agarro de la muñeca antes de que pueda dirigirse al interruptor, como hace de forma habitual.

—¿Hades?

—¿Sí?

Siento el impulso de bajar la mirada, de dejarlo estar, y es casi abrumador; pero después de que me haya pedido que sea vulnerable y sincera con él, no puedo más que pedirle lo mismo a cambio. Me encuentro con su mirada.

—¿Puedes dejar la luz encendida? Por favor.

Se queda tan quieto que creo que ha dejado de respirar.

—No te gustaría.

—No te lo pediría si no lo quisiera. —Sé que debería dejar de presionarlo, pero no puedo evitarlo—. ¿No confías en que no te rechazaré?

Se le entrecorta el aliento de repente.

—No es eso.

Pues lo parece. Pero decírselo no haría más que ponerlo entre la espada y la pared. Quiero su confianza del mismo modo que él parece anhelar la mía, obligarle a ello no es la manera de conseguirla. Muy a mi pesar, le suelto la muñeca.

—Está bien.

—Perséfone... —vacila—. ¿Estás segura?

Algo me revolotea en el pecho, tan ligero y fluido que se parece a la esperanza, pero, en cierta forma, más intenso.

—Si tú te sientes cómodo, sí.

—Vale. —Mueve las manos a los botones de la camisa y se detiene—. Vale —repite. Muy pero que muy despacio empieza a quitarse la ropa.

Aunque me digo que no debería mirarlo fijamente, no puedo evitar comérmelo con los ojos. He notado sus cicatrices, pero casi produce espanto verlas bajo la luz. No concibo el peligro en el que habrá estado, el dolor al que ha sobrevivido; me deja sin aliento. Las quemaduras le cubren el torso casi por completo y le bajan hasta el costado derecho de la cadera. Sus piernas tienen cicatrices más pequeñas, pero nada está a la altura de las del pecho y la espalda.

Zeus fue quien se lo hizo.

Ese malnacido habría matado a un niño pequeño del mismo modo en el que mató a sus padres.

El deseo de envolver a este hombre entre los brazos y protegerlo hace que mi voz suene salvaje:

—Eres increíble.

—No me vengas con mentiras.

—Lo digo de verdad.

Levanto las manos y las coloco con delicadeza sobre su pecho. Ya le he tocado ahí docenas de veces, pero esta es la primera vez que lo veo sin nada de por medio. Una parte de mí se pregunta qué le pasó durante los años posteriores al incendio que ha hecho que se esconda de todo el mundo, incluso durante el sexo, y el instinto protector que me reconcome se vuelve más intenso. No puedo curar las cicatrices de este hombre, ni las internas ni las externas, pero seguro que podré ayudar, aunque en menor medida.

—Para mí lo eres. Las cicatrices son parte de eso, parte de ti. Son una señal de todo a lo que has sobrevivido, de lo fuerte que eres. Ese gilipollas intentó matarte cuando eras un niño y sobreviviste. Vas a vencerle, Hades. Lo harás.

Me concede un atisbo de sonrisa.

—No quiero vencerlo. Quiero matarlo.

21

Hades

Me despierto con Perséfone entre los brazos. Esa primera sensación al ser consciente de su presencia y de su calor se ha convertido en mi momento favorito del día. A pesar de lo que me dijo la primera vez, le van los arrumacos, y da igual cómo estamos colocados cuando nos quedamos dormidos, porque siempre encuentra la forma de llegar a mí en la oscuridad. Una y otra vez, todas las noches que pasamos juntos en mi cama.

Si fuese de esos hombres optimistas, lo vería como una señal de algo más. Pero no soy tonto. Le gusta lo que hacemos juntos. Hasta le gusto yo, al menos hasta cierto punto tolerable. Pero, ahora mismo, la única razón por la que estamos juntos es porque estamos en caminos paralelos para hacer que Zeus pague por lo que ha hecho. En cuanto lo consigamos, esto se acaba.

No somos tan bobos, ni ella ni yo, como para pensar que lo de las últimas semanas no es sino la calma antes de la tormenta. Todo el mundo cree que Zeus es un hombre impetuoso y enérgico, pero solo es así para desviar la atención de lo que hace a escondidas. Durante estas tres semanas, ha acudido a las fiestas y ha actuado como si no pasara nada. Deméter no ha llevado a cabo su amenaza en público, pero las remesas que llegan a la zona baja de la ciudad han disminuido de manera considerable. Si no llevásemos años preparándonos para este desabastecimiento, mi pueblo estaría sufriendo penurias ahora mismo.

Y todo por orgullo.

Con delicadeza, le aparto el pelo dorado a Perséfone de la cara. Si tan solo fuese mejor persona... Pero no lo soy. Yo he elegido seguir este camino, y lo haré hasta el final. Debería estar encantado de que Perséfone quiera representar la fantasía que le describí aquella noche.

Igual acostarse conmigo no es suficiente para obligar a Zeus a actuar, pero cada vez que se monta encima de mí y me folla en público, estamos más cerca de llegar al objetivo. Cada vez que corre el rumor de lo que la gente ha presenciado en su visita a mi cuarto de juegos, su valor disminuye a ojos de Zeus. Una jugada excepcional, aunque no la esté llevando a cabo por motivos excepcionales.

Ella lo quiere. Y yo quiero dárselo. Con ese motivo, me basta.

Perséfone se estira contra mi cuerpo y abre esos ojos de color avellana.

—Buenos días —me dice sonriendo.

El vuelco sordo del corazón que me sobreviene cada vez más a menudo cuando estoy con ella ahora tiene uñas y dientes. No puedo evitar brindarle una sonrisa como respuesta, aunque una parte de mí quiera salir cagando leches de esta cama, empezar a caminar y no parar hasta haber recuperado el control sobre mí mismo. Solo porque no haya sentido esto antes no significa que no sepa lo que está pasando.

Me estoy enamorando de Perséfone.

Quizá todavía estoy a tiempo de salvarme si me echo atrás ahora, pero no lo tengo claro. De todos modos, qué más da. No voy a parar hasta que tenga que hacerlo, por mucho dolor que vaya a sufrir cuando todo acabe.

—Buenos días —contesto apartándole el pelo otra vez.

Perséfone se acurruca más contra mí y apoya la cabeza sobre mi pecho lleno de cicatrices, como si no sintiera asco al ver las marcas. ¿Quién sabe? Igual no le dan asco. Pero sería la primera persona. Tuve una relación a una edad temprana en la que me desnudé delante de mi pareja, y la reacción de ese hombre me bastó para garantizar que no volvería a hacerlo jamás. Quizá otras personas hubiesen sido más amables con el tema, pero nunca les di la oportunidad.

Tampoco es que ahora se la esté dando a Perséfone.

—¿Va todo bien? —Le tiemblan las manos como si quisiera tocarme, pero me da la sensación de que se está esforzando por mantenerlas en mi cintura. Respetando lo difícil que todavía es para mí estar aquí tumbado, bajo la luz matutina, con las cicatrices a la vista—. Esta semana no me has contado gran cosa sobre las líneas de abastecimiento y eso.

Suelto un lento suspiro e intento relajarme. No sé si quiero que

me toque o que no. Al parecer, no sé una mierda de nada cuando está esta mujer involucrada. Casi me resulta todo un alivio poder concentrarme en el problema más importante que tengo de puertas afuera de este dormitorio.

—Estamos a la espera. Los suministros siguen menguando, pero estábamos preparados por si pasaba algo así. Zeus apenas ha rozado nuestro límite.

—No puedo creerme que mi madre sea tan cruel —comenta tensa—. Lo siento muchísimo. De verdad pensaba que... —Suelta una risa triste antes de continuar—: No sé en qué estaba pensando aquella noche. ¿Que nadie me echaría de menos si desaparecía? Ahora que lo pienso, no estuve muy acertada.

—No fue poco acertado si estabas aterrada y afectada. —Pero conozco lo suficiente a Perséfone para saber que actuar sin tener un plan es lo mismo que cometer un pecado imperdonable—. Solo demuestra que no eres de piedra. Todos nos asustamos a veces y huimos. No debes fustigarte por eso.

Perséfone resopla, pero todavía tiene la mente puesta en cosas que están fuera de esta habitación.

—No puedo permitírmelo. No cuando el futuro de toda mi familia pende de un hilo. Y aunque no fuera así, no debería haber pensado solo en mí.

Ya estamos otra vez.

La estrecho entre mis brazos y la pego más a mi cuerpo.

—Perséfone, ¿confías en mí?

—¿Qué? —Estira el cuello para poder mirarme a la cara, con las cejas unidas por el ceño fruncido—. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una pregunta totalmente justificada. —Intento no contener el aliento mientras espero la respuesta.

Gracias a los dioses Perséfone no se hace mucho de rogar. Asiente, con una repentina seriedad.

—Sí, Hades, confío en ti.

La sensación de que algo me desgarra el pecho se intensifica. Es como si mi corazón estuviese intentando abrirse camino por el tejido calcificado para llegar hasta ella. Joder, estoy llegando al nivel en el que me abriría el pecho y me arrancaría el corazón solo para poder regalárselo. ¿Qué cojones me pasa? Se va a ir. Eso no ha cambiado.

Pero jamás se me pasó por la cabeza que se llevaría mi maltrecho

corazón con ella cuando se fuera.

—¿Hades?

Parpadeo y aparto ese nuevo descubrimiento de mis pensamientos.

—Si confías en mí, entonces créeme cuando te digo que nadie en tu situación podría actuar mejor que tú.

—No es tan fácil —me contesta con el ceño fruncido otra vez.

—Sí que es tan fácil.

—No puedes sentenciar que es así, sin más, y borrar todo rastro de duda de mi mente.

—No lo haría ni aunque pudiera —contesto riéndome entre dientes—. Me gustas cuando te pones difícil.

Perséfone se mueve, me pasa una pierna por las caderas y se sienta encima de mí a horcajadas. Con el pelo todo revuelto y la tenue luz del sol matinal colándose por las cortinas e iluminándole el cuerpo a contraluz, luce como lo haría una diosa de la primavera, pura afectuosidad y sencillez.

Me sostiene la mirada.

—Ya que ha salido el tema de la confianza, quiero hablar de la protección. —Se mantiene completamente inmóvil, como si no notara el principio de mi erección contra su cuerpo—. En plan, que quiero dejar de usarla.

Se me hace un nudo en la garganta que me deja sin aliento.

—No tienes que hacerlo.

—Ya lo sé, Hades. Contigo no tengo que hacer nada que no quiera hacer.

La facilidad con la que lo dice me hace sentir... Sin más, me hace sentir. Mucho. Con delicadeza, poso las manos sobre las caderas de Perséfone.

—Me hago controles a menudo.

Perséfone asiente como si no esperara menos, y se fía de mí. La confianza absoluta que deposita en mí me abruma un poco. Entonces, apoya las manos sobre las mías.

—Yo no he estado con nadie después de dejarlo con mi exnovia, y me hice las pruebas al acabar la relación. Además, tomo medidas para no quedarme embarazada: llevo un diu.

—No tienes que hacerlo —repito. Ahora mismo, lo que más quiero en este mundo es estar dentro de ella sin una barrera, pero

tampoco quiero que acceda a hacer algo para lo que no esté preparada al cien por cien. A estas alturas ya debería conocer mejor a Perséfone.

—Hades —dice sin moverse—, ¿tú no quieres? Porque no pasa nada si no quieres. Sé que te tienes que fiar de mí en lo del diu, así que, si no estás cómodo con la situación, no pasa nada, de verdad. Te lo prometo.

Por un minuto me quedo mirándola totalmente desconcertado. ¿Cuándo fue la última vez que alguien tuvo en cuenta que yo estuviera cómodo? No lo sé. No tengo la menor idea. Cuando he estado con otras parejas en el pasado, siempre era yo el dominante, la parte responsable que preparaba las escenas y las dirigía. Me gusta ese papel, que otros se sometan a mí, pero no me había dado cuenta de lo cansado que estoy hasta que Perséfone ha mostrado conmigo un mínimo de consideración.

Otra vez tiene el ceño fruncido.

—Ay, madre mía, me he pasado, ¿no? Lo siento. Olvídalo, no he dicho nada.

La agarro fuerte por las caderas antes de que pueda moverse.

—Espera, dame un momento.

—Tómate el tiempo que necesites.

Lo dice con tal resignación en su voz que casi me echo a reír. Por fin consigo tranquilizarme.

—Creo que queremos lo mismo —hablo despacio, tanteando el terreno—. Si en cualquier momento cambias de opinión, volveremos a los condones.

—Y si tú cambias de opinión, también. —Esboza una sonrisa de alegría; me coge por las muñecas y, poco a poco, guía mis manos hasta que le envuelvo los pechos con ellas—. Qué mejor momento que ahora para ponernos manos a la obra.

—No te lo voy a negar.

—¿En serio? —pregunta arqueando las cejas—. ¿No me lo vas a negar ni siquiera un poquitito? Menudo chasco.

La engancho por la nuca y tiro de ella hacia mí para cubrir mi boca con la suya. Por mucho que disfrute cuando nos chinchamos el uno al otro, ahora mismo no estoy de humor para eso. La confianza que está depositando en mí me abruma hasta tal punto que no estoy preparado para lidiar con ello. No es ni de lejos tan aparentemente sencillo como decirnos la verdad el uno al otro. Ella confía en mí

cuando le doy mi palabra de que ahora mismo no corre peligro.

Perséfone se funde sobre mi pecho, y me devuelve el beso con entusiasmo. Deslizo las manos para cogerla del culo y levantarla lo suficiente para que mi miembro roce la entrada a su vagina. Me quedo inmóvil, y le doy tiempo de sobra para cambiar de parecer. A estas alturas no debería ser tan inocente. Ella ha decidido recorrer este camino y está lista para seguir adelante con ganas, tal como parece hacer con todo lo demás en su vida.

Menea las caderas despacio, y va metiéndosela poco a poco. Se inclina un poco para susurrarme al oído:

—Esto es increíble, ¿no? Me pone muy cachonda lo duro que estás. —Vuelve a contonear las caderas—. Dime cosas, Hades. Dime lo a gusto que estás dentro de mí. Me encanta cuando me dices cosas sucias al oído mientras me follas.

A mí también me encanta. Deslizo las manos hacia abajo por su culo para acariciar justo donde la curva acaba en la parte de atrás de la zona alta de los muslos.

—Estás tan estrecha y húmeda, sirenita. Creo que te gusta portarte mal.

—Sí. —Se hunde un poco más sobre mí.

—No te hagas la inocente. Sé lo que quieres. Métetela ya.

Perséfone gime, se desploma encima de mí y se mete toda mi erección en su interior. Hundo las manos en su pelo y la acerco un poco más hacia mí para darle otro beso. Es un descontrol y perfecto a la vez. E incluso mejora cuando Perséfone empieza a moverse, balanceando las caderas mientras se esfuerza por no romper el beso. Y ya sé que no bastará.

La suelto y le doy un suave empujoncito para apoyar la mano en el centro de su pecho, animándola a sentarse sobre mí.

—Fóllame.

Perséfone obedece, arquea la espalda y me folla con movimientos lentos y autocomplacientes. Observo cómo mi polla desaparece en su interior, y debo luchar por no correrme solo de verlo. La sensación de estar dentro de ella sin una barrera entre nosotros, la total confianza que está depositando en mí, todo resulta demasiado excitante. No puedo pensar. Es como si me hubiese desconectado de mi cuerpo, porque lo único que puedo hacer es aferrarme a ella mientras me toma despacio y a conciencia.

Es una diosa hecha de oro, y yo no soy más que un mortal que nunca será digno de ella.

Perséfone me vuelve a coger de las muñecas, y coloca una de mis manos sobre la cumbre de sus muslos.

—Hades, por favor, tócame. Haz que me corra. —Me guía la otra mano hasta su cuello, para que lo coja, y se apoya en el contacto—. No pares.

Joder.

Pongo el brazo en tensión, y dejo que sea ella quien presione su cuello contra la palma de mi mano, que sea ella quien controle la presión; y al mismo tiempo, despacio, trazo unos círculos sobre su clítoris con el pulgar. Perséfone cierra los ojos de golpe por la sensación de placer, y entonces se corre, y noto cómo se le tensan los músculos alrededor de mí. Es demasiado. En cualquier otro momento, bajaría el ritmo para aguantar un poco más, pero ahora mismo lo único que quiero es seguirla hasta el éxtasis de placer. Me acerco más a ella, mientras las olas de placer me embargan.

Perséfone captura mis labios, me captura a mí, en un beso que parece ralentizarlo todo y devolverme a mi cuerpo, célula a célula. La rodeo con los brazos y la estrecho más contra mí. Siento el corazón lleno de sangre y en carne viva, y eso debería asustarme, pero no sé muy bien por qué me resulta jodidamente liberador. No lo entiendo, pero tampoco hace falta.

Le doy un beso en la frente.

—Vamos a ducharnos y a ponernos en marcha.

—¿En serio? —Se estira contra mí, y la sensación de estar piel con piel es embriagadora—. He pensado que igual hoy podíamos hacer pellas y quedarnos en la cama todo el día.

—Pero si hacemos eso no podremos ir al invernadero.

Perséfone levanta la cabeza de una forma tan repentina que casi me da en la barbilla.

—¿Al invernadero?

Si tuviese la más mínima duda sobre lo que había planeado para el día de hoy, la felicidad que leo escrita en su rostro la habría eliminado al instante.

—Sí.

Se levanta y se aleja de mí antes incluso de que pueda mentalizarme.

—Entonces ¿a qué estamos esperando? Venga, en marcha. —Le miro el culo mientras atraviesa a zancadas la habitación y desaparece por la puerta del baño. Un par de segundos después, oigo cómo cae el agua de la ducha y su voz emerge del interior—: ¿Vienes? Creo que ahorraremos tiempo si nos duchamos juntos.

El tono meloso de su voz la delata.

Me sorprendo con una amplia sonrisa en el rostro mientras me levanto de la cama y sigo sus pasos hasta el baño.

—Ahorramos tiempo y agua. Perfecto.

22

Perséfone

Hades y yo pasamos una hora de lo más agradable en el invernadero, después hacemos unas cuantas paradas de camino a casa para que él pueda ver a la gente y dejar que lo vean. No especifica que esa sea la razón por la que estamos deambulando por uno de los pasillos de una ferretería después de haber hecho lo mismo en un supermercado pequeñito, pero soy consciente de cómo lo mira la gente. Por la forma cuidadosa en la que analiza las estanterías vacías, no me cabe duda de que está apuntando mentalmente las lagunas en la línea de abastecimiento y buscando el modo de suplir esos huecos para que su gente no sufra.

Es brusco y tan directo que roza la grosería, pero no puede ser más evidente que su gente besa el suelo por donde pisa. He perdido la cuenta de la cantidad de dueños de negocios que le agradecen lo mucho que los cuida ahora que la cosa está complicada.

Es más, los ciudadanos trabajan codo con codo para asegurarse de que nadie se quede atrás. Es una mentalidad que recuerdo vagamente de la época antes de mudarme a Olimpo, pero los años en la zona alta han hecho que parezca novedosa y desconocida. Tampoco es que todos los que viven en la zona alta sean egoístas o malvados. No. Es solo que siguen el ejemplo de los Trece y son plenamente conscientes de que nunca están seguros del todo.

Otra diferencia abismal más que separa a Hades de Zeus.

Abandonamos la ferretería y recorremos la calle. Me parece lo más natural del mundo cogerle de la mano, cosa que parece que hago siempre que salimos a dar estos paseos. Él entrelaza sus dedos con los míos y tengo la sensación de que así debería ser siempre, lo que me deja sin aliento durante unos cuantos pasos. Abro la boca para

decirle... ni siquiera sé qué.

Veo el cartel antes de darme cuenta. Me detengo de repente.

—¿Qué es eso?

Hades sigue mi mirada.

—Es una tienda de mascotas. Un negocio familiar que lleva ahí unas tres o cuatro generaciones, si mal no recuerdo. Sin contar las tres que lo llevan en la actualidad. —Me informa de toda su historia, igual que hizo con la de la familia que regenta el puestecito de *gyros* en el mercado de invierno, sin ser consciente de lo increíble que resulta que pueda recitarla toda de memoria.

—¿Podemos entrar? —Ni me molesto en ocultar la emoción que se aprecia en mi voz. Cuando enarca una sola ceja, me veo obligada a justificarme—. Cuando era muy pequeña, teníamos dos perros. Eran perros de trabajo, claro, porque en una granja no se desperdicia nada, ya sea industrial o no, pero los quería. Evidentemente, tener mascotas en los rascacielos está prohibido. —Tengo que tragarme las ganas de dar saltitos como una niña pequeña—. Por favor, Hades. Solo quiero entrar a mirar.

Alza la ceja todavía más si es posible.

—No sé por qué, pero no te creo. —Aun así, esboza una de sus lentas sonrisas—. Pues claro que podemos entrar, Perséfone. Tú primero.

Una campanilla tintinea sobre nuestra cabeza al atravesar el umbral de la puerta. Inhalo la mezcolanza de olores de animales y serrín, y en mi interior brota un sentimiento que es mitad nostalgia, mitad algo que no consigo identificar. No dedico mucho tiempo a pensar en mi vida antes de que mi madre se convirtiera en Deméter y nos mudáramos a la ciudad. De ninguna de las maneras nos iba a dejar volver, y suspirar por una vida que ya no era la mía me parecía una auténtica locura. Lo mejor y más sencillo era centrarse en el futuro y en mi camino a la libertad.

Ni siquiera estoy segura de por qué una tienda de mascotas me trae tantos recuerdos, pero tengo el corazón en la garganta mientras deambulo por el primer pasillo observando las cobayas y los pájaros de intensos colores. Llegamos al final, cerca de un mostrador, y veo que hay dos preciosas mujeres negras ahí plantadas, con los ojos clavados en un ordenador. Ambas levantan la vista y se percatan de nuestra presencia. Una de ellas, la que viste un par de vaqueros

desgastados y un suéter de lana naranja, sonríe con comprensión.

—¿Por fin te has animado a aceptar mi consejo?

—Hola, Gayle. —Me adelanta y ella lo envuelve en un abrazo—. Solo estábamos haciendo la ronda.

—Ah, eso. —Hace un gesto para restarle importancia—. Estamos bien. Te has asegurado de sobra. —Le da un apretón en los hombros y lo mira—. Te apoyamos. Pase lo que pase.

Una vez más, esa lealtad absoluta que Hades se ha ganado. Y lo ha hecho sin amenazas ni costosas promesas. Su gente lo seguiría hasta el fin del mundo solo porque los respeta y se esfuerza al máximo para asegurarse de que estén bien. Es increíble presenciarlo.

Asiente.

—Te lo agradezco.

Ella baja las manos y vuelve a sonreír.

—Supongo que hoy no será el día en que te convenza de llevarte un perro o dos para que no te dediques a vagar como alma en pena por esa enorme casa embrujada.

Me animo.

—¿Perros?

Por fin se digna a mirarme, pero su actitud se torna un poco más fría.

—Normalmente no tenemos perros en la tienda, aparte del viejo Joe.

Señala con un gesto la cama para perros, que pensaba que tenía un montón de toallas encima. Hasta que levanta la cabeza y me doy cuenta de que no son toallas. Es un perro ovejero. Se sacude la pelambrera de los ojos y suelta un enorme bostezo.

—Por todos los dioses —susurro—. Hades, mira esa criatura majestuosa.

—Ya la veo —comenta sin entusiasmo alguno.

Gayle se encoge de hombros.

—Como os decía, normalmente no tenemos perros en la tienda, pero Jessie ha encontrado una caja llena en el puente Ciprés. No sé si alguien de la zona alta ha decidido abandonarlos ahí o si ha sido uno de los nuestros, pero… —Suspira—. A veces la gente es gilipollas.

Al escuchar eso, consigo dejar de prestarle atención al perro.

—¿Los han abandonado ahí sin más? —No tengo por qué sentir ninguna afinidad con unos cachorritos que no he visto nunca, pero no

puedo negar que parece una extraña broma del destino—. ¿Podemos verlos?

—Claro. —Hace un gesto con el pulgar por encima del hombro—. Los tenemos ahí detrás. Parece que tenían el tiempo suficiente para estar destetados, así que dentro de lo malo...

Ya estoy en marcha, paso de largo a Hades y a Gayle en la dirección que me ha indicado. Tal como ha dicho, hay una caja grande colocada casi en la trastienda. Me inclino hacia delante, miro en el interior y suelto un grito ahogado.

—Ay, mi madre.

Hay tres, todos negros azabache. No estoy muy segura de la raza (sospecho que no la tienen), pero son una monada y duermen en un montoncito en una de las esquinas. Alargo la mano, después me paro y miro a Gayle.

—¿Puedo?

—Por supuesto. —Ahora ya casi no percibo esa actitud fría cuando me mira, y estoy segura de que atisbo un deje de diversión en sus ojos oscuros—. Entiendo que eres amante de los perros.

—Soy más bien partidaria de darles oportunidades equitativas a todas las mascotas. —Me arrodillo delante de la caja y bajo la mano para acariciar con cuidado el lomo del cachorro que duerme arriba del montoncito—. También me gustan los gatos. Los peces ni me van ni me vienen.

—Tomo nota.

Ahora está claro que Gayle se está aguantando la risa, pero no pasa nada. No me importa si le hago gracia.

—Hades, mira.

Él se arrodilla a mi lado.

—Estoy mirando.

Hay algo extraño en su voz, suficiente para distraerme de los cachorritos. «Ay, dioses, qué suaves son.»

Le escudriño la cara. Parece casi dolorido.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Arrugo la nariz.

—Tus palabras dicen «nada», pero tu expresión me dice otra cosa totalmente distinta.

Suspira, pero no está irritado. Es más como si se rindiera.

—Son adorables. —Baja la mano y coge uno con cuidado. Ahora sí que parece que algo le duele—. No deberían haberlos abandonado de ese modo.

Reparo en que Gayle vuelve al ordenador con la mujer que debe de ser su madre para darnos algo de espacio y, aunque sea, crear la ilusión de la privacidad.

—Pasa mucho, sobre todo si no son de raza. Para los criaderos son básicamente inútiles y más bocas que alimentar. Es una mierda.

—Una mierda —repite Hades. El cachorrito se acurruca en su pecho y se acomoda en su brazo con un suspiro. Este le acaricia la cabeza con un solo dedo, como si le diera miedo hacerle daño—. Es algo horrible que te rechacen.

Se me encoge el corazón. Hablo antes de darme la oportunidad de pensar.

—Deberías adoptar uno. Gayle tiene razón en lo de la casa grande y vacía, y nadie te va a querer más que un perro. Él o ella te habrá conquistado antes de que te des cuenta.

Contempla al cachorrito, todavía acariciándolo de forma metódica.

—No es una buena idea.

—¿Por qué?

—Porque es más fácil que no te importe nada.

Me reiría si quedara algo de aire en la estancia. Puede que Hades finja que todo le da igual, pero no he conocido a nadie más atento que este hombre. Se desvive por mantener las distancias con la gente, pero está claro que no se da cuenta de que ha fracasado estrepitosamente. No estoy segura de si debería contárselo, de si está en mi mano quitarle la venda de los ojos y mostrarle la verdad de sus circunstancias. Yo no soy un elemento permanente de su vida. Y pensarlo me deja con una sensación de vacío.

De repente, estoy empecinada en convencerlo para que se lleve el cachorrito. Pensar en Hades deambulando solo por los pasillos de su casa cuando me marche como un señor de la desolación y de la pena... No puedo soportarlo. No puedo permitirlo.

—Hades, deberías adoptar el perrito.

Por fin me mira.

—Es importante para ti.

—Sí. —Cuando no hace nada, le doy otra dosis de realidad—.

Todo el mundo debería tener una mascota al menos una vez en la vida. Son una bendición y creo que te haría feliz. Y me gusta imaginarte feliz, Hades.

Esto último suena a confesión. Como un secreto solo entre nosotros dos.

Me observa un buen rato y no consigo adivinar qué está ocurriendo detrás de esos ojos oscuros. ¿También está pensando en la fecha límite que nos acecha? Es imposible saberlo. Al final, asiente lentamente.

—Puede que tener un perro no sea mala idea.

Aguanto la respiración sin querer.

—¿De veras?

—Sí. —Su atención se centra en los otros dos cachorros que quedan—. Aunque estará la mar de solo sin sus hermanos.

—Mmm… —Estoy casi segura de que están a punto de salírseme los ojos—. ¿Qué?

En vez de contestarme directamente, alza la voz.

—¿Gayle? —Cuando esta reaparece, hace un gesto con la cabeza hacia los cachorros—. Nos los llevamos todos.

Ella hace una mueca.

—No seré yo quien te diga lo que tienes que hacer.

Levanta una ceja.

—¿Cuándo te has cortado?

—Tres perros son muchos, Hades. ¿Tres cachorros? Te estás metiendo en camisa de once varas… —Señala a los cachorros—. Y estos sí que te van a dar la vara cuando te mordisqueen los zapatos caros hasta dejarlos hechos mierda.

No se deja intimidar. Él mismo ha escogido este camino y no va a permitir que nadie le haga cambiar de opinión.

—Pues le daré un aumento al servicio por las molestias. Todo irá bien.

Durante un instante, creo que ella va a seguir discutiendo, pero al final se encoge de hombros.

—No me vengas llorando dentro de una semana o dos cuando les empiecen a salir los dientes.

—No lo haré.

Lo mira una vez más y sacude la cabeza.

—Será mejor que llames a alguno de tus empleados para que

vengan a ayudarte a llevar las cosas. No tienes lo necesario para criar cachorros, así que vas a tener que cargar.

—Dalo por hecho. Compraremos todo lo que consideres necesario.

Ella se marcha, todavía negando con la cabeza y farfullando acerca de los hombres testarudos. Me doy la vuelta hacia Hades y no puedo evitar sonreír de oreja a oreja.

—Vas a comprar tres perros.

—Querrás decir que vamos a comprar tres perros. —Se levanta con facilidad, aún con el cachorro en brazos—. Ya deberías saber que no sé decirte que no, Perséfone. Me miras con esos enormes ojos avellana y puedes hacer conmigo lo que quieras.

Resoplo con una risilla. Se me escapa.

—Mira que eres idiota.

—Esa boca —murmura, la alegría le ilumina la mirada.

Suelto una carcajada. Siento el vértigo que causa la más pura felicidad. Algo que no tengo derecho a sentir, no con todo lo que nos acecha, pero en cierto modo eso hace que sea más especial. Quiero aferrarme a este momento, hacer a un lado la realidad y permitirnos disfrutar de este tiempo para siempre.

Porque, sin importar lo que él diga, estos perros no son míos. Son suyos, tal como debe ser. Yo los tendré hasta el final del invierno, pero ya. Después me marcharé y serán la pequeña manada de Hades. Una compañía que con suerte aceptará a pesar de que mantiene las distancias con los humanos que lo rodean.

Mi burbuja de felicidad se desinfla al instante. Se merece mucho más de lo que le ha dado la vida. Se merece ser feliz. Se merece estar rodeado de amigos y seres queridos que llenen esa enorme casa de risas y experiencias. Es una buena persona, a pesar de que sea el villano en lo que a Olimpo se refiere (al menos en las partes de Olimpo que creen en su existencia).

Nos lleva media hora larga comprar todo lo que necesitamos y esperar a que aparezca Caronte con dos hombres para ayudarnos a transportarlo todo a casa. Hasta que no entro por la puerta principal, no me doy cuenta de que antes de hoy ya estaba considerando este lugar mi casa. De que se parece más a un hogar que el ático que mi madre tiene en un rascacielos, tanto con mis hermanas como sin ellas.

Me atraviesa el miedo. Da igual lo mucho que esté disfrutando de

mi tiempo con Hades, esto no puede ser mi hogar. He sacrificado demasiado, les he pedido a mis hermanas que sacrifiquen demasiado para no seguir adelante. Tengo que marcharme en cuanto cumpla los veinticinco, tengo que hacerme con mi herencia y conseguir salir de Olimpo. Si no lo hago... ¿de qué habrá servido todo esto?

Habré intercambiado una jaula exquisita por otra.

Y eso es algo que no pienso permitir.

23

Hades

—Hades, que vamos a llegar tarde.

Me siento en el suelo mientras tres cachorros de color negro azabache se suben y bajan de mi regazo jugueteando. Han tardado casi todo el día en pillarle el gusto al lugar, y hemos decidido despejar una habitación que hay cerca del patio interior para que nos fuera más fácil salir a que hagan sus cosas. He tenido mucho en lo que pensar, y casi hace que se me olvide lo que está a punto de pasar.

Casi.

Alzo la mirada y siento un nudo en la garganta que me impide respirar. Perséfone está guapísima con cualquier trapo que se ponga, pero el negro le queda espectacular, de infarto. La austeridad del color resalta su piel dorada y su melena rubia. No es que opaque su resplandor, sino que produce la sensación de que un rayo de sol extraviado ha llegado al Inframundo por pura casualidad. El vestido se desliza por su piel como si fuera aceite, se posa sobre sus pechos y le cae por las caderas hasta llegar al suelo, cubriéndole los pies.

Parece una reina.

—¿Hades?

Mentalmente sacudo la cabeza, pero no puedo quitarle los ojos de encima.

—Estás preciosa.

Pasea la mirada por su cuerpo y, con las manos, se alisa el vestido a la altura de las caderas.

—Juliette se ha superado con este vestido. Parece simple a la vista, pero el corte y la tela son una verdadera obra de arte.

Con cuidado, bajo a los cachorrillos de mi regazo y me pongo en pie.

—No le quedaría tan bien a nadie más, ni de lejos.

—Me estás vacilando, va.

Pero sonríe como si mis cumplidos la hicieran feliz. Debo contener el impulso de prometerle que le haré cumplidos todos los días si me pone esa carita. ¿Se ha dado cuenta de que, a lo largo de las últimas semanas, se ha ido relajando y soltando poco a poco? Porque yo sí. Ha dejado de vigilar tanto sus palabras; ha dejado de tomarse cada conversación como una guerra de la que quizá no podría salir viva. Otro signo inequívoco de lo mucho que confía en mí.

De lo segura que se siente.

Perséfone señala a los cachorros con la cabeza, y una expresión indulgente se adueña de su rostro.

—¿Has estado pensando en algún nombre?

—Perro.

No hablo en serio; solo lo he dicho para ver cómo me pone los ojos en blanco. Y Perséfone no me decepciona.

—Hades, tienes tres perros. No puedes llamarlos a todos Perro. Necesitan un hombre.

—Cerbero. —Señalo al más grande de los tres, al que es el claro líder incluso a esta edad temprana—. Ese es Cerbero.

—Me gusta —contesta sonriendo—. Venga, ahora los otros dos.

—Quiero que tú elijas los nombres.

Perséfone junta las cejas al fruncir el ceño y, por primera vez desde que puso un pie en esta habitación, parece insegura.

—No creo que sea buena idea.

Porque se va a marchar.

El instinto me dice que lo deje estar, para protegerme, pero la fecha límite me hace comportarme de manera temeraria.

—Perséfone.

—Dime.

¿Es esperanza lo que oigo en su voz? Me da miedo suponerlo.

Ahora mismo tengo mil cosas en la cabeza que podría, que quiero decirle. Estas últimas semanas que he pasado con ella han sido la época más feliz de toda mi vida. Es todo un reto para mí, y me encanta al mismo tiempo, y tengo la sensación de que podría pasarme décadas junto a esta mujer y, aun así, encontraría la forma de sorprenderme. De pronto, siento la desesperada necesidad de que este invierno nunca termine, quiero que la primavera no llegue jamás;

quiero quedarme aquí, con ella, para siempre.

Pero no hay un para siempre. No para nosotros.

Me acerco a ella y le acuno el rostro con las manos.

—Si fuésemos otras personas, en circunstancias diferentes, me arrodillaría ahora mismo y te suplicaría que te quedaras conmigo cuando acabara el invierno. Removería cielo y tierra, y el mismísimo Inframundo, para que te quedaras conmigo.

Perséfone abre y cierra esos enormes ojos color avellana y se humedece los labios.

—Si… —Parece indecisa; tengo ganas de estrecharla entre los brazos y, al mismo tiempo, de no moverme por si acaso ella nunca termina esa frase. Pero no se hace mucho de rogar—. Si fuésemos otras personas, no tendrías que suplicar. Echaría raíces aquí, en esta casa, y solo un suceso catastrófico podría sacarme de aquí.

«Si.» Una palabra clave, una palabra decisiva, una palabra que bien podría ser un muro de treinta metros de alto que se interpone entre nosotros y en ese futuro que solo un imbécil no querría.

—No somos otras personas.

—No —conviene y le brillan un poco los ojos—. No somos otras personas.

Cuando la verdad me cala hondo, me pesa todo el cuerpo. Amo a esta mujer. Debo armarme de valor para evitar hacer justo lo que acabo de decir, para evitar arrodillarme ante ella y suplicarle que se quede aquí. Pero no sería justo para ella que usara esa artimaña. No quiero ser otro carcelero que acabe amargándola. Perséfone quiere ser libre, y la única forma que hay para que obtenga esa libertad es marcharse de Olimpo. No puedo ser el motivo por el que no siga los pasos de su plan. Me niego a serlo.

Cuando por fin logro articular palabra, hablo con voz ronca. No digo nada que pueda hacer que se quede aquí. Sí, es posible que la ame (joder, solo de pensarlo me mareo), pero, si se lo confieso, todo cambiará. Es una trampa que no pienso hacer saltar.

—Déjame una parte de ti, sirenita. Ponles nombre a los cachorros.

Perséfone aprieta los labios con fuerza y, al final, asiente.

—Vale. —Da un paso hacia atrás, y yo la suelto. La observo mientras se agacha para acariciar a los perritos, que intentan treparle por las piernas—. Este se llamará Caribdis.

—¿Has dicho Caribdis?

—Y esta chiquitina será Escila —dice pasando de mi comentario.

—Esos nombres tienen... algo —añado parpadeando.

—Sí, ¿no? —Esboza una sonrisa maliciosa—. Les quedarán bien, ya verás.

Georgie entra agitada a la habitación, nos mira y pone los brazos en jarra.

—¿Cómo es que todavía estáis aquí?

—Estamos decidiendo los nombres de los cachorros —contesta Perséfone con tranquilidad—. Te presento a Cerbero, Caribdis y Escila.

Georgie asiente como si esos nombres fuesen la mar de normales y se los esperase.

—Unos nombres buenos y potentes para unos perros buenos y potentes. Venga, ahora salid de aquí y dejad que juegue un ratito con ellos. —Antes nos ha visto atravesar la puerta y ha tomado a los cachorritos como los nietos que jamás tendrá. Me da a mí que, de ahora en adelante, voy a tener que pelearme con ella para pasar tiempo con los cachorrillos, pero ya nos las apañaremos.

Le ofrezco el brazo a Perséfone y ella posa la mano sobre mi antebrazo, con un gesto elegante y regio propio de la reina que he dicho antes que era. Mientras recorremos los pasillos de camino al cuarto del sótano, me permito un instante para imaginarme qué pasaría si no tuviésemos una fecha de caducidad. Si Perséfone gobernara a mi lado, una reina oscura para mi rey de la zona baja de la ciudad.

No la dejaría viviendo entre las sombras para siempre. Lucharía para darle cada rayito de sol y toda la felicidad que pudiese encontrar.

Pero para nosotros eso no es posible.

Me obligo a concentrarme en lo que tengo delante y freno justo antes de darme contra la puerta.

—Ya sabes cómo va todo esto. Si cambias de opinión o quieres parar, solo dímelo y todo se detendrá.

Me brinda un amago de sonrisa.

—Lo sé. —Por un instante, parece nerviosa, pero lo oculta casi de inmediato—. Estoy lista.

—No pasa nada si no lo estás.

Perséfone abre la boca, y parece replantearse la situación.

—Estoy más nerviosa de lo que pensaba. La última vez nos

acostamos entre las sombras y, aunque había gente mirando, me pareció diferente. La fantasía me pone mucho y la tengo presente cuando pienso en ello, pero saber que va a pasar de verdad es un poco... intimidante.

Analizo el gesto de su rostro. No sé si siente los nervios buenos o si está empezando a arrepentirse de haber pedido todo esto.

—No tienes que hacer esto.

—Ya lo sé. —La certeza penetra otra vez en su voz—. Sé que, cuando estoy contigo, no tengo que hacer nada que no quiera hacer. —Perséfone inspira hondo y se pone derecha—. ¿Igual podemos improvisar?

—Me parece bien.

Ahora mismo no sé cómo me siento. No estoy en contra de acostarme con alguien delante de gente y siendo el centro de atención. Si las personas involucradas son las adecuadas y se establecen unas expectativas, puede ser la hostia de fogoso. Me puse tan cachondo como Perséfone cuando por fin me confesó que quería hacerlo.

Aquella noche no me sentí tan expuesto. Era consciente de que me preocupaba por ella, pero ¿amor? Llevo treinta y tres años sin sentirlo, así que casi me autoconvencí de que no era susceptible a esa emoción. Era de esperar que esta mujer me convirtiera en un mentiroso.

Nos guío hacia delante, atravesamos la puerta y entramos al cuarto. A pesar de que he enviado las invitaciones esta misma mañana, no hay un solo hueco libre. Puede que estén aquí para jugar, pero en realidad han venido para presenciar otro espectáculo entre la monada preferida de la alta sociedad que le he quitado a Zeus y yo. Ojalá esa versión fuese cierta. Así podría quedarme con ella.

La cojo de la mano y me abro paso entre la multitud. El único camino que hay hacia el trono nos lleva a atravesar varios conjuntos de sillones y sofás. Se diseñó así, para que pudieran verme como a un tigre en un zoo. Están tan cerca que pueden tocarme, pero saben que no deben intentarlo siquiera. Veo rostros conocidos mientras caminamos por el cuarto. Eros ha vuelto, con un brazo rodeando a un hombre y el otro a una mujer. Me mira con una sonrisa arrogante cuando pasamos por su lado. Por una vez, parece que nadie ha empezado la fiesta sin nosotros.

Están todos esperando el espectáculo.

Con cada paso que damos, el andar de Perséfone es más forzado. Miro hacia atrás y veo en sus ojos avellana una mirada vidriosa a pesar de la brillante sonrisa que luce en el rostro. Su máscara. Joder.

Mi trono está vacío, como siempre. Me hundo en él, y tiro de Perséfone para que se siente sobre mi regazo. Está muy tensa, temblando, y eso no hace más que confirmar mis sospechas. Le recojo las piernas y se las paso por encima de mis muslos, rodeándola todo lo que puedo con mi cuerpo.

—Respira despacio, Perséfone.

—Eso intento. —Por su voz parece que se esté ahogando. Pero no por el deseo. Ni por las ganas. Por el miedo.

La cojo de la barbilla y le levanto la cara hasta que su mirada se cruza con la mía.

—He cambiado de opinión.

—¿Qué?

Tengo que ir con cuidado. No me va a dar las gracias por intervenir, pero no pienso dejar que siga adelante con esto solo porque sí. Ya habrá más noches, más oportunidades. No voy a participar en nada que pueda hacerle daño. Me la quedo mirando un par de segundos.

—No me apetece mucho follarte en el escenario esta noche.

Veo el alivio reflejado en sus ojos, y esboza una tímida sonrisa.

—¿Tan evidente soy?

—He aprendido a analizarte mejor que el resto. —Me inclino hacia delante y continúo—: Pero voy en serio. No estoy listo para exponerte a ese nivel todavía. Me gusta que nos quedemos entre las sombras, que lo nuestro sea solo para nosotros. ¿Me perdonas?

—Siempre. —Se relaja contra mi pecho y me da un beso fugaz en la comisura de la boca—. La teoría me pone mucho, pero ahora que estamos aquí…

—Si crees que nunca vas a poder llevar a cabo la fantasía, no pasa nada.

Perséfone se echa hacia atrás.

—Pero es algo que tú quieres. Con el tiempo.

Le cojo la mano y le paso el pulgar por los nudillos, con suavidad.

—Me atrae, sí. Pero parte de esa atracción radica en tu placer. Si a ti no te pone, entonces no vale de nada.

—Mmm. —Mira nuestras manos—. Igual podemos empezar con

algo entre las sombras, aquí, en el trono... ¿Y continuarlo allí la próxima vez?

—Si te apetece... —digo con cautela. No comento nada de que necesitaríamos mucho más que seis semanas para llevar a cabo todas las cosas que se le pasan por ese increíble cerebro que tiene. No sería justo, y no quiero herirla, ni siquiera de pasada.

—Pero ¿esta noche no?

—Esta noche no —confirmo.

—Vale. —Parece relajarse un poco más y, entonces, una sonrisa traviesa se adueña de sus labios—. En ese caso, Hades, me gustaría muchísimo empezar la noche contigo follándome la boca, sentado en tu trono.

Me quedo de piedra. Ya he tenido sus labios alrededor decenas de veces desde esa primera vez, pero no creo que me acostumbre nunca a oírla pronunciar esas palabras. Y tampoco dejaré de desearlas. No le digo que todavía tenemos noche por delante. Me ha dejado ver su vulnerabilidad, y ahora nos ofrece algo que ambos deseamos para recuperar la seguridad. La suelto y me recoloco en mi trono, apoyando los brazos en el sillón.

—Faltaría más, sirenita. Arrodíllate.

No tarda ni un segundo en deslizarse hacia el suelo y obedecerme. Parece toda una reina aun estando de rodillas ante mí. Me desabrocha los pantalones y me la saca. La muy juguetona se relame y me mira desde abajo.

—Nos están mirando todos, ¿no?

No tengo que levantar la cabeza para saber la respuesta a esa pregunta, pero lo hago de todas formas. Al ver que ha cambiado la programación de la noche, hay un puñado de siluetas borrosas que ya se han puesto manos a la obra y están teniendo sexo, pero la mayoría de los presentes están tirados en los sofás y los sillones, mirando en nuestra dirección.

—No pueden vernos bien, pero su imaginación está haciendo el resto.

—Mmm. —Perséfone se estremece, pero esta vez los escalofríos son de deseo—. Nos observan y ven cómo corrompes la propiedad de Zeus.

—No eres de su propiedad —espeto, y mi voz suena más áspera de lo que quería.

Perséfone me rodea la base con la mano.

—Ya lo sé —contesta, y me regala una sonrisa que me parte el alma—. Destroza mi maquillaje, Hades. Monta un buen espectáculo, solo para nosotros.

Nosotros.

Esta mujer va a acabar conmigo si sigue hablándome así, como si fuésemos nosotros contra el mundo. Como si fuésemos un equipo, un conjunto, una pareja. Pero no la corrijo. Por el contrario, me permito el gusto de zambullirme en la fantasía tal como ella está haciendo. La fantasía de un nosotros.

La agarro del pelo con una mano y endurezco mis facciones en un gesto frío y contenido.

—Chúpame, sirenita. Y hazlo bien.

—Sí, señor. —No vacila, sino que se introduce toda mi erección en la boca hasta que debe retirar la mano de la base para poder tocarla con los labios. Se atraganta un poco, pero eso no la disuade ni un ápice. Lo único que hago es contenerme mientras Perséfone acelera el ritmo con facilidad, y casi se ahoga cada vez que me engulle. Pero parece que soy yo quien la lleva. Mientras se le corre el rímel por las lágrimas y me deja marcas de pintalabios, que también mancha la comisura de sus labios, parece que soy yo quien la está obligando a hacerlo.

Puedo sentir cómo aumenta la tensión sexual del cuarto sin levantar la mirada siquiera. Pero los observo. Contemplo la habitación mientras Perséfone se esfuerza por metérsela hasta el fondo de la garganta, y veo a aquellos que miran nuestra escena con lujuria y a quienes parecen casi preocupados.

Lo odio.

Casi siempre que interpreto escenas semejantes a esta, lo he hecho para añadir una capa más al mito de Hades, para aumentar la fama de que soy un hombre al que no deben importunar. Ya me han observado con miedo en la mirada, y jamás me ha molestado porque me era de gran utilidad. Perséfone no es una pareja anónima que interprete un papel para después regresar a su vida normal. No importa cuánto necesite esta escena, que necesite el resultado final tanto como yo. Solo de pensar que se creen que estoy mancillando a la prometida de Zeus por simple venganza me duele como si me clavaran cristales en el pecho.

El hecho de que piensen que algo tan natural y sencillo como el sexo puede mancillar a alguien presiona más esas esquirlas.

Perséfone me hunde los dedos en los muslos, y dejo de mirar al cuarto para centrar mi atención en ella. Me mira y dice:

—Quédate conmigo, Hades. Esta noche solo importamos tú y yo.

Tiene razón. Sé que tiene razón. Cierro los ojos un instante, dos, y los abro. La única persona de este cuarto que me importa está arrodillada entre mis piernas, mirándome con unos ojos color avellana con tal fogosidad en ellos que es un milagro que no hayamos combustionado aquí y ahora. Perséfone es un desastre precioso, y saber que me permite disfrutar de ella es embriagador.

—Estoy aquí —carraspeo, ya que de pronto tengo un nudo en la garganta—. Estoy contigo.

Perséfone sonríe, se vuelve a meter toda mi erección en la boca, y retoma la tarea de volverme completamente loco de placer. No intento contenerme. No cuando me devora con tanta dulzura, no cuando ha convertido esto en algo solo para nosotros en vez de en un espectáculo para ellos. Le paso los pulgares por las mejillas, y le seco las lágrimas.

—Estoy cerca.

Un aviso y una promesa. Perséfone acelera el ritmo al instante, y me chupa como si fuese a conseguir su redención con este orgasmo.

Me dejo ir. Todo el cuarto se reduce a ella y a mí, y al placer que me embarga. Ella se lo bebe todo mientras yo me corro, chupándome hasta que tengo que apartarla con un empujoncito. Perséfone se relame y me brinda una sonrisa de alegría.

—Te juro que me gusta muchísimo verte correrte así.

«Te juro que te quiero.»

No sé cómo, pero me guardo esas palabras. No puedo decírselas sin atarla a mí, sin echarlo todo a perder. Pero... puedo demostrárselo. Puedo darle un regalo a cambio por todo lo que me ha dado ella estas semanas que hemos pasado juntos, que ha culminado en esta escena. Esta mujer no se merece estar de rodillas. Se merece que la veneren. Se merece estar en el trono como mi igual.

Y pienso subirla a él.

—Levanta —le indico.

Debe de pensar que acabará de nuevo sobre mi regazo, porque se le abren los ojos como platos cuando me levanto y le doy un empujoncito hacia el sillón que estaba ocupando hace un momento.

Hacia el trono. Al fruncir el ceño se le juntan las cejas, pero no le doy la oportunidad de preguntarme. Me limito a arrodillarme frente a ella.

—Hades, ¿qué estás haciendo? —me pregunta con los ojos más abiertos si cabe.

Por un instante, no puedo dejar de mirarla desde el suelo. El vestido le cae por las piernas hasta los pies, y el trono oscuro sobre el que está sentada y la cuidada iluminación del cuarto dibujan un halo sobre la melena rubia. Es imposible negar cómo la energía emerge de cada célula de su ser, incluso con el maquillaje todo corrido. Antes me ha parecido toda una reina, pero estaba muy equivocado.

Es una maldita diosa.

24

Perséfone

No puedo soportar mirar el resto de la estancia, así que me centro por completo en el hombre arrodillado a mis pies. ¿Es que no entiende lo antinatural que es esto? Sí, ya ha estado arrodillado delante de mí antes, pero era diferente. Privado, algo solo entre nosotros dos. Independientemente de nuestras posiciones, no me cabe duda alguna de que cada célula de su cuerpo es dominante. Nunca ha llegado a someterse a mí.

Y ahora tampoco lo está haciendo.

Pero lo aparenta, y eso es todo lo que le importa a la gente que lo está presenciando. Están viendo a Hades, de los Trece, arrodillado a los pies de una mujer que se sienta en su trono. Pensaba que estábamos marcándome como suya y solo suya, pero esto no entraba en el plan.

—¿Qué estás haciendo? —susurro.

—Venerarte.

Nada de lo que dice tiene sentido, pero no me da tiempo a comprenderlo. Me agarra el dobladillo del vestido, sube las manos por las piernas con una caricia y arrastra la tela con ellas. Me deja al descubierto las pantorrillas, las rodillas y los muslos, y después me amontona el vestido sobre las caderas.

Es tan diferente de la última vez que estuvimos aquí... Por aquel entonces no me preocupaba el recato, estaba tan fuera de mí por el deseo que no me importaba quién viera qué hacíamos en las sombras, pero la posición de Hades hace que este acto parezca un secreto.

Como si fuera solo para nosotros.

Me mira como si nunca antes me hubiera visto, como si yo fuera la que tuviera todo el poder en esta ecuación y él estuviera adorando

de verdad a alguien por encima de su estatus. No tiene sentido, pero mi confusión no consigue amainar mi deseo. Sobre todo cuando desliza los dedos por la cara interior de mis muslos y me insta a abrirme para él.

Centra la atención en mi parte más íntima.

—Te encanta comerme.

—Culpable. Pero eso ya lo sabías. —Ambos hablamos en voz baja, apenas un poco más alto que un susurro. Esto añade una capa más de intimidad a este momento, a pesar de todas las miradas que se posan en nosotros—. Hades... —No sé qué decir. No sé qué debería decir—. ¿Qué estamos haciendo?

Contesta con la boca, pero sin palabras. Baja la cabeza y me besa entre las piernas. Una caricia larga y minuciosa que hace que todas las preguntas desaparezcan de mi cabeza. Pueden esperar. Ahora mismo, lo único que me importa es el placer y me lo está proporcionando con creces. Me empuja una de las piernas hacia arriba, por encima del reposabrazos del trono para abrirme para él.

Parece que me memoriza con cada lametón y con cada beso. No está centrado en mi orgasmo, eso me queda claro, aunque el deseo me hierva en las venas. Puede que me esté comiendo, pero Hades lo hace como si fuera solamente por su placer. En cierta forma, esto hace que la experiencia me excite mucho más.

Entonces levanto la mirada.

No exagero si digo que todos los ojos de la estancia están clavados en nosotros. La gente ha dejado de hacer lo que quiera que estuviera haciendo antes de que Hades y yo empezáramos con nuestro propio espectáculo. Su lujuria me salpica y hace que la mía aumente todavía más. El poder y el anhelo se enroscan en mi interior a medida que voy encontrándome con todas esas miradas, cuando veo la envidia y el ansia.

Algunos quieren ser yo.

Otros quieren ser el que está arrodillado a mis pies.

Hacer como si no estuvieran no se parece a nada que haya experimentado antes. No nos hemos equivocado al quedarnos en las sombras, al no exhibirnos bajo los focos. Esto es mucho mejor, crea una fantasía de la fruta prohibida que todo el mundo puede ver, pero no tocar.

Todos menos Hades.

Me sorbe el clítoris entre los labios a la par que lo baña en atenciones con la lengua. Después de sus caricias suaves y los lametones provocadores, esto me pilla tan por sorpresa que se me arquea la espalda y se me escapa un grito de los labios. La tensión que se respira en el ambiente incrementa varios niveles, pero yo ya no estoy mirando a nuestro público. No, Hades es el dueño de mi atención. Le paso los dedos por el pelo y los hundo para acercarlo a mí.

Gruñe contra mi piel y es una sensación tan lasciva que apenas puedo soportarlo.

—Haz que me corra —susurro.

Durante un instante, creo que se va a apartar, a recordarme que, sin importar que estemos al mismo nivel, es él quien está al mando ahora mismo. No lo hace. Sino que... obedece.

Hades me penetra con un dedo, después con otro, gira la muñeca en búsqueda de ese lugar que me derretirá al tiempo que dibuja círculos con la punta de la lengua alrededor de mi clítoris. Donde antes desarrollaba mi placer en olas constantes que podía capear, ahora levanta un tsunami de deseo que no tengo esperanzas de poder combatir.

Aunque nunca he tenido la intención de hacerlo.

Me corro con su nombre en los labios, parece hacer eco en todas las esquinas de la estancia. Incluso cuando modera sus caricias y me obliga a volver a mi cuerpo, tengo la sensación de que ya nada volverá a ser como antes. Hemos pasado de largo ese punto sin retorno que ninguno de los dos sabíamos que existía. Ahora ya no hay marcha atrás. Y tampoco estoy segura de querer que la haya, aunque esa posibilidad siguiera disponible.

Hades vuelve a colocarme bien el vestido y se levanta. A simple vista, parece perfectamente sereno... al menos hasta que lo miro a los ojos. Tienen un aspecto salvaje, con la misma necesidad que me recorre como una marejada bajo la piel. No ha sido suficiente. No ha servido ni para quitarnos el gusanillo.

Me tiende la mano.

La contemplo lo que dura un suspiro. Parece un gesto muy simple, pero, a pesar de encontrarme tan conmocionada, lo comprendo. No me está exigiendo nada. Me lo está pidiendo. Nos está poniendo al mismo nivel. La cuestión es que no entiendo por qué.

Al final, me es indiferente. Coloco la mano sobre la suya y dejo que me ponga en pie de un tirón. Se da la vuelta para enfrentarse al resto de la estancia, la gente ha dejado de fingir que no nos está mirando. Es una sensación... extraña, pero no necesariamente mala. Están esperando a ver qué hacemos y esperarán tanto como nosotros queramos.

¿Así se siente una al ser poderosa?

Hades parece retar con la mirada a todas y cada una de las personas presentes.

—Cuando volváis con el rabo entre las piernas a vuestros rascacielos y vidas glamurosas de la zona alta, más os vale contar toda la verdad de lo que ha ocurrido esta noche aquí dentro. Es mía. —Le da un apretón fugaz a mi mano—. Y yo soy suyo.

Esto no formaba parte del plan. Ni siquiera estoy segura de que hubiera algo planeado esta noche, no después de que me echara atrás. Pero Hades no me está declarando de su propiedad como lo lleva haciendo desde el principio de nuestro acuerdo, del modo que habíamos establecido para provocar a Zeus.

Lo está declarando como algo mutuo.

Es algo de lo que hemos hablado en privado, pero hacerlo así cambia las cosas por completo. No sé qué significa. Y como no sé lo que significa, lo único que puedo hacer es esforzarme por mantener mi expresión bajo control mientras Hades nos conduce a la salida y abandonamos el cuarto. En cuanto se cierra la puerta a mis espaldas, murmuro:

—¿No vas a entretener a tus súbditos esta noche?

—Que les den. —Apenas suena a sí mismo—. Solo vienen por los chismorreos y hoy no estoy de humor para interpretar al villano. —Atraviesa el vestíbulo hasta llegar a las escaleras, casi me arrastra detrás de él—. No me ven. Nadie me ve, solo tú.

Se me sale el corazón por la boca.

—¿Qué?

Pero no vuelve a hablar hasta que entramos en su habitación y cierra de un portazo. Nunca lo había visto de esta forma. Enfadado, sí. Incluso un poco presa del pánico. Pero ¿así? No sé qué está pasando.

—Hades, ¿qué te ocurre?

—Juré que no lo haría. —Se pasa las manos por el pelo—. Lo que tenemos no es sencillo, pero es lo más sincero que he tenido con nadie

desde que alcanza mi memoria. Eso significa algo, Perséfone. Incluso aunque para ti no quiera decir nada, para mí sí.

Sigo sin entenderlo, pero al menos ya tengo una respuesta.

—Para mí también significa algo.

Eso hace que se calme un poco. Se deja caer sobre el sofá y exhala con fuerza.

—Dame un minuto. No es culpa tuya. Son mierdas que tengo en la cabeza. Es que... necesito un minuto.

Pero no quiero darle un minuto. Quiero entender qué le ha disgustado. Quiero arreglarlo. Me ha dado tantas cosas durante estas últimas semanas, más de lo que puedo llegar a comprender. No puedo quedarme aquí parada y dejarlo sufrir mientras yo me cruzo de brazos. Así que hago lo único que se me ocurre.

Camino hasta Hades y me arrodillo delante de él. Cuando se limita a mirarme, me abro paso entre sus muslos hasta que se ve obligado a empujarme o a dejarme sitio. Abre las piernas mientras suelta otro de esos suspiros desgarradores.

—Ya me la has chupado esta noche, sirenita.

—No es lo que iba a hacer.

Si hubiera pensado que habría sido de ayuda, me lo habría metido en la boca sin dudarlo y con mucho gusto. Pero el sexo no es la solución para esto. De eso estoy segura.

En vez de eso, me pego a su torso y lo envuelvo entre mis brazos como puedo. Se queda tan quieto que pensaría que está aguantando la respiración si no fuera porque siento su pecho subir y bajar contra mi rostro. Muy pero que muy despacio, me rodea con sus brazos, al principio con cuidado y después con fuerza para apretarme contra él.

—Va a doler cuando te vayas.

Habla tan bajito que apenas escucho las palabras. Cuando me golpean, lo hacen con la fuerza de una explosión nuclear.

Pues claro que sospechaba que le importaba. Puede que Hades sea temible en muchos sentidos, pero es demasiado sincero para ser capaz de mentir con su cuerpo. Me toca como si significara algo para él. Me ha abierto poco a poco las puertas de la zona baja, me ha mostrado aquello que le importa, me ha dejado entrar. Aunque no me hubiera permitido plantearme a fondo lo que implicaba, me había dado cuenta. Pues claro que me había dado cuenta.

Y a mí también me importa.

—Hades...

—Lo que he dicho antes iba en serio. No te voy a pedir que te quedes. Sé que no es posible. —Suelta un largo suspiro.

Me muerdo la lengua antes de que pueda añadir algo más. Tiene razón, es imposible que me quede, pero eso no cambia que yo también fuera en serio con lo que le he dicho antes. Si fuésemos otras personas, este sitio sería mi hogar y este hombre sería mío.

—Cuando acepté el trato, tres meses me parecían una eternidad.

Se me escapa una risa que amortigua su camisa.

—Ahora no lo parece.

Nos quedan menos de dos meses y se pasarán en un suspiro. Como me despiste, se habrá acabado y la distancia entre nosotros será cada vez mayor.

Nunca más veré a Hades.

Y no sé cómo, con todo lo que ha estado pasando, nunca se me había ocurrido esto. Que podría echarlo de menos. Que marcharme será como arrancarme una parte de mí misma. Qué descabellado. Solo han pasado unas semanas. Puede que alguna de mis hermanas se enamorase hasta las trancas de su pareja en ese período de tiempo, pero yo no. Comprendía los límites cuando le insistí tanto a Hades para que aceptara el trato. Solo era de puertas para fuera, solo porque no nos quedaba otra.

No me habría escogido si no hubiera estado con Zeus antes de ser suya.

Ni siquiera me habría mirado dos veces: una mujer que es la personificación de todo lo que odia de la zona alta. Un rayo de sol con piernas, una personalidad falsa que proyecto para conseguir que la gente haga lo que quiero.

Me echo hacia atrás e intento soltar otra carcajada. Me sale rota, más parecida a un sollozo que a una risa.

—Yo...

¿Qué debería decir? Nada va a cambiar el curso de los hechos. El camino que hemos compartido durante un instante mientras coincidían su necesidad de venganza y mi anhelo por la libertad.

Nunca planeamos que durara para siempre.

Debería aliviarme saber que Hades no me va a pedir que me quede, que no va a complicarlo todo con cosas que ninguno de los dos debería querer. Pero no. En vez de eso, una extraña desesperación se

abre paso a zarpazos por mi cuerpo; sube, sube y sube hasta que me brota por la boca.

—Bésame.

Duda por el más fugaz de los instantes, como si quisiera memorizar mis rasgos antes de salvar la minúscula distancia que nos separa y reclamar mi boca. Me besa con brusquedad, no queda nada de la tierna delicadeza que ha mostrado una y otra vez. «Bien.» No quiero su ternura. Quiero su recuerdo marcado hasta en mis huesos.

Se levanta y tira de mí para que haga lo mismo, apenas interrumpiendo el beso. Con manos exigentes nos desnudamos el uno al otro, me arranca el vestido cuando la tela no se mueve lo bastante deprisa, salen volando los botones de su camisa. Sigo peleándome por librarme de la prenda cuando me obliga a caminar hacia atrás, en dirección a la cama.

—No puedo esperar.

Yo ya estoy asintiendo. Ahora mismo no necesito la seducción meticulosa. Solo lo necesito a él.

—Date prisa.

Me levanta y le envuelvo la cintura con las piernas. Con un pequeño movimiento, me penetra; Hades me agarra del culo para controlar mi descenso sobre su erección. Rápido, rápido, más rápido. Me da igual. Me retuerzo en un intento de pegarme más a él. No hemos dejado de besarnos, no es suficiente. ¿Quién necesita oxígeno cuando tengo a Hades? Él es mi oxígeno.

Ese pensamiento debería asustarme. Puede que lo haga cuando disponga del tiempo para pensarlo. Ahora mismo, lo único que siento es deseo.

Me levanta y me hace descender, usa la fuerza para hacerlo ahí de pie. Solo con esto ya me siento delirar. Aparto la boca de la suya el tiempo suficiente para musitar:

—Más. Hazlo duro.

Espero que me tumbe en la cama. En vez de eso, se da la vuelta y se mueve hacia el tocador para subirme a él. Me agarra de la garganta y me empuja hacia atrás para arrinconarme contra la pared.

—Observa. —Apenas suena a él, su voz se ha vuelto grave y feroz—. Observa lo mucho que me necesitas ahora mismo. Cuando seas libre y persigas esa vida de ensueño que tanto quieres, recuerda lo mucho que te gusta tenerme dentro, sirenita.

Entra de golpe y luego sale; su pene reluce con mis fluidos. No puedo apartar la vista. No quiero.

Hades sigue seduciéndome con palabras, atrapándome.

—Algún día, cuando dejes que un capullo cualquiera te seduzca y estéis follando, recuerda esta noche y estate segura de que nadie jamás podrá compararse conmigo. Pensarás en mí cuando los tengas dentro.

Mi mirada vuela hacia su cara, esa furia posesiva que se aprecia en ella es tan excitante como lo que le está haciendo a mi cuerpo. Quiero hundirme en ella y no volver a salir a la superficie. Pero no puedo. No puedo.

—No seas cruel —jadeo.

—Lo soy. —Vuelve a embestir y pega nuestros cuerpos, tan cerca como pueden estar dos personas, para después besarme con brusquedad. Levanta la cabeza lo justo para decir—: Me has destrozado, Perséfone. Así que, joder, más te vale perdonarme por querer devolverte el favor.

Y ya no hay nada que decir. Nos entregamos a nuestro ser más primitivo, buscamos nuestro placer mutuo. Cuando me corro, parece que me han arrancado el orgasmo a la fuerza, como si fuera algo que nunca más vaya a recuperar. Hades me sigue por el precipicio unos instantes después, pegando nuestros cuerpos y hundiendo el rostro en mi cuello mientras se corre.

Se hace el silencio.

Me aferro a él con los ojos aún cerrados, no estoy dispuesta a dejar que la realidad se inmiscuya. Aun así, ahí está, acechando desde las lindes del placer, que se va desvaneciendo. El frío de la habitación sobre nuestra piel húmeda por el sudor. El dolor que siento en varias partes del cuerpo por lo que nos hemos hecho el uno al otro. La respiración entrecortada de Hades que se va ralentizando a medida que lo hace la mía.

Por fin levanta la cabeza, pero no me mira.

—Lo siento.

Debería dejarlo estar. Podemos dar tantas vueltas como queramos, pero eso no va a cambiar nuestra situación, nuestra fecha límite. En vez de eso, trago saliva con dificultad.

—Yo no.

25

Hades

No puedo dormir. Ni siquiera después de darme una ducha y de meterme en la cama con Perséfone, de estrecharla entre los brazos mientras se acompasa su respiración, ni siquiera entonces me entra el sueño. No consigo deshacerme del terror que ha ido creciendo en mi interior con cada minuto que ha pasado desde que he alcanzado el orgasmo y he salido de ella, y en mi cabeza todavía resuenan las duras palabras que le he soltado. Me he pasado de la raya, y que ella estuviese justo allí, conmigo, no cambia el hecho de que ha ocurrido.

No quiero dejar que se vaya.

Un supuesto imposible. Para el caso, bien podría tratar de echarle el lazo a la luna en vez de intentar que Perséfone se quede conmigo. Aunque ella quisiera, pagaríamos un precio demasiado alto por estar juntos. Su madre jamás aceptaría que su encantadora hija prefiriese la zona baja de la ciudad (que me prefiriese a mí, a Hades), en vez de la brillante y tóxica corte de Zeus que ella le ofrece. Seguirá castigando a mi pueblo para intentar que dé mi brazo a torcer. Podríamos sobrevivir un par de años sin su ayuda, siempre y cuando no usáramos demasiado las líneas de abastecimiento que he establecido con Tritón; pero en cuanto Poseidón o Deméter se dieran cuenta de lo que está pasando, nos cerrarían esa vía también. Y quien sufriría será la gente que depende de mi seguridad.

¿Y Zeus?

No descansará jamás mientras Perséfone esté conmigo. Pensaba que a estas alturas ya habría movido ficha, pero ese viejo cabrón es más hábil de lo que creía. Irá a por mí, pero ya se encargará de que nadie sepa nunca que tuvo algo que ver en mi caída. Si no puedo demostrar su involucración...

No, tengo mil motivos para cumplir el trato que hice con Perséfone y allanarle el camino para conseguir su libertad. Pero solo tengo uno para pedirle que se quede conmigo: que la quiero. Y no es suficiente. Jamás será suficiente con la suerte en nuestra contra.

Estoy tan sumido en mis pensamientos que tardo unos segundos en percatarme de que está sonando un móvil. Levanto la cabeza, pero no es mi tono de llamada.

—Perséfone.

La chica se estira y me mira con esos enormes ojos color avellana, parpadeando.

—Dime.

—Te está sonando el móvil. —Mientras ella intenta espabilarse, me levanto de la cama y cojo su teléfono del tocador. Echo un vistazo a la pantalla y veo que aparece el nombre de Eurídice—. Es tu hermana pequeña.

Al oírlo, se termina de despertar. Se incorpora en la cama y se echa la melena hacia atrás con una mano mientras me pide que le pase el teléfono con la otra. Espero que hable con su hermana en el baño, o en la salita de estar, para tener algo de privacidad, pero activa el altavoz.

—Dime, Eurídice.

—¿Perséfone? Alabados sean los dioses. Eres la única que me ha cogido el móvil. —El pánico que destila la voz de la mujer me pone los pelos de punta.

—¿Qué te pasa?

—Me están siguiendo. Había quedado con Orfeo en un bar, pero no se ha presentado y un tío se ha puesto muy pesado, así que me he ido, pero... —Eurídice solloza entre jadeos—. Me está siguiendo. Y no pasan taxis. No sé qué hacer. Había gente por la calle, pero estamos muy cerca del río y ahora no hay nadie. He intentado llamar a Orfeo, pero no me lo coge. Perséfone, ¿qué hago?

Cuanto más asustada está su hermana, Perséfone más oculta sus sentimientos, y le habla con brusquedad:

—¿Dónde estás? Dime tu ubicación exacta.

—Esto... —El silbido del viento se cuela por el altavoz—. En el cruce de Enebro con la Cincuenta y seis.

Mi mirada se cruza con la de Perséfone. Su hermana está cerca del río Estigia, pero no lo suficiente. Si Perséfone intenta cruzarlo, los

hombres de Zeus irán a por ella. Si lo intento yo, habré incumplido el acuerdo.

—Tiene que llegar al río —susurro.

Perséfone asiente, y habla con su hermana.

—Eurídice, tienes que cruzar el Estigia. ¿Me oyes? Si bajas por Enebro, verás el puente. Te estaré esperando allí.

Eurídice ni siquiera pone en duda la orden de su hermana, y eso no es más que una muestra del miedo que siente la chica.

—Perséfone, tengo miedo.

—Estamos de camino.

Yo ya me he puesto en marcha; he ido al armario y he sacado lo primero que he pillado, y después me he metido una pistola en la parte de atrás de la cinturilla del pantalón. Espero no tener que dispararla esta noche, pero quiero estar preparado. Cojo unos vaqueros y una camiseta para Perséfone. Acaba de colgar con su hermana cuando vuelvo al dormitorio. Le envío un mensaje a Caronte para que se reúna con nosotros en la puerta, con un grupo. Tenemos que ir con cuidado, pero con solo notar la tensión en el gesto de Perséfone ya sé que vamos a mandar a la mierda la prudencia y hacer lo que sea por salvar a su hermanita.

—Todo esto es culpa mía.

No ha acabado la frase y yo ya estoy negando con la cabeza.

—No, no es verdad.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿No te resulta familiar? Un desconocido que está llevando a una mujer asustada hasta el río. Apesta a Zeus de lejos.

Tiene razón, pero eso no cambia nada. Tenemos que llegar al puente.

—Ya averiguaremos más cuando Eurídice esté a salvo. Ahora debes concentrarte en eso.

Una parte de mí cree que me lo va a discutir, pero Perséfone se yergue e inspira hondo, despacio.

—Vale.

—Vamos.

Corremos escaleras abajo y nos topamos con Caronte y los demás esperándonos. El puente Enebro está muy lejos para ir hasta allí a pie en caso de urgencia, así que nos apretujamos en dos coches. No le suelto la mano a Perséfone en todo el viaje. De nada servirá intentar

rebajar un poco la tensión de la chica, no cuando corre peligro la vida de uno de sus seres queridos. Lo único que puedo hacer es ofrecerle el poco consuelo del que soy capaz. No deja de llamar a gente con el móvil y al final se desquita.

—No hace más que saltarme el contestador del gilipollas ese. Antes no tenía el móvil apagado, y ahora sí.

Es fácil saber a quién se refiere.

—No es que se pueda confiar mucho en Orfeo. —Una afirmación neutra, pues no sé qué necesita Perséfone ahora mismo.

—No se lo pienso perdonar en la vida. —Percibo una mirada gélida en sus ojos—. Si le pasa algo a Eurídice, lo voy a matar con mis propias manos.

No puedo decirle nada que vaya a serle de ayuda. «Ya lo mataré yo por ti» no es ni de lejos la frase romántica que una persona quiere escuchar, por muy preocupada o furibunda que esté. Llegamos al puente, y eso me evita tener que pensar en una respuesta mejor.

Frenamos en seco y salimos del coche en tropel. Parece una noche hecha para que la gente cometa actos malvados: el ambiente está cargado y húmedo, y una niebla baja se acerca desde el río y cubre el suelo. Da un toque espeluznante y nos dificulta la visión.

Me recuerda a la noche en que Perséfone cruzó el río Estigia.

Sigo a la chica hasta las enormes columnas que tiene el puente Enebro a cada lado, una señal inequívoca de la frontera a nuestra orilla del río. Es uno de los puentes mejor iluminados, y sé que está escrudiñando al otro lado del río en busca de cualquier indicio de su hermana, como yo. Hemos llegado enseguida, pero ella ya debería estar aquí, aunque fuese a pie.

—Hades... —El miedo que percibo en la voz de Perséfone es una llamada que no puedo evitar contestar. Nunca, jamás debería tener miedo. No mientras esté conmigo.

—Estará al caer. —No me corresponde a mí darle esa seguridad. No conozco las circunstancias de los hechos, solo sé que alguien perseguía a Eurídice.

Como si la hubiese invocado con mis palabras, se disipa un poco la niebla al otro lado del río y vemos emerger una silueta de mujer. No está corriendo. Se tambalea. A esta distancia no puedo percibir los detalles, pero se está sujetando el brazo contra el cuerpo, como si estuviese herida.

Joder.

Perséfone me coge del brazo y suelta un grito silencioso. Da un paso antes de que la retenga por la cintura.

—No podemos cruzar el puente.

—Pero nosotros... —No tiene oportunidad de acabar la frase. Un hombre aparece entre la niebla justo detrás de Eurídice, un halcón de cacería tras su paloma herida. Perséfone se queda de piedra y, cuando habla, su voz destila una tranquilidad sobrecogedora—. Suéltame.

Si la suelto, saldrá corriendo tras su hermana y acabará entre las garras de Zeus. Ya sea atrapándola esta noche o alargando un poco el juego, eso es irrelevante. Pasará antes o después.

Si la retengo mientras le pasa algo a su hermana, la perderé mucho antes de que acabe el invierno. Es más, jamás podré vivir con mi conciencia si me quedo de brazos cruzados mientras esa chica sufre.

—Perséfone... —El hombre que persigue a Eurídice la alcanza, la coge por el hombro y la obliga a volverse. La joven grita, y es un sonido claro y aterrador. Me muevo antes incluso de darme cuenta de que he tomado una decisión. Lanzo a Perséfone a los brazos de Caronte—. No permitas que cruce el puente.

Yo seré el único que pague el precio por las infracciones de esta noche. No dejaré que lo haga ella.

Perséfone protesta y se revuelve, pero Caronte la retiene con un abrazo fuerte, sujetándole los brazos contra los costados e inmovilizándola sin hacerle daño. Me basta. Cruzo el puente a toda velocidad, hacia su hermana; hacía muchísimo tiempo que no corría tan rápido. Pero no lo suficiente. Lo sé cuando llego a la mitad del puente.

El agresor de Eurídice la empuja contra el suelo. La chica cae y se da un porrazo tal que se me revuelve el estómago, pero no se queda quieta. Ni siquiera mira al desconocido. Clava la mirada en su hermana y empieza a arrastrarse hacia el puente.

—¡Eurídice!

Los gritos agonizantes de Perséfone me motivan. Eso, y que el hombre se cierne sobre su hermana. Tiene el rostro desfigurado en un ceño fruncido y salvaje. No grita, pero, aun así, sus palabras llegan hasta mí.

—Venga, Eurídice, llama a tu hermanita. Grita por ella.

Ya intuía que Zeus estaba detrás de todo esto, pero las palabras de ese hombre no hacen más que confirmar mis sospechas. No recuerdo sacar la pistola, pero siento el frío peso del arma entre las manos cuando llego a las columnas del lado del puente de la zona alta de la ciudad.

—¡Aléjate de ella!

Entonces, por fin, el hombre me mira.

—¿O qué? —Hay un destello de metal en su mano cuando se inclina y coge a Eurídice del pelo—. Este no es tu lado del río, Hades. Si me tocas, habrá consecuencias.

—Lo sé.

Aprieto el gatillo. La bala impacta en la muñeca de la mano con la que sostiene el cuchillo, y el hombre cae hacia atrás.

Echo un vistazo a la hermana de Perséfone, y me queda más que claro que no será capaz de salvar la distancia que nos separa. Reconozco una terrible mirada vacía en sus ojos que me suena demasiado. La veía de niño, cuando me miraba al espejo. Se ha encerrado en algún lugar de su interior, por culpa del miedo y la violencia.

Cualquiera diría que la calle está desierta, pero no soy tonto. Zeus tiene a sus hombres vigilando su orilla del río, igual que tengo yo a los míos. Si pongo un pie fuera del puente, todo se habrá acabado. La guerra sacudirá Olimpo.

El hombre se incorpora y se lleva la muñeca al pecho con una expresión violenta en el rostro. Eurídice suelta una especie de sollozo entrecortado. Me pasa lo mismo que antes, no recuerdo haber tomado la decisión de hacer lo que hago. En un segundo lo estoy estampando contra el suelo y dándole de hostias en la cara. Joder, no estoy pensando. Ahora lo único que importa es acabar con la amenaza. Cada puñetazo que le doy alimenta algo oscuro en mi interior, como si pudiese darle tan fuerte a este cabrón que hasta el monstruo de la torre Dodona pudiese sentirlo. Y otro, y otro, y otro.

—Hades. ¡Hades, para!

Los gritos de Perséfone me frenan en seco. Me duelen las manos. Hay sangre por todas partes. Hace un buen rato que el tío ha dejado de moverse, aunque veo cómo le sube y le baja el pecho. Sigue vivo. Me vuelvo para mirar al otro lado del puente. Caronte todavía contiene a Perséfone contra su pecho, pero ambos parecen

impactados.

Ambos están horrorizados.

¿Qué estoy haciendo?

Me alejo del tipo y me pongo en cuclillas junto a la chica, que no deja de sollozar.

—Eurídice...

Ella se encoge ante mí.

—No me toques.

—Eurídice, tu hermana te está esperando. —No hay tiempo para sutilezas. La cojo por la barbilla y me aparto para que pueda ver a Perséfone al otro lado del puente. Mis nudillos manchados de sangre no ofrecen una imagen muy tranquilizadora, pero ya es demasiado tarde para cambiar las cosas—. ¿Puedes caminar?

Me mira con esos enormes ojos color avellana sin dejar de parpadear, con un temor tan grande que podría envolvernos a los dos.

—No lo sé.

—Voy a llevarte en brazos, no te resistas.

No le doy ni un segundo para prepararse; me limito a cargarla en brazos y cruzar el río a toda prisa de vuelta a la zona baja. He estado en el territorio de Zeus el desorbitado lapso de dos minutos, pero no soy tan ingenuo como para pensar que no tendrá repercusiones. Aunque no haya sido él quien haya orquestado todo esto (y todas las pruebas parecen indicar que sí ha sido él), Zeus sin duda aprovechará la oportunidad que acabo de darle.

Me preparo para el miedo de Perséfone. Acaba de verme totalmente desquiciado y dándole una soberana paliza a un hombre. Me clava la mirada, y me mira como si fuese la primera vez que me ve.

—Hades...

—Hablaremos del tema cuando lleguemos a casa. —No dejo a Eurídice en el suelo y emprendo la marcha hacia el coche—. Sube. Ahora.

Por primera vez, Perséfone no me discute. Se mete en el coche delante de mí, en el asiento trasero, y le coge la mano a su hermana mientras la poso con cuidado a su lado. Veo que le brillan los ojos color avellana.

—Gracias, Hades —dice en voz baja—. Sé que esto te traerá consecuencias.

—Cuida de tu hermana, nos vemos en casa. —Cierro la puerta antes de que pueda discutirme mi decisión y me acerco a Mente—. Llévalas a casa. Y ciérrala toda a cal y canto. Que no entre nadie. Y que no salga nadie. Y ya puedes rezar todo lo que sepas si esta noche Hermes se cuela por el perímetro de seguridad.

Mente asiente y corre hacia el lado del conductor. No desvío la mirada del coche hasta que los pierdo de vista y, solo entonces, me vuelvo hacia Caronte.

—Vamos a tener problemas.

La piel de Caronte ha adquirido una tonalidad cerosa.

—Has cruzado el río.

—No tenía alternativa.

Abre la boca como si quisiera contradecirme, pero, al final, sacude la cabeza.

—Bueno, supongo que ahora ya da igual. ¿Qué vamos a hacer?

Intento dejar de reaccionar y ponerme a pensar. ¿Zeus va a atacar de forma directa, o intentará presionarme para conseguir lo que quiere y evitar un conflicto bélico generalizado? No lo sé. No puedo pensar, joder. Lo único que oigo es el eco de los gritos de Perséfone; lo único que veo es la mirada indefensa en los ojos de su hermana; y lo único que siento es el dolor que me recorre los nudillos de la paliza que le he dado a ese tipo al que casi mato.

Me llevo las manos a la sien y me la masajeo. ¿Qué diría Andreas? Resoplo en cuanto se me pasa ese pensamiento por la mente. Andreas me va a matar por haber sido tan impulsivo.

—No podemos asumir que llegarán por los puentes. Retira a todo el que puedas de los límites del territorio. Si no quieren irse, no los obligues, pero haz que corra la voz. Se acerca la guerra.

Caronte vacila y después asiente.

—¿Quieres que lleve a toda nuestra gente a la casa principal?

La tentación casi se apodera de mí. Quiero que Perséfone esté a salvo, y sé a ciencia cierta que será un objetivo. Las ganas de reforzar nuestras defensas hasta quedar totalmente invulnerables son muy grandes.

Pero Perséfone no es la única persona de la zona baja de la ciudad que necesita protección ante lo que está por llegar.

Me obligo a negar con la cabeza.

—No, mantén las patrullas dobles por el río. Saca de él a todo

aquel que necesites para ayudar a quienes quieran salir de la posible zona de conflicto.

—Hades... —Caronte se ve obligado a hacer una pausa y a luchar contra el miedo que destila su voz—. Toda la zona baja de la ciudad será una zona de conflicto si nos atacan.

—Ya lo sé —digo, y le doy una palmada en la espalda—. Haré que sobrevivamos a esto, Caronte. No lo dudes ni por un instante.

Lo único es que todavía no sé cómo. No puedo actuar hasta que Zeus no lo haga. Me debato entre la esperanza de que no nos ataque de inmediato, y el temor de que vaya a alargar esta situación hasta que estemos todos locos perdidos.

Durante todo el camino de vuelta a casa no logro quitarme de encima el miedo de que, al llegar, Perséfone se habrá ido. De que Zeus, de uno u otro modo, habrá superado todas mis defensas y se la habrá llevado. De que la chica habrá sido consciente de que no puedo protegerla de verdad como le prometí, y que habrá tomado la decisión de probar suerte por su cuenta. De que habrá visto en mí el monstruo que todo Olimpo cree que soy y que habrá huido. Me imagino miles de posibilidades, todas alimentadas por el conocimiento de lo feas que se van a poner las cosas. Cuando empezamos con toda esta movida pensé en varias situaciones hipotéticas, pero ninguna se acercaba a lo que hemos vivido esta noche.

Hay cosas de las que una persona no puede retractarse.

Me llevo un golpe sorpresa al llegar y verlas a ella y a su hermana sentadas en el salón de la casa con los tres cachorrillos jugueteando a su alrededor. Están aquí. Están a salvo. Por ahora.

Me hundo en uno de los sillones y cruzo miradas con Perséfone. Deja a dos de los cachorros en el regazo de su hermana y se recuesta. Me parece bien. Presionar a Eurídice ahora mismo no es una buena decisión. Acaba de vivir... Bueno, no sabremos con exactitud lo que ha vivido hasta que se anime lo suficiente para contárnoslo. Y eso llevará tiempo.

Así que me quedo sentado y observo en silencio a Eurídice, poco a poco, volver en sí. Empieza acariciando a los cachorros y acaba con un suspiro tembloroso que se le escapa casi en forma de sollozo.

—Perséfone, he pasado muchísimo miedo.

—Lo sé, cielo. —Deja que Eurídice apoye la cabeza en su regazo y, despacio, le acaricia la melena negra, un roce tranquilizador.

Pero no veo nada de tranquilidad en sus ojos color avellana. Perséfone me mira, y jamás la he visto tan aterradora. Una diosa de la oscuridad de las de verdad, empeñada en reclamar venganza. Disimula la expresión en cuanto le cruza la cara, y odio que me oculte esta parte de ella. Una sonrisa temblorosa se entrevé en sus labios y articula un «gracias» sin hablar.

En ese momento, sé que volvería a hacerlo una y mil veces más. Fueran cuales fuesen las consecuencias. Cualquier cosa vale la pena por ella.

Joder, lo que sea por ella.

26

Perséfone

A mi hermana le sale la historia a trompicones. Cuenta que se suponía que Orfeo y ella habían quedado en una parte de la zona alta con la que ella no está muy familiarizada. Que nunca se presentó. Que ignoró sus llamadas, que le saltaba directamente el buzón de voz aunque ella estuviera cada vez más asustada y ese hombre desconocido se negara a dejarla en paz.

No dejo de acariciarle las sienes y el pelo, intento tranquilizarla de la única forma que sé. Tiene raspones en las palmas por la caída, estaba tan aterrorizada que no se había dado cuenta hasta ahora. Muestra magulladuras en los brazos del momento en que la estampó contra un edificio antes de que pudiera escapar por primera vez. También tiene moretones en las rodillas, del momento en que la lanzó al suelo al otro lado del puente.

Anoto y archivo en mi memoria cada una de las lesiones. Por mucho que quiera echarle la culpa de esto a Orfeo, solo hay un responsable: Zeus. Solo de pensar en su nombre se atizan las llamas de la ira en mi interior. Quiero que pague, ojo por ojo.

Cuando Eurídice se sume en el silencio y cierra los ojos, por fin vuelvo a mirar a Hades. Ya está de pie, listo para envolverla en una manta que lleva en el sofá desde la última vez que estuve leyendo en esta habitación. Parece que fue hace una eternidad.

Me pasa el móvil.

—Pon al día al resto de tus hermanas.

Claro. Es verdad. Se me tendría que haber ocurrido a mí. Acepto el móvil, pero no lo desbloqueo.

—Has sacrificado mucho al salvarla.

Ha disparado a un tipo. Le ha dado una paliza. Creo que si no

hubiera gritado su nombre, no habría dejado de pegarle. No sé cómo sentirme al respecto. Quería que sufriera, pero ser testigo de semejante violencia sin restricciones me ha dejado de piedra.

—No ha sido nada.

—No hagas eso. —Me cuesta no levantar la voz, pero soy plenamente consciente de la cabeza de mi hermana sobre mi regazo—. Nosotras pagaremos las consecuencias, y no lamento que la salvaras, pero tampoco voy a dejar que hagas como si nada. Gracias, Hades. Lo digo en serio.

Me acuna el rostro con su enorme mano. En sus ojos oscuros se atisba una legión de pensamientos que no comprendo.

—Siento que hayas tenido que verme perdiendo el control de esa manera.

No quiero hacerle la pregunta, pero me obligo a ponerla en palabras:

—¿Lo has matado?

—No. —Deja caer las manos—. Y tú no vas a pagar el precio de mi decisión. Me aseguraré de ello.

Antes de que pueda quejarme, me acaricia el labio inferior con el pulgar y después se marcha de la habitación.

Tengo que apretar la mandíbula para no llamarlo. Para no decirle que no tiene por qué cargar con esto él solo. Yo soy la razón por la que ha incumplido el acuerdo. No puedo dejar que pague las consecuencias él solo.

Aunque tiene razón, lo primero es lo primero. Tengo que informar a mis hermanas. Escribo un mensaje corto para ponerlas al día y lo envío a un grupo en el que solo están Calisto y Psique. La respuesta no se hace esperar:

Psique: ¡Me alegro de que esté bien!`

Calisto: Puto gilipollas.

Mandan una foto, una captura de pantalla de una de las redes sociales de Orfeo. Es una foto de él con una sonrisa de oreja a oreja rodeado de un trío de hermosas mujeres. La hora que sale en la publicación es aproximadamente la misma que cuando empezó a saltarme su buzón de voz.

Psique: Para nosotras está muerto.

Calisto: Cuando le ponga las manos encima SÍ que va a estar muerto.

Yo: Tampoco es que sea el único responsable.

Yo: Es Zeus.

Calisto: Que le jodan. A él también lo voy a matar.

Psique: Para ya. No digas esas cosas.

Yo: Ya se nos ocurrirá algo. Por lo menos, ahora Eurídice está a salvo y eso es lo único que importa.

Psique: Por favor, mantennos informadas.

Yo: Lo haré.

—Lo siento.

Aparto el móvil y me centro en mi hermana pequeña.

—No tienes nada que sentir.

Se gira hasta tumbarse de espaldas para verme mejor la cara. La dulce inocencia que tan acostumbrada estoy a ver cuando la miro ha desaparecido. En su lugar, hay un hastío y un cansancio que desearía con todas mis fuerzas hacer que se esfumaran. Respira hondo.

—Hades no debería haber cruzado el puente.

—Aparte de los Trece, poca gente cree en su existencia.

O al menos esa era la realidad antes de que empezáramos nuestra campaña para restregarle por las narices a Zeus que yo ahora esté con él.

—Basta ya. Soy la más pequeña, pero no soy ni la mitad de ingenua de lo que crees. Qué más da lo que piense el resto de Olimpo. Solo importa lo que piense Zeus. —Me toma la mano entre las suyas —. Va a aprovecharse de esta oportunidad para llegar hasta ti, ¿verdad?

«Lo va a intentar.»

—No te preocupes.

Ella niega con la cabeza.

—No me excluyas, Perséfone. Por favor. No puedo soportarlo. Pensé que podría ignorar las tramas de los Trece y ser feliz, pero... —

Se le atraganta la voz—. ¿Crees que ha sido una trampa de Orfeo?

Puede que ahora mismo arda en mi interior un nuevo e intenso desprecio hacia su novio, pero deseo con todas mis fuerzas poder contestar a esa pregunta con una negativa. Orfeo nunca ha estado a la altura de mi hermana, pero su único pecado ha sido el de ser un músico que se quería más a sí mismo que a ella. Eso lo convierte en un sinvergüenza y un chulo. No en un monstruo.

Como la haya vendido a Zeus... Monstruoso se quedaría corto.

Parece ser que Eurídice no necesita que le conteste.

—No puedo dejar de pensar si habrá sido él. Hoy se comportaba de forma extraña, estaba más distante y distraído de lo habitual. Pensaba que igual estaba poniéndome los cuernos. Creo que lo habría preferido. Lo nuestro se ha acabado. No queda otra.

—Lo siento. —Quería que mi hermana le diera la patada a Orfeo, pero no así. Estaba destinado a romperle el corazón en algún momento, pero esta traición es tan profunda que no sé cómo va a levantar cabeza. Hemos protegido y mimado a Eurídice todo lo que hemos podido, y así ha acabado. Suspiro—. Vamos a hacerte un té y a buscar un somnífero.

—Vale —susurra—. No creo que pueda dormir sin tomarme uno.

—Lo sé, cariño.

Me pongo de pie y tiro de ella para que haga lo mismo. Está a salvo. Esta noche estamos a salvo. Habrá consecuencias por nuestros actos, pero hoy no podemos hacer más que prepararle una habitación a mi hermana y estar allí para ella.

Pensaba que podía conseguir que la furia de Zeus se centrara solo en mí. Pensaba que abandonar Olimpo no tendría consecuencias negativas para nadie más. Me siento idiota.

Aunque me marchara esta noche, aunque desapareciera sin dejar rastro, mis hermanas tendrían que soportar las consecuencias de mis actos. Hades tendría que enfrentarse a las consecuencias de mis actos. Toda la zona baja. He sido increíblemente egoísta y he puesto a muchísima gente en peligro.

Preparo la ducha para que entre Eurídice.

—Vuelvo enseguida, ¿vale?

—Vale —susurra.

No estoy segura de si dejarla a solas ahora mismo es lo correcto, pero la verdad es que no va a poder dormir sin beberse un té y

tomarse un somnífero. Estoy segura de que, como mínimo, Georgie tendrá de lo primero en la cocina. Y alguien sabrá dónde encontrar lo segundo.

Abro la puerta y no me sorprende nada toparme con Hades. Es más, me sorprende todavía menos verlo con una taza humeante de té en la mano y un frasco de pastillas. Me trago el nudo que se me hace en la garganta.

—¿Nos estabas espiando?

—Solo un poco. —No sonríe, está tan tenso que casi parece que esté esperando a que le dé la espalda y me vaya—. ¿Puedo pasar?

—Pues claro. —Doy un paso atrás para que entre en la habitación. La sensación que tengo en la garganta empeora todavía más cuando Hades deja la taza y el frasco y retrocede. Aprieto los labios—. ¿Puedes abrazarme? ¿Aunque sea solo unos minutos?

Y así, sin más, el frío de su expresión se derrite. Hades extiende los brazos.

—Tanto como necesites.

Me meto de lleno en su abrazo y me aferro a él. Estoy temblando y ni siquiera sé cuándo he empezado. Esta noche ha comenzado siendo la mejor entre las mejores y después ha caído en picado hasta convertirse en la peor de las peores. Si Hades no hubiera incumplido el acuerdo, no sé si ese hombre se habría detenido. Podría haber perdido a mi hermana. Hundo el rostro en su pecho y lo abrazo con más fuerza todavía.

—Nunca podré agradecerte lo suficiente lo que has hecho esta noche. Es que… gracias, Hades.

Sin importar qué más pase, no dejaré que pague él solo el precio de sus acciones.

Se acabó el huir.

27

Hades

Suponía que Perséfone se apartaría de mí. Ya ha visto de lo que soy capaz. No puede albergar esperanza alguna de que en realidad sea un hombre bueno que finge no serlo. Me he pasado los últimos treinta minutos preparándome para su marcha mientras ella acompañaba a su hermana para que descansara.

Jamás me imaginé que regresaría a mí, justo a mí, en busca de consuelo.

—Lo siento. —Perséfone suelta un largo suspiro, y me agarra con fuerza la parte de atrás de la camisa, como si pensara que me separaré de ella antes de que ella me lo diga—. Parece que desde que llegué a la zona baja no he hecho más que causarte problemas.

—Anda, ven —le digo, y le doy un beso en la sien—. Jamás te disculpes por haber irrumpido en mi vida. No me arrepiento de ni uno solo de los momentos que he pasado contigo. Y no quiero que tú te arrepientas.

—Vale —susurra. Se aferra a mí en silencio. Eurídice empieza a sollozar en el baño con tanta fuerza que podemos oírla por encima del agua de la ducha. Al escucharla, Perséfone suspira—: Esta noche tengo que quedarme con ella.

—Lo sé. —No quiero soltarla y que se vaya, no quiero que salga de este dormitorio. Con tiempo y distancia, quizá se replantee cómo se siente por lo que ha ocurrido esta noche. Carraspeo para aclararme la garganta y le digo—: Gracias por llamarme, por gritar mi nombre. No… no sé si lo habría soltado.

Me pongo tenso, y espero el inevitable rechazo que esa confesión comportará.

—Por eso mismo lo hice —responde asintiendo en un lento

movimiento.

Está a punto de añadir algo más, pero oímos que Eurídice cierra la ducha. Ambos miramos el baño. Esta noche, ella la necesita más que yo. Le doy un último abrazo y me obligo a soltarla.

—Estaréis a salvo aquí. Da igual lo que haya podido cambiar. En ese sentido, todo sigue igual.

—Hades... —Veo que le tiembla un poco el labio inferior, justo antes de que se esfuerce por frenarlo—. Va a usar esto para obligarme a volver allí, y para doblegarte.

No puedo mentirle, aunque una mentirijilla piadosa pueda parecerme una buena solución ahora mismo.

—Lo va a intentar. —Me vuelvo hacia la puerta—. Pero, Perséfone, no pienso dejar que se te lleve. Aunque para evitarlo tenga que matarlo con mis propias manos.

—Ya lo sé —contesta con un estremecimiento. No son palabras de alegría. En todo caso, parecen de tristeza. Como si se estuviese despidiendo.

Dejarla es más duro de lo que había previsto. No logro deshacerme de la sensación de que no estará aquí cuando regrese. Pero por muy cierto que sea todo lo demás, sé que Zeus no se arriesgará a atacarnos esta noche y desaprovechar así la ventaja que tiene. Para venir a por mí necesita el respaldo del resto de los Trece, y eso le llevará tiempo.

Espero.

Me encuentro con Caronte esperándome delante de mi despacho. Observa la puerta con furia, pero lo conozco muy bien, tanto como para saber que todavía está cabreado por el desarrollo de los acontecimientos de esta noche. Cuando me ve, se sacude y se centra en el ahora.

—Andreas está esperando.

—Pues no lo hagamos esperar más.

Entramos en el despacho, y aún no he cerrado la puerta y el hombre ya está negando con la cabeza.

—Sabía que iba a pasar esto. Va a aplastarte como aplastó a tu padre. —Al hablar farfulla un poco, y es evidente que el culpable de su dicción es el vaso de líquido ambarino que tiene en la mano.

Le lanzo una mirada a Caronte, pero este se limita a encogerse de hombros. No tenemos nada que decirle. A su edad, tan avanzada,

Andreas puede hacer lo que le plazca. Necesito que mi gente esté concentrada, pero primero tengo que encargarme de esto. Al fin y al cabo, se lo debo. Se lo debo todo, joder.

—Yo no soy mi padre.

Hubo una época en la que, para mí, esa verdad era como una picadura que nunca me podía rascar. Andreas adoraba a mi padre, le era todo lo leal que una persona puede llegar a ser. La descripción que da del hombre supera la realidad, es como una rara expectativa que recaía sobre mí mientras crecía. ¿Cómo iba a competir con eso?

Pero esa es la cuestión. No tengo que competir con el fantasma del hombre que me engendró. Se fue. Se fue hace más de treinta años. Yo soy yo, y ya va siendo hora de que Andreas lo asuma.

Me hundo en la silla que hay enfrente de él.

—Yo no soy mi padre —repito despacio—. Él seguía las normas y las leyes, confiaba en ellas, y por eso murió. No vio venir a Zeus. —Una única verdad que jamás aceptaré. Si era tan bueno como afirma Andreas, ¿cómo es que no vio la víbora que era Zeus? ¿Por qué no nos protegió? Aparto esos pensamientos. Estoy convencido de que volverán para atormentarme en las solitarias noches que tengo por delante, pero ahora mismo me desconcentran de mi objetivo. Y no me puedo permitir el lujo de dar un solo paso en falso—. Me he pasado toda la vida analizando a Zeus. ¿No crees que seré capaz de anticiparme a sus movimientos?

—¿Qué vas a hacer? —Andreas suena como la sombra del hombre que era; su voz, que antaño retumbaba, ahora es apagada y entrecortada—. ¿Qué vas a hacer contra el rey de los dioses?

Despacio, me pongo en pie.

—No es el único rey de Olimpo. —Me vuelvo a Caronte, y muevo la barbilla con brusquedad—. Llévatelo a su habitación y consigue que alguien se quede con él. Tenemos que hablar.

Entre los dos levantamos a Andreas del sillón, y le doy unas palmaditas en la espalda.

—Descansa un poco, abuelo. Tenemos una guerra que ganar.

—¿Hades? —pregunta, y me escudriña el rostro. Entonces, una enorme sonrisa le atraviesa la cara arrugada—. Hades, amigo mío, te echaba de menos.

No me está hablando a mí. Le habla a mi padre. Se me encoge el corazón, pero le doy un último apretón en el hombro y dejo que

Caronte se lleve a su abuelo a su cuarto. Me acerco a mi mesa con paso airado y cojo la botella de whisky que Andreas no se ha llevado, pero no la abro. Por mucho que me atraiga la idea de calmarme con ella, esta noche tengo que estar avispado. Bueno, no solo esta noche... hasta que todo esto acabe.

La puerta a mis espaldas se abre con un suave crujido, y se me erizan los pelos de la nuca. Mi instinto me grita que estoy en peligro, pero, en vez de darme la vuelta y lanzar la botella de whisky, me giro despacio; ya sospecho con quién me voy a topar. Solo hay una persona capaz de eludir mi seguridad. La verdad, me sorprende que esta vez haya usado la puerta en vez de aparecer en la silla de mi despacho como por arte de magia.

—Algún día tendrás que contarme cómo consigues sortear mis medidas de seguridad incluso en su máximo esplendor.

—Igual algún día lo pienso.

Hermes no luce su característica sonrisa. Lleva un par de pantalones negros ajustados y una camisa larga morada que está a medio camino entre una camiseta de hombre y un vestido. El mejor conjunto para pasar desapercibida entre las sombras, al parecer.

Rodeo la mesa para inclinarme sobre ella.

—Veo que vienes por asuntos oficiales.

—Así es. —En su expresión veo muestras de algo semejante al arrepentimiento—. Hades, la has cagado. No tendrías que haberle dado una oportunidad. Nos has dejado a todos atados de pies y manos, incluso a los que te consideramos un amigo.

Por algún motivo que desconozco, eso me afecta. Amigos. Apenas he podido admitir que Dionisio y ella podrían ser mis amigos, y ya no lo son. Estoy resuelto a mantener la calma, pero, aun así, siento un pellizco de dolor.

—No creo que seamos tan buenos amigos si acabamos en bandos contrarios de una guerra.

—No tienes ni idea de cómo son las cosas en la zona alta —contesta entrecerrando los ojos—. Es muy diferente a como son aquí. Puede que en tu territorio tú seas un rey benévolo, pero Zeus es harina de otro costal. Contrariarlo supone un precio que la mayoría de nosotros no nos podemos permitir.

Me asombra su respuesta. Hermes y yo nos conocemos desde hace años, pero nunca hemos hablado de nuestro pasado en un

acuerdo tácito por parte de ambos. No conozco sus orígenes, no sé nada de su familia, o siquiera si la tiene. No sé cuál es el precio que estaría dispuesta a pagar por intentar oponerse a Zeus.

Se me escapa un suspiro. Mi intención no era parecer tan cansado pero la gravedad de lo que se avecina me aplastará si le doy muchas vueltas al asunto. Llevo planeando esta posibilidad desde que tuve edad suficiente para comprender qué les había pasado a mis padres y quién había sido el responsable de su muerte.

Pero Perséfone nunca entró en mis planes. ¿Pensar que ella pague una parte del precio? No. No pienso permitirlo. Me importa una mierda lo que tenga que hacer.

—Pues venga, vamos a ello. —Con un gesto, la invito a darme el mensaje que es evidente que tiene para mí—. ¿Qué tiene que decir ese capullo?

Hermes asiente y se aclara la garganta. Cuando surge, su voz es una imitación sorprendente de la retumbante voz de Zeus.

—Tienes trece horas para devolver a las dos chicas Dimitriou a la orilla del río a la que pertenecen. Si no lo haces, comportará tu aniquilación y la de aquellas personas a tu mando. No se me podrá responsabilizar por las muertes de civiles. Hades, toma la decisión correcta. —Hermes exhala y se sacude el cuerpo—. Fin de la transmisión.

La broma no nos hace gracia a ninguno de los dos.

—¿Trece horas? —pregunto analizándola.

—Nadie podrá decir nunca que Zeus carece de teatralidad. Una hora por cada miembro de los Trece.

—No va a dar marcha atrás ni aunque le devuelva a las dos chicas.

Lleva muchísimo tiempo esperando una oportunidad como esta. No sé qué pasará si me muero y no tengo descendiente que asuma el título de Hades. ¿El título desaparecerá conmigo y Zeus se repartirá la zona baja con Poseidón, una mitad para cada uno? ¿O acaso Zeus puede intervenir y designar a alguien de su propia elección? Ninguna de las opciones beneficiará a mi pueblo.

—No, no creo.

El conflicto que se refleja en el rostro de Hermes me dice todo lo que necesito saber: no le gusta nada cómo se está desarrollando todo, pero no va a arriesgar el pellejo para evitarlo.

Aunque, bueno, no creo que pudiera evitarlo aunque quisiera. Mientras sigo pensando en mis posibles respuestas, Hermes se inclina hacia delante y tira de mí para darme un abrazo.

—Por favor, de verdad, ten cuidado.

Le devuelvo el abrazo, incómodo, y una parte de mí se espera un puñal entre las costillas.

—No prometo nada.

—Y eso es lo que me temo. —Me da un último achuchón y retrocede. Los ojos oscuros le brillan un poco antes de que parpadee para secarse las lágrimas—. ¿Tienes la respuesta?

—Tendrá mi respuesta en trece horas.

Hermes abre la boca como si quisiera contradecirme, pero, al final, se limita a asentir.

—Buena suerte, Hades.

—Sal por la puerta principal cuando te vayas.

—¿Y qué gracia tendría?

Me dirige una sonrisa y, después, ya no está; se cuela por la puerta y me deja pensando qué cojones voy a hacer.

No importa lo mucho que me haya preparado para esto, eso no cambia el hecho de que el precio que pagaré será alto. Cuando termine el plazo, Zeus nos atacará rápido y con dureza, y traerá la guerra a mi territorio para asegurarse de que mi pueblo pague el precio más alto que hay. Conseguirá dos cosas: hacerme daño y posiblemente menoscabar la firme lealtad que mi gente me debe. Así, preparará el terreno para que lo acepten como el nuevo líder cuando por fin consiga eliminarme del mapa.

Tengo un plan. Y debo ceñirme a él.

28

Perséfone

Estoy sola intentando decidir cuánto tiempo debería concederle a mi hermana en el baño cuando percibo un frufrú a mis espaldas y me doy la vuelta para encontrarme con Hermes posada sobre la cama. Me coloco una mano sobre el pecho para intentar acallar el latido desbocado de mi corazón, pero no me permito reaccionar a lo grande, no cuando me está analizando.

—Hermes.

—Perséfone. —Su expresión muestra una neutralidad estudiada —. Tengo un mensaje para ti. ¿Quieres oírlo?

No puede salir nada bueno de esto, porque solo hay dos personas que utilizarían a Hermes para enviarme un mensaje. Me tienta pedirle que se marche, refugiarme de lo que venga ahora. Pero no pienso esconder la cabeza en la arena e ignorar las consecuencias de mis actos.

—Sí.

Esta asiente y se pone en pie. Cuando habla, lo hace con una voz de lo más masculina. Tardo dos palabras en darme cuenta de que se trata de Zeus.

—Una guerra acecha en el horizonte, Perséfone. Aplastaré la zona baja y a cualquiera que habite en ella. Ya sabes que Hades no puede enfrentarse al poder que los Trece pueden reunir. Vuelve ahora mismo y trae a tu hermana contigo, entonces me replantearé lo del ataque.

Espero, pero se queda en silencio.

—¿Esa es su oferta? ¿Replanteárselo?

—Sí. —Hermes alza un solo hombro—. Parece ser que cree que es lo justo.

—Parece ser que piensa que soy idiota.

Zeus no va a replantearse nada. Quizá quiera que Eurídice y yo volvamos tanto para agradar a mi madre como para demostrar su poder, pero no va a dejar pasar la oportunidad de atacar a Hades.

A no ser que yo le dé una razón para titubear.

Se me hace un nudo en el estómago, me mareo y siento un zumbido en la cabeza. Me había prometido a mí misma que no rehuiría las consecuencias de mis actos, pero por algunas consecuencias hay que pagar un precio demasiado alto. Hades es más que competente, pero ¿y si debe luchar contra enemigos más numerosos y mejor equipados? Y, a pesar de las precauciones que ha tomado, ¿qué va a pasar con su gente? Todas esas personas a las que he conocido estas últimas semanas mientras Hades me enseñaba la zona baja. Juliette, Matthew, Damien, Gayle. Todos los que frecuentan el mercado de invierno, los que tienen puestos, tiendas y negocios que han pasado de generación en generación.

Podrían convertirse en bajas. Siempre hay bajas en la guerra y siempre son aquellas personas que menos se merecen sufrir las consecuencias.

¿Qué puedo hacer para detenerlo?

Hermes ya tiene medio cuerpo fuera de la habitación cuando por fin encuentro mi voz, aunque apenas sueno a mí misma.

—Hermes. —Espero a que me mire para continuar. Si lo hago, no habrá vuelta atrás. Puede que el precio que pague sea demasiado alto, pero no puedo permitir que los demás luchen mis batallas en mi nombre. Se acabó esconderme detrás de la reputación de Hades. Ahora toca ponerse manos a la obra—. Me gustaría enviarle un mensaje a mi madre.

Le doy mil vueltas a mi decisión después de que Hermes se marche; observo los minutos convertirse en horas mientras espero una respuesta de mi madre. Cuidar de Eurídice me exige cierto nivel de concentración, pero al final le vence el sueño en la cama y, una vez más, me quedo sola con mis pensamientos mientras sigo esperando.

No sé si estoy haciendo lo correcto. Desearía con todas mis fuerzas poder consultar el plan con Hades, que se nos pudiera ocurrir una solución a los dos juntos. Una solución buena y lógica que nos ayude a capear la peligrosa tormenta hasta llegar a buen puerto.

Aunque ese es el problema. No siento que actúe con lógica. Mi pánico no amaina por mucho que pase el tiempo. De hecho, se va incrementando. Zeus quiere la cabeza de Hades en bandeja. La lleva queriendo desde hace años y yo por fin le he concedido la oportunidad de conseguirla.

No puedo dejar que Hades muera.

No puedo imaginarme un mundo sin él. Solo de pensarlo me estremezco, como si mi cuerpo quisiera repeler la idea. No va a pensar en sí mismo, solo en proteger a su gente. O en protegerme a mí. Después de todo, me lo prometió, y lo conozco lo bastante bien para saber que cumplirá su promesa, aunque eso signifique que tenga que hundirse para sacarme a mí a flote.

Tengo que protegerlo. No tiene a nadie que...

Se me corta la respiración y miro sin ver realmente las exquisitas paredes azules de la habitación. Aturdida, termino la frase, aunque solo en mi cabeza: «No tiene a nadie que lo quiera como yo».

Quiero a Hades.

Cierro los ojos y me concentro en respirar, pues una opresión me ha invadido el cuerpo. El amor nunca formó parte del plan, pero nada de esto era parte del plan. No puedo confesárselo. Si se lo digo, podría desconcertarlo, hacer que se le fuera la cabeza. Tan solo percibiría mis actos como una traición. Puede que incluso hiciera algo que arriesgara a su pueblo y eso no lo puedo permitir.

No, no puedo contárselo. Tengo que guardármelo para mí, esconderlo en lo más profundo de mí. Si lo consigo, puede que nos quede algo que salvar al otro lado. Si fracaso... Pues llegados a ese punto, tendremos problemas más gordos.

Sigo peleándome con mis emociones cuando la ventana se abre y Hermes se cuela por ella. La miro fijamente.

—¿Acabas de escalar por la pared? ¿Hasta el primer piso?

—¿Crees que es difícil? —Su sonrisa es una sombra de lo que solía ser. Lo acontecido esta noche la ha dejado agotada, al igual que al resto de nosotros. Se pone recta y la voz de mi madre emerge de sus labios—: Trato hecho.

El cuerpo se me queda sin fuerzas durante un terrible instante. La verdad es que no esperaba que aceptase. Ahora sí que no me queda otra opción. Cierro los ojos y respiro lentamente. El plan ha comenzado. Ya no hay marcha atrás.

Acaricio el pelo de mi hermana con una mano.

—Despierta, Eurídice.

Las cosas suceden deprisa después de eso. Me tomo mi tiempo para ponerme otro vestido negro confeccionado por Juliette. Es de manga larga, con un escote generoso y una falda de vuelo, pero el verdadero punto fuerte es el corsé que va por debajo del pecho y que me coloco por encima de la prenda. Es asimismo de color negro con bordados de color plata, lo cual me recuerda a una armadura estilizada. Con este vestido me siento como una reina oscura.

Como una diosa oscura.

Hermes me mira durante un buen rato.

—Menudo vestidazo.

—Las apariencias siempre importan en la zona alta. —Solo dispondré de una oportunidad para conseguirlo—. Es esencial conocer a tu público.

Se ríe un poco entre dientes.

—Cuando entres por esa puerta, se van a quedar de piedra.

—Eso espero. —Me paso las manos por el vestido. No hay tiempo que perder—. Vamos.

Eurídice me para antes de que pueda abrir la puerta de la habitación.

—Yo me quedo.

Me detengo de golpe.

—¿Cómo?

—Necesito tiempo. —Se envuelve entre sus propios brazos—. Ya pensaré qué hacer por la mañana, pero esta noche no pienso volver a la zona alta. No puedo.

Empiezo a reprochárselo, pero Hermes me interrumpe:

—Mira, si esto sale como quieres, que se quede aquí no supondrá diferencia alguna. Si la cosa se pone fea, que se quede aquí tampoco supondrá ninguna diferencia.

Tiene razón. Y odio que la tenga. Sin mencionar que el lugar más seguro en el que puede estar Eurídice en estos momentos es la casa de Hades. Independientemente de lo que vaya a pasar, él no permitirá que nadie le haga daño. Trago saliva.

—Vale. —Envuelvo a mi hermana en un abrazo de oso—. Ten cuidado.

—Y tú. —Me devuelve el abrazo con la misma fuerza—. Te

quiero.

—Yo también te quiero. —Me obligo a soltarla y girarme hacia Hermes—. Estoy lista.

No me extrañaría que Hermes me llevara hacia la ventana a pesar de mi cambio de vestuario, pero me saca de la habitación y recorremos el vestíbulo hasta llegar a las escaleras traseras, cerca de la cocina. Bajamos por los túneles que no he visitado desde que conocí a Hades. Silencio mis preguntas sobre su habilidad casi mágica para ubicarse por la casa de Hades. Me parece un completo misterio, pero funciona. Llegamos a la salida sin que nos pillen.

El aire de la noche se ha vuelto mordaz desde que salimos por última vez. Tiemblo, una parte de mí desearía haber cogido abrigo, pero el que Hades me compró no pega con este modelito y solo dispongo de una oportunidad de causar la impresión que quiero. Además, tiene sentido que huyera a la zona baja sin abrigo y que regrese de la misma forma.

Hermes me echa un vistazo.

—Queda poco.

Dos manzanas después, encontramos un sedán negro normal y corriente aparcado entre dos edificios; un Dionisio inusualmente serio está detrás del volante. Hermes ocupa el asiento del copiloto y yo me coloco en el trasero. Él me mira por el retrovisor y sacude la cabeza.

—Joder, pues parece que Hermes tenía razón.

—Págame en efectivo. —Suena como si le siguiera la broma por inercia, pero su mente estuviera en otro lugar a miles de kilómetros de distancia—. Arranca.

Se me acumula el pánico en la garganta mientras atravesamos la zona baja hasta cruzar el puente Ciprés. Ahora la presión es menos intensa, apenas perceptible. «Porque Hades me ha invitado a entrar.» Me estremezco, pero resisto las ganas de abrazarme a mí misma. Se me cae el alma a los pies cuando dejamos atrás esta parte de la ciudad. Ahora ya no hay vuelta atrás. Puede que nunca la hubiera.

Espero que se dirijan al oeste, hacia el ático de mi madre, pero en vez de eso giran hacia el norte. Aquí pasa algo. Me inclino hacia delante entre los dos asientos delanteros.

—¿Adónde vamos?

—Te voy a llevar con tu madre. Está con el resto en la torre Dodona.

Antes de que Hermes mueva un músculo, ya me tiene encima, con una mano envolviéndole la garganta.

—Me has tendido una trampa.

Dionisio no se molesta ni en frenar. Apenas nos mira.

—No os peleéis, niñas. No me gustaría tener que dar la vuelta.

Hermes pone los ojos en blanco.

—Tú eres la idiota que no ha pedido más detalles. Has ofrecido un trato. Tu madre lo ha aceptado. Yo me limito a enviar los mensajes... y ahora el paquete. Vuelve a tu sitio antes de que te hagas daño.

En vez de eso, aprieto más.

—Como me estés traicionando...

—¿Qué vas a hacer, Perséfone? ¿Matarme? —Hermes suelta una risa taciturna—. Inténtalo si quieres.

Es lo mismo que ha hablado antes con Hades. Que Zeus intentará obligarme a volver y doblegará la zona baja. La primera parte es un problema causado por mis actos. Es la segunda la que intento evitar. Joder, Hermes tiene razón. Yo misma me lo he buscado. No puedo amenazar y pillarme un rebote solo porque las cosas no salgan tal como yo esperaba.

Incluso siendo consciente de ello, me lleva más autocontrol del que pensaba despegar los dedos de su garganta y volver a mi sitio.

—Necesito que él sobreviva. —No tenía pensado decirlo. Puede que a estos dos les importe Hades, pero no son mis amigos. No puedo confiar en ellos.

Por fin, Hermes me mira.

—Pareces tenerlo todo bajo control.

No sé distinguir si está siendo sarcástica o no. Decido tomarme las palabras al pie de la letra y permito que me den el empujón que tan desesperadamente necesito.

A nuestro alrededor, las calles adoptan un aspecto ostentoso. Han restaurado todo durante los últimos años, cosa que evidencia todavía más lo muchísimo que le importa a la zona alta el aspecto de las cosas y lo poco que le importa lo que hay debajo. Los negocios siguen siendo los mismos, la gente que trabaja en ellos también; al menos hasta que dejan de funcionar. ¿Cuántos de ellos habrán acabado en la zona baja? Me avergüenzo tanto de haber tenido la vista puesta en el horizonte cuando debería haber estado fijándome en lo que ocurría a

mi alrededor...

Dionisio se detiene delante de la torre Dodona y aparca. Cuando miro a Hermes, esta se encoge de hombros.

—Lo de enviar paquetes era coña. Tú has hecho el trato, así que tendrás que entrar ahí por tu propio pie. Tenías razón antes... Las impresiones son esenciales.

—Lo sé —digo en voz baja.

Aun así, no me voy a disculpar por haberla atacado. No está del lado de nadie, solo del suyo y, aunque lo entiendo, no puedo evitar que sea un punto en su contra. A Hades le hacen falta aliados ahora mismo, y ella y Dionisio lo han abandonado en un momento de necesidad. Desde fuera, puede que parezca que yo he hecho lo mismo, pero todos mis actos desde el preciso instante que le he enviado a Hermes con un mensaje para mi madre han sido por su bien.

Salgo del coche y subo la mirada hacia el rascacielos que se alza ante mí, más alto que cualquier otro edificio que lo rodea; como si Zeus necesitara una demostración física de su poder para recordarles a todos los ciudadanos lo que es capaz de hacer. Me percato de que he esbozado una mueca de desdén. Patético. Es como un niño, dispuesto a tener una pataleta y a causar destrucción sin límites si no se sale con la suya.

Lo último que quiero es encontrarme cara a cara con él y su brillante séquito de esbirros después de todo lo que ha ocurrido, pero es lo que me he buscado. Es el precio que estoy dispuesta a pagar para evitar la guerra. No puedo permitirme fracasar antes incluso de poner un pie en el campo de batalla.

El viaje en ascensor hasta lo más alto del edificio parece durar mil vidas. Ha pasado poco más de un mes desde que estuve aquí por última vez, desde que hui de Zeus y del futuro que él y Madre habían planeado para mí sin mi consentimiento.

Me cuesta más que nunca ponerme la máscara. Desde que estoy con Hades he perdido la práctica; con él me siento segura, no tengo la necesidad de mentir con mi cara o mis palabras para allanarme el camino. Otra razón más por la que lo amo.

Dioses, lo quiero y, como esto salga mal, nunca tendré la oportunidad de decirlo en voz alta. Y tampoco es que él me haya dicho que sea recíproco. Nos hemos esforzado demasiado en sortear cualquier tipo de charla acerca de sentimientos, pero no puedo evitar

pensar en la conversación que tuvimos mientras le poníamos nombre a los cachorritos. No habría sacado el tema de un futuro alternativo en el que fuéramos gente diferente si no sintiera lo mismo que yo. No me habría llamado amor. Ahora es demasiado tarde para darle más vueltas. Tengo que dejar de pensar en ello.

Una no nada entre tiburones sin centrarse por completo en no perder una extremidad en el proceso.

Tomo aire una última vez mientras se abre la puerta del ascensor y me cuadro de hombros. Que empiece el juego.

La sala está a reventar de gente vestida de todos los colores del arcoíris, con elegantes vestidos de lentejuelas y esmóquines. Están en medio de otra celebración. Casi parece que lleven metidos en esta estancia desde que me marché, encerrados en una realidad retorcida donde la fiesta nunca acaba. Las prendas son diferentes, aunque es casi imperceptible: esta noche los vestidos son de colores más vibrantes que aquella vez, pero las personas son las mismas. El ambiente venenoso que se respira es el mismo. Todo es la misma mierda.

¿Cómo pueden estar de celebración cuando se atisba tanta muerte en el horizonte?

La furia me arde en las venas, marchita lo que pueda quedarme de nervios y vacilación. Quizá a esta gente no le importe el coste de sus decisiones en aquellos que no se mueven en estas esferas, pero a mí sí. Salgo del ascensor con paso decidido, el vestido de noche se me arremolina por las piernas con cada paso que doy. Casi siempre que he estado en esta sala me ha sido imposible escapar al claro desequilibrio de poder. Ellos lo tenían. Yo no. Fin de la historia.

Ya no es el caso.

No soy una simple hija de Deméter. Soy Perséfone y amo al rey de la zona baja que tanto detestan. Para ellos, podría ser el mismísimo rey del Inframundo, el señor de los muertos.

Atisbo a mi madre enfrascada en una conversación con Afrodita; hablan en voz baja con la cabeza inclinada, así que me dirijo hacia ellas. Doy dos pasos antes de que una voz retumbe por la estancia:

—Mi esposa ha vuelto.

Me cae como un jarro de agua fría, pero no dejo que mi expresión me delate al mirar a Zeus. Me sonríe radiante, como si no hubiera estado mandando amenaza tras amenaza para obligarme a

volver a la zona alta. Como si no me hubiera pasado las últimas cinco semanas durmiendo con el enemigo.

Como si todo el mundo aquí presente ignorara esas verdades.

La gente me deja paso a medida que avanzo. No, no me dejan paso. En realidad tropiezan los unos con los otros para poner distancia de por medio entre nosotros y apartarse de mi camino. Ni siquiera los miro. Me son indiferentes ahora mismo. Solo hay dos personas que me importen en esta sala, y tengo que encargarme de Zeus antes de poder acceder a la jefa final.

Me detengo lo bastante lejos para que no pueda tocarme y me paso una mano por delante del cuerpo.

—Como verás, he vuelto de una pieza.

—De una pieza, pero no intacta. —Habla en voz baja para que solo lo escuche yo, pero sonríe de oreja a oreja como si le hubiera prometido el mundo. Después, alza la voz—: Sin duda, este es un gran día. Es hora de celebrarlo.

Se mueve más deprisa de lo que puedo anticipar y me pasa un brazo por la cintura, me acerca demasiado a su cuerpo. Todo mi esfuerzo se concentra en no dar un respingo. Zeus agita una mano imperiosa y me aprieta todavía más.

—Sonríe a la cámara, Perséfone.

Esbozo una sonrisa perfecta cuando se activa el flash de la cámara, se me cae el alma a los pies al pensar que Hades verá esta foto por todas partes mañana por la mañana. No tendré la oportunidad de explicárselo, no tendré la oportunidad de decirle que lo hago por él, por los suyos.

Zeus me desliza una mano por el costado, aunque el corsé crea una barrera que parece mantenerlo a raya.

—Has sido una niña muy mala, Perséfone.

Detesto la forma en la que me habla. Como si fuera una niña a la que tuviera que educar, solo que la lujuria que se aprecia en sus ojos desmiente esa percepción. Mataría a Zeus con mis propias manos antes de dejar que me metiera en su cama, pero escupírselo ahora mismo solo truncaría mis planes. Así que le sonrío, alegre y dulce, casi empalagosa.

—Si cumplo con la penitencia adecuada, se me pueden perdonar muchas cosas, ¿no crees?

La lujuria de sus ojos se enciende todavía más; se me revuelve el

estómago. Me da un estrujón en la cadera, me clava los dedos como si quisiera arrancarme el vestido. Pero al final me suelta y retrocede.

—Ve a casa de tu madre y espera. Mis sirvientes irán a recogerte cuando la fiesta haya terminado.

Me esfuerzo para que no me flaquee la sonrisa, para bajar la mirada como una buena esposa obediente, una dama de compañía. Sospecho que va a ordenarle a alguien que me siga hasta casa de mi madre, así que esta vez no pienso correr despavorida hasta el río Estigia. Menos mal, porque la casa de Madre es adonde quiero ir.

Mi madre me ve venir y el alivio que se aprecia en su rostro es auténtico. Le importo. Nunca lo he dudado. Pero el orgullo y la ambición se entrometen entre nosotras. Me da un abrazo bien fuerte.

—Me alegro de que estés sana y salva.

—Nunca he estado en peligro —murmuro.

Retrocede, pero sigue agarrándome de los hombros.

—¿Dónde está tu hermana?

Yo también hablo entre susurros, como ella:

—Ha decidido quedarse allí.

Madre entrecierra los ojos.

—Es hora de irse a casa.

Donde podremos hablar sin tapujos.

Nunca antes nos habíamos ido tan deprisa de una fiesta. Apenas miro a los invitados. Lo único que me importa de ellos es de qué lado estarán en el inminente enfrentamiento. Si no hago nada por impedirlo, todos y cada uno de ellos apoyarán a Zeus antes que a Hades. No puedo permitirlo. Hades es la persona más fuerte que conozco, pero ni siquiera él podría ganar una guerra contra el resto de los Trece solo. Así que pienso asegurarme de que no tenga que hacerlo.

Madre no vuelve a hablar hasta que nos hemos bajado del coche y subimos en el interminable viaje en ascensor hasta el piso más alto de nuestro edificio. Se encara a mí en cuanto se cierra la puerta.

—¿Cómo es que ha decidido quedarse allí?

—Eurídice está a salvo en la zona baja. O lo estará, siempre y cuando esto salga bien.

Me mira como si fuera la primera vez que me ve.

—¿Y tú? ¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

Doy un paso atrás cuando parece que va a volver a abrazarme.

—Estoy bien. Hades no es quien quiere hacerme daño y lo sabes. —Le reto con la mirada—. Tampoco es quien ha interrumpido el abastecimiento de bienes a media ciudad en un ataque de ira.

Se yergue. Mi madre siempre se da aires de grandeza, pero medimos lo mismo.

—Perdóname por haber querido proteger a mis hijas.

—No. —Niego con la cabeza—. No tienes derecho a hablar de proteger a tus hijas cuando me has vendido a Zeus sin consultarme siquiera qué es lo que quiero, cuando conoces de sobra la reputación que tiene. Es un Barba Azul moderno y no hagas como que no lo sabe todo el mundo.

—Es el hombre más poderoso de todo Olimpo.

—Como si eso lo justificara... —Me cruzo de brazos por encima del pecho—. Supongo que también es justificable que enviara a uno de sus hombres a que persiguiera a Eurídice por la calle como a un cervatillo que huye de la flecha de un cazador, ¿verdad? No fue un farol, Madre. Tenía un cuchillo y estaba decidido a utilizarlo si Hades no llega a salvarla. Tu querido Zeus fue quien dio la orden.

—No lo sabes seguro.

La analizo.

—Es lo que me hizo a mí. Parece que le gusta acorralar a su presa cerca de la zona baja antes de atacar, pero ambas sabemos que con Eurídice lo hizo a propósito. Tendió una trampa y, si Hades no hubiera estado dispuesto a caer en ella, el esbirro de Zeus la habría apuñalado. Mírame a los ojos y dime que tienes una fe inquebrantable en que Zeus jamás, y repito, jamás haría daño a una de tus hijas para hacer que saliera de mi escondite. Sé sincera.

Abre la boca, es evidente que está decidida a seguir adelante con todo esto, pero cambia de idea de repente.

—Por todos los dioses, mira que eres tozuda, Perséfone.

—¿Disculpa?

Niega con la cabeza, de pronto se la ve cansada.

—Nunca has estado en peligro. Solo tenías que casarte con ese desgraciado y fingir ser una buena esposa el tiempo suficiente para que bajara la guardia. Yo me habría ocupado del resto.

La sospecha que he albergado desde el principio vuelve a aparecer.

—Tenías un plan.

—Pues ¡claro que tenía un plan! Es un monstruo, pero uno muy poderoso. Podrías haberte convertido en Hera.

—Es que nunca he querido ser Hera.

—Ya, ya lo sé. —Hace un gesto para restarle importancia, como suele hacer con todo lo que no tiene cabida en sus planes—. Ahora ya carece de importancia. Zeus es una carga.

La miro fijamente.

—Lo decidiste mucho antes de que te hiciera mi oferta.

—Pues claro. —Entrecierra los ojos color avellana que tanto se parecen a los míos—. Ha amenazado a dos de mis hijas. Ha dejado de resultarme útil. A partir de ahora, prefiero tratar con su hijo y heredero.

Me doy cuenta de lo que está insinuando y me deja sin aliento. Sabía que mi madre podía ser implacable si sus ambiciones estaban en juego, pero esto se pasa de castaño oscuro. Aunque me tiemblan las piernas, he llegado demasiado lejos para rendirme.

—¿Cuál era el plan? Ese que he arruinado al huir.

—Nada del otro mundo. —Encoge un solo hombro—. Un veneno suave para dejarlo fuera de servicio sin tener que matarlo.

Porque, si muere, Perseo heredará el título de Zeus y yo dejaré de ser Hera.

—Joder, Madre. —Sacudo la cabeza—. Me das miedo.

—Y has aprendido de la mejor. —Se señala—. Menudo trato me has ofrecido.

—Ya lo sé. —De golpe me noto la garganta seca—. Me quedaré en Olimpo y me aseguraré de que Hades haga varias apariciones al año junto a nuestra familia.

Lo último no depende de mí, pero haré lo que sea para evitar la guerra. «Lo que sea.»

Madre frunce el ceño.

—Llevas planeando tu marcha de Olimpo desde que asumí el cargo.

Estaba claro, conoce mis planes. Ya no tengo la energía para sorprenderme por nada.

—Eso no te impidió que me entregaras a Zeus.

Da un respingo casi imperceptible.

—Siento que mi decisión te haya hecho sufrir.

Que no es lo mismo que decir que siente haberlo hecho. Levanto

la barbilla.

—Entonces compénsamelo, acepta el trato que te ofrezco. Si de verdad quieres que me quede, esta es la única forma de conseguirlo. —Sé que está flaqueando, no me queda otra que atacar desde todos los frentes—. Piensa, Madre. A las únicas personas que les beneficia la guerra es a los altos mandos militares, no a las líneas de abastecimiento. No a quienes trabajan entre bambalinas. Si dejas que Zeus prosiga con esta venganza personal y que arrastre a toda nuestra ciudad al conflicto, minará el poder que te has estado labrando desde que te convertiste en Deméter.

Nada de lo que estoy diciendo es nuevo. No habría aceptado nuestro trato si no estuviera pensando lo mismo.

Por fin aparta la mirada con la mandíbula tensa.

—Supone un gran riesgo.

—Solo si crees de verdad que Zeus es más poderoso que el resto de los Trece. Tú misma lo has dicho: se ha convertido en una carga. No es el único título hereditario. Ni siquiera está a cargo de los recursos esenciales: comida, información, importaciones y exportaciones. Ni siquiera de los soldados que librarán una batalla que no han elegido. Todo esto corre a cargo del resto de los Trece. Si todos, sobre todo tú, le retiráis el apoyo, ¿a qué va a recurrir?

—Yo no puedo hablar por los demás.

Suelto una carcajada taciturna.

—Madre, no me vengas con chorradas. Sabes tan bien como yo que la mitad de los Trece te debe favores. Te estás esforzando demasiado por hacer de menos tu influencia cuando por fin tienes la oportunidad de usarla para algo bueno.

Por fin vuelve a mirarme.

—Nos granjeará enemigos.

—Hará que los enemigos que ya tienes salgan a la luz —le corrijo.

Madre esboza una sonrisa peculiar.

—Has estado prestando más atención de la que pensaba.

—Como bien has dicho, aprendí de la mejor. —No apoyo las decisiones que ha tomado, pero no puedo mentir y fingir que el papel que he interpretado durante tanto tiempo lo haya creado yo sola. He observado sus movimientos entre la flor y nata de esta ciudad y me he forjado a mí misma a su semejanza para navegar entre torbellinos y

corrientes sin remover las aguas—. No te queda otra.

Exhala lentamente y es como si todas sus dudas hubieran desaparecido con ese gesto.

—Seis eventos.

—¿Perdón?

—Te asegurarás de que Hades asista como mínimo a seis eventos durante el año, preferiblemente de mi elección. —Me sostiene la mirada—. Además de eso, dejará que lo vean conmigo lo bastante para sugerir que tenemos una alianza.

Entrecierro los ojos.

—No tienes derecho a controlarlo.

—Pues claro que no. Pero la percepción lo es todo. Si el resto de Olimpo cree que me he metido a Hades en el bolsillo, eso supondrá un incremento exponencial de mi poder.

Es un gran riesgo. Puede que los Trece sepan de la existencia de Hades, pero hasta hace poco el resto de la ciudad no. Si creen que mi madre y él son aliados, afectará a muchos de los tratos que haga en el futuro. Nadie quiere abrir la puerta y toparse con el hombre del saco de Olimpo de visita porque le han tocado las narices a Deméter.

Pero es el factor decisivo. Está pidiendo la ilusión de una alianza. Hades no se verá obligado a apoyarla a no ser que él así lo quiera. Solo tiene que dejar que lo vean con ella.

—Vale.

—Entonces, trato hecho. —Me tiende la mano.

La contemplo durante un buen rato. En cuanto acepte, ya no habrá vuelta atrás. No podré escapar de Olimpo. No podré evitar los tejemanejes del poder, el politiqueo y las puñaladas traperas inherentes a la vida en esta ciudad. Si lo hago, me estaré metiendo de cabeza en la boca del lobo, y lo estaré haciendo por voluntad propia. No puedo fingir que no me ha quedado otra. No puedo cambiar de opinión más tarde o retractarme. Soy plenamente consciente de los riesgos y tengo que aceptarlos sí o sí.

Si no cierro el trato, se desatará la guerra en Olimpo. Morirían cientos de personas, puede que más. Hades podría morir. Incluso en el caso de que saliera airoso de esta, ¿cuál sería el precio? Ya ha sobrevivido a demasiadas cosas, se ha abierto camino entre demasiadas pérdidas. Si puedo ahorrarle sufrimiento, que así sea.

Si no cierro el trato, no volveré a verlo más.

Le doy la mano a mi madre e intercambiamos un apretón firme.
—Trato hecho.

29

Hades

Se ha ido.

Mientras el atardecer se apodera del cielo, me siento en mi dormitorio y me quedo mirando la cama vacía. La habitación nunca me había parecido tan grande, tan desierta. Noto su ausencia en mi casa como si fuera un miembro que me han arrancado. Me duele, pero no hay origen del dolor. No hay forma de calmarlo.

Me inclino hacia delante y me presiono los ojos con la base de las manos. He visto los vídeos de seguridad. He visto cómo se iba con Hermes. Si se hubiese ido sin más, podría pensar que Perséfone ha cambiado de opinión, que después de lo que pasó anoche no quiere tener nada que ver con esta guerra ni conmigo.

Pero ha dejado aquí a su hermana.

Y llevaba un vestido negro.

No soy de esos hombres que buscan señales donde no las hay, pero ya ha llevado antes un vestido negro. Esta noche ha sido un punto de inflexión para nosotros, uno de los últimos de una lista larguísima. Se quedó a mi lado vestida de negro y casi admitimos los sentimientos que tenemos el uno por el otro. Si yo le diese igual a Perséfone, al marcharse no se habría vestido como mi reina oscura. No habría dejado a Eurídice aquí, un mensaje implícito de que confía en que me aseguraré de que su hermanita esté a salvo.

Es una declaración.

Me levanto y cruzo la habitación hasta la cama. No tendré tiempo para dormir, pero tengo que darme una ducha y despejar la mente. Las cosas van demasiado deprisa. No puedo permitirme el lujo de pasar nada por alto.

Veo el trozo de papel en cuanto entro en el baño. Tiene una

esquina rota y, cuando lo recojo, reconozco el título del libro que Perséfone estaba leyendo la última vez que la vi. Sus garabatos son casi ininteligibles y, a pesar de todo lo que está ocurriendo, sonrío: algo de ella que no está perfectamente cuidado. Es una nota corta, pero aun así me deja sin respiración.

Hades:

Lo siento. Esto no tiene buena pinta, pero te prometo que lo estoy haciendo por ti. Sé que decírtelo así no tiene justificación alguna, pero no sé si tendré otra oportunidad para hacerlo. Te quiero. Yo he montado este lío, y yo lo solucionaré.

Tuya,

P.

Vuelvo a leerla. Y luego una tercera vez.

—Maldita sea.

Sería más fácil asumir que se ha marchado para salvarse a sí misma o a sus hermanas. Tenía mis sospechas, pero hay una gran diferencia entre sospechar y saber la verdad.

Cuando cojo el móvil y reviso las páginas de cotilleos, hay algo en mi interior que se torna frío y cruel. Solo han pasado un par de horas desde que Perséfone se ha marchado, pero las páginas ya están llenas de fotos suyas. Ella con ese vestido negro en una fiesta de Zeus. Este rodeándole la cintura con el brazo, de forma posesiva. Ella regalándole esa falsa sonrisa cegadora, que es tan dulce que hasta me duelen los dientes.

Ha regresado a sus expectantes brazos para salvarme a mí. No consigo entenderlo. Ella ha visto mi plan. Sabe de lo que soy capaz. Mi pueblo y yo podemos superar todo lo que nos haga Zeus. No será fácil, pero podemos hacerlo.

Perséfone se ha interpuesto entre la bala que llevaba mi nombre y yo.

Solo de pensarlo, esa sensación de frío que tengo dentro se vuelve totalmente gélida. Zeus va a castigarla por haberse marchado de la zona alta de la ciudad, por permitir que le pusiera las manos encima delante de sus colegas. Por mancillarla, como lo ve él. Desquitará toda su rabia sobre ella, y ni siquiera Perséfone aguantaría algo así

indefinidamente. Puede que su cuerpo sí, pero Zeus le destrozará el alma, esa fuerza que la hace ser ella. Zeus no es la clase de hombre que tolera cualquier muestra de resistencia.

Yo prometí que la protegería.

La quiero.

Dejo la nota justo donde la he encontrado y salgo del baño. He recorrido estos pasillos con sigilo tantas veces que eludir a mi gente y a las cámaras es pan comido para mí. Caronte se cagará en todo cuando se dé cuenta de lo que he hecho. Andreas no me lo perdonará jamás. Pero nada de eso importa. Nada, salvo hacer lo que sea por conseguir que Perséfone esté a salvo.

Aunque eso signifique que huya de Olimpo tan rápido y tan lejos como pueda. Tan rápido y tan lejos de mí como pueda. Aunque sea consciente de que su libertad implica que la perderé para siempre. Mejor perderla en pro del mundo y su libertad que verla sometida a Zeus para pagar el precio de unos pecados reales e imaginarios.

Voy a matarlo.

Apenas estoy a una manzana de mi casa cuando un sedán negro dobla la esquina y disminuye la velocidad justo a mi paso. Entonces se baja la ventanilla del lado del copiloto, y Hermes me mira con un atisbo de su sonrisa de siempre.

—Estás a punto de cometer una estupidez.

Dionisio va conduciendo el coche, y parece tan cansado como si se hubiese tirado toda una semana de juerga.

—Hades siempre ha sido un tanto magnánimo.

—No me gustaría que acabarais en medio de todo esto. Sé que a ninguno de los dos os gusta ese rollo.

Mi voz es más áspera de lo que quería, pero no puedo evitarlo. Muy a mi pesar, empecé a pensar en ella y en Dionisio como en mis amigos, y mira lo que he conseguido. Traición. Una puta traición sin fin.

La sonrisa de Hermes desaparece.

—Todos estamos interpretando los papeles que nos tocan. Yo ya me sabía el guion antes de aceptar el título. —Mira a Dionisio, y añade—: Los dos.

—No todos hemos podido elegir. —No puedo eliminar la amargura, el enfado, de mi voz.

Jamás pedí ser Hades. Me arrebataron ese poder de decisión en

cuanto respiré por primera vez. Un cargo muy pesado para depositarlo en hombros de un recién nacido, pero a nadie le importaba lo que yo quería. A mis padres no. Y menos a Zeus cuando hizo que me quedara huérfano y me convirtiera en el Hades más joven de la historia de Olimpo.

—Sube al coche —ordena Hermes con un suspiro—. Llegarás antes que andando, y no te interesa presentarte ante Zeus todo despeinado y hecho un desastre. Las apariencias son el ochenta por ciento de unas negociaciones.

Me paro. El coche se detiene a mi lado.

—¿Quién ha dicho que vaya a ver a Zeus?

—Qué poca fe nos tienes —dice Dionisio riéndose—. El amor de tu vida acaba de aceptar un trato para salvarte el pellejo, así que es de esperar que vayas a realizar un acto muy romántico y muy impulsivo para salvarla.

En mi interior, el debate apenas dura un instante. Al fin y al cabo, tienen razón. Ambos tienen un papel que interpretar, como el resto de nosotros. Echárselo en cara sería como enfadarme con el viento por cambiar de dirección sin avisar. Rodeo el coche y me meto en el asiento de atrás.

—Hermes, tú la ayudaste a salir de mi casa.

—La chica contrató mis servicios. —Hermes se vuelve para mirarme a la cara mientras Dionisio arranca, se coloca en el lado derecho de la carretera, y se dirige hacia el norte—. Pero la habría ayudado de todas formas, aunque no me hubiese contratado. —No deja de darle golpecitos con el dedo al apoyabrazos de su asiento, incapaz de quedarse quieta más de un segundo—. Me cae bien. Y me gusta cómo eres cuando estáis juntos.

—Ahora no estamos juntos.

Dionisio se encoge de hombros, sin desviar la mirada de la carretera.

—Las relaciones son complicadas. La quieres. Y es evidente que ella te quiere a ti, o no se habría marchado para salvarte de Zeus y del resto de los Trece. Ya lo arreglaréis.

—No sé qué haré si le pasa algo. —Jamás me perdonaré no haberla protegido como prometí.

—Ya le estaba pasando algo antes de que la conocieras, Hades. Huía de Zeus cuando cayó entre tus reconfortantes brazos. Tú no

tienes nada que ver con ese tema. —Hermes suelta una risa floja—. Bueno, no tenías nada que ver con el tema, pero, si hay alguien a quien Zeus odie más que a ti, ese es tu padre. Hará todo lo que esté en su mano para acabar con el título de Hades. Reducirlo a polvo con la fuerza de su furia y de su orgullo herido.

Hubo una época en la que la venganza que Zeus alimenta me hastiaba. Yo quiero vengarme por la muerte de mis padres, sí, pero tiene sentido que yo le odie por haberme dejado huérfano. En cambio, su odio hacia mí carece de él. Joder, ni siquiera su odio hacia mis padres tiene sentido.

—Tendría que haberlo superado.

—Ya —contesta, venga a tamborilear con los dedos—. Pero se le ha metido en la cabeza que lo de hijo por hijo por hijo tiene todo el sentido del mundo, así que así hemos acabado.

—¿Qué tonterías estás diciendo? —pregunto frunciendo el ceño.

—¿No me paso la vida hablando de tonterías? —Hermes zanja el tema con un gesto de la mano—. Sabes que no se detendrá ante nada. Aunque consigas negociar la forma de librarte de toda esta mierda, se pasará la vida con un cuchillo listo para clavártelo en la espalda hasta que ese viejo y cruel corazón suyo deje de latir.

Quiero insistirle un poco en todo ese tema de «un hijo por un hijo». Zeus tiene cuatro hijos: dos hijos y dos hijas (cuya paternidad ha reconocido, al menos), que tienen entre mi edad y veintipocos. Cuando su padre muera, Perseo heredará el título de Zeus. Es tan malo como su progenitor, motivado por el poder y la ambición, y listo para aplastar a quien se interponga en su camino. La gente comenta que el otro hijo de Zeus era mejor persona. Se enfrentó a su padre y perdió; se las ingenió para escapar de Olimpo y no mirar atrás.

—¿Hércules está muerto?

—¿Qué? No, claro que no. Por lo que cuentan ahora es muy feliz. —Hermes no me mira—. No te comas la cabeza con esos enigmas, Hades. Preocúpate por lo que pasará esta noche.

Ese es el problema. No sé qué sucederá esta noche. Miro por la ventana, y veo cómo aparece el puente Ciprés ante mí. En mi mente, al menos, cruzarlo es como entrar en un mundo completamente distinto. Puedo contar las veces que he pisado la zona alta con los dedos de una mano y me sobrarían cuatro. Sin contar la noche en la que salvé a Eurídice, la última vez que fui fue cuando asumí

oficialmente el título de Hades. Estaba en esa sala fría, con Andreas a mi espalda mientras me enfrentaba al resto de los Trece. En aquel momento estaba el grupo al completo, pues la primera esposa de Zeus todavía vivía.

No era más que un crío, y me tendieron un papel al que no me quedaba más remedio que acostumbrarme.

Ahora tendrán que vérselas con el monstruo que han creado.

No vuelvo a abrir la boca hasta que Dionisio aparca el coche en una calle llena de rascacielos. A pesar de la opulencia de los edificios que nos rodean, el de Zeus es inconfundible. Es muchísimo más alto que los demás y, si bien es precioso, también es frío e impersonal. Le pega.

Me detengo con la mano en la puerta.

—Tengo la sensación de que estoy entrando en un campo de batalla del que no voy a salir con vida.

—Mmm. —Hermes se aclara la garganta, y dice—: Tiene gracia que lo menciones. Tengo un mensaje para ti.

—¿Ahora? ¿Por qué no me lo has dado en cuanto me has visto?

Hermes pone los ojos en blanco.

—Pues verás, Hades, porque necesitabas una vueltecita en coche. Prioridades, amigo mío. —Antes de que se me ocurra una respuesta a su explicación, se sacude un poco y la voz de Deméter emerge de su boca—: Tienes mi apoyo, el de Hermes, Dionisio, Atenea… y Poseidón. —Se inclina hacia mí y posa un arma sobre mi mano—. Haz lo que tengas que hacer.

Me quedo ahí plantado por la conmoción. Apenas puedo respirar.

—Acaba de nombrar a la mitad de los Trece. —En los Trece hay una estructura de poder, y casi todos los peces gordos se han unido a Zeus: Ares, Afrodita, Apolo. Pero… ¿el mismísimo Poseidón apoya a Deméter? Eso equilibra las cosas de manera considerable. Hago un recuento rápido—. Somos mayoría.

—Exacto. Asegúrate de no desperdiciar esta oportunidad. —Señala el edificio con la barbilla—. La puerta de atrás no está cerrada con llave. Pero la oportunidad no será eterna.

No puedo confiar en ella. No plenamente. Hermes ha jurado entregar los mensajes que le den de forma literal, pero eso no significa que sea obligatorio que el emisor original diga la verdad. Podría ser una trampa. Miro el edificio una última vez. Si es una trampa, pues

que lo sea. Perséfone está en peligro, y no puedo echarme atrás ahora.

Si no es una trampa, entonces Deméter acaba de darme luz verde para seguir adelante con mi plan de matar a Zeus. Me ha dejado claro que tengo su apoyo, y la mitad de los Trece la respaldan.

Si lo hago, existe la posibilidad de que Perséfone no me perdone jamás. Vi su cara cuando le pegué la paliza al hombre de Zeus. Se quedó espantada al ver la violencia con la que actué. Asesinar a una persona me eleva a la misma categoría de monstruo de Zeus, por mucho que se merezca que le meta una bala entre los ojos.

Respiro despacio. Vale, igual la pierdo para siempre, pero al menos estará a salvo.

Estaré encantado de pagar el precio que sea por conseguirlo.

Tengo la sensación de que mi vida lleva muchísimo tiempo dirigiéndose hacia este momento. Desde la noche del incendio. Puede que incluso antes. Para bien o para mal, este capítulo de mi vida acaba hoy.

Confirmo que la pistola está cargada y me la guardo en la parte de atrás de los pantalones. La puerta trasera del edificio se abre sin problemas. Entro y espero, pero no viene nadie a por mí, o a echarme. Es más, los lúgubres pasillos parecen desiertos. Abandonados. No tengo claro si es porque los hombres de Zeus son unos chapuceros o porque Deméter me ha despejado el camino, pero no puedo desaprovechar esta oportunidad. Me deslizo por el pasillo hasta la puerta que da a las escaleras. Cuando tenía veintiún años, investigué y planeé un ataque a gran escala a este edificio; a Zeus. Contaba con los planos, las tarjetas de seguridad, y toda la información necesaria para llegar hasta Zeus y volarle los sesos.

Casi lo llevo a cabo.

En aquel momento me daba igual que fuera una misión suicida; me daba igual que, en el caso de que sobreviviera, todo el poder de los Trece cayera sobre mi persona. Solo podía pensar en la venganza.

Hasta que Andreas me dio una paliza verbal imposible de superar. Me obligó a ver cuáles serían las verdaderas repercusiones de mi imprudencia. Me obligó a aprender a ser paciente, por mucho que la espera me estuviese matando.

Yo pensaba que había desperdiciado todos mis esfuerzos y mis planes. Me equivocaba.

Hay un montacargas en la tercera planta. No dispone de las

mismas medidas de seguridad que los ascensores normales, pues solo lo utilizan los empleados con permiso para hacerlo. No me cruzo con nadie mientras me muevo sigiloso por el territorio de Zeus. De nuevo, tengo la sensación de que alguien me ha despejado el camino, aunque no veo ningún indicio de violencia. Con cada pasillo vacío, con cada habitación desocupada que veo, me pongo más y más tenso.

¿No hay seguridad en todo el edificio?

Una especie de sala de baile moderna predomina en todo el espacio del ático, y hay unos ventanales de pared a pared que dan a una terraza desde la que se ve todo Olimpo; además, en las otras dos paredes de la sala cuelgan unos exuberantes retratos de los Trece. El río Estigia crea una oscura franja que atraviesa la ciudad, y no me pasa inadvertido el detalle de que las luces casi parecen más tenues a mi lado del río. Seguro que eso es lo que piensa esta puta gente, ¿no?

No se molestan en apreciar el valor de la historia que hay escrita en todas y cada una de las superficies de la zona baja de la ciudad. ¿Por qué iban a hacerlo si se han encargado de eliminarla sistemáticamente de toda la zona que rodea la torre Dodona?

Son idiotas, todos y cada uno de ellos.

Dejo atrás el salón de baile y recorro el pasillo. Es el doble de ancho de lo que sería necesario, y todo el espacio casi parece un cartel de neón que anuncia a fogonazos el saldo contable de Zeus. Asomo la cabeza por la puerta de la siguiente habitación y me encuentro con una sala llena de estatuas. Como los retratos del salón de baile, son caricaturescas, y cada una de ellas representa la versión del escultor de la perfección humana. Deben de ser las mismas estatuas que Perséfone mencionó justo después de llegar a la zona baja de la ciudad. Me resulta casi imposible resistir la tentación de acercarme a la mía y despojarla de su manto, pero no importa el aspecto de este Hades. Ni de puta coña tiene mis cicatrices, y tampoco tendrá ninguno de los rasgos que me convierten en el hombre que soy.

En mi mente resuena la voz de Perséfone, suave y segura. «Para mí eres precioso. Las cicatrices son parte de eso, parte de ti. Son una señal de todo a lo que has sobrevivido, de lo fuerte que eres.»

Suelto el aire que estaba conteniendo y cierro la puerta sin hacer ruido. Aquí no hay nada para mí.

La última puerta que hay al final del pasillo es enorme, diseñada para intimidar. Va prácticamente desde el suelo hasta el techo, y

parece revestida con oro auténtico. Joder, Zeus es un hombre insoportable en todos los sentidos, ¿no?

Como todo el resto del ático, es una muestra del ego de este hombre que su despacho privado esté en la misma planta que visitan con regularidad los peces gordos de Olimpo. Vale, tiene su seguridad, pero cualquiera con un poco de habilidad puede eludirla. ¿Para alguien como Hermes? Una soberana chorrada.

Al ver lo fácil que ha sido llegar hasta aquí, una parte de mí espera que, al cruzar el umbral de esa puerta, me tope con una habitación llena de agentes de seguridad preparados para acribillarme el cuerpo a balazos. No habrá sido Zeus quien ha decidido estar tan desprotegido, ¿no?

Me cuelo por la puerta y me detengo para ubicarme. El despacho es justo lo que me esperaba: un espacio lleno de cristal, acero y madera oscura, con detalles en oro por toda la estancia. Sin duda es una habitación de una evidente opulencia, pero me resulta tan impersonal como el resto del edificio.

De la puerta entreabierta que hay en el rincón sale un gruñido, y saco la pistola que me ha dado Hermes. Tardo un par de segundos en reconocer el origen de ese ruido al percatarme de que va acompañado del rítmico choque de la carne contra la carne.

Se me para el corazón. Se está follando a alguien en el baño. No sé si esos sonidos son sexuales o de dolor, y solo de pensar que puede ser Perséfone quien esté ahí...

Se me nubla la mente. Mando mi estrategia a la mierda. Una furia cegadora se apodera de mí mientras me acerco a la puerta y la abro con cuidado. Estoy demasiado entretenido preparándome para salvar a la mujer que amo que tardo varios minutos en comprender que no es Perséfone la que está apoyada contra el lavabo. No sé quién es esa mujer, pero al menos parece estar pasándoselo bien. Ninguno de ellos se percata de mi presencia mientras me adentro en las sombras.

Apenas puedo controlar a mi desbocado corazón cuando me coloco en el rincón más cercano a la puerta, oculto entre las sombras donde ninguno de los dos me verá al salir del baño.

No era Perséfone.

Pero, si la fastidio, igual sí lo será la próxima vez.

Si ella lo eligiese a él, sería como si me cortaran el cuello con un

trozo de cristal, aunque respetaría su decisión. Pero ella no lo elegirá a él. No por voluntad propia. Disfrutará destrozándola, y no puedo permitir que eso pase.

Tardan un par de minutos en acabar. No sé por qué me sorprende ver que apenas hablan antes de salir del baño. La mujer sale primero y atraviesa el despacho corriendo hasta la puerta. Zeus tarda un poco más. Para cuando sale y se deja caer sobre la silla que tiene detrás de su mesa, estoy más que impaciente.

Es justo entonces cuando abandono mi escondite y lo apunto con el arma.

—Buenos días, Zeus.

30

Hades

Zeus se da la vuelta despacio para encararme. He visto su foto por todos los periódicos y páginas de cotilleos más veces de las que puedo contar, pero en persona parece apagado. No dispone de iluminación colocada con destreza para resaltar sus rasgos masculinos. Lleva el traje arrugado y se ha abrochado mal la camisa cuando se la ha vuelto a poner. Es... humano. Está en forma y es bastante atractivo, pero no es ni un dios ni un rey, ni siquiera un monstruo. Solo un hombre mayor.

Me mira fijamente, la estupefacción se adueña de su rostro.

—En persona te pareces aún más a tu padre.

Eso me devuelve a la realidad.

—No tienes derecho a hablar de mi padre. —Me aparto del rincón, agarro bien la pistola con la que le estoy apuntando—. Levanta.

—Joder, no me puedo creer que seas tan necio como para plantarte aquí. —Se levanta poco a poco, se estira hasta erguirse cuan alto es. Me saca unos cuantos centímetros, pero es indiferente. No he venido con la idea de que fuera una pelea justa. No parece especialmente preocupado por la confrontación—. He de admitir que tu plan era inteligente. Nunca habría imaginado que esa furcia correría a tus brazos y estaría dispuesta a participar en esa clase de juegos.

Aprieto el arma con más fuerza.

—Tampoco tienes ningún derecho a hablar de ella.

«Aprieta el gatillo. Aprieta el puto gatillo y acaba con todo esto.»

Zeus me sonríe con suficiencia.

—¿He metido el dedo en la llaga? ¿O es porque ha vuelto

corriendo con el rabo entre las piernas en cuanto se ha dado cuenta de en quién recae el verdadero poder?

—Te veo muy seguro de ti mismo para ser alguien a quien están apuntando con una pistola.

—Si fueras a dispararme, lo habrías hecho en el momento en el que me he sentado. —Sacude la cabeza—. Resulta que eres idéntico a tu padre en más sentidos que en el físico. Él también vacilaba siempre antes de apretar el gatillo.

Una vez más, me digo que debo hacerlo, que tengo que dispararle y acabar con esto. Zeus ha cometido actos de una maldad incalculable. Si hay alguien que se merece que lo ejecuten, es él. Mientras siga con vida, Perséfone no estará a salvo. Mi gente no estará a salvo. Joder, mientras siga existiendo, Olimpo entero no será un lugar seguro. Les haría un favor a todas las personas que viven en esta puta ciudad si acabara con el sufrimiento de este monstruo.

Sé que Deméter y la mitad de los Trece estarían encantados de que yo fuese su maldita arma. Nadie me reprocharía haberlo matado...

Excepto Perséfone.

Excepto yo mismo.

—Si aprieto el gatillo no seré mejor que tú. —Niego despacio—. Nada me diferenciaría de los miembros de los Trece dispuestos a cometer actos imperdonables para conseguir más poder.

No quiero más poder, pero nadie que viera esto desde fuera me creería.

Zeus sonríe.

—Es que no eres mejor que nosotros, chico. Puede que juegues a ser rey en la zona baja, pero, a la hora de la verdad, has dejado medio muerto a un hombre a palos y ahora te plantas aquí amenazándome a punta de pistola. Es justo lo que habría hecho yo si estuviera en tu lugar.

—No me parezco en nada a ti. —Casi escupo las palabras.

Se ríe.

—Ah, ¿no? Porque desde esta posición no me pareces el bueno de la historia.

Odio que tenga razón.

No puedo matarlo.

No de esta forma.

Poco a poco, bajo el arma.

—No me parezco en nada a ti —repito.

Resopla.

—En dos días, ya has violado dos veces nuestro acuerdo. Incluso si estuviera dispuesto a hacer la vista gorda la primera, los Trece no van a hacer lo mismo con este ataque. Van a pedir tu cabeza.

—¿En serio? —Me permito forzar una sonrisa lobuna. Por fin, joder, por fin sé algo que este cabronazo desconoce. Si no puedo matarlo, por lo menos esto que me llevo—. Conque te crees tu propia fantasía, ¿eh?

—¿De qué estás hablando?

—No deberías haber enviado a tus hombres tras las hijas de Deméter. —Chasqueo la lengua—. Si estaba dispuesta a dejar sin alimentos a la mitad de la ciudad para recuperar a Perséfone, ¿cómo crees que te va a devolver el favor de que hayas ordenado a tu esbirro que apuñale a Eurídice?

—Dejar sin alimentos a la mitad... —Se queda quieto con los ojos desorbitados por la sorpresa—. Eso no formaba parte del plan.

Tengo que morderme la lengua para no echarme a reír. Nunca le perdonaré a Deméter que le entregara a su hija en bandeja a este hombre, pero no puedo evitar que me cause una diversión perversa la manera en la que lo ha hundido en la mierda en tan poco tiempo.

—Puede que no del tuyo. Ha estado jugando sus propias cartas desde el principio. Eres el único idiota que no se ha dado cuenta.

—Puede que estuviera dispuesta a llegar tan lejos para oponerse a ti, pero sabe qué mano le da de comer.

—Sí. —Espero que se relaje un poco antes de darle el toque final —. Olimpo le da de comer. Olimpo les da de comer a todos los Trece. Incluso a ti; sobre todo a ti. Han hecho la vista gorda una y otra vez, e ignorado tus pecados. Y ahora te toca pagar.

—No has venido aquí a saldar cuentas —dice con desprecio—. Estás aquí para vengarte de forma mezquina.

Aprieto el arma antes de recuperar el control. Venganza mezquina. Así se refiere a que quiera justicia por la muerte de mis padres. Respiro lentamente.

—Da todo esto por terminado y estaremos en paz.

Zeus enarca las cejas.

—¿Dar el qué por terminado? ¿La guerra? ¿O mi matrimonio con la preciosa hija de Deméter? ¿Perséfone?

—No digas su nombre. —Camino hacia él.

—El trato está firmado, sellado y solo falta que lo envíen. Esa chiquilla es mi premio por haber doblegado la poca resistencia que representas. —Sonríe—. Y pienso aprovecharla para mi placer ahora que tú ya la has dejado preparada.

Sé que me está tendiendo una trampa, pero ahora que estoy aquí nada parece definitivo.

—No es tuya. No pertenece a nadie más que a sí misma.

—Ahí es donde te equivocas. —Se ríe—. Te pones a ti mismo en una posición en la que podrías arrebatármelo todo (la vida, esa mujer, cumplir con tu venganza) y en el último momento no tienes los cojones. —Un brillo de maldad le ilumina los ojos azul claro—. Igual que tu padre.

—Que te den.

Zeus se abalanza sobre mí, más rápido de lo que me imaginaba que se movería, y agarra la pistola. También es más fuerte de lo que me esperaba. Aunque intento zafarme de él, me sigue agarrando el brazo. Aprieto el gatillo instintivamente, pero el tiro no da en el blanco. Zeus tira de mí para acercarme a él mientras sigue intentando quitarme el arma. Su mirada me augura la muerte. Puede que yo haya dudado en matarlo. Él no me va a devolver el favor.

Oigo de lejos el sonido del cristal al romperse, pero estoy demasiado ocupado luchando por evitar que me robe el arma para preocuparme. Doblo el brazo en su dirección y vuelvo a apretar el gatillo, pero está preparado y la bala se clava en el suelo, a nuestros pies.

Por fin consigue hacerse con mi muñeca y me golpea el brazo con la rodilla. Joder, qué daño. A pesar de mis esfuerzos, se me resbala el arma. Bajo la mirada para intentar dar con ella. Zeus se aprovecha de mi distracción y me propina un puñetazo en la cara.

La habitación gira a mi alrededor. Pega con fuerza. Como me pegue otro puñetazo, podría dejarme inconsciente. Sacudo la cabeza, pero no ayuda a que me dejen de pitar los oídos.

Mis ideas y mis planes se van por la ventana. Solo domina el instinto. Consigo levantar el brazo para bloquear su próximo puñetazo y el impacto me impulsa unos cuantos centímetros hacia atrás. Le hundo el puño en el estómago y se queda sin aliento. Es rápido y golpea con la fuerza de un tren de carga; yo estoy en las últimas

porque, a pesar de que odio a este hijo de puta, sigo oyendo la voz asustada de Perséfone en mi cabeza.

«Hades, para.»

No puedo matarlo. No lo haré. Solo necesito poner tierra de por medio para poder moverme, para poder pensar. Lo empujo.

—¿Por qué mataste a mi padre?

Se ríe.

—Se merecía sufrir. —Vuelve a atacar, pero esta vez estoy preparado. Me agacho para esquivar el puñetazo y le propino un gancho izquierdo en el costado. Zeus se dobla entre insultos, pero lo único que consigo es ralentizarlo un poco—. Aunque lo de tu madre fue una pena.

—Que. Te. Jodan.

Aquí no voy a encontrar respuestas esta noche. No sé por qué había pensado que sí. Zeus es un puto abusón decidido a arrancar de raíz cualquier amenaza que se le presente. Mis padres eran una amenaza, con el título recién heredado e inocentes porque pensaron que podían allanar el camino hasta un Olimpo nuevo y mejorado. Zeus no permitiría que nada afectase a su autoridad, así que acabó con ellos. Fin de la historia.

No dejo de intentar poner distancia entre nosotros, pero no hay manera. Lo tengo encima y no me da un respiro. Tengo que esforzarme al máximo para resguardarme la cara de sus puños. Ya tengo un ojo tan hinchado que se me está cerrando y solo es cuestión de tiempo que no pueda ver nada con él. Como la pelea siga para entonces, estaré metido en un buen lío.

Esquivo un gancho derecho y le agarro del brazo, aprovecho el impulso para hacer que dé vueltas y se aparte de mí.

—Detente. No tiene por qué ser así.

—No pienso parar hasta matarte.

Sacude la cabeza como si fuera un toro y se abalanza sobre mí.

No caigo en qué parte de la estancia estamos hasta que el viento frío me abofetea la cara. «Mierda.»

—Espera.

Pero Zeus no escucha. Se prepara para propinarme un puñetazo que dolerá si me alcanza, pero no ha calculado bien lo cerca que está de la ventana rota, justo como me ha pasado a mí. Se tambalea en el borde y mueve los brazos como un molino para tratar de equilibrarse.

El tiempo se ralentiza.

Aún no está todo perdido. Podría tirar de él hacia dentro. Solo tengo que llegar hasta allí. Salgo disparado hacia delante con la intención de agarrarle del brazo, de la camisa, de donde sea. Da igual qué clase de monstruo sea, nadie merece acabar de esa forma.

Nuestras manos se tocan, pero, a pesar de mis esfuerzos, se me escapa de entre los dedos. En cuestión de un parpadeo, desaparece, la corriente de aire y un grito que se va desvaneciendo son la única prueba que queda de que estuvo aquí en algún momento. Contemplo la ventana rota, la noche oscura y las luces que parpadean en la distancia.

¿Me había dado cuenta de lo cerca que estábamos? ¿Lo he estado empujando hacia atrás intencionadamente para que cayera por la ventana?

No lo creo, pero nadie me creerá si digo que ha sido un accidente. No cuando me he plantado en su despacho con una pistola a horas intempestivas de la mañana, cuando no había nadie más.

El viento helado vuelve a abofetearme y me devuelve a la realidad. No puedo quedarme. Si alguien se percata de que he roto el acuerdo, de que en teoría he matado a Zeus, será mi gente quien pague el precio. Ahora mismo, confío plenamente en que Deméter cumpla su palabra, aunque en el poco tiempo que nos conocemos me ha demostrado que no puedo fiarme de ella.

Salgo al pasillo y me detengo de golpe al ser consciente de que no estoy solo. Parpadeo entre la oscuridad, hasta que caigo en quién es mi acompañante. «Hablando de la reina de Roma.»

—No esperaba verte por aquí.

Deméter se pone un par de impecables guantes negros.

—Alguien tendrá que limpiar este desastre.

¿Se refiere al estado en el que he dejado el despacho tras mi paso… o a mí? Exhalo despacio.

—Así que, ¿era todo una trampa?

Enarca una ceja y, durante un instante, se parece tanto a Perséfone que el corazón me da un vuelco. Deméter se ríe.

—Para nada. Esta noche te he hecho varios favores y es lo mínimo que puedo hacer para asegurarme de que sigas disponible en el futuro, cuando necesite cobrármelos. —Da un paso hacia mí y se detiene—. Pero como le hagas daño a mi hija, estaré encantada de

abrirte la garganta en canal.

—Lo tendré en cuenta.

—Eso espero. Jamás darán con el cuerpo. —Se examina la mano enguantada—. Los cerdos son criaturas de lo más eficientes, ¿sabes? Son los trituradores de basura de la naturaleza.

Joder, esta mujer da tanto miedo como su hija. Me aparto cuando se dirige a la puerta del despacho de Zeus.

—¿Qué vas a hacer?

—Como he dicho, limpiar. —Abre la puerta—. Mi hija tiene que quererte mucho si está dispuesta a pedirme ayuda para mantenerte a salvo. Espero que cumplas con el trato que hemos cerrado.

—Lo haré.

No tengo que saber los detalles para estar de acuerdo con ellos. Da igual el precio que se me exija, lo pagaré encantado. Es lo mínimo que puedo hacer después de todo lo que ha pasado.

—Más te vale. Bien, sal de aquí antes de que vengan los esbirros de Ares a investigar.

A investigar la muerte de Zeus.

La muerte que yo he causado.

Después de lo de esta noche, Perséfone no volverá a mirarme con los mismos ojos.

Esa idea me pesa tanto como la muerte de Zeus mientras recorro la planta baja. Salgo por la puerta para encontrarme con una pequeña multitud que ya se ha concentrado y con gente que escudriña la noche como si ella escondiera las respuestas. Unos cuantos miran en mi dirección, pero no me prestan demasiada atención. Una de las ventajas de ser un mito es que soy anónimo.

Me doy la vuelta y me alejo. En las profundidades más oscuras de mi corazón, pensaba que me sentiría victorioso cuando Zeus muriera. Sería una forma de equilibrar la balanza, de saldar cuentas por todas las putadas que ha hecho durante los años. Para mí, sí, y por supuesto para mis padres; pero también para tanta gente que no puedo ni ponerla en cifras. El rastro de su destrucción es enorme y data de hace décadas.

En vez de eso, no siento nada.

No recuerdo mucho de mi viaje de vuelta a la zona baja. Parece que un instante camino por las tiendas de la zona alta con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha para protegerme del viento y, al

siguiente, estoy delante de mi casa. Lo único que me indica que he recorrido todo ese camino a pie es el dolor de piernas y pies que tengo.

Me doy la vuelta para contemplar la torre de Zeus, apenas visible entre los rascacielos desde donde me encuentro. Detrás de ella, el sol ya brilla en el cielo. Un nuevo día. Todo ha cambiado y, a la vez, todo sigue igual.

Sigo siendo Hades. Sigo gobernando sobre mi parte de Olimpo. El resto de los Trece tiene muchas mierdas que solucionar, pero al final Perseo tomará el título del nuevo Zeus, se casará con alguien y creará una nueva Hera. Yo cumpliré con cualquiera que sea el trato que se ha hecho con Deméter. Ahora que Perséfone está a salvo, podrá abandonar la ciudad y perseguir sus sueños. No la volveré a ver. La vida continuará, más o menos igual que siempre.

La idea me hunde.

Entro por la misma puerta por la que me marché y me dirijo al antiguo comedor. Ahora que se ha convertido en la habitación de los cachorros, está repleto de juguetes y varias camas. Me desplomo junto a la cama del centro, donde duermen los tres perritos. Aunque no hago ruido, no tardan mucho en percatarse de que tienen visita. Cerbero es el primero en venir, se acerca dando pasitos vacilantes hasta mí y se sube a mi regazo, como si marcara territorio. Sus hermanos lo siguen cuando se despiertan al notar que les falta su calor y pegan sus cuerpecitos peludos e inquietos contra el mío.

Acariciarlos me abre algo en el pecho; apoyo la cabeza contra la pared y cierro los ojos. ¿Qué clase de monstruo soy para sentirme peor al pensar en que nunca más voy a ver a Perséfone que en la terrible muerte de Zeus? No lo sé, pero no soy lo bastante horrible para ponerme en contacto con ella. Si intento meterla en una jaula, no seré mejor que él. Cierro los ojos.

Perséfone es libre.

Tengo que dejarla volar.

31

Perséfone

Me despierto con las noticias de la muerte de Zeus. Está en todas las páginas del ordenador ante el que se agolpan mis hermanas, que las miran con diferentes niveles de satisfacción. Me inclino sobre el hombro de Calisto y leo con el ceño fruncido el titular que ocupa la parte inferior de la pantalla.

—¿Murió de una caída?

—Dicen que reventó la ventana y saltó. —Psique se esfuerza por sonar neutral—. No hay pruebas de que haya otra persona involucrada.

—Pero ¿por qué iba a...?

Mi madre escoge ese preciso instante para entrar en la habitación. A pesar de lo inusual que está siendo esta mañana, va toda emperifollada y luce un elegante mono que resalta su figura.

—Preparaos, señoritas. Hay una rueda de prensa con los Trece esta tarde. Van a dar información actualizada sobre la muerte de Zeus y también a nombrar oficialmente a Perseo como el siguiente Zeus.

Calisto resopla.

—Vaya, no perdéis el tiempo, ¿eh?

—Es primordial que siempre haya un Zeus. Y tú lo sabes mejor que nadie. —Da una palmada—. Así que no, no pienso perder mi valioso tiempo.

Mis hermanas abandonan la habitación poco a poco y obedecen su orden, aunque al mismo tiempo la reprueban. Yo no. Está demasiado alegre, sobre todo después de que anoche se cobrase los favores que le debía la mitad de los Trece para convencerlos de traicionar a Zeus y después marcharse para «hacer un recado, nada importante». Es demasiada coincidencia que muriera esa misma

noche.

—No se ha suicidado.

—Pues claro que no. Era la clase de hombre al que tendrías que haber arrastrado al Inframundo entre gritos y patadas. —Me levanta la barbilla y frunce el ceño—. Habrá que hacer algo con esas ojeras que tienes.

Le aparto de un manotazo.

—¿Es que no te preocupa nada el asesinato?

—¿Y a ti?

Abro la boca para replicar, para decirle que está claro que sí, pero al final sacudo la cabeza.

—Me alegra que ya no esté.

—A ti y a la mayor parte de Olimpo. —Ya se está dando la vuelta y jugueteando con el móvil—. Vístete. El coche estará abajo esperando para llevarte al puente que conduce a la zona baja. Tendrás que llegar tú sola hasta Hades desde allí.

Vamos demasiado rápido. La contemplo, intento ver más allá de la fachada de perfección tras la que se esconde.

—Madre...

—¿Mmm?

¿Cómo le pregunta una a su madre si ha cometido asesinato? Es capaz de ello. Lo sé de sobra. Pero la pregunta sigue atascada en mi garganta, rasposa y seca.

—¿Has...?

—¿Que si he asesinado a ese desgraciado? —Por fin levanta la vista del móvil—. No, por supuesto que no. Si hubiera sido cosa mía, habría escogido una táctica menos pública que tirarlo por la ventana.

No sé si se supone que debe dejarme tranquila, pero la creo.

—Vale.

—Ahora que ya nos hemos quitado eso de encima. —Vuelve a centrarse en el móvil—. Voy a cobrarme la primera parte de nuestro trato. Asegúrate de que Hades asista a la rueda de prensa de esta tarde.

La anticipación se mezcla con la ansiedad.

—No me has dado mucho tiempo para prepararme lo que le voy a decir.

—No me vengas con chorradas, Perséfone. —No levanta la mirada de la conversación que esté teniendo con quien le esté

mensajeando—. Está enamorado de ti. Aceptará de buena gana cualquier cosa con tal de que te quedes a su lado. Serías una necia si echaras a perder la oportunidad.

—Bien. Yo me encargo.

—Y tráete a Eurídice a casa. —Su tono se dulcifica—. Aquí ya está a salvo y necesita a su familia mientras lidia con el corazón que le ha roto el imbécil de su exnovio.

Al menos en esto estamos de acuerdo.

—Lo haré.

No tiene sentido discutir acerca de si seré capaz o no de convencer a Hades. Mi madre ha considerado todos y cada uno de sus matrimonios como un trampolín para llegar a algo mejor y, más que como compañeros, ha visto a sus maridos como peones a los que manipular. Nunca se le ocurriría que yo pudiera ver a Hades como a mi igual.

Entro a mi habitación sin concederle ni una palabra más. No tardo mucho en prepararme, aunque sí que suelto un taco entre dientes y añado más corrector en las ojeras. Después de pensarlo mucho, me pongo un par de pantalones de vestir anchos y una blusa granate que es tan oscura que casi parece negra. Me recojo el pelo en una coleta repeinada y añado pintalabios casi del mismo tono que mi camisa.

Me miro en el espejo un buen rato. La imagen que llevo labrándome con mimo durante tantos años es risueña y resplandeciente, de colores pastel y labios rosas. Ahora mismo parezco una persona totalmente distinta. Me siento una persona totalmente distinta.

Mejor. La chica que era hace un mes jamás habría tenido la osadía de hacer el trato que cerré anoche. Tan poco tiempo. Tantos cambios. Y todavía no hemos acabado.

El viaje de casa de mi madre al puente dura menos de lo esperado. Parecen mundos distintos, pero en realidad están a menos de media hora de distancia, aun con tráfico. Salgo del asiento trasero y me preparo. De ser posible, me habría gustado disponer de al menos veinticuatro horas para hacer que Hades viera las cosas a mi manera, pero apenas me han concedido unas cuantas.

Aún tengo que disculparme por salir a hurtadillas en plena noche como una ladrona.

Cruzar el puente bajo la luz del día me proporciona una sensación diferente. Me preparo para sentir el mismo dolor que la última vez, pero solo siento una ligera presión sobre la piel. Tengo la extraña impresión de que es como si me diera la bienvenida a casa. Recorro el puente a grandes zancadas y cruzo las columnas de la zona baja. Sí que... parece que vuelva a casa. Levanto la barbilla y comienzo a caminar; mis pasos se comen la distancia entre el puente y la casa de Hades. Aún es muy temprano, por lo que hay muy poca gente de un lado para otro y su presencia solo sirve para afianzar la idea de que he hecho lo correcto.

Ninguna de estas personas sufrirá las consecuencias de mis actos.

Se terminó.

O casi.

Aguanto la respiración mientras subo los escalones que llevan a casa de Hades y llamo a la puerta con el corazón saliéndoseme por la garganta. Se abre un instante después y alguien tira de mí para envolverme en un abrazo con su cuerpo mullido. Me lleva varios segundos percatarme de que se trata de Eurídice.

—¿Por qué me abres tú la puerta?

—Psique me ha mandado un mensaje para decir que venías de camino. —Me mete en la casa a rastras y cierra la puerta tras de nosotras—. ¿Es cierto que Zeus ha muerto?

—Sí. —Parece exhausta, tiene ojeras y el pelo hecho una maraña, como si se hubiera estado mesándoselo. Le agarro de las manos—. Madre quiere que vuelvas a casa. Todas lo queremos.

Abre la boca, vacila y al final asiente.

—Volveré. —Me regala una sonrisa compungida—. Pero algo me dice que no has venido a buscarme. Hades está con los cachorros. Lleva ahí toda la noche.

—No tardaré mucho...

—Tranquila. —Otra de esas sonrisas tristes—. Caronte se ha ofrecido a llevarme a casa en coche en cuanto decidiera que quería volver. No te preocupes por mí.

Eso se dice pronto, pero está en lo cierto. Eurídice tiene que seguir su propio camino. Le doy otro abrazo.

—Estoy aquí para lo que necesites.

—Lo sé. Ahora ve a por tu hombre. —Me empuja con delicadeza en dirección al comedor, que ahora mismo está destinado a los

cachorros.

Me encuentro a Hades sentado contra la pared con los ojos cerrados, los cachorritos despatarrados sobre sus piernas y a su alrededor. Abre los ojos en cuanto entro en la habitación y parpadea poco a poco.

—Has vuelto.

—Pues claro que he vuelto. —Doy un paso adelante y me detengo, de repente me siento incómoda e insegura. Junto las manos delante de mí—. Siento haberme marchado sin despedirme. Vi una oportunidad de salir de esta y la aproveché.

Acaricia de forma ausente el lomo del cachorro que tiene en el regazo.

—Podrías haberlo hablado conmigo antes de marcharte. Ya te dije que no eras una prisionera, e iba en serio.

—No podía arriesgarme —susurro—. Estás dispuesto a lo que sea por la gente que te importa, y sin duda te trae sin cuidado tu propia seguridad.

—Soy prescindible. —Se encoge de hombros—. Es parte del trabajo.

—No, Hades. No eres prescindible, ni por asomo. —Camino hasta donde está y me arrodillo con cuidado delante de él. Es entonces cuando puedo verle bien la cara. No puedo detener el grito ahogado que se me escapa, como tampoco puedo evitar pasarle un dedo por el moretón que le oscurece la mejilla y el ojo morado—. ¿Qué ha pasado?

Sigue sin mirarme.

—Anoche hiciste un trato con tu madre para asegurarte de que pudiera actuar contra Zeus sin repercusión alguna. ¿Cuáles eran las condiciones?

—¿Cómo lo has...? —Me callo en cuanto comprendo lo que está insinuando—. Zeus. ¿Has sido tú?

Tiene que haber sido él, a no ser que se metiera en una pelea de bar en el tiempo que ha transcurrido desde que me fui hasta que he vuelto. La respuesta más lógica también es la más sencilla. Fue tras Zeus y pelearon. Ahora Zeus está muerto y Hades está en casa con pinta de haber escapado de un accidente de coche.

Alargo la mano y cojo la suya con vacilación. Me agarra con fuerza antes de darse cuenta de que lo está haciendo, momento en el

que intenta separar los dedos. Yo no se lo permito.

—Has ido a por él.

—Pensaba que el trato era que te habías entregado a él para salvarme a mí. Sabía que acabaría contigo y no podía quedarme de brazos cruzados y dejar que lo hiciera. —Suena casi vacío—. Me gustaría decirte que no tenía intención de que cayera, pero... no lo sé. Es que no lo sé. Si eso cambia algo...

—Hades, para.

—Sí, eso ya me lo has dicho antes.

Me lleva un instante comprender a qué se refiere.

—En el puente.

—También estuve a punto de matarlo. —Su voz no suena bien. Apenas suena a sí mismo—. Podría haberlo hecho si no me hubieras parado los pies.

Me aclaro la garganta y vuelvo a las andadas.

—Zeus era un monstruo. No voy a fingir que el asesinato sea la forma correcta de resolver un problema, pero ¿de verdad crees que él no te habría matado si hubiera tenido la oportunidad? Tiene muchas muertes a su espalda. Lamento que tengas que soportar esta carga, pero no que haya muerto. —Alargo la mano libre para acunarle la cara, con cuidado de no tocarle el moretón—. Y ese hombre al que le diste la paliza hirió a mi hermana. No grité porque quisiera salvarlo. Lo hice porque sabía que te sentirías culpable por haber perdido el control.

Deja escapar un suspiro tembloroso.

—Entonces, supongo que esto es un adiós.

Me reiría si no fuera porque me siento como si estuviera corriendo un maratón. Ahora es la hora de contarle toda la verdad, pero el corazón me late tan deprisa que de repente temo que vaya a desmayarme. Era mucho más fácil escribir las palabras y escaparme antes de que las encontrara.

—No me marcho, Hades. Te quiero. Me voy a quedar y a hacer todo lo que haga falta para protegerte... y para ayudarte a proteger a los tuyos.

—Pero ahora que Zeus ya no está eres libre.

—Sé que soy libre. —Respiro con el aliento entrecortado—. Y como soy libre, elijo esto. Nos elijo a nosotros. —No me está rechazando, así que reúno todo mi coraje y continúo—: Antes lo único

que quería era escapar. No sabía que existías y mucho menos que me enamoraría de ti. No sabía que hubiera una parte de Olimpo en la que podría sentirme en casa. —Cuando se limita a contemplarme con aparente confusión, le doy un apretón en la mano—. Aquí, Hades. Aquí contigo me siento en casa. En esta casa, en la zona baja. Y quiero estar contigo si me lo permites.

Sonríe con lentitud.

—¿De veras?

—Te lo digo de todo corazón.

—Yo también te quiero. —Levanta nuestras manos entrelazadas y me da un beso en los nudillos—. No quería obligarte a quedarte al decírtelo, pero... yo también te quiero.

Me quiere. Que dice que me quiere. Lo sospechaba, pero escuchar esas dos palabras salir de sus labios hace que me sienta mareada de la felicidad. Ojalá pudiera hundirme en ellas de lleno, pero aún tenemos que lidiar con la petición de mi madre.

—Hades, hay una cosa pendiente.

—Las condiciones de tu trato.

—Sí. —Le agarro la mano con fuerza—. Le prometí a mi madre seis apariciones de su elección en la zona alta. Seis apariciones conjuntas, tú y yo.

Hades me contempla durante un buen rato.

—¿Y ya?

—¿Cómo que «y ya»? Tener al hombre que se esconde tras el mito de Hades a su entera disposición unas cuantas veces al año va a hacer que el poder que aparenta ostentar incremente exponencialmente. Incluso aunque no seas su aliado, la gente pensará que lo eres. No es cosa de risa.

Aparta a los cachorritos con delicadeza y se pone en pie arrastrándome con él.

—Es un precio que estoy dispuesto a pagar.

—¿Estás seguro? Porque si tienes alguna duda...

—Perséfone. —Hades me acuna el rostro—. Sirenita. ¿Crees que hay un precio que no estaría dispuesto a pagar por tu felicidad y seguridad? ¿Por tu libertad? Deméter podría haberme pedido mucho más de lo que ha hecho.

Se me cierra la garganta.

—No se lo digas.

—No lo haré. —Me sonríe—. Repítemelo.

No hay duda de a qué se refiere. Le paso las manos por el pecho y le rodeo el cuello con los brazos.

—Te quiero.

Me acaricia la oreja con los labios.

—Otra vez.

—Te quiero.

Noto cómo curva los labios contra mi piel.

—Yo también te quiero.

—Supongo que es un momento de lo más inoportuno para hacer una broma, ¿no?

Me pone las manos en la cintura y me acerca más a él para envolverme en su calidez constante.

—¿Desde cuándo has dejado que eso te pare?

Me río. La risa comienza un poco ronca y después se convierte en el sonido de la alegría pura y dura.

—Tienes razón. —Me muevo un poco contra él. Apenas puedo creerme que todo haya acabado. O puede que no haya acabado, que sea solo el principio. Parece demasiado bonito para ser verdad y no puedo dejar de tocarlo, de asegurarme de que está aquí, de que está pasando—. En ese caso, tengo una pregunta.

—Ajá. —Se aparta lo bastante para mostrarme que está sonriendo —. Pregunta.

—¿Me quieres más que a tus amados suelos?

Se carcajea. Un sonido para el que hace uso de todo el cuerpo entero y que parece llenar la habitación que nos rodea. Hades baja la cabeza hasta rozar sus labios con los míos.

—Desde luego, te quiero mucho más de lo que quiero a mis amados suelos. Pero he de insistir en que te abstengas de sangrar en ellos en el futuro.

—No prometo nada.

—Ya, no espero que lo hagas.

Me da un beso. Hace menos de un día que sus labios han estado sobre los míos, pero parece mucho más tiempo. Me aferro a él y abro la boca dispuesta a profundizar el beso; me pierdo en su sensación, en la perfección de este momento.

Al menos hasta que levanta la cabeza unos segundos más tarde.

—Como no paremos, vamos a llegar tarde a la rueda de prensa.

—Que les den por culo.

Vuelve a regalarme una carcajada deliciosa.

—Perséfone, sinceramente, no quiero volver a estar en la lista negra de tu madre, sobre todo si es por algo que puedo prevenir.

Tiene razón. Sé que la tiene. Le enredo los dedos en el pelo y tiro un poco.

—Prométeme que esta noche cerraremos las puertas, apagaremos los móviles y pondremos repelente para Hermes. Te quiero para mí sola.

—Dalo por hecho.

Después de eso, nos separamos de mala gana. Sigo teniendo la mayoría de mis cosas aquí, así que maquillo lo mejor que puedo las magulladuras de Hades y las gafas de sol oscuras hacen el resto. Se viste con un traje, todo de negro, con el cual parece un villano que se aventura bajo la luz del sol. Nos damos la mano durante todo el viaje hasta la rueda de prensa.

Los otros Trece y sus familias se reúnen en uno de los jardines que rodean la torre Dodona, todos de punta en blanco. Los tres hijos de Zeus que siguen en Olimpo van de luto con las caras cuidadosamente inexpresivas. Mis hermanas están detrás de Madre. Le doy un último apretón a la mano de Hades y comienzo a caminar en su dirección. Él me aprieta la mano con más fuerza.

—Quédate.

—¿Qué? —Miro a mi alrededor—. Pero...

—Sé mía, Perséfone. Deja que sea tuyo. En público y en privado.

Lo contemplo y, la verdad, solo hay una respuesta a esa petición y me aletea en el pecho como un pájaro enjaulado.

—Sí.

No sé qué esperaba. Una confrontación. Puede que acusaciones. En vez de eso, Hades se acopla a la perfección a sus filas justo cuando aparecen los reporteros y Poseidón da un paso adelante para concederles un comunicado oficial en el que declarar a Perseo el nuevo Zeus. A la gente le importan menos las preguntas que las opiniones, cosa que juega a nuestro favor ahora mismo. Al igual que lo hace que los reporteros estén tan centrados en Hades.

Durante todo el evento, este muestra un semblante tranquilo, como si asistiera a ruedas de prensa de forma habitual. El único indicio de que dista mucho de estar cómodo es la fuerza con la que me

agarra la mano, donde nadie puede verla. Cuando empezamos a dispersarnos, me apoyo en su brazo y le susurro en el oído:

—Lo has hecho genial. Ya casi hemos acabado.

—Hay más gente de la que esperaba —habla entre dientes, apenas mueve los labios.

—Te prometo que te protegeré.

Empezamos a caminar hacia los coches, los reporteros nos siguen, lo apabullan con tantas preguntas que apenas puedo seguir el hilo.

—¿Has estado en la zona baja todo este tiempo?

—¿Por qué has aparecido ahora? ¿Es porque Zeus ha muerto?

—¿Eres el hombre misterioso con el que se fugó Perséfone Dimitriou?

—¿Lo vuestro es oficial?

Levanto la mano, le quito la atención de encima a él para que se centren en mí.

—Amigos, estaremos más que encantados de ofrecer un comunicado oficial... mañana. Hoy estamos aquí para llorar la muerte de Zeus.

Tengo suficiente práctica hablando en público, así que ni siquiera se me atraganta esa mentira. Me limito a esperar en silencio y al final todos se dan por vencidos y se vuelven a centrar en el tema que hoy nos ocupa.

Hades se da la vuelta para encararme cuando por fin nos libramos de ellos, y vuelve a mirarme como si nunca antes me hubiera visto.

—Mi caballera de brillante armadura, entrando a lomos de su corcel para salvarme de la prensa.

—Ya, bueno, no eres el único al que le gusta dárselas de héroe. —Vuelvo a apretarle la mano—. Lleva tiempo acostumbrarse a todo este circo.

—Supongo que me irá bien, siempre que estés a mi lado.

No espera a que le responda. Me envuelve entre los brazos y toma mi boca. Yo me pongo de puntillas de buena gana para rodearle el cuello con los brazos. Soy consciente del ruido de las cámaras y cómo se forma un murmullo a nuestro alrededor, pero me da igual.

Cuando por fin levanta la cabeza, me agarro a él para evitar que me fallen las piernas.

—Ven a casa conmigo.

—Sí.

—No me refiero solo a hoy. Digo para siempre. Múdate conmigo.

—Ya sabía que te referías a eso. —Sonrío y le doy un pico rápido —. Y mi respuesta sigue siendo la misma. Sí a todo.

Epílogo

Hades

—¿Estás segura?

Perséfone me mira con una sonrisa. Pero es su sonrisa de felicidad, su auténtica sonrisa.

—Me lo has preguntado mil veces en una hora. —Entrechoca su hombro con el mío—. ¿Acaso eres tú el que está nervioso, Hades?

Nervioso es una palabra demasiado banal. He tenido que adaptarme muchísimo durante estas últimas dos semanas, desde que dejé las sombras y me metí en el nido de víboras que es la zona alta de la ciudad. Perséfone ha estado a mi lado en cada paso del camino, guiándome con habilidad por cada interacción con los medios. No sé qué haría sin ella.

Y les rezo a los dioses por no tener que saberlo nunca.

Pero lo de esta noche... Lo de esta noche es solo para nosotros.

—No estoy nervioso —digo, al rato—. Si no estás preparada...

—Hades, estoy preparada. Más que preparada. —Mira la puerta que lleva al cuarto de juegos. Está completamente insonorizado y es imposible oír a la gente que se reúne tras ella, pero ambos sabemos que están ahí. Esperando. Perséfone inspira hondo—. ¿Cómo me ves?

Es otra pregunta que me ha hecho medio millón de veces desde que he entrado en nuestro cuarto y me la he encontrado vistiéndose.

—Estás perfecta. —Es la verdad. Se ha dejado la larga melena rubia suelta y se la ha ondulado un poco. Lleva la última creación de Juliette: otro vestido negro que se ciñe a su cuerpo, que le cae desde el cuello en un escote *halter* por el pecho, el estómago y las caderas hasta que acaba ondeando en la parte alta de los muslos. Lleva la espalda al

aire y, cada vez que se da la vuelta, debo reprimir el impulso de arrodillarme y besarle la curvatura al final de la espalda—. Sirenita...

—Estoy lista. —Da un saltito y me da un piquito fugaz—. Estoy lista, de verdad. Te lo prometo.

—Pues vámonos —digo, creyendo en su palabra.

Ya hemos hablado de cómo irán las cosas. Se lo he explicado paso a paso. Hay veces que la sorpresa forma parte del juego, pero no quiero que nada eche a perder la noche de Perséfone. Nuestra noche. No cuando me parece un paso muy significativo en medio de un par de vidas que están del revés.

Yo encabezo la marcha hacia el cuarto. Está todo organizado según mis especificaciones, otra vez. Han movido un poco los muebles que rodean el escenario, una clara señal de que lo que va a pasar es un espectáculo y no una invitación para participar en ello. Las luces están bajas y no hay un asiento libre.

Perséfone me coge de la mano sin fuerza, con confianza, y está encantada de seguirme mientras me abro camino entre los sofás y los sillones hasta el escenario. Antes de que pueda darle una última oportunidad de cambiar de opinión, da un paso hacia delante y se coloca bajo la luz de los focos. Gira la cabeza para mirarme por encima del hombro, como si supiese justo lo que he estado a punto de hacer. Contengo una sonrisa y la sigo hasta el escenario.

Las luces otorgan una privacidad diferente a la que ofrecen las sombras. Puedo ver cada centímetro del cuerpo de Perséfone, pero el resto del cuarto no es más que un resplandor borroso. Otra modificación que se tendrá que hacer si esto se convierte en un acontecimiento habitual; esta noche, todo está pensado para asegurarme de que Perséfone se lo pasa en grande.

Señalo el centro del escenario.

—Ponte allí.

—Sí, señor —me contesta con tono realmente afectado, como si sus labios no se estuviesen curvando ya en una sonrisa pícara.

Me muevo despacio a su alrededor, intensificando sus ganas. Por los dioses, joder, es tan perfecta que no llego a creerme que sea mía. Que me ha hecho suyo con tal efectividad como si me hubiese tatuado su nombre en el alma. Haría lo que fuera por esta mujer. Conquistar la zona alta de la ciudad. Derrocar a los otros Trece de sus torres de marfil. Concederle otra entrevista interminable a un columnista de la

prensa del corazón.

Le aparto el dobladillo del vestido, que le revolotea alrededor de los muslos.

—Si te levanto la falda del vestido, ¿me encontraré con que no llevas bragas?

—Solo hay una forma de saberlo —me responde, y se le amplía la sonrisa.

—En un instante. —Me las apaño para no sonreír ante su descarada decepción y doy un paso hacia ella para pasarle las manos por los brazos, subirle hasta los hombros, y acunarle el rostro. Bajo la voz, dirigiéndome solo a ella—. Tienes la palabra de seguridad, pero, si en algún momento quieres que pare, solo dímelo. Y todo acabará.

—Ya lo sé —me dice, y me coge por las muñecas con suavidad.

—Vale.

—Hades... —me llama sonriéndome—. ¿Te gustaría ver la parte más interesante de este vestido?

La condenada no se espera a mi respuesta, y estira los brazos hacia la nuca y se desabrocha el vestido. La tela le cae ondeando sobre el cuerpo y flota hasta el suelo, con la delicadeza del pétalo de una flor.

No lleva nada debajo, nada de nada.

Le cojo la mano y se la levanto por encima de la cabeza; entonces, la insto a dar una vuelta sobre sí misma, despacio.

—¿Te apetece dar un buen espectáculo, sirenita? Deja que te vean. —Disfruto cómo el rubor se apodera de su piel dorada como respuesta.

Le suelto la mano el tiempo suficiente para acercarme al borde del escenario y coger una silla que había colocado allí antes, esta tarde. Está hecha de metal negro con un asiento amplio y con un respaldo lo bastante alto como para reclinarse con comodidad.

Con un gesto, le indico que se siente en la silla.

—Separa las piernas, Perséfone.

Ha empezado a respirar con pequeños jadeos, y cuando le apoyo la mano en la nuca, se hunde en mi roce. Porque lo que mi sirenita quiere no solo es exhibirse; es que yo la obligue mientras lo hace.

Me inclino por encima del respaldo de la silla y le acaricio los muslos de abajo arriba, y tiro suavemente de ellos para que abra un poco más las piernas. Con una sutil caricia en su coño descubro que

está húmeda y excitada. Mientras la acaricio, le doy un beso en la sien.

—Nos están observando, ¿y sabes lo que ven?

—No —jadea y levanta las caderas en un intento por guiar mis caricias—. Dímelo.

—Ven caer a su deslumbrante princesa de oro. —Le meto dos dedos—. Y, en su lugar, ven alzarse a su diosa oscura.

Perséfone jadea, y yo no puedo contenerme. Atrapo su boca con la mía. Con el sabor de Perséfone en la lengua, por un momento me olvido de mí mismo. Me olvido del público. Me olvido de todo salvo de hacer lo que haga falta para conseguir que vuelva a emitir ese sonido. Le presiono el clítoris con la base de la mano y, despacio, meto los dedos, aumentando su placer. Sus movimientos se tornan más frenéticos a medida que persigue el éxtasis, y se mueve sobre mi mano mientras le doy justo lo que necesita para tocar el cielo.

Aparto sus labios de los míos, y le pido:

—Córrete para mí, sirenita.

Y lo hace. Por los dioses, cómo lo hace.

Provoco en ella dos oleadas más de placer antes de moderar mis caricias y sacar los dedos de su interior.

—Ahora te voy a inclinar sobre esta silla y te voy a follar.

Perséfone me regala una sonrisa aturdida, con los ojos color avellana rebosantes de amor.

—Sí, señor.

Cuando la ayudo a levantarse, Perséfone se tambalea ligeramente, y la coloco en la postura que quiero, inclinada sobre el respaldo de la silla. Con las manos le separo un poco los pies y doy un paso hacia atrás para apreciarla bien.

Increíble.

Qué confianza tiene esta mujer en mí. Me hace querer ser un hombre mejor, asegurarle que jamás le fallaré. Perséfone se estremece y yo acorto la distancia que hay entre los dos; le paso las manos por el culo y por la parte baja de la espalda.

—¿Lista?

—Por favor, hazlo de una vez.

Una risa sofocada se pasea por el cuarto, y varias voces se unen a la mía como respuesta a sus palabras. Le doy una suave palmadita en el trasero.

—Serás impaciente.

—Sí, muchísimo. —Se contonea un poco, y añade—: Hades, por favor. No me hagas esperar más. Te deseo.

En el fondo no quiero provocarla más de lo que ella quiere que la provoque. Otro día, quizá. Esta noche la necesidad está en su máximo esplendor. Me abro el pantalón y la cojo de las caderas mientras hundo toda mi erección dentro de ella. Perséfone suelta un gemido grave que casi tapa mi intenso suspiro.

Tampoco me cansaré nunca de esto. La forma en la que se aferra a mí como si no quisiera soltarme jamás. Cómo se estrecha contra mí, ansiando que se la meta todo lo posible. Sus suspiros.

Puede que el resto del cuarto crea que están accediendo a esto también, pero esta noche están aquí con el único papel de intensificar su placer, el de Perséfone.

Me inclino hacia delante y le cojo el pelo con la mano, tirando de ella hasta que Perséfone levanta la mirada y observa la oscuridad que rodea el escenario.

—Te están mirando. Todas esas personas están ansiosas por cualquier ápice de ti que les permitamos ver. Esta noche, buscarán el orgasmo tocándose con el recuerdo de ver esto.

—Joder —gime—. Más fuerte.

Suelto una risa ronca y obedezco. La follo con fuertes embestidas, aunque la sujeto para que no se mueva. No hay forma de disimular que estamos expuestos ante una multitud y, por cómo se aferra a mí, está disfrutando de cada momento del espectáculo.

Entonces Perséfone llega al orgasmo, con unos gritos claros y ansiosos. Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para no correrme con ella, pero esta noche solo importa Perséfone. No yo. Suelto un suspiro despacio, salgo de su interior. Entonces, la levanto y me la echo a la espalda. Suelta un chillido que me obliga a reprimir una sonrisilla. Me doy la vuelta, despacio.

—Espero que hayáis disfrutado del espectáculo. Hemos terminado.

—¡Ha sido increíble! —grita alguien entre el público. Su voz se parece un poco a la de Hermes.

Niego con la cabeza y bajo del escenario, con la risa de Perséfone resonando a nuestras espaldas. Parece tan feliz..., joder, y ese sonido encaja a la perfección con el calor que siento en el pecho. Llego a

zancadas hasta el trono y me dejo caer sobre él.

Este es nuestro reino, nuestro trono, nuestro, de ambos.

Perséfone sigue riéndose un poco mientras se acomoda sobre mi regazo.

—«Espero que hayáis disfrutado del espectáculo. Hemos terminado.» ¿Qué ha sido eso?

—Breve y directo.

—Mmm. —Se mueve hasta sentarse a horcajadas sobre mí—. Iba a proponer poner un segundo trono aquí.

La cojo de las caderas con firmeza, y dejo que lleve el mando de la situación.

—La persona que creó este trono todavía vive en la zona baja de la ciudad. Puedo encargarle otro si quieres.

—No. —Me toca por encima de los pantalones—. Me gusta lo de compartir. Así puedo tocarte con más facilidad. —Perséfone se inclina hacia delante, hasta que me roza la oreja con los labios—. Hades, ¿te has aguantado y no te has corrido para que te follara en este trono?

—Sí.

Se echa a reír otra vez. Madre mía, adoro su risa.

—Eres insaciable.

—Solo de ti. —Le acaricio los costados con las manos—. Te quiero, sirenita.

—Yo también te quiero. —Me da un beso, un beso lento, indecente, que hace que por unos segundos todo a mi alrededor gire. Perséfone hunde las manos en mi pelo y sonríe contra mis labios—. Qué bien que seas tan insaciable como yo, porque todavía no he acabado contigo, ni de lejos.

Agradecimientos

Muchas gracias a todas las personas que me leen por amar a Hades lo bastante para estar dispuestas a leer dos versiones suyas. ¿Habrá más? ¡El tiempo lo dirá! Es imposible poner en palabras lo mucho que os aprecio. ¡Espero que hayáis disfrutado de esta historia!

Le estoy muy agradecida a mi editora, Mary Altman, por escucharme divagar sobre mi idea de escribir una versión moderna y supersexy de la historia de Hades y Perséfone; además de exigirme al instante que te enviara una propuesta. Estoy muy pero que muy feliz de que *Dioses de neón* encontrara un hogar contigo y con Sourcebooks. Este libro es unas mil veces mejor que cuando empezamos gracias a tus sugerencias.

Gracias a mi agente, Laura Bradford, por trabajar conmigo en este libro. Otro relato peculiar más que ha encontrado hogar gracias a ti y a tu confianza en mí y en las historias que cuento. ¡Gracias!

Escribir un libro es una aventura solitaria, pero no lo habría conseguido sin el apoyo de mis maravillosos amigos. Muchas gracias a Jenny Nordbak por charlar de mitología conmigo, intercambiar ideas sobre diferentes parejas y por pensar igual que yo acerca de los varios buenorros de la mitología griega. Todo mi cariño y aprecio para Piper J. Drake y Asa Maria Bradley por estar siempre ahí para rescatarme cuando entro en bucle o ayudarme a sacar adelante la trama cuando se complica.

Todo mi amor y gratitud a mi familia. Escribí este libro durante 2020 y huelga decir que ha sido un año complicado para todos. Gracias a mis hijos por capear el temporal y adaptarse a esta nueva versión de la vida mientras compaginábamos las clases a distancia y mi trabajo sin una puerta para la oficina, junto con todos los nuevos retos que se nos han presentado. Gracias a Tim por no dudar nunca de que puedo cumplir mis objetivos fantasiosos, por estar siempre dispuesto a intervenir cuando necesito cualquier cosa y por quererme

hasta cuando me pongo un poco insoportable. ¡Te quiero!

Dioses de neón
Katee Robert

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Neon Gods*

Diseño de la portada, Dawn Adams / Sourcebooks
© de la ilustración de la portada, Alexxxey / Shutterstock

© Katee Robert, 2021

© por la traducción, Pura Lisart e Isabella Monello (Traducciones Imposibles, S.L.), 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2022

ISBN: 978-84-270-5051-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!